

LAURA MARSHALL

«Pura acción y misterio.»
The Sun

«Brillante.»
The Sunday Times

Tienes una solicitud de amistad

MARIA QUIERE SER TU AMIGA

Pero Maria está muerta.
¿O no?

EL
THRILLER
MÁS ADICTIVO
QUE LEERÁS
ESTE AÑO

LOS IMPERDIBLES

D.J.57

Maria quiere ser tu amiga

Laura Marshall



Duomo ediciones

Barcelona, 2017

Índice

Maria quiere ser tu amiga

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Agradecimientos

Notas

Créditos

Para M, C y A, con amor

Capítulo 1

2016

El correo electrónico aparece en mi bandeja de entrada como una bomba sin estallar: «Maria Weston quiere ser tu amiga en Facebook».

Durante un segundo paso por alto la referencia de Facebook y solo veo «Maria Weston quiere ser tu amiga». Instintivamente, cierro de golpe el ordenador portátil. Es como si tuviera una esponja absorbiendo agua en mi garganta, que se hincha y se obstruye, dificultándome la respiración. Intento respirar profundamente, tratando de recuperar el control. Debe de ser un error, porque esto no puede estar pasando. Lentamente, levanto la tapa del portátil. Con manos temblorosas, reviso de nuevo el correo electrónico y esta vez no hay ninguna duda. Maria Weston quiere ser mi amiga.

Hasta ahora, el día había sido bastante normal. Esta noche, Henry está en casa de Sam, por lo que me he pasado todo el día trabajando en algunos diseños iniciales para un cliente que lo quiere todo, desde paredes a alfombras, pasando por sofás, en diferentes tonos de beige y marrón, aunque al mismo tiempo no quiere que su casa tenga un aspecto aburrido. Cuando he visto que había llegado un correo electrónico, me he alegrado, pensando que tal vez se trataba de un mensaje personal y no de otra empresa que intenta venderme algo.

Ahora, sin embargo, desearía que hubiese sido un *spam* publicitario y me alegraría recuperar el apacible tedio de hace unos minutos. Seguro que debe tratarse de una broma de mal gusto. Pero ¿quién podría pensar que esto tiene gracia? ¿Quién sabe el efecto que puede provocar en mí?

Evidentemente, hay una manera muy fácil de olvidarse de todo esto. Solo tengo que eliminar el correo electrónico, entrar en Facebook y rechazar la solicitud de amistad sin mirar la página. Una parte de mí me está gritando que

haga eso y lo deje aquí, pero otra parte, una parte silenciosa y oculta, quiere ver y saber. Comprender.

Por eso lo hago. Clico en «Aceptar solicitud» y entro directamente en la página de Facebook de Maria Weston. La foto del perfil es de la era predigital, y es evidente que ha sido escaneada. Maria lleva el *blazer* verde del uniforme del instituto, el viento mueve su largo pelo castaño y una pequeña sonrisa asoma a su rostro. Examinó la página, buscando pistas, pero hay muy poca información. No tiene ningún amigo en su lista y, salvo la del perfil, no hay más fotos.

Me mira con indiferencia desde la pantalla. No he sentido su fría mirada desde hace más de veinticinco años, no he sido el objetivo de esa mirada, que te da a entender que está estudiándote, aunque no de una forma desagradable, sino evaluándote, comprendiendo más cosas sobre ti de las que tú quisieras que supiera la gente. Me pregunto si alguna vez fue consciente de lo que yo le había hecho.

Detrás de ella se adivinan los ladrillos rojos de los edificios del instituto, familiares pero al mismo tiempo ajenos, como si no formaran parte de mis recuerdos sino de los de otra persona. Resulta extraño pasarte cinco años acudiendo todos los días al mismo sitio y luego no volver allí nunca más. Casi como si ese sitio jamás hubiera existido.

Me doy cuenta de que no puedo seguir mirando la foto durante mucho más tiempo. Mis ojos vagan por la cocina, buscando algo que hacer para romper con esta nueva y desconcertante realidad. Me levanto y me preparo un café, consolándome con el ritual de introducir la brillante cápsula en la cafetera, pulsar con la punta del dedo el botón con la precisión con la que siempre suelo hacerlo y calentar la leche con el vaporizador.

Estoy sentada en medio de los objetos de mi extremadamente cómoda vida de clase media, a mi casi mediana edad. Los electrodomésticos de la cocina y la foto en la nevera de diseño en la que aparecemos Henry y yo en nuestras primeras vacaciones solos, el verano pasado, un *selfie* sacado junto a la piscina: nuestra piel impregnada de sal y acariciada por el sol, una sombra en torno a la boca de Henry, donde el polvo se ha pegado a los restos del helado que se toma todos los días.

Al otro lado de los ventanales franceses, mi pequeño patio con jardín tiene

los sombríos colores de finales de otoño, con los adoquines pulidos tras la fría lluvia que ha caído. En los tiestos descascarillados pueden verse rastros de los restos muertos de mi intento, durante el verano, de cultivar mis propias hierbas. El cielo de la tarde se está oscureciendo, convirtiéndose en una sábana opaca de color gris pizarra. Solo alcanzo a ver uno de los altos edificios que se elevan aquí y allá como gigantes malévolos sobre las hileras de casas victorianas que se convirtieron en apartamentos como el mío y que componen esta parte del sureste de Londres. Esta cocina, esta casa, esta vida que he construido tan cuidadosamente. Esta pequeña familia, de solo dos miembros. Si uno de nosotros muriera, lo que quedaría no sería una familia. ¿Qué costaría echarlo todo abajo y reducirlo a polvo? Puede que no tanto como me imagino. Quizá bastaría con un empujón en la espalda, un pequeño empujón, tan leve que apenas lo notaría.

La cocina, con sus apagadas paredes de color gris paloma y la encimera de madera blanqueada, es cálida pero incomoda. Mientras la cafetera tararea su melodía habitual, escucho a medias las noticias en la radio, que todos los días está encendida en la cocina: una victoria deportiva, una reestructuración del gabinete, una joven de quince años que se ha suicidado después de que su novio colgara fotos de ella desnuda en internet... Me estremezco al pensarlo; siento pena por ella, mezclada con un vergonzoso agradecimiento por que cuando yo tenía esa edad no existían los teléfonos móviles. Abro uno de los ventanales franceses; necesito aire, pero al sentir una helada ráfaga vuelvo a cerrarlo.

El café ya está listo, y no me queda otra alternativa que sentarme de nuevo ante el ordenador portátil, donde Maria me ha estado esperando, constante e impenetrablemente. Me obligo a mirarla a los ojos, buscando en vano algún indicio de lo que iba a sucederle. Intento mirar la foto como lo haría alguien cualquiera: es de una colegiala normal, una foto antigua que ha estado encima del aparador de alguna madre durante años y a la que se le ha quitado el polvo todas las semanas. Pero no funciona; no soy capaz de mirarla así sabiendo cuál iba a ser su destino.

Maria Weston quiere ser mi amiga. Quizá ese fuera siempre el problema: Maria Weston quería ser mi amiga, pero yo la decepcioné. Ha estado revoloteando junto a mi conciencia durante toda mi vida adulta, aunque he

sabido mantenerla fuera de ella, convirtiéndola tan solo en una borrosa sombra en el rabillo del ojo, fuera, casi por completo, de mi campo visual.

Maria Weston quiere ser mi amiga.

Pero Maria Weston está muerta desde hace más de veinticinco años.

Capítulo 2

1989

He estado despierta toda la noche, tratando de reflexionar sobre lo que ha ocurrido, sobre lo que he hecho. Tengo los ojos rojos y me escuecen a causa del cansancio, pero no me atrevo a acostarme. Si duermo, cuando me despierte disfrutaré de un maravilloso y terrible segundo durante el cual no seré consciente de nada, pero acto seguido todo se me vendrá encima, con su peso multiplicado indefinidamente por ese segundo de inconsciencia.

Pienso en la última vez que vi amanecer, tendida en la cama de Sophie. En esta ocasión, el asunto es más tempestuoso y sombrío. Una incesante lluvia de verano ha estado cayendo durante toda la noche, y la rama de un árbol cercano golpea intermitentemente contra el cristal de mi ventana. No son solo los fármacos los que me mantienen despierta, aunque aún puedo sentir cómo corren por mis venas, muy a mi pesar. Estoy sentada aquí, en el suelo, desde hace cuatro horas, mientras mi habitación va pasando gradualmente de la oscuridad a una apagada penumbra grisácea. Estoy rodeada por los restos de mis elaborados preparativos para la noche que, hace doce horas, se extendía seductora ante mí, con la brillante promesa de aceptación y aprobación. Hay tres vestidos desparramados encima de la cama, con el correspondiente par de zapatos para cada uno de ellos, descartados delante del espejo de cuerpo entero. Mis ojos miran sombríamente la mancha de la alfombra, sobre la que Sophie derramó mis nuevos polvos bronceadores, y que intenté limpiar torpemente con un pañuelo de papel humedecido en un vaso de agua añeja.

El vestido que llevaba está en el suelo, junto a mí, hecho un ovillo. Me he puesto una sudadera vieja y unas mallas. Tengo ojeras y los labios secos, y restos de carmín se aferran a las grietas, chorreando por la comisura.

La razón de que lleve tanto tiempo sentada en el suelo es que no puedo

moverme. Pensaba que mi corazón palparía a toda velocidad, pero, en realidad, un puño de hierro lo agarra con tanta fuerza que me sorprende que sea capaz de seguir latiendo. Todo se ha ralentizado. Si muevo la mano para cepillarme el pelo por detrás de las orejas o para recoger algo del suelo, da igual lo rápido que lo haga: es como si me estuviera moviendo a cámara lenta. Mi cerebro se esfuerza por darle un sentido a todo, mis pensamientos recorren lentamente los dos últimos meses, intentando descubrir cómo he llegado a esto.

Supongo que todo empezó hace un par de meses, el día que llegó la chica nueva. Me había pasado el recreo escuchando a Sophie mientras hablaba con Claire Barnes y Joanne Kirby, sin apenas decir nada. Estábamos sentadas en el banco que hay en un extremo del patio; las tres se habían enrollado tantas veces la falda alrededor de la cintura que casi no tenía sentido que la llevaran. Matt Lewis miraba a Sophie desde la otra punta del patio, y sabía lo que estaba pensando. Fue ese día, el primero del año en el que se podía oler la primavera en el aire. Yo estaba sentada en el extremo del banco, disfrutando del calor del sol en la cara, deseando que no quisieran que yo hablara. El cielo era de un asombroso color azul. Sophie, Claire y Joanne parecían brillar; su pelo, increíblemente lustroso, reflejaba la luz del sol, y su piel suave y dorada resplandecía. Evidentemente, las tres eran conscientes del efecto que provocaban, no eran estúpidas.

Sophie se estaba retocando el rímel mientras hablaba del chico con el que se había enrollado el fin de semana anterior en la fiesta del decimosexto cumpleaños de Claire Barnes. Obviamente, a mí no me habían invitado. Claire y Joanne solo toleran mi presencia porque Sophie y yo somos amigas. A veces siento que me aferro a esa amistad con la punta de los dedos.

–En fin, nos estábamos besando y todo eso, y entonces..., bueno, ¿sabéis qué es lo más embarazoso que le puede ocurrir a un chico, verdad? Pues ocurrió.

Claire y Joanne lanzaron un chillido.

–¡Dios mío! –exclamó Claire–. ¡Eso es muy embarazoso! ¿Os acordáis de aquella vez que me enrollé con Mark en la fiesta de Johnny? Nos fuimos al campo y ahí estaba yo, haciéndole una mamada, pero no ocurría gran cosa.

Entonces levanté la cabeza y, ¿a que no sabéis qué? ¡Se había quedado dormido!

Sophie y Joanne se echaron a reír y yo sonreí, para dejar claro que había entendido la broma. Al menos sé lo que significa hacer una mamada, aunque se me escapen los detalles. He intentado imaginarme haciéndole eso a un chico, incluso a un chico que me guste, pero no puedo. Para empezar, no tengo ni idea de cómo funciona, qué hay que hacer con la boca y con la lengua. Me estremecí.

Claire se inclinó sobre Sophie y Joanne como si estuviera a punto de impartir una clase magistral.

–Para vosotras dos está bien, porque aún supone una cierta novedad, pero yo empiezo a estar un poco harta del sexo. Es lo único que quiere Dan. A veces me apetecería ir a la ciudad, al cine o algo así.

Sophie y Joanne hicieron un gran esfuerzo por demostrar que estaban de acuerdo con ella. Es curioso: Sophie siempre es genial, está muy segura de sí misma; sin embargo, a veces, cuando está con Claire, puedo ver su punto débil, las grietas en su fachada. Desde hace poco dejan que las acompañe cuando van a la ciudad. Vamos en grupo, pero cuando llegamos al camino que discurre junto a la orilla del río, es tan estrecho que solo permite avanzar en pareja, y siempre tengo la sensación de que Sophie y Joanne se empujan disimuladamente para caminar junto a Claire en vez de hacerlo a mi lado.

Hasta esta noche, nunca había besado a un chico, y recuerdo haber rezado para que las demás no se enteraran. Sophie lo sabe, pero no creo que vaya a contarlo. Al menos nunca intentan involucrarme en esas conversaciones. Siempre tengo miedo de decir alguna estupidez, algo que traicione mi falta de experiencia. La mayor parte de lo que sé sobre el sexo lo he aprendido en las páginas de la revista *Just Seventeen*, aunque Dios sabe que podría ser un poco más útil. La página dedicada a las mujeres da por sentado que tienes conocimientos básicos, por lo que siempre hay frases y palabras que no estoy segura de entender del todo. Piensas que las clases de educación sexual del instituto deberían haberse ocupado de esto, pero no es así, porque lo único que han hecho es poner un vídeo de la década de 1970 de una mujer dando a luz y dar algunas embarazosas charlas sobre penes introduciéndose en vaginas. La verdad es que incluso yo sabía eso. La única clase que prometía

ser interesante era una en la que la señora Cook iba a enseñarnos cómo colocar un condón en un plátano, pero resultó que ese día se puso enferma, por lo que tuvimos que apañárnoslas escuchando a alguien de otro grupo que lo había hecho la semana anterior.

La chica nueva se llamaba Maria Weston. No vestía mal: llevaba un uniforme normal, ni muy soso ni muy llamativo. La señorita Allan le dijo a Sophie que se ocupara de ella, pero lo único que hizo fue enseñarle dónde estaban los baños y la cafetería, y luego pasó de ella durante el resto del día. Esther Harcourt intentó hacerse amiga de Maria, pero incluso una chica nueva podía darse cuenta de que entablar amistad con Esther, con su ropa de segunda mano y sus gruesas gafas no era la mejor manera de triunfar socialmente en nuestro instituto. Es curioso pensar que en la escuela primaria solía estar a todas horas con Esther. Me encantaba ir a su casa, porque su madre nos dejaba que fuéramos al bosque durante horas, aunque eran unos *hippies* vegetarianos, y a la hora del té comíamos cosas bastante raras. A veces la echo de menos; solíamos reírnos. Sin embargo, ya no podríamos seguir siendo amigas..., ¡qué horror!

A la hora de comer, Sophie ni siquiera se sentó con la chica nueva, y Esther ya se había alejado de Maria porque había sido muy fría con ella durante el recreo de la mañana. A medida que me acercaba a la caja registradora, eché un vistazo a la cafetería, tratando de decidir dónde iba a sentarme. Maria se había sentado sola, en el extremo de una mesa; en la otra punta había un grupo de empollonas empedernidas en el que estaba Natasha Griffiths (o, como la llama Sophie, «Cara y Cuello», debido a su maquillaje de color naranja y a su cuello blanco). Cara y Cuello no paraba de hablar de sus deberes de inglés y de lo increíbles que le había dicho que eran el señor Jenkins, quien le había pedido que se quedara al terminar la clase (estoy segura de que lo hizo: todo el mundo piensa que es un perverso). Estaba a punto de pasar al lado de Maria, preguntándome si sería una buena idea sentarme con Sophie (ella estaba con Claire y Joanne en el extremo izquierdo de la mesa, que por alguna razón es la mesa enrollada: a menos que solo tomes un yogur para comer, es bastante embarazoso sentarse allí), cuando ella llamó mi atención. Maria estaba comiendo una patata asada y escuchando a Natasha dando la lata acerca de su trabajo sobre Shakespeare, sonriendo

como si ya hubiera comprendido lo plasta que es, y algo me empujó a ralentizar mis pasos.

–¿Está ocupada esta silla?

–¡No, no hay nadie! –respondió Maria, moviendo su bandeja para dejarme espacio–. Siéntate.

Depositó mi bandeja con la bochornosa y grasienta lasaña de carne y me senté, luego presioné la afilada punta del zumo de manzana hasta que el pequeño disco de plata cedió y salió una gota de líquido de color ámbar por el agujero.

–Bueno, ¿qué tal te ha ido hasta ahora tu primer día?

–Oh, bien. Es difícil..., bueno, ya sabes...

Maria se interrumpió.

–Básicamente un asco, ¿no?

Sonreí.

–Sí. –Ella también sonrió, aliviada–. Un asco total.

–¿A qué instituto ibas antes? ¿Tus padres se han mudado?

Maria se concentró en la piel de la patata.

–Sí, antes vivíamos en Londres.

–Ah –dije.

Abril parecía un buen mes del año para mudarse, cuando ya faltaba poco para los exámenes del certificado general de enseñanza secundaria.

Maria vaciló.

–Tuve problemas con algunas de las otras chicas.

Me dio la sensación de que no quería que le preguntara, de modo que no lo hice.

–Bueno, aquí todo el mundo es muy simpático –mentí–. No tendrás esos problemas. En realidad, algunas de nosotras solemos ir casi todos los días a la ciudad cuando terminan las clases. Deberías acompañarnos.

–Hoy no puedo; mi hermano viene a recogerme para llevarme a casa. Pero me encantaría ir con vosotras otro día.

Después de la comida teníamos clase de matemáticas. Sophie se sentó a mi lado, recién maquillada después de una sesión de cotilleo en los baños y apestando a *Poison*, de Christian Dior. Le dije que había estado hablando con

Maria y que la había invitado a ir con nosotras a la ciudad. Sophie se volvió hacia mí.

–¿La has invitado a salir con nosotras?

Su voz tenía un tono amenazador.

–Sí... ¿Te parece bien?

Traté de controlar el temblor de mi voz.

–¿Lo sabe Claire?

–No... No pensé que le importara a nadie.

–Deberías habérmelo consultado antes, Louise.

–Lo siento, creí que... Es nueva, y...

Ordené innecesariamente los libros que tenía sobre la mesa, mientras me sentía invadida por el pánico. ¿Qué es lo que había hecho?

–Lo sé, pero ya he oído algunas cosas sobre ella, cosas que ocurrieron en su antiguo instituto.

–Ah, no pasa nada, me habló de ello. –Puede que eso la calmara–. Todo era mentira.

–Eso fue lo que te dijo, ¿verdad? ¿Te contó lo que ocurrió?

–No –admití.

Sentí que las mejillas empezaban a arderme.

–De acuerdo. En fin, quizá deberías informarte antes de ir por ahí invitando a la gente a salir.

Hicimos los ejercicios de álgebra en silencio durante unos minutos, hasta que me di cuenta de que Sophie aún seguía mirando por encima de mi hombro para copiar mis respuestas.

–Da la casualidad de que no podrá ir esta noche –dije finalmente–. Ha quedado con su hermano.

–He oído que también es un poco raro. De todos modos, esta noche no puedo ir a la ciudad. Tengo algo que hacer con Claire.

Evidentemente, no había sido invitada a esa misteriosa cita, así que no dije nada. Me sorprendió que Sophie no pudiera sentir el calor que yo irradiaba; rezumaba conmoción y preocupación por todos los poros.

Cuando sonó la campana, Sophie recogió sus cosas y se fue muy rápida a la siguiente clase. Al final de la jornada ni siquiera se despidió de mí. Solo la vi reírse, cogida del brazo de Claire Barnes, sin mirar atrás. Yo estaba

aterrorizada, pensando que había arruinado mi amistad con ella. Mierda, mierda, mierda... ¿Qué iba a hacer?

Capítulo 3

2016

Aún estoy aturdida, sentada a la mesa de la cocina, con la página de Facebook de Maria abierta frente a mí. Las preguntas se agolpan en mi cabeza. ¿Quién está haciendo esto, y por qué ahora? Intento considerar la espeluznante posibilidad de que, de algún modo, en alguna parte, Maria aún esté viva. Cuando llega un nuevo mensaje de Facebook, clico sobre él con inquietud.

El Comité del Instituto de Sharne Bay le invita
a la reunión de exalumnos del curso de 1989.

¿Una reunión? Clicó frenéticamente en el enlace, y allí está: Reunión de exalumnos del curso de 1989 del Instituto de Sharne Bay, que tendrá lugar dentro de dos semanas, el sábado, en el antiguo salón del centro educativo. Ha aparecido encima de la solicitud de amistad de Maria, y es como un golpe en el plexo solar. ¿Puede que sea una coincidencia que ambos mensajes hayan llegado el mismo día? Clicó en la página de Facebook del grupo que organiza la reunión, y aunque no hay forma de saber quién ha planeado el evento, parece que va en serio. En la parte superior de la página hay un *post* colgado del que fuera nuestro profesor de inglés, el señor Jenkins, que al parecer aún sigue trabajando en el instituto. Corrían toda clase de rumores sobre él: decían que les pedía a algunas alumnas que se quedaran después de clase, que espiaba a través de las ventanas de los vestuarios y cosas por el estilo, pero no creo que ninguno de ellos fuera cierto. Todos pensábamos que la profesora de educación física era lesbiana porque tenía un ojo de cristal, lo cual no nos convertía en los más fiables de los testigos. El resto de los comentarios son de gente emocionada ante la perspectiva de la reunión, pero

son de hace un par de meses. ¿Por qué han esperado hasta ahora para invitarme a mí? Tengo el cuello rojo, y están a punto de saltármeme unas lágrimas absurdas y traicioneras. Me he dejado transportar a través de los años de una forma fácil y estúpida. Con qué rapidez he permitido que me invadiera esa familiar avalancha de vergüenza: siento vergüenza porque me han dado de lado, porque me han dejado atrás. De repente, se me ocurre que aún no soy un miembro de la pandilla.

Clico en la lista de asistentes, buscando ansiosamente su nombre. Sí, ahí está. Ahí está él. Sus ojos, entornados, me miran desde la foto de su perfil, con su brazo derecho rodeando a alguien que está fuera de cuadro. Sam Parker asistirá al evento. ¿Por qué no me lo ha dicho? Evidentemente, apenas hablamos, pero podría haberlo mencionado cuando le llevé a Henry. Quizá espera que no me entere.

Otros nombres familiares aparecen ante mí: Matt Lewis, Claire Barnes, Joanne Kirby... Durante un momento en que se me para el corazón leo Weston y pienso que se trata de Maria, pero no, se trata de Tim Weston. ¡Dios mío, su hermano! No estudiaba con nosotros –era un año mayor que ella y cursaba los dos últimos años de preparatoria–, pero solía quedar con Sam y algunos otros chicos de nuestro curso, por lo que supongo que no resulta tan sorprendente que asista. Hay muchísimos más nombres; algunos me suenan, pero otros no los recuerdo. Muchos nombres..., pero no el mío.

Sigo repasando la lista de asistentes hasta que aparece el nombre de Sophie. Sabía que iba a estar allí. Clico en su perfil. Ya lo he visto antes, pero siempre me he resistido a la tentación de ser su amiga. Esta vez voy directamente a su lista de «amigos», pero Maria no está. Evidentemente, esto no significa que Sophie no haya recibido la misma solicitud que yo, sino solo que no la ha aceptado. Tiene quinientos sesenta y cuatro amigos. Yo tengo sesenta y dos, y algunos de ellos están relacionados con el trabajo. Ya he pensado en otras ocasiones en borrar mi cuenta para evitar ser absorbida por este vórtice que supone una gran pérdida de tiempo, donde acabas mirando las fotos de la boda de alguien a quien no conoces en vez de cumplir con el plazo de entrega de un trabajo; pero, en realidad, es importante para mí, sobre todo durante estos dos últimos años. Desde que Sam se fue, he tenido que reducir mi mundo a fin de que no se vengán abajo las cosas importantes:

Henry, mi empresa... No tengo tiempo ni energías para nada más, pero Facebook significa que no he perdido del todo el contacto con mis amigos y mis antiguos colegas. Aún sé qué es de su vida –cómo son sus hijos, adónde han ido de vacaciones–, y entonces, en las raras ocasiones en que nos vemos, el vínculo que nos une es más fuerte de lo que sería en otras circunstancias. Así pues, sigo escribiendo, clicando «me gusta», comentando, porque eso me impide estar alejada del mundo por completo.

Fuera, el viento sopla con más fuerza. La rama de una glicina que crece junto a los ventanales franceses golpea el cristal y doy un brinco. Aunque sé que ha sido la glicina, me pongo de pie y echo un vistazo, pero es casi de noche y apenas puedo ver nada más allá de mi reflejo. Una súbita llovizna se estrella contra el cristal, como si alguien hubiera arrojado un puñado de grava. Me echo hacia atrás, con el corazón latiéndome a toda velocidad.

Sentada de nuevo a la mesa de la cocina, clico en la foto del perfil de Sophie. Es una de esas falsas imágenes supuestamente espontáneas en la que aparece increíblemente guapa, aunque da la sensación de que es una de sus muchas fotos antiguas que ha decidido colgar ahí. Si se examina con atención, puede apreciarse el maquillaje «natural», la iluminación semiprofesional y los filtros aplicados en los retoques. Si la analizas aún más de cerca, es posible ver las arrugas, aunque debo admitir que ha envejecido bien. Su pelo sigue siendo una cascada de caramelo derretido y su figura, envidiable, apenas ha cambiado, algo que era previsible desde su adolescencia.

Me pregunto si alguna vez me habrá buscado en Facebook, y clico para volver a mi foto del perfil, tratando de mirarla con sus ojos. He colgado una que me sacó Polly en la que estoy sentada a la mesa de un *pub*, con una copa de vino en la mano. Bajo mi nueva y crítica mirada, parece la foto de alguien que está intentando aparentar conscientemente que «lo está pasando bien». Estoy inclinada sobre la mesa, vestida con un top de manga corta que deja ver mis protuberantes brazos, en desalentador contraste con las tonificadas extremidades de gimnasio de color miel que Sophie exhibe en su foto. Mi pelo, de un color castaño apagado, tiene un aspecto lacio, y el maquillaje se ha desparrramado por mi rostro.

Mi foto de portada es una de Henry sacada el mes pasado, en su primer día

de colegio. Está de pie en la cocina, vestido con su impoluto uniforme, a todas luces demasiado grande, con un aspecto conmovedoramente orgulloso. Me confesó lo que le preocupaba la noche antes, en el último momento, envuelto en el edredón: «¿Y si nadie quiere jugar conmigo, mamá?», «¿Y si te echo mucho de menos?», «¿Qué voy a hacer si necesito un abrazo?». Lo tranquilicé lo mejor que supe, aunque no conocía las respuestas a esas preguntas. Pensé que aún era demasiado pequeño para moverse solo por la vida, ahí fuera, donde yo no podría protegerlo. Me pregunto si Sophie sabrá que Sam y yo tenemos un hijo, o incluso si estuvimos casados. Dejo de pensar en Henry, tratando de no imaginarme qué hará esta noche en casa de Sam, tratando de no preocuparme por él, pero es como intentar no respirar.

Pienso en lo que significaría hacerme amiga de Sophie en Facebook y recorrer mi trayectoria vital, procurando verla desde su punto de vista. Montones de fotos de Henry, *posts* sobre el estrés que provoca el cuidado de los hijos y el sentimiento de culpa de una madre trabajadora, sobre todo cuando Henry empezó a ir a la escuela y solo acudió por la mañana durante las dos primeras semanas. Me pregunto si Sophie tendrá hijos. Si no los tiene, mi trayectoria vital le parecerá extremadamente tediosa. Si se desplaza lo bastante por mi pasado, al menos verá las fotos de nuestras vacaciones de verano, en las que Henry y yo aparecemos bronceados y relajados, sin atisbo de tensión, apaciguada por el calor y la distancia del hogar.

Lo que no podrá ver es que estuve casada con Sam, a no ser que ya lo sepa. Eliminé todo rastro de él de mi biografía hace dos años, cuando me di cuenta de que había borrado su cuenta de Facebook, en la que estaba nuestra historia juntos. Simplemente, había vuelto a empezar. Todas las vacaciones, las salidas, las fotos de nuestra boda pacientemente escaneadas varios años después de la ceremonia: todo había desaparecido, sustituido por su nuevo y resplandeciente relato. Hizo borrón y cuenta nueva, eliminándome de su vida como se limpia la mancha de una ventana.

Compruebo si Sophie es amiga de Sam, y veo que así es. Debe de tener muy protegidos sus contenidos, porque lo único que puedo ver son sus fotos de perfil, que son de él solo o de paisajes, y la fecha de hace dos años, cuando se «unió a Facebook». Hago un esfuerzo por reprimir las lágrimas mientras miro su foto. Sé que estoy mejor sin él. Sin embargo, aún hay una parte de mí

que desea estar con él, nosotros dos, radiantes, en un mundo gris que quiere que todos sean iguales.

Empiezo a clicar en las fotos que tengo en mi ordenador portátil, tratando de encontrar una mejor que la que aparece en mi perfil; considero la posibilidad de sacarme una nueva, aunque los *selfies* siempre son horriblos y poco favorecedores, de modo que lo descarto. ¿Y si pongo una de esas «originales» en las que solo se te ve la nuca, o una foto borrosa? Puede que Sophie me haya buscado y viera la que tengo colgada, por lo que, si la cambio ahora y luego le mando una solicitud de amistad, sabrá que lo he hecho para impresionarla.

Eso me dispara las alarmas: ¿impresionarla? Dios mío, ¿es eso lo que pretendo, incluso después de todos estos años? Vuelvo la vista atrás y me queda perfectamente claro que Sophie me utilizaba para apuntalar su ego; necesitaba a alguien menos atractivo y menos genial que ella a su lado para parecer más brillante de lo que era. En su momento no supe verlo, pero luchaba para encontrar su sitio tanto como yo, solo que algunos peldaños por encima de mí. Sin embargo, el mensaje de Maria me ha llevado de vuelta al patio y a la cafetería del instituto, donde encajar lo es todo y la amistad se vive a vida o muerte. Mis éxitos profesionales, mis amigos, mi hijo, la vida que he construido..., todo parece edificado sobre arenas movedizas. Mis pies siguen resbalando, y soy consciente de lo poco que me costará caerme.

Al final decido dejar la foto actual y enviar la solicitud de amistad sin mensaje, después de algunas deliberaciones. Al fin y al cabo, ¿qué diablos iba a decirle? «Hola, Sophie, ¿qué tal te ha ido durante los últimos veintisiete años?». Suena un poco raro. «Hola, Sophie, he recibido una solicitud de amistad de Facebook de nuestra compañera de instituto, que lleva muerta mucho tiempo. ¿La has recibido tú también?». E incluso más raro si no la ha recibido.

Estoy sentada a la mesa de la cocina, mordiéndome la parte interna de la boca, con los ojos fijos en el icono de «notificaciones». Al cabo de dos minutos, aparece un «1» y me apresuro a clicar sobre él. Sophie Hannigan ha aceptado tu solicitud de amistad. Naturalmente, es la clase de persona que siempre está conectada a Facebook. No me ha mandado ningún mensaje, lo cual me hace sentir un poco mal y me inquieta, pero aun así reviso su perfil.

Aunque no me da muchas pistas sobre cómo es realmente su vida, sí me dice mucho sobre cómo quiere que la vea la gente. Cambia su foto de perfil una o dos veces por semana, una interminable sucesión de halagüeñas imágenes acompañadas de los inevitables cumplidos de amigos de ambos sexos. Uno de sus amigos, Jim Pett (casado, al parecer), las comenta todas: Me lo montaría con ella, dice en una de ellas; Ya lo he hecho, escribe acerca de otra. Oh, Jim, tienes que moderar el tono, le responde ella, falsamente disgustada, porque en realidad le encanta.

Soy consciente de que Facebook presenta una versión idealizada de la vida, editada y preparada para mostrarle al mundo lo que queremos que vea. Y, aun así, no puedo evitar las punzadas de envidia que me provocan su intacta belleza, sus fotos, los escenarios exóticos, los comentarios, su bulliciosa vida social, su amplio círculo de exitosos amigos... Sin embargo, no hay ninguna mención a una pareja, ni ninguna pista sobre posibles hijos, y al final acabo juzgándola un poco por eso. Al parecer, incluso después de la experiencia que he vivido, aún lo considero una prueba del éxito de una mujer: encontrar pareja, formar un hogar.

Cuando me dispongo a mandarle un mensaje, me paraliza la indecisión. ¿Cómo puedo explicar lo que ha ocurrido? Pero ¿con quién más puedo hablar sobre ello? En su momento podría haberlo hablado con Sam, pero eso ya no es posible. Decido no complicarme la vida y tratar de parecer despreocupada: ¡Hola, Sophie, ha pasado mucho tiempo!, escribo, encogiéndome por la desesperación que seguramente ella detectará en cada una de mis palabras. ¡Al parecer, ambas vivimos en Londres! ¡Me encantaría verte algún día! Demasiados signos de exclamación, pero no se me ocurre otra forma de transmitir despreocupación. Es evidente que no debería haberme preocupado por eso, porque su respuesta me llega inmediatamente.

¡Hola! ¡¡Me alegra saber de ti!! ¡¡Me encantará verte!! ¿Vas a asistir a la reunión?

¡Eso espero!, escribo, deslizando los dedos por las teclas. Siempre puede surgir un problema de agenda, ¡pero sería genial volver a ver a todo el mundo!

Soy consciente de la falta de correspondencia entre la alegría de mi tono y la confusión y la angustia que experimento al escribir. En mi cabeza, una voz (probablemente la de Polly) me dice que pare, que me olvide de la reunión, pero no puedo hacerlo.

¡Lo sé! ¡¡Va a ser genial!!, responde ella.

Dios mío, los signos de exclamación me están matando. No puedo hacer esto por correo electrónico; necesito verla. Me armo de valor y sigo escribiendo.

Será genial ponerse al día antes de la reunión...
¿Te apetece quedar para tomar una copa?

Pulso la tecla de enviar antes de plantearme la posibilidad de cambiar de opinión. Hasta ahora, los mensajes han salido y han llegado como si nada, pero después de mandar este último hay una pausa un poco más larga. Contengo la respiración.

Claro, ¿por qué no? ¿Por qué no te pasas por mi casa para tomar algo...? ¿Qué tal el próximo viernes?

Suelto una exhalación, temblando. Me incomoda un poco ir a verla a su casa... Habría preferido un sitio neutral, pero no puedo seguir así mucho más tiempo, de modo que acepto. Me da su dirección, un apartamento en Kensington. Nos despedimos, ella con una retahíla de iconos de besos y caras sonrientes y yo con un par de tímidos besos. Al cabo de un momento me llega una nueva notificación. Me han etiquetado en un *post* de Sophie Hannigan: ¡Estoy ansiosa por ponerme al día con mi antigua compañera de instituto Louise Williams el viernes por la noche! Clico el icono de «me gusta» con la mano temblorosa. Me alegro de que este primer contacto con Sophie haya sido virtual, porque así tendré tiempo de serenarme a solas.

«Ahora soy una mujer adulta –pienso–. No necesito su aprobación», aunque ni yo misma me lo creo.

Fuera está anocheciendo. Cierro el ordenador portátil y me quedo sentada a la mesa de la cocina, quieta, durante un buen rato. Primero la solicitud de amistad de Facebook, luego la reunión y ahora el encuentro con Sophie... Me siento como si estuviera dando un paseo, o en un viaje al que nadie me preguntó si quería ir. Aunque estoy muy sorprendida por el giro de los acontecimientos, en cierto modo siempre he esperado que esto sucediera, o algo así. No sé quién está al volante ni hacia dónde nos dirigimos, pero las ruedas han empezado a moverse y no sé cómo detenerlas.

Capítulo 4

2016

Me doy cuenta de que la foto ha desaparecido justo antes de que suene el timbre.

Normalmente está en la parte superior de la estantería que hay al lado del frigorífico: un *selfie* de Henry y yo en la playa, enmarcado por un cielo increíblemente azul, en el que aparecemos con los ojos cegados por el sol. La estantería también sirve de sala de espera de facturas pendientes de pago, cartas de la escuela, listas de la compra y notas garabateadas con las cosas que debo hacer. Sabía que adaptar mi vida a la de una mujer y madre separada y trabajadora sería emocionalmente duro, pero el día a día me pilló por sorpresa. A veces me agarro a la vida con las uñas, siempre unos segundos antes de caerme.

Dejo a Henry sentado a la mesa, metiéndose uno a uno en la boca los trocitos de pasta que pincha con el tenedor, y abro la puerta.

–Llegas temprano.

–Sí, bueno, aunque he hecho de canguro de Henry un millón de veces, sé que me vas a dar una lista de instrucciones tan larga como mi brazo: libro favorito actual, ángulo exacto en que le gusta que la puerta se quede abierta, orden y colocación de los peluches... Esas cosas llevan su tiempo. ¿Puedo pasar?

–Lo siento.

Doy un paso atrás y Polly entra, quitándose una enorme bufanda a rayas que tiene prácticamente la misma longitud que su cuerpo y el abrigo de Puffa. Luego, se desabrocha unas botas de cuero que le llegan a la rodilla, debajo de las cuales lleva unas mallas grisáceas que no hacen juego con sus calcetines. Entre las dos prendas queda al descubierto una franja de pierna sin depilar.

-¿Qué tal todo? -le pregunto, colgando su abrigo y su bufanda.

-Oh, lo de siempre. El trabajo es una pesadilla. Hiciste muy bien largándote de allí y estableciéndote por tu cuenta.

Casi siempre ha dicho lo mismo cada vez que nos hemos visto desde que dejé Blue Door Interior Design hace tres años, aunque ambas sabemos que ella se volvería loca si se pasara un solo día sola en casa como yo, con únicamente algún esporádico encuentro para romper la monotonía. A ella le encanta hablar, los chismes de la oficina y el ambiente que se comparte con los colegas en un trabajo exigente y agotador. En cambio, yo no lo echo de menos ni un poquito. De vez en cuando salgo a tomar una copa con algunos de mis antiguos compañeros, pero, aparte de Polly, no describiría a ninguno de ellos como un amigo.

-Lo sé, aunque a veces me gustaría tener a alguien más con quien compartir la carga -digo, bajando intencionadamente un hombro mientras nos dirigimos a la cocina.

Polly sonrío. Siempre trato de convencerla de que deje Blue Door y se asocie conmigo. Podríamos aceptar parte del trabajo que yo me veo obligada a rechazar.

Al principio fue duro trabajar sola, pero parecía el momento oportuno para hacerlo. Henry tenía casi un año y debía reincorporarme a Blue Door después de tomarme el período máximo de baja por maternidad. La idea de volver a trabajar a jornada completa y estar ya fuera de casa cuando Henry se despertara, me sobrecogió. Sam estaba preocupado por cómo íbamos a organizarnos cuando yo volviera al trabajo. En realidad, él quería que yo dejara de trabajar, pero económicamente no era factible. Y, de hecho, yo estaba lista para reincorporarme a mi trabajo, pero no para unirme de nuevo a una carrera de locos. Creo que ambos pensamos que llevaríamos una vida más tranquila si hacía mi trabajo desde casa, progresando poco a poco. Sin embargo, no fue así.

Me puse en contacto con alguien con quien había trabajado hacía unos años, Rosemary Wright-Collins, y resultó que estaba buscando a alguien que se ocupara de diseñar el interior de todas sus propiedades. Rosemary es una agente inmobiliaria con un gusto exquisito y una abultada cartera, y fue una auténtica suerte conseguir que fuera mi primer cliente. Eso, y que aún siga

llamándome para cada proyecto que asume, me hace sentir muy orgullosa. Incluso ha escrito un elogioso comentario para mi página web. Sin embargo, eso significó que tuve que retomar el trabajo a toda marcha, cuidar de Henry y cambiar de nuevo el chip a modo profesional.

–Caro me está volviendo loca –continúa Polly–. Se ha echado un nuevo novio, y me llama cada diez minutos para preguntarme qué creo que significan los mensajes de texto que le manda, qué ropa debería ponerse o si debería depilarse el chisme. No sé qué he hecho para merecer una hermana así. A ver, por el amor de Dios, ¿cómo voy a saber si las mujeres de hoy en día se depilan el chisme? Aaron se pondría tan contento si algún día quisiera practicar sexo que no creo que le importara que estuviera cubierta de un fino vello de la cabeza a los pies... ¡Henry! ¿Cómo está mi chico favorito?

Polly se agacha y le da un beso en la cabeza.

Henry sonríe a través de la salsa de tomate.

–Hola, Polly.

–Lleva todo el día esperando a que vengas –digo–. Al parecer, le lees más cuentos que yo.

–Bueno, Thomas y sus amigos son totalmente nuevos para mí, porque a las chicas nunca nos ha interesado. ¿Tienes alguno nuevo, H?

El rostro de Henry se ilumina.

–¡Sí! Papá me compró tres libros nuevos de Thomas: Charlie, Arthur y Diesel. ¿Me los vas a leer?

–¡Por supuesto! ¡A eso he venido!

–¿Mamá? ¿Puedo ir a buscarlos?

–Si ya has comido bastante pasta, sí. Pero antes déjame hablar un poco con Polly. Cuando me haya ido, ella te leerá todos esos libros.

–Escúchame, H, ¿por qué no montas una enorme vía de tren mientras hablo con mamá y luego jugamos con ella cuando se haya ido? ¿Vale?

–¡Vale! –exclama Henry, rebotando de una alegría visible ante la perspectiva de salir corriendo de la cocina, montando ya mentalmente la vía de tren.

Polly se sienta a la mesa y se lleva a la boca un poco de pasta fría del plato de Henry. Me arrodillo en el suelo, junto a la estantería, y al retirarla ligeramente de la pared, su contenido se tambalea precariamente en los

estantes. Paso la mano por el suelo, por detrás, para asegurarme, pero no hay nada.

–¿Qué estás haciendo?

–Pues que aquí había una foto... Ya sabes, esa tan bonita en la que Henry y yo estamos en la playa.

–Ah, sí. ¿Y...? –pregunta, señalándome mientras aún estoy en el suelo.

–Ha desaparecido.

–¿A qué te refieres con desaparecido?

–Bueno, yo no la he tocado, y ya no está. Siempre está ahí.

–Tal vez le quitaste el polvo, distraída, y la pusiste en otro sitio. Ya sabes cómo eres.

–Pero ¿dónde? Este apartamento no es precisamente grande.

Hay estanterías a ambos lados de la cocina, que se ensancha ligeramente en un extremo, donde hay espacio suficiente para una mesa, al lado de las puertas que dan al patio. Y la foto no se ve por ninguna parte.

–Puede que Henry la cambiara de sitio.

–¡Sí, puede que lo hiciera Henry!

Henry aparece en la cocina con un puente de madera en una mano y un elefante de plástico cuyo tamaño es aproximadamente dos veces el del puente. Se encoge de hombros.

–No. ¿Puedo seguir montando la vía?

–Sí, claro. –Me vuelvo hacia Polly–. Bueno, entonces, ¿dónde está?

La solicitud de amistad de Maria resuena en el fondo de mis pensamientos sin parar, influyendo en mi perspectiva sobre las cosas. Hace unos días apenas le habría dedicado un segundo al asunto de la foto, e incluso ahora, mi parte racional me dice que me estoy comportando de un modo ridículo. Sin embargo, en un rincón pequeño y asustado de mi mente no puedo evitar hacerme esta pregunta: ¿ha entrado alguien en mi apartamento?

–Vamos, no te preocupes, ya aparecerá. Tiene que estar en algún sitio. A ver, cuéntame, ¿quién es esa vieja amiga del instituto con la que has quedado esta noche? –me pregunta Polly.

Lleno la tetera de agua, tratando de ganar tiempo, mientras la ansiedad por la foto desaparecida aún sigue machacando mi mente. No estoy segura de hasta qué punto quiero contarle la historia a Polly. Nunca he hablado con ella

(en realidad, no he hablado con nadie) de lo que le ocurrió a Maria. Es demasiado fuerte, demasiado difícil de sobrellevar. No sé cómo mover la lengua para encontrar la forma adecuada de contarlo. Esa fue una de las razones por las que resultó un alivio estar con Sam. Nunca tuve que explicárselo, porque él estaba allí. A veces me pregunto si hubiese aguantado durante tanto tiempo de no haber sido por el hecho de que él era una de las pocas personas que sabía lo que yo había hecho. Había visto lo peor de mí y, aun así, a su manera, me amaba.

–Oh, solo es una chica con la que dejé de relacionarme hace años. Me contactó por Facebook y pensé que estaría bien quedar con ella para ponernos al día –digo, tratando de dar un tono despreocupado a mi voz.

Esta noche no es el momento de hablar; si empiezo a explicar lo que le ocurrió a Maria, incluso en la versión resumida que tendría que contarle a Polly, estaríamos aquí hasta mañana, y yo ni siquiera he pensado qué voy a ponerme. No puedo pedirle a Polly que me ayude a elegir, por mucho que desee hacerlo, porque entonces tendría que explicarle por qué es tan importante para mí ir elegante esta noche.

–Eso es genial –dice Polly.

Ella siempre me insiste en que debería salir más a menudo, quedar con otros amigos. Piensa, probablemente con razón, que los he descuidado en mi afán por concentrarme en Henry desde que Sam y yo cortamos. La única que no ha desaparecido de mi vida es ella, porque se niega a hacerlo.

–Entonces, esa mujer con la que te vas a ver también debió de conocer a Sam, ¿no? –continúa Polly, frunciendo el ceño.

–Sí, por supuesto.

–¿Y sabe que él te dejó por esa..., esa... *fulana*?

La ira de Polly por la forma en que Sam me trató y el desprecio que siente por Catherine, su nueva esposa, más joven que yo, no tiene límites.

Siento un profundo aprecio por Polly. Ella y Aaron y Sam y yo nunca llegamos a ser dos parejas de verdaderos amigos, más allá de algunas ocasionales cenas compartidas. Yo deseaba que fuéramos algo más que un grupo, como otras parejas a las que conocía y que se iban de vacaciones juntas, pero me alegro de que Polly esté a mi lado y de que nunca llegara a cuajar una amistad entre Aaron y Sam.

–Ni siquiera sé si sabe que Sam y yo nos casamos –digo–. Aunque no me sorprendería que conociera toda la historia; en el instituto siempre estaba al corriente de todos los chismorreos.

Bueno, toda la historia no. Nadie la conoce. Ni siquiera Polly.

–Humm... Vale. Bueno –dice Polly, y sé que sea lo que sea lo que viene a continuación, es algo que ella ha decidido decirme antes de llegar–, ¿has pensado en lo que hablamos, las citas por internet?

–No sé, Polly. No estoy segura de estar preparada para conocer a alguien. –Me entretengo más tiempo del necesario buscando las bolsitas de té en la despensa–. Ya sabes que debo concentrarme en Henry y en mi trabajo. No tengo mucho tiempo para nada más.

El problema no es el tiempo. Soy yo. Creo que estoy desorientada. Después de todos esos años con Sam, no tendría ni idea de cómo abordar una nueva relación.

–¡Esa es justamente la razón por la que deberías hacerlo! Necesitas algo más, algo que sea solo para ti. Entiendo perfectamente por qué has tenido que dedicar todas tus energías a Henry, sobre todo teniendo en cuenta que ha empezado a ir a la escuela este año, pero ya han pasado dos años desde que Sam te dejó. Eso es mucho tiempo, Lou.

Parece que fue ayer. El dolor ha remitido un poco, pero aún sigue ahí, como el hueco donde antes había estado un diente que te han extraído. Algunos días no me acuerdo, pero hay otros en los que no puedo evitar pasar la lengua por él para comprobar lo mucho que aún sigue doliendo. Da igual cómo fueran las cosas al final, porque no puedo olvidar que nos sentimos como un solo ser y no como dos personas distintas, cómo nos engullimos mutuamente, los momentos en que me veía reflejada en sus ojos, mejor de lo que jamás me había visto a mí misma. Cómo solíamos serlo todo el uno para el otro, sin necesitar a nadie más. Ahuyento estos pensamientos para volver con Polly.

–Lo sé –digo a regañadientes–. Probablemente tengas razón. Estoy bien sola. Mejor, incluso.

–Bueno, está claro que estás mejor sola que con él. Pero podrías estar mejor, podrías ser feliz. Te mereces un poco de diversión y estar con alguien

que te trate bien, para quien tú seas lo más importante. Alguien que cuide de ti.

–Sam hacía todo eso –digo a la defensiva.

A veces pienso que Polly olvida lo felices que éramos Sam y yo hasta hace unos años, cuando las cosas empezaron a ir mal. Lo mucho que él me amaba; lo mucho que me necesitaba, incluso. Cuando Sam tenía dieciséis años no parecía necesitar a nadie. Tenía mucha confianza en sí mismo, rozaba casi la arrogancia, aunque en ese momento yo nunca lo hubiera dicho. Mantuve en secreto la devoción que sentía por él porque temía que despreciara una emoción tan infantil. Sin embargo, diez años después, cuando volvimos a vernos, él había cambiado: era más sumiso, un poco más vulnerable. Algo en él reaccionó, y se mostró agradecido por la adolescente adoración incondicional que aún seguía teniéndole.

–¡Oh, Dios mío! –exclama Polly–. ¿Por qué sigues defendiéndolo? Lo que te hizo estuvo muy mal.

–Sí, lo sé. Pero no fue del todo culpa suya.

–¡Por supuesto que lo fue! ¡Fue totalmente culpa suya!

Polly recoge su pelo rebelde en una cola y lo mueve, frustrada. Esta conversación ya la hemos tenido antes en muchas ocasiones, y ambas sabemos que nunca nos pondremos de acuerdo, de modo que vuelvo sobre el otro asunto.

–Entonces... A ver, lo de las citas por internet, ¿qué podría decir sobre mí?

–¡Ajá! Por eso no debes preocuparte. –Polly sonrío, con el aire de un jugador de póquer sacándose un as de la manga. Una de las muchas cosas que me gustan de ella es su incapacidad para albergar resentimiento. Puede estar muy enfadada contigo durante un minuto, pero si la haces reír se olvida de todo–. Es una página en la que una amiga tuya cuelga tu perfil... Lo escribe, define el tipo de hombre que buscas, todo... Tú solo tienes que sentarte a esperar a que te lleguen las proposiciones.

–¿Y esa amiga sería...?

Sonrío, aplastando las bolsitas de té contra el interior de las tazas y añadiendo un poco de leche.

–¡Tachán! –Polly coloca las manos con las palmas abiertas a ambos lados de su rostro–. En serio, ¿qué tienes que perder?

No se trata tanto de lo que tengo que perder como de lo que potencialmente puedo ganar. ¿De verdad quiero abrirme a la posibilidad de volver a sufrir? He trabajado muy duro para llegar a donde estoy ahora, para ser independiente, autosuficiente, solo Henry y yo, felices en nuestra pequeña burbuja. Asegurarme de que Henry está bien ha sido mi única preocupación aparte del trabajo, y aunque hay días en que desearía poder retroceder en el tiempo, lo cierto es que estoy bien: me encuentro mejor, soy más feliz. Me da miedo pensar que estoy «estropeada». Una expresión que oía decir a mi madre cuando yo era pequeña resuena en mi cabeza: «Mercancía estropeada».

–Vale, no te enfades –continúa Polly–, pero te he creado un perfil en esa página. ¿Por qué no le echas un vistazo, a ver qué te parece?

Polly coge mi ordenador portátil, que está en el otro lado de la mesa.

–Espera.

Me inclino hacia delante y se lo arrebató. La página de Facebook de Maria sigue abierta.

Polly retira la mano, confundida.

–El perfil aún no ha sido activado. He esperado a que lo puedas revisar antes de hacerlo.

–Oh, no, perdona, no es eso –digo abriendo la tapa del ordenador, esperando que Polly no haya notado el leve temblor de mis manos–. Lo que pasa es que el ordenador tiene una contraseña. Ahora lo desbloqueo.

Pulso algunas teclas al azar, fingiendo escribir una clave, y, después de cerrar Facebook, le paso el ordenador portátil a Polly. Ella abre una nueva ventana y teclea durante unos segundos.

–Vale, aquí estás: Mujer independiente y divertida busca hombre de similares características, 35-50 años, para dar paseos por el campo, compartir deliciosos almuerzos y para salir por la noche o disfrutar de la intimidad.

–Odio pasear por el campo.

–Lo sé, pero aquí a todo el mundo parece gustarle, por lo que he pensado que tendrás más oportunidades si dices que te gusta.

–Bueno, vale... ¿Y los deliciosos almuerzos? ¿No pensarán que es una forma de advertirles de que estoy muy gorda?

–Verán tu foto y sabrán que no lo estás. Mira.

Polly clica en la foto. Ha seleccionado una que no había visto hasta ahora, tomada en una barbacoa que Aaron y ella organizaron en su casa el verano pasado. Llevo un vestido de algodón estampado y gafas de sol. Tengo una copa de vino en la mano y me estoy riendo. Mi aspecto es desenfadado y feliz. No parezco yo.

–¿Y bien? –pregunta Polly, esperanzada–. ¿Puedo activarlo?

–¡Oh, por Dios! Hazlo.

Polly nunca cejará en su empeño, y supongo que no tiene nada de malo estar en ese sitio web. Después de todo, no tengo por qué acudir a ninguna cita.

–¡Bien! –exclama Polly muy contenta, clicando en la página–. Vale, ve a vestirte. Yo me ocupo de esto y luego me voy a jugar con Henry. Te he creado una nueva cuenta de correo en la que recibirás todas las respuestas, ¿de acuerdo? Así no habrá interferencias. Te mandaré los detalles a tu correo electrónico de siempre.

Me pruebo uno de mis cinco «mejores» vestidos, pero me veo demasiado arreglada con todos ellos, como si quisiera impresionar a alguien, de modo que al final me decido por una falda vaquera informal pero moderna, unas mallas y un jersey de cuello redondo. Henry y Polly están absortos en un dramático choque de trenes cuando asomo la cabeza por la sala de estar para decirles que ya me voy, pero Henry sale disparado hacia mí para dar a nuestra despedida la solemnidad que cree que requiere. Las despedidas son un asunto muy serio para él; no hay que tomárselas a la ligera.

Mientras me dirijo hacia la estación de Crystal Palace, el móvil empieza a vibrar en mi bolsillo. Lo saco y compruebo, inquieta, que me ha llegado una notificación de Facebook. Cuando clico en el icono, veo que solo es una actualización de estado de Polly. Divirtiéndome emparejando y viviendo indirectamente a través de Louise Williams en matchmymate.com, ha escrito, etiquetándome para que el comentario también aparezca en mi página. Gracias por contárselo a todo el mundo, le respondo, añadiendo una cara sonriente para que sepa que no estoy enfadada. Al parecer, hoy en día todo el mundo parece tener citas por internet, por lo que me da igual que mis amigos lo sepan. Pienso con una sonrisa en la reacción que algunos de ellos tendrán al *post* de Polly, y ya estoy esperando sus comentarios. Me doy cuenta, con

cierta sorpresa, de que he estado buscando una forma de recuperar mi vida. Y puede que sea esta.

Capítulo 5

2016

Mientras hurgo en el bolso en busca de la tarjeta Oyster, tengo la sensación de que alguien me está vigilando.

No hay nada concreto que me induzca a pensarlo; se trata tan solo de una sensación, un hormigueo en la nuca. Echo un vistazo a mi alrededor, pero la estación está llena de pasajeros que deben coger el tren para volver a su casa y de londinenses que se dirigen al centro de la ciudad para salir por ahí. Hago un esfuerzo por obligarme a respirar con normalidad; mi reacción es exagerada, estoy dejando volar mi imaginación. Sin embargo, mis manos se mueven frenéticamente dentro del bolso, y su tensión se desplaza por los brazos hasta los hombros, encorvados como si estuviesen preparándose para un ataque.

Miro a mi alrededor, pasando por alto a los hombres y concentrándome en buscar a mujeres de mi edad. ¿Podría ser ella esa mujer vestida con un carísimo abrigo de color marrón que está de pie en la entrada? Saca un espejo del bolso y se vuelve ligeramente hacia mí mientras revisa su maquillaje bajo la fría luz de los fluorescentes. No, definitivamente no es ella; soy consciente de que se trata de un ejercicio inútil. La imagen mental que tengo de Maria es de hace varias décadas, y quién sabe qué golpes le habrá dado la vida si de algún modo consiguió sobrevivir. Aunque las posibilidades de reconocerla son escasas o nulas, sigo recorriendo el vestíbulo con la mirada: no es ella..., no es ella..., no es ella.

Paso el control a toda velocidad y me dirijo hacia las escaleras casi a la carrera, intentando fingir que tengo prisa por tomar el metro y que no estoy huyendo de algo o de alguien. Llego al andén sin aliento, más rápido que una orden de ejecución, y me abro paso hasta el otro extremo entre los pasajeros

que esperan. Mi respiración entrecortada es visible en el aire oscuro que me rodea. Un chorro de sudor se desliza por mi espalda. Aún faltan cinco minutos para que llegue el metro. Me coloco cerca de la pared, apretando el bolso contra mí, mientras recorro el andén con la mirada. Cuando llega el metro, subo y avanzo rápidamente hacia el primer vagón y paso por el segundo, parándome en la plataforma, al lado del lavabo. Me quedo allí un momento, tratando de recuperar el aliento, pero entonces se abre la puerta electrónica del lavabo y veo a un joven que está vomitando en el inodoro. Me estremezco y vuelvo al segundo vagón, tomando asiento junto a la ventanilla. Apoyo la cabeza en el cristal y cierro los ojos durante un segundo, antes de ver las casas que se deslizan ante mí; a través de las ventanas iluminadas se intuye una acogedora vida familiar. Me doy la vuelta cuando noto que alguien ocupa el asiento de al lado. Es una chica joven que habla por el móvil a toda velocidad, con voz enojada. Ni siquiera se ha dado cuenta de que estoy ahí.

En Victoria cruzo el vestíbulo, tratando de mirar hacia delante, diciéndome que mi comportamiento es absurdo. Aun cuando alguien me estuviera siguiendo, estoy en una estación abarrotada de gente. Estoy a salvo. Me uno a la multitud que desciende hacia el metro y me quedo en el andén. Estamos tan apretados que solo puedo ver a la gente que está más cerca de mí; todos los demás son solo un mar de cuerpos calientes, con las mejillas aún rojas y frías por el aire gélido de la calle, que sudan bajo sus abrigos de invierno. Es imposible que alguien siga observándome. Hay demasiada gente.

Cuando el metro llega a South Kensington, me he convencido de que he sido víctima de una paranoia. He dejado que el miedo que sentí al ver la solicitud de amistad de Maria se superpusiera en mi vida como un filtro de Instagram, volviéndolo todo de un color más oscuro. Nadie me está siguiendo. Subo como el resto de la gente las escaleras mientras noto que el nudo que tenía en el estómago se afloja un poco. El camino más fácil hasta el apartamento de Sophie, el que pensé seguir cuando comprobé su dirección, es recorrer el túnel que discurre por debajo de las calles que llevan a los museos. Durante el día está lleno de gente: familias que van a ver los dinosaurios al Museo de Historia Natural, turistas que se dirigen al V&A... Sin embargo, ahora, aunque no está desierto, es silencioso. Considero la posibilidad de

seguir a la mayoría de la gente que sale corriendo por la entrada principal, pero al final me regaño mentalmente a mí misma. Me he dejado llevar por el miedo. Estoy siendo ridícula. Decido tomar el túnel.

Cuando estoy a mitad del túnel, oigo ruido de pasos. Veo a un hombre que se encuentra a unos cincuenta metros delante de mí. Por lo demás, estoy sola, aparte de quien esté detrás de mí. Acelero un poco el paso, espero que no mucho, para que no se note. Sin embargo, estoy segura de que esos pasos hacen lo mismo que yo. Resuenan por el túnel. Son de zapatos, no de zapatillas. Acelero un poco más. Los zapatos también. Me arriesgo a echar un vistazo a mis espaldas y veo una figura vestida con un abrigo negro y la cabeza cubierta con una capucha. No me atrevo a mirar durante mucho tiempo, por lo que no soy capaz de decir si es un hombre o una mujer. Falta poco para llegar al final del túnel. Necesito salir a la calle, donde hay coches y gente. Me pongo a correr, y la figura que está detrás de mí hace lo mismo. Mi bolso se mueve hacia arriba y hacia abajo, y la bolsa que llevo en la mano con una botella de vino que tardé cuarenta minutos en elegir anoche en el supermercado choca contra mi pierna a cada paso que doy. La sangre hierve en mi cabeza y noto que mi pecho está ardiendo. Por fin veo la salida, donde hay un grupo de mujeres vestidas con trajes charlando y riéndose que se dirigen hacia mí. Ralentizo el paso, respirando pesadamente. Una de las mujeres me mira, preocupada.

–¿Se encuentra bien?

Fuerzo una sonrisa.

–Sí, estoy bien. Es que... tengo prisa.

La mujer sonrío y retoma su conversación. Después de que las mujeres hayan pasado a mi lado y estoy cerca de la salida, miro hacia atrás. No hay ni rastro de la figura vestida con el abrigo negro; no hay nadie salvo el grupo de mujeres, cuyas risas resuenan en el túnel.

Una vez en la calle, me apoyo en una pared un momento hasta que recupero el aliento, que se había convertido en jadeos de pánico. La calle, totalmente iluminada, está llena de gente, de coches y de vida. De pronto, pienso que mi miedo es desproporcionado. ¿Qué imaginé que iba a ocurrir?

Me obligo a revisar el plano en el móvil y empiezo a caminar en dirección al apartamento de Sophie. Las piernas aún me flaquean. Avanzo junto a una

hilera de elegantes casas de estilo georgiano de color crema, con verjas negras de hierro forjado y macetas perfectamente cuidadas. En general, lo que haría sería mirar con envidia a través de las enormes ventanas de guillotina para ver los muebles antiguos y las chimeneas cuidadosamente restauradas, y pensar que, en comparación, mi apartamento era pequeño y modesto. Algunas de las casas aún siguen siendo una única vivienda, con el sótano reconvertido en una acogedora, pero costosa cocina, con espacio para un sofá blando y la obligatoria isla. Sin embargo, hoy no soy capaz de concentrarme en nada salvo en Maria.

La gente que acaba de salir del trabajo pasa junto a mí vestida con sus uniformes diurnos, abrigada para protegerse del viento helado, corriendo hacia sus casas para darse un baño caliente, acomodarse en sus cálidas estancias y disfrutar de la cena que les han preparado sus seres queridos. Paso junto a un grupo de adolescentes vestidas con monos Onesie y botas de piel de oveja, con rulos enormes en el pelo. Están bailando juntas, ajenas al frío, cogidas del brazo, riéndose históricamente. Siento una punzada de envidia mezclada con vergüenza, y de repente siento deseos de estar acurrucada en el sofá, leyéndole un cuento de Thomas y sus amigos a Henry.

Cuando estoy frente al portal de Sophie, levanto la vista hacia las ventanas iluminadas que hay tras las persianas de plantación, firmemente cerradas para evitar que entre la luz. Me tomo un momento para arreglarme y a continuación pulso el timbre de la planta de arriba. Unos segundos después se oye ruido de pisadas y una figura va cobrando forma gradualmente a través del cristal policromado de la puerta principal. Entonces se abre la puerta y ahí está ella. Nos miramos durante un par de segundos, sin saber, aparentemente, cómo manejar la situación, hasta que ella muestra una sonrisa que ilumina cada rincón de su hermoso rostro.

-¡Louise!

Hace la intención de darme un beso en la mejilla pero se lo piensa mejor y me atrae hacia ella, envolviéndome en sus brazos, en su perfume, en su personalidad. Me abruman los recuerdos y las sensaciones. Los años transcurridos, durante los cuales me he esforzado tanto en olvidar, se esfuman y por un momento vuelvo a tener dieciséis años y a sentirme torpe, en conflicto, intensamente viva.

De cerca, ella no es la resplandeciente criatura de las fotos de Facebook, pero casi. Con una flagrante indiferencia hacia las inclemencias del tiempo, va descalza, viste unos vaqueros muy finos, un top plateado de gasa y en el cuello luce un grueso collar. Estaba razonablemente convencida de mi atuendo cuando me miré en el espejo antes de salir de casa, pero ahora me veo desaliñada.

–¡Hola, hola! –exclama–. ¡Me alegro muchísimo de verte!

Cuando habla, también emplea signos de exclamación.

–Yo también –consigo decir–. Tienes un aspecto estupendo. ¿Cómo estás?

–Oh, estoy bien, muy bien, muy bien, muy bien –balbucea, tirando de mí hacia el espacioso pasillo con paredes revestidas de azulejos, mientras me observa con la cabeza ladeada–. ¡Dios, estás exactamente igual!

Arriba, en la última planta, el ambiente es casi sofocante. Noto que el sudor empieza a empapar la tela que me presiona las axilas y se acumula entre mis pechos. Me gustaría quitarme el jersey, pero no puedo arriesgarme a que Sophie vea las manchas oscuras bajo mis brazos.

El apartamento de Sophie es impecable, con amplias habitaciones de techos altísimos y sólidos suelos de madera, pero al mismo tiempo consigue resultar acogedor. Una extravagante araña de cristal cuelga en el centro de la sala de estar.

–El apartamento es precioso –digo, tendiéndole la botella de vino que le he traído.

–Oh, sí, gracias. Vamos a la cocina.

Sigo a Sophie hasta la cocina, pequeña pero con una decoración cara y de buen gusto. Mete el vino en la nevera y sirve dos copas de otra botella.

–¿De verdad... estás aquí?

Hay una pausa.

–Humm..., sí.

Sophie vuelve la mirada hacia la nevera, llena de fotos y de tarjetas de citas pegadas con imanes. Parece inquieta, y supongo que no está dispuesta a admitir que está soltera. A pesar de que yo me encuentro en la misma situación, una pequeña, secreta y malvada parte de mí se alegra de que ella también esté sola cuando ya ha cumplido los cuarenta.

Llevamos las copas de vino a la sala de estar y ella me hace un gesto para

que tome asiento en un extremo del sofá de terciopelo de color morado, mientras ella se acurruca en la otra punta, como un gato. El sofá es tan mullido que si quiero mantener los pies en el suelo no puedo apoyar la espalda, de modo que me balanceo en el borde sin separar las piernas, cambiando de mano mi copa de vino.

A pesar de su estudiada despreocupación, me doy cuenta de que también está nerviosa y empieza a hacerme preguntas –a qué me dedico, si me gusta mi trabajo, dónde vivo–, dejándome pocas opciones para que yo también se las haga.

–Y tus padres, ¿cómo están? –me pregunta, cuando ya hemos agotado otras posibilidades.

–Están muy bien. Aún viven en Manchester.

No hay mucho más que contar. No puede decirse que estemos peleados, porque creo que deberíamos tener una relación más cercana para que eso pudiera ocurrir. Lo que pasa es que hay un abismo entre nosotros, como lo hay entre mí y todos los que no conocen mi auténtico yo, los que no saben lo que hice.

–¿Vas mucho por allí? –continúa Sophie.

–No mucho. Es complicado, ya sabes, con el trabajo y todo lo demás.

En realidad no es tan complicado. Manchester está a tan solo un par de horas en tren de Londres. Lo cierto es que supone un esfuerzo pasar tiempo con ellos. Nuestra relación es superficial, las conversaciones pasan de puntillas por los temas, nunca sondan las profundidades. Es agotador guardar las apariencias de vez en cuando, aunque sea durante unas pocas horas.

–¿Y tus padres? –pregunto.

–Oh, ambos fallecieron. Papá murió cuando yo tenía veintiún años, y mamá hace un par de años.

Aunque el tono de su voz sigue igual de alegre que al principio, soy capaz de detectar cierta fragilidad en sus palabras.

–Lo siento muchísimo, de verdad.

–Sí, gracias. –Acepta mis condolencias educadamente–. Vamos, cuéntame más cosas sobre tu trabajo. ¿Es duro trabajar por tu cuenta?

Me extiendo hablando de los riesgos que supone tener mi propia empresa

de diseño de interiores y de los premios que he ganado, y al cabo de un rato sus ojos empiezan a ponerse vidriosos. Se espabila un poco cuando le cuento que salí en el periódico local de Sharné Bay cuando gané un premio de diseño, pero solo porque ella también apareció en el mismo periódico cuando participó en una carrera benéfica.

–¿Y tú? –le pregunto–. ¿A qué te dedicas?

–Me dedico a la moda.

–Ah, es genial. ¿Y qué haces?

–Oh, un poco de todo, ya sabes. Ventas, marketing...

Siento que, por algún motivo, está siendo deliberadamente ambigua, por lo que decido no seguir insistiendo. No me pregunta si tengo pareja o hijos. ¿Es porque sabe lo mío con Sam o porque no quiere hablar sobre su actual situación? Parece estar nerviosa, como si su incesante interrogatorio fuera una forma de mantener la conversación en el terreno que ella desea. Cuando por fin se le agotan las preguntas, se hace el silencio y me devano los sesos en busca de un nuevo tema. Sophie mira al suelo, jugueteando con su copa, inusualmente insegura.

–Es genial volver a verte, Louise –dice–. ¿Sabes? Tú eras muy importante para mí. Eras la persona con la que podía... hablar, supongo. Parecías preocuparte de verdad por mí, no como algunos de los demás.

Me quedo casi sin palabras. Seguramente fui yo la que había sacado partido de nuestra amistad en el instituto y no ella. Ella era mi billete a otro mundo, la que impidió que fuera Esther Harcourt. Si miro hacia atrás, supongo que yo fui la ferviente acólita que no cuestionaba nada y que ella necesitaba desesperadamente, pero en aquella época estaba tan ansiosa por conservarla que jamás me pregunté qué significaba yo para ella.

Empiezo a contestar, pero ella me interrumpe, como si ya se estuviera arrepintiendo de lo que acaba de decir.

–Bueno..., ¿estás nerviosa por la reunión?

Sonríe, dando la clara impresión de que es muy consciente de que me he enterado hace poco. Muy típico de Sophie. La conversación ha vuelto tan rápidamente a la normalidad que me pregunto si me he imaginado que ella había bajado la guardia.

–Sí, sí. Seguro que será genial –contesto–. Estoy ansiosa.

–¿Sabes si asistirá Sam? Me enteré de lo vuestro, una lástima. –Así pues, lo sabe. ¿Cree de verdad que es una lástima? Nunca estuve del todo segura de si hubo algo entre ellos cuando estábamos en el instituto, y una ridícula y adolescente parte de mí palpita de celos. Me mira conmovedoramente, rezumando preocupación por todos los poros–. ¿No crees que sería un poco incómodo?

–No, no pasa nada. Fue todo muy amistoso –digo, como si estuviera leyendo un guion. Podría titularlo *Mi vida como quiero que sea*. Al escuchar su nombre en los labios de Sophie, con el pasado estrechándome con todas sus fuerzas, siento que el peso que soportan mis hombros es aún mayor–. ¿Cómo te enteraste?

–Oh, ya sabes cómo son estas cosas –dice–. Aún me sigo viendo con algunos miembros de la pandilla: Matt, Claire... La gente habla. Creo que fue Matt quien me lo dijo... Asistió a tu boda, ¿verdad?

Vino solo, torpemente enfundado en su traje de trabajo, sin conocer a nadie. Recuerdo a Polly hablando con él; luego, ella me dijo que era agradable. Creo que le gustaba un poco. Antes de casarse, claro.

Me pregunto qué le diría a Sophie de Sam y de mí. No hay nadie que conozca los detalles íntimos de nuestra relación. Nadie sabe que solíamos pasar fines de semanas enteros en la cama, totalmente absortos el uno en el otro, rechazando invitaciones para quedar con amigos, siéndolo todo el uno para el otro.

–¿Tuvisteis un hijo, no?

–Sí –digo apretando los dientes–. Tuvimos un bebé. Aunque ya no es un bebé; ahora ya tiene cuatro años.

De pronto, deseo desesperadamente estar en casa, mirando a través del hueco de la puerta de la habitación de Henry para comprobar si está dormido, acercarme a darle un beso, aspirar su olor mientras duerme.

–Oh, es adorable.

Sophie no podría estar menos interesada en el tema. De todos modos, Henry es lo último de lo que querría hablar con ella.

–¿Qué sabes de Tim, Tim Weston? –pregunto, como si el nombre acabara de verme a la cabeza–. ¿Lo has visto alguna vez?

Sophie me mira con gravedad.

–No, no lo he visto desde hace años. ¿Por qué me lo preguntas?

–Oh, vi que figuraba en la lista de Facebook de los asistentes a la reunión y sé que era amigo del hermano de Matt, de modo que pensé que...

Me interrumpo. Como introducción al asunto del que quiero hablarle ha resultado ser un desastre total.

Sophie empieza a enumerar al resto de los asistentes, poniéndome al día de varios nombres de los que no he sabido nada desde que dejé el instituto en 1989. En el instituto de Sharné Bay no podían cursarse los dos últimos grados, pero aunque hubiera sido así tampoco me habría quedado, no después de lo que sucedió. Cursé los dos últimos años de instituto en una ciudad cercana para hacer el examen final de bachillerato, y cuando me fui de casa para empezar la universidad, nunca volví la vista atrás. Mis padres se mudaron a Manchester para estar más cerca de mis abuelos durante mi primer año de universidad, por lo que nunca pasé unas vacaciones en Norfolk y no mantuve el contacto con nadie, sumergiéndome con firmeza aunque sin demasiado entusiasmo en la vida universitaria. Cuando Sam y yo decidimos estar juntos había perdido totalmente el contacto con toda la gente del instituto, y aunque sabía que él solía quedar con Matt Lewis de vez en cuando, en raras ocasiones me unía a ellos.

La solicitud de amistad de Maria se asienta en mi estómago como un bocado de pasta cruda, impidiéndome participar plenamente en la conversación. Lo cierto es que no me importa demasiado, ya que apenas puedo meter baza. Tengo esa sensación que te provoca un temblor y te deja sin aliento porque sabes que en una charla está a punto de estallar una bomba, aunque tu interlocutor no tiene ni idea. Tengo el dedo en la anilla de la granada, aunque Sophie ni siquiera puede verla.

Al final hay una pausa, y aprovecho el momento para entrar en acción.

–Sophie, en realidad me puse en contacto contigo por una razón..., hay algo de lo que debo hablarte.

–¿Sí? –dice, con voz cautelosa, tomando un sorbo de vino.

–He recibido una solicitud de amistad de Facebook bastante... extraña.

–Me interrumpo para concederme unos segundos más de normalidad. En cuanto lo diga, en cuanto deje que alguien sea partícipe de esto..., sea lo que

sea, ya está, se acabó el juego. Nada volverá a ser lo mismo—. Era de Maria Weston.

No creo que me esté imaginando que Sophie palidece y que sus ojos se agrandan durante una milésima de segundo antes de que vuelva a ponerse la máscara sin ningún problema.

—Ah, ¿también la has recibido? —Se echa a reír—. ¿De la chica que se ahogó?

Así pues, no soy la única. En cierto modo, eso me reconforta. Pero no creo que ni siquiera Sophie pueda ser tan insensible como para reírse de eso. La única explicación posible es que está fingiendo indiferencia, la indiferencia que podrías sentir por una chica con la que no has tenido nada que ver, una chica cuya vida nunca se cruzó con la tuya.

—Sí, por supuesto, la chica que se ahogó.

Lo digo con más contundencia de la que pretendía, y Sophie parece sorprendida, puede que incluso un poco asustada, aunque lo disimula en seguida.

—¿Esa es la razón por la que estás aquí? —pregunta, riéndose de nuevo—. Está claro que es una broma de mal gusto, probablemente de alguien que asistirá a la reunión. Apuesto a que todo el mundo ha recibido esa solicitud.

—Supongo que sí —respondo. De hecho, esa es la suposición a la que me he aferrado durante cuatro días, como la víctima de un naufragio se agarra a una pieza rota del casco del barco—. Pero ¿quién haría algo así? ¿Y por qué me la mandaría a mí? Ni siquiera sabía que iba a celebrarse la reunión cuando recibí la solicitud. Aunque, bueno, supongo que es evidente.

—¿Evidente? ¿Por qué? —me pregunta Sophie levantándose del sofá.

Se sirve otra copa de vino de la botella que hay encima de la mesita sin ofrecermela a mí. Se sienta en el sillón que hay al otro lado de la mesa y toma un sorbo de vino, su rostro oculto en la penumbra.

—Ya sabes... La forma en que la traté... y lo que hicimos... —aventuro—. Aunque casi nadie lo sabía. ¿O sí?

—No sé de qué me estás hablando, Louise. Apenas la conocía.

Sophie coloca la copa de vino con firmeza sobre la mesita.

Apenas puedo creer lo que estoy oyendo. Llevo los últimos veintisiete años viviendo a la sombra de lo que hicimos, de lo que hice. Evidentemente, he

seguido adelante con mi vida, he estudiado y he trabajado, he ido de compras y he cocinado; he sido amiga, hija, esposa y madre. Y, aun así, todo este tiempo, en lo más profundo de mi mente, ese imperdonable acto ha estado ahí, aplastado, exprimido, compartimentado, pero siempre ha estado ahí. La incomodidad que he sentido durante toda la noche remite, sustituida por el enfado. Pensé que podría hablar de esto con Sophie.

–¡Por supuesto que la conocías! Y sabes lo que hicimos: convertimos su vida en un infierno. ¿Qué me dices de aquella noche, la de la fiesta de graduación?

–Sinceramente, no sé a qué te refieres –dice con rotundidad, poniéndose de pie y cogiendo su copa. Se inclina y coge la mía, aunque aún queda un poco de vino, y se dirige hacia la puerta de la cocina, con una copa en cada mano–. Escucha, ha sido genial volver a verte, pero me temo que tendré que dejarte. ¡Ah! –Se interrumpe cuando suena el timbre–. Debe ser Pete.

–¿Quién? –pregunto, confundida.

Quería hablarle de la foto desaparecida y contarle que pensé que alguien me seguía durante el trayecto hasta su casa.

–Pete..., mi cita –contesta ante mi rostro inexpresivo–. Lo siento, dije que nos veríamos para tomar una copa rápida, ¿no? Estoy segura de que te dije que no podía quedarme contigo toda la noche.

Sophie deja las copas, se mira en el espejo bañado en oro que hay encima del sofá, se sacude el pelo sobre los hombros y da un ligero traspié en las escaleras. ¿Cómo es posible que aún pueda hacerme sentir como me siento? Debería estar furiosa por su grosería, pero, sin embargo, me siento estúpida y avergonzada. Escucho una voz de hombre y a Sophie riéndose, y acto seguido los pasos de los dos subiendo las escaleras.

–Esta es mi amiga Louise.

–¡Oh! Lamento interrumpir –dice el hombre con expresión incómoda.

Tendrá cuarenta y pocos años, es de estatura mediana y tiene el pelo canoso pero muy cuidado. No es exactamente guapo, pero se le ve seguro de sí mismo. Viste ropa informal: vaqueros negros y una camisa vaquera azul desteñida debajo de un abrigo de lana oscuro.

–Oh, no, no pasa nada... Louise ya se iba, ¿verdad?

Me levanto del sofá, ruborizada. Recojo el bolso de un modo que parece

innecesariamente atolondrado.

–Sí, no te preocupes –digo dirigiéndome a él–. Solo hemos tomado una copa rápida. Tengo que ir a otro sitio. Encantada de conocerte.

Le ofrezco la mano al hombre, que me la estrecha durante unos segundos demasiado largos.

–Te acompaño hasta la puerta –dice Sophie, guiándome enérgicamente fuera del salón y por las escaleras. En el pasillo, me entrega mi abrigo y abre la puerta–. Ha sido genial volver a verte –dice alegremente–. ¡Supongo que nos veremos en la reunión!

Su tono de voz es decididamente animado, aunque me doy cuenta de que no es capaz de mirarme a los ojos durante mucho tiempo. Nos despedimos rápidamente y me encuentro sola en la calle, más confusa de lo que estaba antes de entrar. Hago un esfuerzo por aceptar la reescritura del pasado que ha hecho Sophie, aunque supongo que no tiene sentido, porque yo he estado haciendo exactamente lo mismo durante años.

Camino unos pasos y luego me vuelvo para mirar atrás. A través del cristal policromado de la puerta de entrada puedo ver que Sophie no ha subido aún al apartamento, sino que se ha quedado de pie, apoyada de espaldas a la puerta, como si necesitara ese apoyo. Se queda así, totalmente inmóvil, durante treinta segundos, y entonces, tras mover el pelo con un gesto desafiante, desaparece.

Capítulo 6

1989

Sophie no mencionó a Maria durante las semanas siguientes, de modo que seguí su ejemplo y tampoco dije nada. Veía a Maria en el instituto, y aunque a veces hablábamos, las palabras de Sophie seguían resonando en mi cabeza: «Ya he oído algunas cosas sobre ella». Así pues, tampoco insistí demasiado. Vi a Maria sentada con Esther Harcourt a la hora de comer en un par de ocasiones, ambas se reían a mandíbula batiente. No había visto a Esther tan feliz desde la escuela primaria.

Tres semanas después de ese primer encuentro con Maria en la cafetería, estaba en el pasillo cuando la vi de pie, sola, al final de la cola. No me quedaba más remedio que colocarme detrás de ella, a menos que me diera la vuelta y decidiera no comer. Sophie se había ido con Claire al terminar la clase de francés sin decirme nada, por lo que deduje que era uno de esos días en que no iba a sentarse conmigo. Maria miraba hacia delante, de modo que le toqué el brazo. Dio un brinco y se dio la vuelta para mirarme.

–¡Eh, hola! –dijo con los ojos brillantes.

–Hola. ¿Cómo estás?

–Bien, gracias. Sí, estoy bien.

Vi que Sophie y Claire Barnes estaban delante de nosotras, al principio de la cola. Sophie tenía la cabeza echada hacia atrás y estaba riéndose, con su lustroso pelo descansando sobre sus hombros. De repente, sentí un arrebato de ira. ¿Por qué tenía que sentarme sola los días que ella no se dignaba a sentarse conmigo? Me volví hacia Maria y sonreí.

Cuando llegamos a la sección de postres, Maria cogió un donut y yo también. Nunca hago eso cuando estoy con Sophie. Resultó agradable poder escoger lo que me apeteciera. Maria parecía un poco avergonzada cuando

llegamos a la caja, porque tenía una de esas fichas que valen por una comida escolar gratuita, pero fingí que no me había dado cuenta.

Antes de que pudiera sugerir que nos sentáramos en otro sitio, Maria ya había dejado su bandeja sobre la mesa que había detrás de la que ocupaban Sophie y Claire, que se habían sentado con Sam Parker y Matt Lewis. Los oía hablar a todos de las drogas que habían tomado el último fin de semana. Habían estado en una de esas fiestas *rave* a las que solían ir, en una granja cerca de la casa de Claire Barnes, y en las que, aparentemente, todos tomaban éxtasis o *speed*. A mí nunca me habían invitado; de todas formas, tampoco me dejarían ir. Recuerdo que aquel día pensé que me daría mucho miedo tomar drogas, aunque una parte de mí sentía cierta curiosidad. Maria puso los ojos en blanco.

–¡Dios, qué ABURRIDA es la gente que toma drogas! –exclamó, sin molestarse en bajar la voz–. No saben hablar de otra cosa.

Puede que fuera cosa de mi imaginación, pero me dio la impresión de que la espalda de Sophie se puso rígida.

–¿Alguna vez has tomado algo? –me preguntó Maria.

–He probado la marihuana –dije en voz baja, casi en un susurro–. En realidad no sentí nada, solo me sentó mal.

–A mí me ocurrió lo mismo –repuso Maria, sonriendo–. Como ya te he dicho, un *aburrimiento*.

Me dio un ataque de risa, y al cabo de un momento no podíamos parar de reírnos, aunque ninguna de las dos sabía por qué. Vi a Sophie mirando de reojo un par de veces, pero ni siquiera eso pudo detenerme. Cuando por fin nos calmamos, Maria dijo:

–Si te apetece, hoy sí puedo ir a la ciudad después de clase. Mi hermano no viene a recogerme.

Lo dijo sin intención, aunque pude captar la esperanza en su voz.

–¡Sam! –oí que gritaba Sophie detrás de nosotras, entre burlona y horrorizada.

Miré disimuladamente y la vi reírse con voz artificialmente alta mientras empujaba el brazo de Sam. Él le cogió la mano y la sacudió detrás de la espalda de Sophie, sonriendo con indolencia y mirándola fijamente a los ojos mientras ella trataba inútilmente de zafarse de él.

–¿Por qué no alquiláis una habitación? –les dijo Matt Lewis, bromeando, aunque pude ver el blanco de sus nudillos alrededor del tenedor mientras su mirada permanecía fija en el rostro de Sophie.

–Me encantaría –le dije a Maria.

Había olvidado que era el primer día de la feria. Después de clase, la plaza del mercado, en vez de estar llena de los puestos que vendían faldas de poliéster y frutos secos, era un derroche de luz y color. Recorrimos todas las atracciones, mientras las discordantes melodías de la feria resonaban en nuestros oídos, Maria compró una bola de algodón de azúcar del tamaño de su cabeza y yo una manzana caramelizada. La dulce y crujiente capa de caramelo dio paso a la decepcionante blandura de la manzana que había debajo de ella. Como solo eran las cuatro de la tarde, en las atracciones había sobre todo niños. Sin embargo, nos montamos en el tiovivo, en un coche con forma de riñón que giraba sobre sí mismo a la vez que lo hacía el carrusel. Cuando nos bajamos, las dos nos tambaleábamos; la cabeza nos daba vueltas y sentíamos cosquillas en el estómago. Nos agarramos una a la otra, sin aliento, sin parar de reír.

–¿Te apetece tomar un chocolate caliente? –me preguntó Maria, abrochándose el abrigo para protegerse de un viento inusualmente frío.

Conseguimos una buena mesa junto a la ventana en el Oven Door y nos sentamos en medio de un agradable y amistoso silencio, mirando a la calle.

–Ahí está tu amiga.

Maria señaló hacia la ventana. Allí estaba Sophie, paseando por la calle haciendo zigzag, haciendo el tonto cogida de la mano de Matt Lewis y Sam Parker. Sentí una breve punzada de dolor, pero entonces Maria se echó a reír.

–¡Dios mío, es una zorra! ¿Quién se cree que es?

–Lo sé.

Sonreí, asombrada por ese sacrilegio y por mi capacidad para encontrarlo divertido. No estoy acostumbrada a que la gente se ría de Sophie.

–¿Vamos a los almacenes Topshop? –pregunté, apurando mi chocolate caliente.

–Sí, vale –dijo Maria, incapaz de ocultar lo contenta que estaba por

habérselo propuesto.

Nos llevamos un montón de cosas a los probadores. Maria intentó convencerme de que me comprara una minifalda roja, pero me quedaba fatal. Ella se probó un increíble sombrero de fieltro, pero dijo que con él parecía intentar ser Michael Jackson. Cuando salimos de la tienda, riéndonos aún del sombrero, allí estaba de nuevo Sophie, sentada en un banco flanqueada por sus dos acompañantes. Esta vez nos vio.

–¡Eh, vosotras! ¡Hola! –exclamó con una risita–. ¿Os estáis divirtiendo?

Estaba a punto de murmurar algo cuando Maria, alegre y con cierta perspicacia, contestó:

–¡Sí, gracias! ¿Y tú?

Sophie parecía sorprendida, pero luego sonrió.

–Sí, estoy bien –dijo, colocando los brazos en los hombros de Matt y Sam–. Lo estamos pasando en grande.

Sam apoyó la cabeza en el hombro de Sophie y nos sonrió con los ojos entornados. Sin embargo, Matt estaba más rígido, con las manos sobre el banco, torpemente colocadas a ambos lados del cuerpo.

Maria enarcó las cejas y dijo:

–Hum, sí, eso parece. Bueno, si esta es vuestra idea de pasarlo en grande, sé en qué os convierte eso... Venga, Louise, vámonos.

Maria me cogió del brazo y me condujo en dirección a su casa, que, como habíamos comprobado antes, estaba en la misma dirección que la mía. En cuanto nos alejamos lo suficiente para que no pudieran oírnos, me volví hacia ella, entre admirada y aterrorizada.

–¿Por qué has dicho eso?

–¡Oh, vamos, Louise! Sophie es una arpía. Es evidente, y solo llevo aquí unas pocas semanas. Se merece todo lo que le ocurre. Te está utilizando para sentirse mejor. Necesita a alguien que esté pendiente de todo lo que dice, alguien con quien salir cuando Claire decide pasar de ella. He visto cómo te trata. Un día no se despegaba de ti y al siguiente te ignora por completo, flirteando deliberadamente con el chico que sabe que te gusta.

–¿Qué quieres decir? –le pregunté.

El rubor que sentía en mi cuello desmentía mi aparente desconcierto. Evidentemente, había sido peor de lo que pensaba tratando de ocultar lo que

sentía por Sam. Además, nadie había criticado hasta entonces mi amistad con Sophie. Supongo que, en mi fuero interno, siempre había sabido que esa amistad era un poco desequilibrada, pero pensaba que ese era el precio que debía pagar por ser amiga de alguien tan popular.

–¡Oh, vamos, no soy tan estúpida! A ti te gusta Sam Parker, ¿no? Y si yo me he dado cuenta, está claro que ella lo sabe.

–¿Me estás vacilando o algo así? Vale, puede que me guste –admití–. Pero solo de una forma en que sabes que nunca va a pasar nada. En cualquier caso, creo que a Sophie le gusta; no lo hace para fastidiarme. Ella le pega. Hacen buena pareja. Él no querría salir conmigo ni en un millón de años.

–Podría hacerlo.

–No, en serio. Los chicos como él no salen con chicas como yo, así son las cosas. Como mucho, podríamos llegar a ser amigos. Pero ni siquiera tengo eso. Él apenas sabe que existo.

–Entonces, quizá deberías cambiar esta situación –dijo Maria–. Si no lo intentas, nunca lo sabrás.

Decidí cambiar de tema. Estaba claro que incluso una alumna nueva era capaz de ver que Sam estaba totalmente fuera de mi alcance, aun cuando tuviera el valor de hacer algo más que sonreírle.

De camino a casa, no paramos de reírnos. Maria me dio su opinión, astutamente formulada, sobre varios estudiantes de nuestro curso. Para ser alguien que solo llevaba unas pocas semanas en el instituto, daba sorprendentemente en el blanco, identificando las flaquezas, inseguridades y absurdidades de una forma que, a mi modo de ver, poco crítico, me pareció dolorosamente frío. También me habló de cuando el señor Jenkins le pidió que se quedara después de clase «para comentar su trabajo». Cuando llegamos frente a la entrada de su casa, Maria vaciló, como si estuviera sumida en algún tipo de debate interno.

–¿Quieres... pasar un momento?

Una vez en el interior de la casa, me di cuenta de que a la alfombra del pasillo le hacía falta una pasada de aspirador y tenía los bordes deshilachados. El aire olía vagamente a grasa de tocino. El papel pintado se estaba despegando, y vi que habían quitado la barandilla de las escaleras; en su lugar había un surco irregular en la pared. Aunque reinaba el silencio,

cuando Maria gritó, su madre salió de la cocina, secándose las manos con un trapo que había conocido tiempos mejores. El parecido entre ambas llamaba la atención: su pelo largo y ralo, entre lacio y rizado, sus profundos ojos de color avellana, moteados de oro y verde.

–¡Hola! Soy Bridget –dijo la madre de Maria. Siempre me siento un poco incómoda llamando a los padres de mis amigos por sus nombres de pila. En general, intento no llamarlos de ningún modo–. Es estupendo conocer a una de las amigas de Maria. ¡Bienvenida! –Abrió los brazos en un gesto exagerado. El paño de cocina golpeó la pared–. Dime, ¿cómo te llamas?

–Louise. Hola.

–¡Ah, Louise! ¡Sí, he oído hablar de ti!

Me pregunté qué le habría dicho Maria.

–¡Quédate a tomar una taza de té! ¡De hecho, podrías quedarte a cenar!

Estaba empezando a sentirme ligeramente agobiada. Cuando iba a presentar mis excusas, intervino Maria.

–¡Mamá! ¡Deja de avasallar! Venga, Louise, vamos a mi habitación.

–¿Os subo un poco de té y unas galletas? –gritó Bridget mientras Maria me empujaba escaleras arriba.

–No, mamá. No queremos nada.

Maria cerró la puerta y se dejó caer sobre la cama. La pintura de las paredes estaba desconchada y la alfombra parecía no encajar en la habitación. Sin embargo, Maria se había esforzado y había colocado un edredón indio sobre la cama, había tapado las partes de las paredes que estaban peor con láminas de cuadros de Salvador Dalí y había llenado una estantería de formica blanca de libros.

–Siento lo de mi madre.

–No pasa nada –dije, echándome en la cama junto a ella–. ¿Siempre... siempre es así con tus amigos?

–Antes no. Antes de..., bueno, antes de todo lo que ocurrió en mi antiguo instituto estaba bien. Bueno, en realidad sigue estando bien, lo que ocurre es que... Oh, da igual.

Maria agarró su colgante con los dedos. Era una cadena con un corazón de oro que me había fijado que llevaba siempre.

–¿Qué pasó? Puedes contármelo, no se lo contaré a nadie si no quieres que

lo haga.

–No quiero hablar de ello. Lo pasé mal. Como te dije el primer día que comimos juntas, lo pasé tan mal que nos mudamos y cambié de instituto. Para mí fue horrible, por supuesto. Pero mamá se lo tomó incluso peor. En una ocasión me dijo que, según un dicho, la felicidad de una madre es la de su hijo más desdichado. Si eso es verdad, mi madre debe ser muy infeliz.

Durante un momento se hizo el silencio. Estaba claro que Maria no iba a contarme nada más, de modo que cambié de tema.

–Me gusta tu colgante. ¿De dónde es?

–No lo sé. Me lo regaló mi padre. –Volvió a cogerlo, enrollando la cadena alrededor de los dedos–. Fue el primer regalo que me hizo él. Mamá siempre me compraba cosas. Debería haber adivinado que no iba a quedarse mucho más tiempo. ¿Tus padres siguen juntos?

–Sí.

Era incapaz de imaginar a mis padres separados. No pensaba en ellos como en dos personas distintas, sino más bien como en una entidad, mamá-y-papá.

–Bueno, pues los míos no. Se separaron antes de que nos fuéramos de Londres. Creo que fue el estrés provocado... por todo lo que sucedió.

¿Qué podía ser tan malo como para que una pareja se separara? No sabía si realmente no quería hablar del tema o si quería que yo la obligara a sincerarse.

–Bueno..., ¿qué fue lo que pasó? –le pregunté.

Durante un momento, Maria me miró como si fuera a contármelo, pero luego la expresión de su rostro cambió.

–Hablemos de otra cosa.

Decidí tomar otro camino, hablándole de los profesores y de sus rarezas y de los chismes del instituto, sobre quién salía con quién. Esto funcionó, y nos quedamos en su habitación más de una hora, durante la cual apareció Bridget con el té y las galletas integrales de chocolate que Maria le había dicho que no queríamos. Se quedó más tiempo del necesario junto a la puerta, mirándonos mientras nos reíamos, instándome nuevamente a quedarme a cenar. Le dije que no, porque sabía que mis padres esperaban que volviera a casa.

Maria y yo nos despedimos en la puerta. Tenía esa sensación dolorosa pero

agradable que se produce cuando te has estado riendo a carcajadas durante demasiado tiempo. Me di cuenta, incómoda, de que no había tenido que preocuparme por lo que iba a decir en toda la tarde. No había tenido que barajar en mi mente cada frase, sopesándola por si luego me avergonzaría haberla pronunciado, como debo hacer con Sophie. En vez de sentir que estaba actuando, la tarde que había pasado con Maria había sido totalmente relajada. Simplemente me había dejado llevar.

Cuando avanzaba por el camino de entrada, casi me tropecé con un muchacho moreno y grueso con los mismos ojos de color avellana de Maria y su madre. No se presentó, y me miró con desconfianza. Yo le sonreí, y me puse nerviosa sin saber por qué. Crucé la verja. Aunque no me di la vuelta, pude sentir en mi espalda su mirada ardiente como el fuego mientras caminaba por la calle hasta llegar a la esquina.

Esa misma noche, un poco más tarde, me encontraba en mi habitación fingiendo estar haciendo los deberes, cuando sonó el teléfono. Descolgué el que estaba en el descansillo.

–¿Diga?

–¿Lou? Soy Sophie.

Su voz sonaba tranquila pero vacilante, muy distinta del estridente tono de confianza con el que había hablado esa tarde en la ciudad. Por un momento pensé que iba a disculparse. Resbalé por la pared hasta sentarme en el suelo del rellano, con las rodillas en la barbilla, enrollando el cable del teléfono alrededor de los dedos.

–Estoy preocupada por ti. Apenas pasas tiempo conmigo y con las chicas.

¿Las chicas? Sophie es la única de ellas que alguna vez se interesa por mí. El resto apenas sabe que existo, salvo cuando quieren copiar mis deberes. Una parte de mí quería disculparse automáticamente, para que todo volviera a ser como antes. Pero la voz de Maria aún seguía resonando en mi cabeza, aún disfrutaba de la sensación de confianza que me había proporcionado la tarde que había pasado con ella.

–¿Qué quieres decir? Hoy, en el instituto, ni siquiera me has dirigido la palabra.

–Eso es muy injusto –repuso Sophie con voz lastimera–. Has sido tú la que ha pasado de mí. Hoy no tenía a nadie con quien ir a la ciudad. Claire se ha

portado como una zorra conmigo esta tarde. Te he estado buscando por todas partes.

–¡Pero si estabas con Matt y con Sam! ¡A mí me dio la impresión de que te lo estabas pasando en grande!

–¡Ah, esos dos! Solo me fui con ellos porque no tenía a nadie más con quien salir. Y *tú* parecías estar divirtiéndote mucho.

–Sí..., es verdad. –Mi firmeza se estaba esfumando. ¿Realmente tenía motivos para estar molesta? ¿La había interpretado mal?–. Pero, evidentemente..., si hubieras querido, podrías haber venido con nosotras.

–Yo no hablo de *vosotras* –dijo ella, con un tono prudente–. Yo quería ir contigo.

–¿Qué tiene de malo Maria? Es muy simpática.

–No lo dudo, pero la verdad es que esta tarde ha sido bastante desagradable conmigo. Además, ¿qué sabes realmente de ella? ¿De dónde ha salido, así, tan de repente? Las cosas que he oído sobre ella..., en fin, no debería cotillear. Si quieres ser su amiga, es asunto tuyo. Pero no des de lado a tus viejos amigos, Louise, porque corres el riesgo de perderlos. Si no te andas con cuidado, acabarás como Esther Harcourt. –Sophie soltó una risita, pero era una risita inquieta, con la que daba a entender que, por mucho que estuviera bromeando, había algo de verdad en lo que acababa de decir–. Está claro que es decisión tuya con quién pasas el rato, pero si yo estuviera en tu lugar, reflexionaría a fondo sobre dónde están tus lealtades.

Después de colgar me quedé sentada en el rellano unos minutos, sin soltar el teléfono. Me planteé desafiar a Sophie y pensé en lo que eso significaría socialmente para mí, en las salidas y fiestas de pijamas a las que estaba a punto de ser invitada y en lo mucho que deseaba asistir a ellas. Me pregunté si estaba lista para tirar por la borda todo eso por alguien que me caía muy bien pero a quien apenas conocía, alguien que podría acabar siendo mi única amiga.

Al día siguiente, en el instituto, no tenía ninguna clase con Maria. Durante el recreo, me fui directamente de la clase de biología a la biblioteca y me senté durante veinte minutos, fingiendo leer un libro sobre la Inglaterra anglosajona. Iba a saltarme la comida, pero Sophie me paró cuando salía de la biblioteca y me dijo que fuera a la cafetería con ella. La patata asada que

había cogido estaba seca y empezaba a resquebrajarse por dentro, y cuando cogí un plato de alubias congeladas (sin mantequilla), vi con el rabillo del ojo a Maria en la cola, unos pasos por detrás de mí. Pagué y Sophie me condujo con firmeza hasta la mesa de la esquina que estaba más a la izquierda. Se sentó a mi lado, con una mano protectora en mi brazo. Más que ver, sentí que Maria venía detrás de mí. Posó la mano en la silla que estaba a mi lado, pero Sophie estaba lista para atacar.

–Lo siento, este sitio está ocupado –dijo, sonriendo alegremente.

–A mí no me parece que lo esté –contestó Maria–. Me parece que está totalmente vacío, a menos que alguna de tus flacas amigas esté sentada aquí y haya conseguido adelgazar tanto que nadie pueda verla.

Maria me observó, esperando una sonrisa o al menos un gesto de agradecimiento, pero lo que hice fue quedarme mirando fijamente mi bandeja, pasando los dedos por los bultos moldeados de plástico marrón como si fuera braille y yo estuviera ciega.

–Se lo estoy guardando a una amiga –dijo Sophie.

El énfasis en la palabra «amiga» no podía ser más cáustico.

Maria me miró una vez más, pero mis ojos estaban pegados a mi bandeja.

–Vale, muy bien. Lo pillo –dijo Maria, y, cogiendo su bandeja, se sentó en la mesa que estaba más lejos de la nuestra.

Cuando salí de la cafetería, la miré. Ahora pienso en ella como la veía en aquel momento: sentada sola, sin apenas probar la comida, encorvada, con la tez pálida y mirando fijamente sin verlo el libro de matemáticas. Vi que Esther Harcourt también la estaba mirando desde otra mesa a la que también se había sentado sola, con un libro que no leía en la mano.

Capítulo 7

Está de pie en el puente, mirando el agua, que este día de invierno es de un deprimente color marrón. Sus nudillos, de color blanco, destacan contra la madera oscura de la barandilla. Una solitaria lata se mueve debajo del puente, oculta; es lo único que brilla en la turbia franja de agua que serpentea por la ciudad. Ella podría estrellarse contra el suelo en una versión kamikaze de Poohsticks, el juego infantil, para ver si así cruza al otro lado, para ver si lo consigue.

Es un impulso con el que está familiarizada, ya que ha convivido con él a lo largo de todos estos años. Lo sintió por primera vez aquella noche, muchos años atrás, y desde entonces ha reaparecido de forma intermitente. ¿Cómo habría sido la vida si hubiese tomado otra decisión, y no solo para ella, sino para todos los que la rodeaban? Para su familia ha sido más difícil. Para ellos, nada ha vuelto a ser igual. Han hecho todo lo posible por apoyarla, por estar ahí, pero en realidad no entendieron nada. ¿Cómo podrían haberlo entendido?

Mira de nuevo el agua, que fluye debajo de ella, a mucha distancia, y, como siempre, sus pensamientos vuelven a ese otro tiempo y a ese otro lugar; a esa otra elección, cuyas implicaciones aún resuenan en su vida.

Lo que ella desea más que nada es poder hacer las cosas bien, equilibrar la balanza. Aquella noche, el mundo perdió su equilibrio. Ojalá pudiera dar con el modo de recuperarlo. Puede que entonces pudiera seguir adelante con su vida. Vivir plenamente, comprometerse con el mundo, en vez de existir en esta vida a medias, en la que nadie sabe quién es ella de verdad.

Suelta la barandilla y se aleja lentamente, dejando tras de sí las turbulentas aguas. Esta vez no, piensa. Esta vez no.

Capítulo 8

2016

Vuelve a ocurrir el lunes por la mañana, tres días después de haber estado en casa de Sophie y exactamente una semana más tarde de que llegara la solicitud de amistad. Es uno de esos soleados días otoñales en los que crees que, después de todo, puede que el verano no haya terminado. La luz penetra a través de los ventanales franceses, calentando la superficie de la mesa de la cocina, donde me esfuerzo por concentrarme en el trabajo. Ya me he retrasado en la entrega de las propuestas para dos potenciales clientes y también en un proyecto para Rosemary. Compruebo Facebook constantemente, temiendo el momento. He estado rezando para que solo sea una broma de mal gusto de alguien que va a asistir a la reunión. Con cada día que pasa, empieza a brotar una pequeña semilla de esperanza de que nunca volveré a saber nada más de ella.

Cuando recibo el aviso de que tengo un mensaje de Facebook de Maria Weston, apenas consigo que mis manos se muevan con rapidez, deslizando desesperadamente los dedos por las teclas para abrirlo de inmediato.

Corre tan rápido como quieras, Louise. Nunca te librarás de mí. Todas las heridas dejan una cicatriz.
Si no, pregúntaselo a Esther Harcourt.

Me siento unos instantes, con el corazón latiéndome a toda velocidad, leyendo el mensaje una y otra vez, como si eso fuera a proporcionarme alguna pista más sobre quién está haciendo esto. «Corre tan rápido como quieras». Alguien me estaba siguiendo esa noche. Lo sabía.

«Pregúntaselo a Esther Harcourt». En una ocasión vi a Esther en la ciudad, después de que sucediera. Apartó la mirada, como si, de algún modo, yo

podiese contagiarme mi culpa, como si pudiera captar mi vergüenza, una enfermedad contagiosa que se transmitía por el aire. Ella ni siquiera conocía toda la verdad; de haberla sabido, habría hecho algo más que apartar la mirada.

Esther fue la única persona con la que Maria habló durante los meses anteriores a la fiesta de graduación. Hay enormes espacios vacíos y lagunas en lo que yo sé sobre Maria que Esther podría llenar. Me he pasado todo el fin de semana analizando cada detalle de mi encuentro con Sophie, y la idea de hablar con alguien que se preocupó de verdad por Maria me resulta extrañamente reconfortante.

Tecleo su nombre en el recuadro de búsqueda, pero no está en Facebook. Anulo la terrible parte adolescente de mi cerebro que concluye de inmediato que Esther no tiene amigos. Hay mucha gente que no está en Facebook por un sinnúmero de excelentes razones. Una vez que he agotado ese razonamiento, busco directamente en Google, que arroja varios resultados. LinkedIn es el primero, y se trata de ella. Es abogada, y sigue viviendo en Norfolk. Por la foto de su perfil se deduce que ha envejecido bien; en realidad, su aspecto es muchísimo mejor que el que tenía en el instituto. Los culos de botella han sido reemplazados por unas elegantes gafas de diseño de montura rectangular, y la tupida y revoltosa mata de pelo de color castaño claro de la Esther adolescente se ha convertido ahora en una esponjosa y brillante melena.

Es socia del departamento de testamentos y sucesiones de su bufete, uno de los más importantes de Norwich. Por lo que parece, es una mujer de éxito que da conferencias y escribe artículos, la clase de persona a la que suelen invitar a su antiguo instituto para dar charlas inspiradoras. Hace poco, cuando gané ese premio de diseño de interiores y salí en el *Sharne Bay Journal*, pensé que tal vez me invitarían para dar una charla, pero nunca lo hicieron.

Ahora que sé dónde trabaja Esther podría llamarla o mandarle un correo electrónico. Sin embargo, no puedo dejar de pensar en ese cruce de miradas de entonces y en cómo giró su rostro. Entonces se me ocurre una idea disparatada y descuelgo el teléfono. Dos minutos más tarde, Serena Cooke tiene una cita con Esther Harcourt para redactar un testamento. Han tomado nota de mis datos y han tratado de que quedara con otra persona, pero he

insistido. Normalmente habría tenido que esperar, pero habían cancelado una cita que Esther tenía para mañana por la mañana. Aunque seguramente me reconocerá de inmediato, no habrá tenido tiempo para prepararse y no podrá negarse a verme.

A la mañana siguiente nos levantamos temprano. De todos modos, los martes, Henry siempre va al grupo del programa de desayunos saludables de la escuela, para que yo pueda trabajar, pero hoy lo llevo un poco antes de lo habitual. Se sienta a la mesa de la cocina en pijama y se mete bocados de cereales en la boca con los ojos legañosos y las mejillas rojas, porque aún no se ha desprendido del calor de la cama. Me inclino para darle un beso cuando paso junto a él, enumerando mentalmente como un mantra las cosas que debo recordar: mochila, tartera, botella de agua, libro de lectura, carta de la excursión escolar, muestras de tela, correo electrónico a Rosemary.

–¿Mamá? –dice Henry, entre dos cucharadas.

–¿Sí? –contesto, distraída, yendo de un lado para otro para reunir todo lo que necesitamos para el día.

–Ayer, en la escuela, Jasper y Dylan no quisieron jugar conmigo.

Me siento a su lado, olvidándome de la lista mental.

–¿Qué quieres decir? –contesto con el corazón encogido.

–Durante el recreo, yo quería jugar con los trenes, pero ellos no. Se lo volví a pedir, pero ellos quisieron jugar en el patio.

–No puedes obligar a tus amigos a hacer lo que tú quieres, Henry. Por lo que dices, no creo que no quisieran jugar contigo, sino que querían jugar a otra cosa.

–No, mamá. No querían jugar conmigo. Se lo pregunté una y otra vez. Dylan dijo que solo quiero jugar con los trenes. Me dijo que soy aburrido.

Henry suelta la cuchara y se sienta en mi regazo, rodeándome con los brazos y las piernas, enterrando su rostro caliente en mi cuello. Lo quiero tanto que me duele oír eso, y trato de no analizar con demasiado detalle los sentimientos que me despiertan Jasper y Dylan. Después de todo, solo tienen cuatro años.

–¿Puedo quedarme contigo hoy?

Aunque sus palabras suenan como un murmullo, detecto esperanza en ellas.

El sentimiento de culpa se adueña de mí como si fuera una droga. Hoy apenas voy a poder trabajar. Las muestras de tela y los colores de pintura que había preparado para un cliente van a tener que esperar. Puesto que ya me he retrasado con ellos, ¿qué importa un día más? Podría posponer fácilmente mi cita con Esther, llamar a la escuela diciendo que Henry está enfermo y pasarme el día en el sofá viendo películas de Disney. Sin embargo, lo cierto es que mi necesidad de saber qué pasa con la solicitud de amistad de Facebook se antepone a todo lo demás.

Espabilo a Henry y lo convengo para que se vista con la promesa de que esta tarde, cuando llegemos a casa, jugaré un buen rato a los trenes con él.

–¿Mucho rato? –pregunta con los ojos como platos.

–Una eternidad –le prometo.

Lo dejo en el grupo del programa de desayunos saludables y conduzco en dirección este bajo un cielo plomizo. Cuando salgo de la autopista, la A11 se extiende aburrida ante mí. A pesar de los años transcurridos, el paisaje me resulta sombríamente familiar: vastos cielos, cubiertos de amenazadoras nubes; extensiones de campos planos después del paso de un tractor; el monumento a los caídos en la guerra alzándose solitario junto al ruidoso tráfico justo antes de llegar al bosque de Elveden, cuyo misterioso aspecto evoca imágenes de criaturas de Tolkien inmersas en emocionantes aventuras, aunque en realidad solo atrae a los amantes del ciclismo, la escalada y otras saludables actividades familiares. El viento azota el coche, y unos kilómetros después de Elveden me detengo en un área de descanso y me quedo sentada un momento agarrada al volante, tratando de respirar con normalidad. Echo un vistazo al móvil, como suelo hacer cada vez que tengo un momento libre, pero solo hay un correo electrónico de Rosemary pidiéndome algo que le prometí hacer pero que aún no he hecho.

Cuando llego, estoy agitada. Me dicen que espere en una elegante sala con suelo de madera pulida y muebles antiguos impecablemente tapizados. Parece el decorado de un bufete de abogados inglés de una película americana. Me siento en la punta de un diván bordado sin dejar de moverme, cruzando y descruzando las piernas.

Esperaba poder disfrutar de unos momentos para centrarme, tantear el terreno, pero en cuanto una secretaria elegantemente vestida me muestra el

camino, está claro que el juego ha comenzado. Esther levanta la cabeza y me dedica una sonrisa de bienvenida, pero un segundo después se desvanece y puedo ver la conmoción en sus ojos detrás de las gafas de montura de carey.

–Tú no eres Serena Cooke.

–Es evidente que no... Yo... No estaba segura de que quisieras recibirme.

–Entonces, deduzco que no estás aquí para redactar un testamento, ¿no?

–No.

–Entonces, ¿por qué estás aquí?

Aún estoy junto a la puerta, porque no me ha invitado a tomar asiento. Me coloco innecesariamente el pelo detrás de las orejas, una costumbre que tengo desde la infancia. Algo en el gesto debe desencadenar en Esther un recuerdo de los días en que, manchadas de barro, corríamos por el bosque que había cerca de su casa, porque la expresión de su cara se relaja un poco cuando me señala la silla de piel acolchada que hay delante de su escritorio. Me hundo en ella, agradecida.

–No se me ocurría nadie más a quien acudir.

Esther levanta inquisitivamente una ceja.

–Ha ocurrido algo.

Una segunda ceja se suma a la primera. Me armo de valor.

–Recibí una solicitud de amistad de Facebook. Era de Maria Weston.

La simpatía natural con la que, muy a su pesar, Esther reacciona ante mi obvia inquietud es sustituida instantáneamente por el desconcierto y algo más que no soy capaz de definir. ¿Será miedo?

–¿De Maria? Pero eso es imposible.

En mi opinión, Esther no está acostumbrada a perder la compostura.

–Sí, ya lo sé, pero, bueno, es lo que ha pasado. Me preguntaba... si tú sabrías algo al respecto o si podrías arrojar un poco de luz sobre este asunto.

–¿Por qué demonios habría de saber algo? –dice Esther, ruborizándose–. No acostumbro a abrir cuentas de Facebook de amigas del instituto que llevan años muertas. Ni siquiera estoy en Facebook.

–No, por supuesto que no, no pensé que hubieras sido tú. Pero..., en fin, estoy asustada. Creo que alguien puede haber entrado en mi apartamento, y estoy convencida de que hace unos días me estuvieron siguiendo.

–¿Cómo? –En su frente aparecen unas arrugas de preocupación–. ¿Has

hablado con la policía?

–¿Qué podría hacer la policía? No tengo pruebas. Y hay algo más... Ayer recibí otro mensaje. De la misma persona. ¿Quieres verlo?

Se encoge de hombros, dándome a entender que no le dejo otra opción, de modo que le paso el móvil. Mientras lee el mensaje, aprieta los labios, como para impedir que las palabras que quiere decir salgan volando. Tras pulsar la pantalla, la expresión de su rostro se relaja. Suelta una larga y lenta exhalación. Sé que está mirando la foto de Maria.

–¿Qué crees que quiere decir con lo de que te pregunte a ti?

–Es evidente, ¿no? Maria y yo sufrimos a manos de los abusones. Quien haya escrito esto lo sabe.

Empiezo a protestar, pero Esther me interrumpe.

–Lo sé, lo sé, tú nunca te metiste conmigo. Solo me dejaste tirada en cuanto llegamos al instituto y nunca volviste a dirigirme la palabra. Pero no creo que haya otra forma de definir lo que tú y Sophie le hicisteis a Maria, ¿verdad?

La vergüenza me sofoca. No soy capaz de mirarla a los ojos.

–No debería haber venido –digo mirando al suelo–. Supongo que necesitaba hablar con alguien sobre esto, y como Sophie no estaba por la labor, pensé que tal vez tú podrías... ayudarme.

–¿Hablaste de esto con Sophie Hannigan? ¿Aún sigues estando en contacto con ella?

Esther consigue dar la impresión de que si respondo afirmativamente a su pregunta la opinión que tiene sobre mí caerá aún más bajo.

–¡No, por Dios! ¡En absoluto! No desde el instituto. A ella también tuve que buscarla.

–¿En Facebook?

–Sí.

–Claro. Apuesto a que está conectada a todas horas, ¿verdad? «Mira lo guapa que soy, mira qué vida más increíble tengo». No lo soporto. Por eso no estoy en Facebook: todo es condenadamente falso, como si en realidad estuviera pensado para hacerte sentir mal con respecto a tu propia vida.

Me pregunto cómo voy a superar los obstáculos que me está poniendo Esther desde que entré en su despacho.

–Mira, sé que me porté mal con Maria.

Esther resopla.

–Vale, peor que mal. Ahora, cuando pienso en ello, me siento tan avergonzada que es como si lo hubiera hecho otra persona. No puedo creer que la mujer que soy ahora pudiera haberse comportado como lo hice. Apenas pasa un día sin que me acuerde de Maria. Pero no puedo cambiar lo que hice. –¡Dios mío, ojalá pudiera hacerlo! Lo peor de todo es que Esther ni siquiera sabe lo que hice–. Solo puedo controlar a la persona que soy ahora. Lo que no entiendo es por qué está pasando esto. ¿Es posible que tenga algo que ver con la reunión? ¿Alguien quiere remover las conciencias?

–¿Va a celebrarse una reunión?

La máscara de Esther se cae y habla antes de haber tenido la oportunidad de adecuar la expresión de su rostro que quiere mostrarme. Durante un segundo veo en su cara las emociones que experimenté cuando me enteré de que habría una reunión: decepción, vergüenza, desprecio por uno mismo... A diferencia de mí, ella tiene público, por lo que debe recuperar rápidamente la compostura.

–No asistiría ni aunque me pagaran por ello. Tú no vas a ir, ¿verdad?

–He pensado que podría hacerlo –murmuro.

¿Por qué eso me hace sentir tan avergonzada? ¿Por qué estoy aún tan comprometida con mi yo adolescente, con el lugar que ocupaba en ese lejano universo?

–¿Aún sigues dejándote llevar, Louise? Por Dios, ¿es que no has madurado nada?

–Mira, olvídale –digo, ansiosa por alejarme de Esther–. Es evidente que no puedes ayudarme. O no quieres.

La expresión de su rostro se relaja.

–No se trata de querer o no; simplemente no sé nada sobre este asunto. No he vuelto a ver a nadie del instituto desde el día que salí por la puerta. Al menos no deliberadamente. Mira, dame tu número de teléfono... Si se me ocurre algo, te llamaré.

–Gracias –digo en voz baja y le anoto el número en un pósit.

Esther se mira las manos. Tiene los puños apretados. Creo que se está clavando las uñas en las palmas.

–Para ti debe haber sido un golpe terrible recibir esa solicitud y ver su foto.
–Sí. Debieron de sacársela no mucho antes de..., ya sabes.

No parece que haya nada más que decir, por lo que me voy con la intención de regresar directamente a casa. Sin embargo, sin pensarlo, acabo girando a la derecha en un cruce y cogiendo una curva cerrada, y antes de darme cuenta, las afueras de Sharne Bay se extienden a mi alrededor. El lugar no ha cambiado mucho, aunque hay una hilera de casas que no recuerdo, y la tienda de la esquina donde solíamos comprar golosinas es ahora un Tesco Metro.¹ Esta parte de la ciudad está más cerca de la playa. Bajo la ventanilla para dejar que entre un soplo de aire marino.

Mientras conduzco por una mezcla de sitios dolorosamente reconocibles y desorientadoramente nuevos, revivo mentalmente el encuentro con Esther. Hay algo que me fastidia, y mientras me dirijo maquinalmente hacia la derecha para dar la vuelta y tomar la carretera donde se encuentra mi antiguo instituto, me doy cuenta de lo que es: ese breve segundo en el que el miedo cruzó su rostro. ¿Por qué debería tener miedo Esther? Si alguien me está gastando una broma pesada a modo de castigo, Esther no tiene nada de que preocuparse. Ella es la única persona que siempre fue amable con Maria. Y no puede temer nada de ella, porque Maria se ahogó hace más de veinticinco años.

¿No es así?

Capítulo 9

1989

Cuando volví a hablar con Maria, no estábamos en el instituto. En realidad, debió de haber estado evitándome, porque apenas la vi durante más de una semana, salvo en las clases en que coincidíamos, en las que escogió cuidadosamente un sitio en el que no podíamos cruzar nuestras miradas.

Hasta entonces, nunca había sido invitada a una de las fiestas de Matt Lewis, pero Sophie me dijo que él le había dicho que podía asistir. Matt apenas sabía quién era yo, pero creo que accedía a todo lo que Sophie quería. Sus padres iban a estar fuera el fin de semana. En una ocasión vi a la madre de Matt en una reunión de padres. Habló con mi madre mientras esperábamos al señor Jenkins, y el contraste fue muy llamativo: la madre de Matt lucía unos carísimos reflejos en el pelo y un maquillaje impecable; vestía un traje pantalón de un intenso color azul eléctrico, e irradiaba encanto y sofisticación. Mamá, en cambio, llevaba una falda acampanada y un abrigo de color beige, sosteniendo un pequeño y ridículo bolso contra su regazo, tratando desesperadamente de seguir la conversación.

Me vestí para la fiesta en casa de Sophie, viendo *Cita a ciegas* a todo volumen en la tele de su habitación (mamá nunca me deja verla en casa), mientras ella me rizaba el pelo. Me había llevado casi toda la ropa que tengo y me la probé frente al espejo de cuerpo entero del armario de Sophie. Ella estaba revolviendo uno de sus estantes, dándome prendas para que me las probara.

–¿Qué me dices de esto? –me preguntó, tendiéndome un vestido de terciopelo negro corto y muy ajustado.

–Nunca podré meterme dentro de ese vestido –protesté.

–Por supuesto que sí –dijo ella, sosteniéndolo para que me lo pusiera y

levantándolo por encima de mis caderas. Tras agarrarme por los hombros, me dio la vuelta.

–Oh, no creo que funcione –dijo–. Te lo prestaría, pero no quiero desgarrarlo...

Tuve que hacer un esfuerzo para quitarme el vestido, con las mejillas ardiendo.

–Eh, ¿y esto? –sugirió, sosteniendo una falda de tubo roja–. Es bonita y elástica. Podrías ponértela con esa camiseta azul larga, aunque puede que también sea un poco ajustada.

–No te preocupes, prefiero ponerme algo mío.

–¿En serio? Vale.

Sophie se puso la falda de tubo, alisándola sobre las caderas y colocándose de perfil para contemplar con mirada crítica en el espejo su estómago totalmente plano.

–¿Qué te parece? ¿Demasiado ajustado?

Al final me vestí de negro, porque se supone que te hace parecer más delgada. Además, tampoco quería destacar demasiado ni provocar. Sophie tenía una botella escondida en el armario de la que tomamos un trago mientras nos vestíamos. Era una mezcla de varios licores que había robado del mueble bar de su madre: ginebra, ron, vodka y algo de color verde que su madre había comprado en un viaje, además de un poco de cola para que supiera mejor.

La casa de Matt estaba en una urbanización donde todas las descomunales casas familiares que se habían construido parecían cabañas de otros tiempos sobredimensionadas. A medida que nos acercábamos me llegaba el estruendo de la música. Había un montón de gente que también se dirigía hacia la casa. Desde el camino de entrada vi luz en todas las ventanas de la fachada. Varios grupos de chicos y chicas salían al jardín, que ya estaba lleno de colillas de cigarrillos y vasos y botellas vacíos. La puerta principal estaba entreabierta. Entramos y recorrimos un largo pasillo con suelo de baldosas blancas y negras. A la derecha, una amplia escalera conducía al piso de arriba, y a la izquierda había un pasillo que llevaba a la cocina. Algunos chicos a los que nunca había visto saludaron a Sophie mientras nos abríamos paso entre la multitud hacia la cocina, que era muy grande y en la que hacía mucho calor.

Matt estaba sentado a la enorme mesa de roble liando un porro. Sam se había sentado a su derecha.

–¡Soph! –gritó Matt–. ¡Has venido!

–Pues claro –respondió ella, inclinándose para darles un abrazo a los dos–. Hola, chicos.

No sé si fue cosa de mi imaginación, pero estoy segura de que su mano estuvo posada más tiempo en el hombro de Sam que en el de Matt.

Matt me miró con expresión de extrañeza.

–¿Todo bien? Me alegro de verte..., hummm...

–Hola –murmuré ruborizándome.

Ni siquiera sabía mi nombre, pero daba igual. Sabía que Sophie me protegería, un reluciente muro de titanio hecho enteramente de popularidad y belleza.

–Servíos una copa –dijo Matt, señalando la encimera de mármol, que estaba pegajosa por las bebidas que se habían derramado y cubierta de colillas de cigarrillo, botellas de alcohol medio vacías, enormes botellas de sidra, vasos de plástico manchados de carmín y algunas botellas de un líquido azul muy brillante. Hasta entonces nunca había estado en una fiesta como esa. Me debatía entre la intensa emoción de estar simplemente allí y la aceptación que ello implicaba, y el persistente miedo a decir algo que no debía o a cometer un error, y que todos me vieran como lo que era.

–Ah, genial –dijo Sophie, tirando de mí para echar un vistazo–. ¿De dónde has sacado todo esto?

–La gente ha traído cosas, y mi hermano compró un montón de botellas por mí –dijo Matt–. Sírvete lo que quieras, Sophie. Y –dijo haciendo un gesto en mi dirección– tú también.

–Es *Louise*, idiota. –Sophie se echó a reír–. ¡Por Dios, Lou, ni siquiera sabe cómo te llamas! ¡Pero si la ves todos los días en el instituto, Matt!

–Lo siento –murmuró Matt, dirigiéndose a mí.

–No pasa nada –repuso Sophie sonriendo–. ¿Qué vamos a tomar, *Louise*? ¿Vodka con cola?

La cabeza ya me daba vueltas después de haber tomado el mejunje del mueble bar, pero Sophie sirvió vodka con cola en dos vasos de plástico.

–Vamos –dijo–. Salgamos de aquí para ver quién más ha venido.

Dejamos a Matt en la cocina, mirando anhelosamente a Sophie. Recorrimos de nuevo el pasillo y entramos en el salón. Allí sonaba la música: alguien había instalado unos platos y un chico del instituto estaba pinchando. Reconocí a algunas chicas bailando en el centro de la sala, moviéndose con naturalidad, completamente absortas en el ritmo de la música, que vibraba como el latido del corazón, insistente y exigente. Me quedé mirando fascinada a Claire Barnes y a un chico de un curso superior besándose en un sillón que había en una esquina. Claire estaba sentada a horcajadas sobre él, que tenía una mano en su trasero mientras con la otra le acariciaba los pechos. Parecían estar totalmente en su propio mundo, aunque vi a un par de chicos observándolos atentamente desde el sofá que había en el otro extremo del salón mientras Claire se retorció y el chico movía las manos, cada vez más frenéticas.

–La dejaremos que siga con lo suyo, ¿no? –gritó Sophie.

Sin embargo, cuando se dio la vuelta para salir del salón, Matt se acercó furtivamente hacia nosotras. El volumen de la música bajó durante un momento.

–¿Quieres una pastilla, Soph? –le preguntó Matt.

–Claro. ¿Has conseguido algo?

–De momento no, pero Max llegará más tarde. Se supone que nos traerá algo.

Matt se volvió hacia mí.

–¿Y tú? –me preguntó cortésmente–. ¿Quieres algo?

–Oh..., hummm, no. Estoy bien, gracias.

Me encogí por dentro. ¿Estoy bien, gracias? Eso es lo que respondes cuando alguien te pregunta si quieres una taza de té. Cuando el volumen de la música subió de nuevo, un ritmo irresistible y salvaje, Matt cogió a Sophie de la mano y la llevó al centro de la sala para bailar. Sophie me hizo una seña para que me uniera a ellos, pero yo no soy capaz de bailar ese tipo de música (ni ningún otro), de modo que dije que no con la cabeza y tomé un trago de mi copa. Me quedé allí un rato, mirándolos, preguntándome cómo aprendería la gente a bailar así y cómo podía hacerlo tan libre e inconscientemente. Matt no apartó los ojos de Sophie mientras ella bailaba al ritmo de la música, absorbiendo cada centímetro de su cuerpo mientras su top se movía, dejando

al descubierto su seductora piel, tersa y bronceada. Yo apuré mi copa y decidí ir a por otra, más por hacer algo que por otra cosa.

Cuando entré de nuevo en la cocina, Sam aún estaba sentado a la mesa. Me serví otro vodka con cola de las botellas que había sobre la encimera, sin saber muy bien cuáles debían ser las proporciones.

–Caray, ¿te gusta mucho el vodka, no?

Era la voz de Sam. Estaba claro que me había pasado con el alcohol.

–Me gusta así –dije, pomposamente, tomando un sorbo y tratando de no hacer una mueca.

–Siéntate, Lou –dijo Sam riéndose.

Tomé asiento frente a él. El corazón me latía a toda velocidad. Era consciente del estómago hinchado bajo la ropa negra que tan cuidadosamente había elegido y de mis torpes y enormes manos, que nunca conseguía que estuvieran donde debían estar. Sam llevaba una camiseta blanca con un pequeño escote de pico. Sentí la urgente necesidad de extender la mano y acariciar el suave triángulo de piel ligeramente bronceada que dejaba ver. Aquella era la conversación más larga que jamás había mantenido con él.

–Bueno, Louuuu...

Se rio otra vez. Debía de estar colocado.

–El otro día te vimos en la ciudad con la nueva.

–¿Maria? Sí, ella... está bien.

Me interrumpí, pensando en mi reciente conversación telefónica con Sophie.

–He oído... algunas interesantes historias sobre ella. El primo de Matt Lewis conoce a alguien que va a su antiguo instituto, en Londres.

–He oído decir que circularon algunos rumores. ¿Sabes algo sobre ellos?

Los efectos del vodka y mi interés por Maria habían conseguido relajarme hasta pensar que aquella conversación era casi normal.

–Es una degenerada. Le van los tíos, las tías, le va todo, ya sabes a qué me refiero.

En realidad no lo sabía muy bien, pero me hice una idea. Tomé otro trago de vodka.

–Al parecer, se pasó tanto que un chico se obsesionó totalmente con ella,

no la dejaba en paz, la acosaba y todo eso. Fue por ello por lo que tuvo que dejar su antiguo instituto.

Suelo dividir a la gente a la que conozco, al menos a la de mi edad, en dos categorías: la que es como yo y la que no lo es. Estaba fascinada aunque un poco indignada por esa nueva información sobre alguien que (teniendo en cuenta lo poco que la conocía) había pensado que pertenecía a mi categoría.

–¿Estás seguro? No parece esa clase de chica.

–Ah, la gente más callada es la que tienes que vigilar más de cerca, Louise. ¿Aún no te habías enterado? –Sam sonrió–. Tú eres bastante callada, ¿no?

Me sonrojé. Buscaba mentalmente una respuesta, pero, por suerte, fuimos interrumpidos por la llegada de Matt y Sophie. Ella se dejó caer al lado de Sam, apoyando teatralmente la cabeza sobre su hombro y confesando que se moría por una copa. Matt los miró con tristeza mientras le servía otro vodka con cola y luego se sentó frente a ellos, a mi lado, con los ojos fijos en la mano de Sophie, que empujaba juguetonamente el brazo de Sam. Ninguno de ellos parecía dispuesto a decirme nada, porque empezaron a hablar de las drogas que tomaron en la fiesta *rave* a la que habían asistido hacía poco y de la que, por suerte, yo había sido excluida.

La cocina estaba llena de humo, y empezaba a sentirme un poco marginada, incapaz de seguir la conversación, aun cuando hubiera tenido algo que decir. Murmuré que tenía que ir al baño, pero nadie me miró cuando me levanté y me fui.

Subí las escaleras, pasando por encima de parejas que se estaban besando y algunas chicas que charlaban animadamente. Una vez en el rellano, dudé. A mi izquierda estaba lo que supuse que sería el dormitorio principal. La puerta estaba abierta. Del interior me llegaban unos furtivos susurros y jadeos. A mi derecha había varias puertas entre las que elegir. La primera era la del armario de la caldera. La segunda que abrí estaba cerrada, por lo que supuse que debía de ser la del baño. Decidí esperar y me senté en el suelo, con las piernas cruzadas.

Antes de levantarme, cuando en la planta baja la música cesó durante un segundo, oí un ruido procedente del baño. Al principio pensé que era alguien que estaba vomitando, pero luego me di cuenta de que el ruido era de un llanto. Una chica. Era evidente que estaba intentando reprimir las lágrimas,

aunque sin demasiado éxito. Brotaban del mismo modo que un carnicero arranca las entrañas de un animal muerto. Poco a poco, los sollozos remitieron y oí el ruido del agua del inodoro. A pesar de la embriaguez, que ya se había apoderado de mí, intenté mostrar una expresión de indiferencia para dar a entender que no había oído nada. Sin embargo, cuando se abrió la puerta, la expresión de mi rostro cambió, porque la chica que salió del baño era Maria.

Me miró, entre avergonzada y desafiante.

–¿Qué pasa? –me preguntó, retándome a hablar de lo que había oído.

–Nada. –Vacilé–. ¿Estás bien?

–Oh, estoy bien, estoy genial. –Arrastraba las palabras, y me di cuenta de que estaba incluso más borracha que yo–. Estoy de puta madre. Y ahora que te he visto, mejor aún.

Me sonrojé.

–Lamento lo que ocurrió el otro día en la cafetería. No sabes cómo es Sophie. Si me enfrento a ella, estoy acabada. En el instituto, quiero decir.

–¿En serio? Parece que en el instituto hay mucha gente a la que le va muy bien sin ir tras ella como un perrito.

–Pero Sophie es amiga mía –dije–. Es mi amiga de toda la vida.

–Pensé que tu amiga de toda la vida era Esther. O tu no-amiga, mejor dicho.

–¿Qué quieres decir? ¿Qué te ha dicho Esther?

–Nada que te importe –contestó Maria.

Intentó tocarse la nariz, pero estaba tan borracha que acabó metiéndose el dedo en el ojo. Por un momento pareció estar a punto de echarse a llorar de nuevo, pero al final tuvo la reacción opuesta y acabó resbalando hasta el suelo y sentándose a mi lado, riéndose históricamente. Mientras se agarraba a mi brazo, me dio un ataque de risa y también acabé con lágrimas resbalando por mis mejillas. Cada vez que la risa parecía apagarse, ella fingía meterse el dedo en el ojo y nos echábamos a reír de nuevo.

Al final conseguimos calmarnos. Maria sacó del bolsillo interior de su chaqueta una botella con una mezcla parecida a la que Sophie y yo habíamos tomado antes, aunque la de Maria tenía un tono violáceo. Me pasó la botella y tomé un trago. Esta vez apenas me estremecí.

–Dime, ¿qué te ha pasado? –le pregunté–. Te he oído ahí dentro.

–Hoy he visto a mi padre –dijo, jugueteando con el corazón de oro de su colgante–. ¿Recuerdas que te conté que me había regalado esto... antes de irse?

Lo recordaba. El primer regalo que le había hecho su padre.

–Me ha dicho que ya no podremos vernos tan a menudo como hasta ahora. Ya no vivirá en Londres, porque ha conseguido un trabajo en algún lugar del norte. –Maria tiró con más fuerza del colgante. Cuando dejó de hacerlo, pude ver que tenía una fina marca rosada en la nuca. Parecía estar a punto de seguir hablando del tema, pero luego cambió de opinión–. No quiero hablar de ello.

–Me parece bien. ¿De qué quieres que hablemos, entonces?

–¿Por qué eres tan zorra? –dijo, propinándome un codazo para darme a entender que hablaba medio en broma. Aún no me había perdonado del todo.

–Lo siento mucho. Lo que pasa es que Sophie ha sido muy buena conmigo. Maria me miró, escéptica.

–¡En serio! Me propone hacer cosas, ya sabes. Como estar aquí.

Miré a mi alrededor, nerviosa. La música sonaba implacablemente abajo, resonando por toda la casa. Oí a alguien riéndose a carcajadas. ¿Sería Sophie? Ojalá no tuviera ningún motivo para subir y me viera hablando con Maria.

–Dime, ¿por qué estás aquí? –le pregunté.

–¡Genial!

–Ya sabes a qué me refiero. A mí jamás me hubiesen invitado de no ser por Sophie. ¿Con quién has venido?

–Con mi hermano Tim –reconoció–. Está estudiando con el hermano mayor de Matt. Está en esa habitación con alguna putilla.

Maria señaló el dormitorio principal. Los jadeos.

–¿Te llevas bien con él? Con tu hermano.

–Sí, es guay. Cuida de mí, ya sabes. Me protege.

No lo sabía, porque no tengo hermanos ni hermanas.

–Suena bien –dije melancólicamente.

–Tal vez. A veces agobia.

Parecía estar a punto de añadir algo, pero entonces se abrió la puerta y apareció el chico de pelo oscuro al que había visto en la entrada de la casa de Maria. Llevaba una camiseta y el primer botón de los vaqueros desabrochado.

No pude evitar fijarme en la línea de vello oscuro que desaparecía bajo los pantalones. Se acercó a nosotras.

–¿Estás bien? –le preguntó a Maria, ignorándome.

–Sí –contestó ella, mirando al suelo. Dejó que el pelo le tapara la cara, usándolo como un escudo para evitar que Tim se diera cuenta de que había estado llorando–. Déjame en paz. Vuelve con tu amiga.

–¿Seguro que estás bien? –volvió a preguntar Tim, mirándome con suspicacia–. ¿Esta no es la chica que...?

–Estoy bien, Tim –insistió Maria, poniéndose de pie. Yo la imité, porque no quería quedarme a solas con su hermano–. Vamos a salir a tomar un poco el aire. Luego nos vemos.

–No te vayas sin avisarme, ¿de acuerdo? –gritó Tim.

Maria le hizo un gesto con la mano que se debatía entre un saludo y un vete a la mierda.

Bajamos las escaleras y pasamos por la cocina, donde, gracias a Dios, no había ni rastro de Sophie. Salimos afuera por la puerta de atrás. Antes había visto que no había nadie en el jardín trasero, por lo que podríamos estar a solas.

Fuera había un par de tumbonas de madera con listones en las que nos echamos de espaldas, bajo el claro y estrellado cielo nocturno. Aunque aún podía oír el barullo de la fiesta –el ruido sordo pero fuerte de la música, murmullos de conversaciones, risas ocasionales–, había remitido un poco, como si estuviera muy lejos de una gente que no tenía nada que ver conmigo. El aire fresco olía a limpio. Por primera vez en toda la noche pude respirar sin dificultad. Guardamos silencio durante un rato, hasta que Maria se dio la vuelta y se quedó mirándome.

–Vamos, dime, ¿qué es lo que has oído?

Seguí mirando el cielo nocturno con una estudiada calma que distaba mucho de ser real.

–¿Sobre qué?

–Sobre mí, por supuesto. Mi madre pensó que podíamos dejarlo todo atrás, pero no soy estúpida: sé que los rumores me han seguido hasta aquí.

–No he oído nada sobre ti, de verdad –mentí.

Habría dicho que una parte de ella quería hablar, compartir lo que fuera

que la había perseguido desde Londres y que ya había llamado la atención o había provocado el oprobio de sus nuevos compañeros de clase. Sea lo que fuera, me inquietaba. No sabía si quería dejarme arrastrar a su momento, por lo que decidí no animarla a hablar y guardar silencio.

Se quedó como estaba, observándome durante un par de minutos, hasta que, tras haber tomado lo que parecía una decisión, se giró de nuevo y miró al cielo. Nos sumimos en un pacífico silencio. Dejé caer la mano junto a mi tumbona y toqué la de Maria. Ella enlazó su dedo meñique con el mío y balanceamos suavemente las manos mientras observábamos nuestro aliento elevándose en el aire de la noche.

—¡Hola, tortolitas!

La voz de Sophie sonó extrañamente triunfal.

Me dio un vuelco el corazón. Solté la mano de Maria, moví las piernas apresuradamente y me senté tan rápido que empezó a darme vueltas la cabeza. La puerta trasera estaba abierta, y un haz de luz iluminaba la zona oscura que había entre las dos tumbonas. La silueta de Sophie se recortaba en el umbral de la puerta. Detrás de ella, acechantes, vi a Matt y a Sam. ¿Qué es lo que habrían visto? Debí de haberme tambaleado, porque la expresión de Matt pasó de un lascivo interés a una leve preocupación.

—Eh, ¿te encuentras bien? ¿Vas a vomitar?

—Estoy bien.

Me agarré al borde de la tumbona.

—Vamos, ven y bebe un poco de agua.

De pronto, Sophie demostró una preocupación propia de una madre. Me levantó, paso un brazo alrededor de mi hombro y empezó a guiarme hacia la casa. Dejé que lo hiciera, y solo me arriesgué a mirar hacia atrás cuando estaba cruzando la puerta. Esperaba ver rabia, desprecio o incluso compasión. Pero no estaba preparada para la absoluta expresión de desesperación del rostro de Maria mientras Sophie me alejaba de ella para volver a la fiesta.

Capítulo 10

2016

Mientras me dirijo hacia el instituto, pensando aún con inquietud en mi conversación con Esther, empiezan a aparecer los sitios familiares: la parada del autobús, con su alfombra de colillas de cigarrillos; la alta valla que aún rodea el patio de recreo; el tablón de anuncios en la puerta de entrada, con sus folletos anunciando Dios sabe qué... La mayoría de los edificios están igual: la parte antigua del instituto sigue siendo preciosa, con su fachada de ladrillos rojos de estilo victoriano, y los edificios «nuevos», grises y con forma de bloque, producto de la arquitectura de la década de 1960, que en su momento se consideró terriblemente moderna.

Aunque solo tengo la intención de pasar delante sin detenerme y echar un rápido vistazo, entre los papeles descoloridos del tablón de anuncios que parecen estar allí desde la época en que yo estudiaba, me llama la atención un cartel de colores muy chillones. Reduzco la velocidad para intentar leer lo que dice y solo soy capaz de distinguir lo que está escrito con letra tipo *bubble* con los colores del arco iris: Reunión de exalumnos – Curso de 1989.

Freno bruscamente y me dirijo hacia la cuneta, dejando solo dos ruedas del coche en el asfalto. Cruzo la carretera a toda velocidad, ignorando los gritos y gestos furiosos de un conductor que debe hacer una maniobra para esquivarme, y leo el cartel de arriba abajo: promete una discoteca, bar y un bufet frío, con música de los años ochenta y viejos amigos. Miro detrás de mi espalda; siento un extraño sentimiento de culpa, como si alguien pudiera pillarme. Escucho la voz de Esther en mi cabeza: «¿Aún sigues dejándote llevar, Louise?»

Vuelvo al coche y me quedo sentada al volante durante unos minutos, contemplando el instituto mientras trato de controlar las emociones que me

asaltan. Soy una persona totalmente distinta de la chica que estudió aquí durante cinco años, y aun así me pregunto si eso es cierto. Debe de haber alguna parte fundamental de mí que sigue siendo esa chica. La chica que hizo lo que hizo soy yo. Eso fue lo que hacía que estar junto a Sam me hiciera sentir tan segura. Él conocía mi verdadero yo, y sabía que nunca le contaría a nadie lo que había hecho. A veces, cuando estábamos acostados, absorbidos mutuamente, me decía que el resto del mundo estaba al margen de todo. Me prometía que, a pesar de que lo que había hecho era algo horrible, nunca me dejaría. Pero, evidentemente, al final me dejó.

Pongo el motor en marcha y arranco. Cuando llego al final de la carretera, tengo dos opciones: girar a la izquierda, para salir de la ciudad, o a la derecha, para ir a la zona residencial de Sharne Bay. Giro a la derecha, consciente de que en algún lugar de mi cerebro aún siguen almacenadas las curvas de la carretera, una memoria muscular que todavía sigue funcionando veinticinco años después. Sin pensarlo, giro de nuevo a la derecha, en dirección a mi antigua casa. En la calle aún siguen alzándose las mismas casas de la década de 1970, todas idénticas, con sus jardines delanteros limpios y bien cuidados. Ahora, en cada entrada, hay al menos dos coches; hay quien incluso ha conseguido que quepan tres.

En vez de dar la vuelta en esta calle tan estrecha, decido seguir hacia delante y volver a la carretera principal por otro sitio; sin embargo, cuando llego al cruce en el que debía girar a la derecha, me doy cuenta de que la calle es de una sola dirección, por lo que no me queda más remedio que continuar. Giro a la izquierda y luego a la derecha al azar, confiando en que al final, en algún momento, encontraré de nuevo la carretera principal. Sharne Bay es una ciudad pequeña, por lo que es bastante improbable que me pierda. A medida que empiezo a ver puntos de referencia que me resultan familiares –el buzón que hay en una pared de ladrillos, el seto alto de la esquina–, empiezo a darme cuenta de que, efectivamente, no me he perdido. Estoy en la calle donde vivía Maria; está llena de pequeñas casas adosadas de estilo victoriano frente a unas aceras muy estrechas. Las casas no tienen acceso para el coche, por lo que en la calle hay muchos vehículos aparcados. Hay un sitio frente al número 33. Me detengo, recordando la última vez que estuve aquí, acostada en la cama de Maria, riendo hasta que acabó doliéndome el

estómago. Intento recordar cuándo fue la última vez que me reí así, pero no lo consigo. Puede que eso no ocurra cuando eres una persona adulta. En el coche hace un calor sofocante, porque había puesto la calefacción. Así pues, decido dar un paseo y tomar un poco el aire antes de regresar a Londres y dejar atrás este recorrido nostálgico o lo que sea.

Cuando me bajo del coche veo a un hombre calvo de más o menos mi edad llevando a un bebé en un cochecito. Al pasar junto a mí, nuestras miradas se cruzan; pasa un segundo antes de reconocerlo y él me mira de nuevo.

¡Oh, Dios mío! Un escalofrío recorre mi espalda. Ha envejecido, por supuesto, más de lo debido teniendo en cuenta su edad, pero lo habría reconocido en cualquier parte. Es Tim Weston, el hermano de Maria.

–¿Louise? –dice, petrificado, parándose en medio de la acera–. ¿Louise Williams?

–¡Tim! ¡Dios mío! No sabía que aún... –Me coloco el pelo detrás de las orejas y a continuación meto las manos en los bolsillos para mantenerlas quietas–. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Tu madre...? –digo, señalando el número 33.

–¿Qué? ¡Oh, no...! Ahora vivo aquí. Le compré la casa a mamá. ¿Qué haces aquí, Louise?

–He visitado a un cliente que vive por la zona –improvisado, apresuradamente–. Me perdí y paré para consultar el mapa en el móvil.

–Ah, ya. –Tim me mira, incrédulo–. ¿Dónde vive ese cliente?

Me quedo en blanco, y solo soy capaz de pensar en mi antigua calle.

–En Turner Street, ¿puedes creerlo?

Sonrío, tratando de ahuyentar la sospecha que esta información es capaz de levantar.

–Así pues, ¿tu madre se ha mudado o...?

–Se trasladó a un bungalow hace unos años, y mi mujer y yo le compramos la casa. De no haber sido así, no habríamos podido comprar nada.

–¡Ah, estupendo! –Está claro que me estoy excediendo. Siento el corazón desbocado–. ¿Y esta es tu hija?

La expresión de su rostro se suaviza ligeramente.

–Sí. La saco en el cochecito, es el único modo de que se quede dormida. Así, mi mujer puede tomarse un descanso. A veces lo necesita, sobre todo

ahora que ha vuelto a su trabajo. Tiene su propia empresa; le va muy bien, pero es duro. Ella...

Se interrumpe, como si se hubiera pensado mejor si debía contarme su vida hasta ese punto.

Miro al bebé. Lleva un mono rosa y duerme profundamente. Tiene las mejillas rosadas y unas pestañas larguísimas.

–Es preciosa.

A Sam y a mí nos costó tanto tiempo, dolor y esfuerzos tener a Henry, que cuando nació me dije que saborearíamos cada minuto, cada llanto, cada noche sin dormir. Pensaba que cuando la gente hablaba de noches en vela, solo era una forma de hablar. No era consciente de que se referían literalmente a noches sin pegar ojo. Pronto quedó claro que Sam no podía o no quería lidiar con los grandes sacrificios que exige cuidar de un bebé, y que yo estaba decidida a hacerlos todos porque me aterrorizaba pensar que, si no lo hacía, él me dejaría. También hice otras cosas para que fuera feliz, para que no me abandonara. Entonces no sabía que no puedes impedir que alguien te deje.

Tim se queda mirando a su hija, sonriendo.

–Gracias.

Hay una pausa incómoda, y pienso en algo que decir. ¿Qué le dices a alguien a quien no has visto desde hace más de veinticinco años y que te odia a muerte por una buena razón?

–¿Y a qué te dedicas?

Recurro a la más convencional de las preguntas que pueden hacerse en una cena.

–Trabajo en IT. Voy a Londres tres días a la semana y el resto trabajo desde casa..., por eso puedo hacer esto –dice, señalando el cochecito–. ¿Y tú? Eres interiorista, ¿verdad?

–Sí, así es. –La inquietud que he experimentado desde que escuché su voz va en aumento. ¿Me ha estado siguiendo la pista?–. ¿Cómo lo sabes?

–No estoy seguro... Puede que alguien me lo comentara... –Arruga la frente mientras trata de recordar quién pudo decírselo–. Ah, sí, ya me acuerdo, leí algo en el periódico local... Ganaste un premio, ¿no?

–Sí.

En su momento me sentí orgullosa, pero ahora me siento extrañamente violada al pensar que gente de mi pasado leyó el artículo y se enteró de cosas sobre mí, mientras que ellos permanecían en el anonimato. Empiezo a murmurar algo sobre que debo volver a casa, pero él me interrumpe.

–¿Te has enterado de lo de la reunión?

–Sí, vi algo en Facebook.

–¿Vas a ir?

–No estoy segura. ¿Y... tú?

Sé que irá, porque vi su nombre en la lista de asistentes en Facebook. ¿Por qué me siento tan avergonzada de asistir a la reunión? Sophie no se avergüenza en absoluto, y tampoco lo hace el resto de la gente que ha confirmado su asistencia.

–He estado pensando en ir –dice mirando al suelo–. Ya sé que no soy exactamente del curso del 89, pero salí con muchos de vosotros... y, bueno, ya sabes, Maria era de ese curso. He pensado en ir, en representación suya.

Cuando menciona su nombre se me corta un poco la respiración. Aunque ella ha ocupado un espacio íntimo de mi mente durante mucho tiempo, hasta la semana pasada no había oído ni pronunciado su nombre desde que era una adolescente. Pensaba que Tim y yo mantendríamos esta extraña conversación sin hablar de ella. De pronto soy consciente de que no puedo desaprovechar este momento y no tratar al menos de decirle lo mucho que lo siento.

–Creo que es una gran idea –le digo–. Oye, Tim, con respecto a Maria... –Todo mi valor se esfuma–. Sé que la traté mal, y lo siento mucho. Ojalá... En fin, ojalá pudiera volver atrás y cambiarlo todo.

Sé que él no tenía demasiada buena opinión sobre mí por aquel entonces, y probablemente hacía bien. Cuando miro hacia atrás, yo tampoco tengo demasiada buena opinión sobre mí.

Tim mira hacia otro lado, a lo lejos.

–No te culpo, Louise –dice, fríamente.

–¿De verdad? Creo que Esther Harcourt sí lo hace –digo sin pensar.

–¿Esther Harcourt? ¿Aún sigues viéndola? Ahora es abogada, ¿no?

–Sí. Entonces, ¿te acuerdas de Esther?

Una parte de mí se sorprende de que alguien como Tim, que formaba parte

de la gente guay y que ni siquiera iba al instituto con nosotros, pudiera acordarse de Esther.

–Sí. Habló en el funeral, ¿no? Maria se vio mucho con ella en aquella época..., ya sabes. Y mamá también habla de ella a veces. Ha estado pendiente de su carrera. Esther fue una buena amiga de Maria.

Lo que no dice flota en el aire, como un mal olor: «No como otros».

–¿Cómo está tu madre? –Recuerdo la última vez que vi a Bridget, la noche que Maria desapareció: el pánico que iba en aumento, el miedo en sus ojos, que se cruzaron con los míos durante esos momentos en que se pararon los corazones.

–No demasiado bien, a decir verdad. Últimamente no se ha encontrado bien, y está sola. Después de que mi padre se fuera no conoció a nadie. Tener una nieta ayuda un poco, pero nunca ha superado lo que le ocurrió a Maria.

Por supuesto que no. ¿Cómo iba a hacerlo?

–Mira, Louise, ninguno de nosotros sabe lo que pasó aquella noche.

Intento mantener el rostro inexpresivo.

–Mi madre cree que Maria se suicidó, pero no lo sé... Ella es más fuerte de lo que... Era más fuerte de lo que parecía. Sé que aquella noche estuvo bebiendo. Si estuvo por ahí, si se encontraba mal, es muy fácil que allí arriba perdiera el equilibrio.

El bebé se mueve en el cochecito. Tim lo sacude suavemente de un lado a otro. La niña suspira y vuelve a dormirse, feliz.

–Sé que entonces fui duro contigo, pero quería proteger a Maria, sobre todo después de lo que le ocurrió en Londres. Y estaba muy enfadado: con mi padre por haberse ido, y a veces con Maria por relacionarse con ese chico, aunque evidentemente no fue culpa de mi hermana. Y, por supuesto, estaba enfadado conmigo mismo. Pensaba que debería haberla protegido, debería haber visto antes lo que estaba ocurriendo con ese chico. Pensé que era culpa mía, que si hubiera actuado mejor y no hubiese armado tanto alboroto cuando dejamos Londres, entonces mi padre no se habría ido.

Da por sentado que conozco la historia del chico de Londres; piensa que Maria me la contó. Pero no lo hizo, y ahora no me siento con ánimos de decirle a Tim que lo haga.

–No fue culpa tuya –le digo.

–Bueno, tampoco fue tuya –dice, haciendo un evidente esfuerzo–. Sé que no te portaste bien, pero no sabías lo que iba a suceder. Nadie lo sabía. Debería haber estado más pendiente de ella en la fiesta de graduación. Maria y yo estábamos muy unidos.

¿Unidos hasta qué punto? Todo el mundo solía comentar lo mucho que él la protegía; incluso Maria lo decía. ¿Lo bastante unidos como para querer reabrir viejas heridas y para que él castigue a las chicas que considera responsables de la desdicha de su hermana?

–Sabía que ella... tenía problemas, ya sabes... –continúa.

Tenía problemas. Es muy considerado de su parte definirlo así, pero yo conozco la verdad. Convertimos su vida en un infierno.

–Nadie más puede asumir la responsabilidad de lo que le pasó, tanto si fue decisión suya, un accidente, un mal paso o una posibilidad entre un millón.

Me mira más de cerca y yo cambio el peso de un pie a otro, ansiosa por que termine la conversación.

Es una falacia reconfortante, y deseo con todas mis fuerzas que esta versión sea la verdadera. Y si eso no puede ser (y es evidente que no puede ser), me gustaría poder contarle a alguien la verdad sin ser juzgada o algo peor. Ojalá pudiera aflojar el nudo que tengo dentro de mí, un nudo atado con tanta fuerza que dudo que nadie, por mucho que lo intente, sea capaz de meter los dedos en sus laberintos para desatarlo.

Tim no lo sabe, pero estamos hablando de cosas distintas. Él cree que estamos hablando de que dejé a Maria por Sophie y la promesa de la popularidad, y que fui en parte responsable de que en el instituto fuera condenada al ostracismo. Cree que estamos hablando de que hubo algo de acoso escolar, no de golpes ni pedradas, pero sí de palabras que se decían con la intención de hacer daño y conseguían hacerlo. Y es cierto: yo hice todo eso. La ignoré, la dejé tirada, la decepcioné. Lo que Tim no sabe es que también hice algo más. Algo mucho, muchísimo peor.

Nos despedimos. Conduzco despacio por las calles de mi infancia. Cuando me incorporo a la A11, algo de lo que hemos hablado con Tim perfora mi mente. Tardo un poco en descubrir de qué se trata, pero al final lo consigo. «Ella es más fuerte de lo que parece», empezó diciendo, pero luego rectificó. Puede que fuera un lapsus, o puede que, al oírme hablar de lo ocurrido,

volviera mentalmente a 1989. Pero, sea cual sea la razón, es innegable: Tim se refirió a Maria en presente.

Capítulo 11

Algunos días se siente prisionera en su propia casa. Evidentemente, no hay ninguna razón que le impida salir. Viéndola, nadie lo diría. Pero en días como hoy es como si alguien le hubiese arrancado una capa de piel, dejando su rostro en carne viva, sin protección alguna frente a los elementos. Frente a todo. En días así, se esconde, esperando a sentirse con fuerzas de enfrentarse de nuevo al mundo, a estar lista para volver a ponerse la máscara y seguir sonriendo.

En ocasiones se pregunta cuánto tiempo podrá seguir así. ¿Eternamente? De algún modo, está tan acostumbrada a guardar ese secreto que lo hace con toda naturalidad. Y los días que no consigue hacerlo, cuando desea abrir su corazón y su boca para desvelarlo, él está ahí para recordárselo, como lo ha venido haciendo a lo largo de todos estos años. Mantén la calma. No lo cuentes. Las consecuencias serán peores para ti que para cualquier otro. Él solo intenta protegerla; ella lo sabe, y le está agradecida por ello.

Así pues, sigue adelante, ahuyentado esos pensamientos del pasado que la atormentan. No es solo el pasado lo que la asusta; algunos días también le tiene miedo al presente, y ni siquiera quedarse en casa la ayuda. A veces se siente más agobiada aquí que fuera.

El círculo de personas con las que se relaciona es reducido, porque le cuesta confiar en la gente. Incluso aquellos a los que permite acercarse a ella no conocen toda la historia, o ni siquiera la mitad. Él es el único que lo entiende. Solo él la ha ayudado, recordándole que no debe contar esa historia a otros.

No necesita que le recuerden que no todo el mundo es lo que parece. Es algo que ella sabe muy bien.

Capítulo 12

2016

Al despertarme por la mañana, después de mi viaje a Norfolk, me siento aliviada al estar en casa, con algo parecido a la normalidad. No soy capaz de imaginarme que las cosas vuelvan a ser algún día como antes. Sé que Polly cree que debería pensar más en mí, ver a los amigos que he dejado de lado durante los dos últimos años, pero no soy capaz de hacer frente a nada nuevo en mi vida. Solo intento asumir lo que hay.

Los miércoles, Henry siempre se queda a dormir en casa de Sam. Así pues, por la mañana empiezo a reunir sus cosas –ropa interior, el uniforme de repuesto, Manky– y las meto en su mochila. Tiene a Manky desde que era un bebé. Un día, cuando empezó a tener los bordes muy gastados, Sam y yo decidimos llamarlo Manky Blanky, y así se quedó. Las cosas de Henry van y vienen de mi casa a la de Sam, de modo que nunca estoy segura de lo que está aquí y puede necesitar, pero solo hay un Manky, y es irremplazable. Cuando meto en la mochila un jersey de la escuela, noto que hay algo duro y afilado en el bolsillo delantero. Abro la cremallera y echo un vistazo. Al ver lo que es, me dejo caer en la cama de Henry, mirando la foto en la que estamos él y yo en la playa, sonriendo y con los ojos entornados para protegernos del sol.

–Henry, ¿puedes venir un momento? –le digo.

Viene corriendo desde la cocina, lamiéndose la mermelada que tiene en los dedos, pero se detiene al ver lo que tengo en la mano.

–¿Por qué tienes esto en la mochila, H?

–Me gusta mirarla –dice en voz baja.

–¿Cuándo?

Henry parece hacerse más pequeño.

–Cuando estoy en casa de papá. A veces te echo de menos.

Las lágrimas me duelen en la garganta y me escuecen en los ojos.

–Ven aquí.

Se acerca corriendo hacia mí, salta sobre mi regazo y me abraza, fundiendo su pequeño pero sólido cuerpo con el mío.

–Yo también te echo de menos –le digo, tratando de hablarle con dulzura–. Pero con papá te lo pasas bien, ¿verdad?

–Sí –dice, apretado contra mi cuello–, pero a veces quiero verte.

–No pasa nada, H. –Mi voz se quiebra ligeramente y trago saliva–. Pero no tenías por qué coger la foto, solo tenías que decírmelo. A ver, ¿por qué no ponemos muchas fotos en las que estemos tú y yo en un gran marco y lo dejas en tu habitación en casa de papá?

Me da un último abrazo y sigue comiéndose la tostada. Me siento un momento en su cama para mirar la foto en la que estamos él y yo abrazados, bañados por la luz del sol. Me da la impresión de que han pasado un millón de años. Cuando vuelvo a poner la foto en su sitio, en la estantería, no puedo evitar sentirme aliviada. Me comporté como una paranoica; al final, nadie había entrado en casa.

Tengo que dejar de descuidar a mis clientes o voy a empezar a perderlos. Puesto que Henry se quedará en casa de Sam, finalmente podré avanzar con el último proyecto de Rosemary Wright-Collins. Tener como cliente a Rosemary es muy importante: sin ella, mi empresa daría tumbos. En una ocasión, Sam insinuó que no era bueno trabajar tanto para ella, que poner la mayoría de los huevos en una sola canasta era un error. Quería que rechazara algunos de sus encargos, decía que estaba invirtiendo demasiadas energías para realizar todos los trabajos que ella me proponía y para satisfacer al resto de mis clientes. Se alegraba de que mi empresa marchara bien, de eso estoy segura, pero lo cierto es que me dejó por una mujer mucho más joven que yo pero con un trabajo mucho menos importante que el mío. Sé que Polly piensa que es así.

El viernes recojo a Henry después de la acogida de la tarde, y cuando llegamos a casa, en lugar de sentarlo delante de la tele, juego con él.

Montamos una enorme y compleja vía de tren. Él se inventa una complicada historia en la que los trenes deben salvar a una vaca que se ha quedado atrapada en la vía. Cada vez que intento solucionar el problema, aparece un nuevo obstáculo que va más allá del juego. Me quedo mirando a Henry mientras empuja los pequeños vagones por las vías, con expresión muy seria, totalmente absorto en el mundo que hemos creado. Aunque en el salón se está bien, siento un escalofrío. El motivo es que nadie debe saber nunca qué le pasó realmente a Maria. No puedo permitir que nada ponga en peligro la inocente fe de Henry, que cree que el mundo es un lugar lleno de bondad, donde nadie dejaría que una vaca fuera arrollada por un tren ni separaría a una madre de su hijo.

Después de acostar a Henry me siento a la mesa de la cocina con una copa de vino tinto. La lámpara que hay en la esquina desprende una luz que me relaja. El olor de la cena que se está cocinando en el horno empieza a notarse en el ambiente: cebollas, ajo, hierbas... Reviso los correos electrónicos: el problema de trabajar en casa es que tengo la sensación de que siempre estoy trabajando, que nunca consigo desconectar por completo. Abro otra ventana y entro en Facebook. Lo he controlado constantemente, tanto en el móvil como en el ordenador portátil, y cada vez que compruebo que no hay ningún mensaje nuevo aumenta la débil esperanza de que todo haya terminado. Pienso que quizá era alguien que estaba gastando una broma de mal gusto, una broma estúpida..., una broma inquietante y molesta, pero nada más. Una de las madres de la escuela cuenta detalles de su última ruptura en su página; sin embargo, algunas de sus exparejas son sus amigos, que opinan sobre su versión de los hechos y la discuten, insultándola. Me atrapa la historia, igual que cuando hace muchos años veía culebrones en televisión, pero con la fascinación añadida de que en este caso se trata de la vida real, o al menos de algo parecido. Me sorprende la forma en que algunas personas viven su vida aquí. Esta mujer ni siquiera me saluda en las raras ocasiones en que coincido con ella en la puerta de la escuela, y sin embargo, conozco todas las cruentas intimidades de su vida sentimental.

Entro en la página de Maria, en la que ahora puedo ver que Sophie aceptó su solicitud de amistad. Cuando estoy a punto de cerrar la ventana, me fijo en que Maria tiene un nuevo amigo en su lista: Nathan Drinkwater. Pienso en el

nombre, pero no me dice nada. Estoy segura de que en nuestro instituto no había nadie llamado así. Clico en su página, pero no hay nada, ni publicaciones, ni foto de perfil, nada. Maria es la única que figura en su lista de amigos.

Hay un mensaje de Facebook dirigido a un grupo en el que he sido incluida y en el que se propone salir una noche con algunos viejos colegas. Mi instinto me dice que haga lo que normalmente haría: ignorarlo y dejar que piensen que no me interesa, que estoy demasiado ocupada con mi empresa y con Henry. Sin embargo, desplazo el ratón hasta la pestaña de «responder», tratando de imaginarme en un bar con una copa de vino en la mano, charlando, poniéndome al día, intercambiando novedades. Me sirvo una segunda copa de vino y estoy tratando de convencerme a mí misma y aceptar la invitación, cuando suena el timbre. Doy un brinco y la botella tiembla en mi mano; el vino se derrama por el borde de la copa, formando una mancha que parece de sangre en la base y empapando la madera de roble de la mesa. Dejo la botella y avanzo con cautela por el pasillo. A pesar de que he encontrado la foto, no me he quitado totalmente de encima la sensación de que no estoy a salvo, de que alguien está vigilándome. Aún recuerdo el ataque de pánico en el túnel de South Kensington. «Corre tan rápido como quieras, Louise». Veo la silueta de alguien a través del cristal esmerilado de la puerta, pero no puedo decir quién es. Me paro en el oscuro pasillo, enmarcado por la luz de la cocina que hay a mi espalda; mi cuerpo palpita con cada latido de mi corazón. Doy un paso atrás. No pienso abrir la puerta. Vuelvo a la cocina, dejando que quienquiera que haya llamado piense que no estoy en casa. Pero entonces se abre el buzón y una voz dice:

–¿Louise? ¿Estás ahí?

Corro hacia la puerta y abro.

–¡Polly!

La abrazo, tan contenta de verla que la estrecho y la aprieto contra mí demasiado tiempo, demasiado fuerte.

–¡Eh! ¿Estás bien?

Sonrío, reprimiendo las lágrimas.

–Estoy bien. Simplemente me alegro de verte. ¿Qué estás haciendo aquí?

–Bueno, me invitaste a cenar, ¿no? El pasado viernes, cuando vine para

hacer de canguro.

–¡Oh, Dios mío, es verdad! Lo siento mucho. Lo había olvidado por completo con todo lo que...

–¿Con todo lo que...? ¿De qué estás hablando?

Por un momento había olvidado que Polly no sabe nada. ¿Por dónde empezar? ¿Debería contárselo todo?

–Oh, nada especial. He estado muy ocupada con el trabajo y haciendo cosas. Y tú, ¿cómo estás?

–Oh, ya sabes, como siempre, como siempre.

Vamos a la cocina y Polly se sienta a la mesa.

–Algo huele muy bien.

–Es una ración de pastel de patata con carne de Marks & Spencer –admito –. Lo siento. Tengo un poco de ensalada, pan y alguna cosa más. Puede que haya suficiente para las dos.

–Perfecto. Yo he traído vino y patatas fritas –dice, dejándolo todo encima de la mesa–. ¿Quién quiere cenar?

Se queda mirando la estantería, con la foto en la que estamos Henry y yo en la parte superior.

–Veo que ya has encontrado la foto. ¡Te lo dije! Apuesto a que la dejaste en otro sitio y te olvidaste. ¿Es así?

–En realidad no. La tenía Henry. Se la quería llevar a casa de Sam. Me dijo que me echa de menos cuando está allí.

–¡Oh, pobre H! –exclama Polly, llevándose una mano al pecho en señal de angustiosa compasión.

–Lo sé. No hablemos de eso, no puedo soportarlo.

Para cuando el pastel está listo, ya nos hemos comido todas las patatas fritas y abierto otra botella de vino. Polly me ha estado contando historias de la vida sentimental de su hermana y algunos chismes sobre mis antiguos colegas de Blue Door. Saca el tema de la salida a la que estaba dando vueltas cuando llegó y no acepta un no por respuesta. Aún no me ha hablado de sus hijas ni me ha preguntado por Henry. Aunque adora a Henry y yo quiero con locura a Maya y a Phoebe, no solemos hablar mucho de ellos. Tengo amigas que he hecho a través de Henry cuyas conversaciones casi siempre giran en torno a lo exigentes que son sus hijos con las comidas, cómo se portan o los

pros y los contras de las clases de natación, y me encanta que eso no ocurra con Polly. Es una amiga como Dios manda.

Cuando saco el escaso pastel de la bandeja de papel de aluminio y lo sirvo en dos platos, a los que añado varias rebanadas de una *baguette* y un puñado de ensalada, le pregunto a Polly cómo están las niñas.

–Están bien. Bueno, Maya está bien.

Maya es una robusta y vivaz niña de ocho años que demuestra un asombroso y envidiable desprecio por lo que opinan los demás, mientras que su hermana, de doce años, me parece más callada e introvertida cada vez que la veo. Supongo que es lo normal en la adolescencia, con el inevitable deseo de independencia y de ser uno mismo, lo que provoca el consiguiente alejamiento de los padres y de cualquier adulto que tenga que ver con ellos.

–¿Y Phoebe?

–Ha tenido algunos problemas en la escuela con las otras niñas.

Siento como si un dedo helado se enroscara en mi estómago y me quedo sin apetito.

–¿Te refieres a que... está siendo acosada?

–No estoy segura de si se puede llamar acoso. Es todo muy... sutil. A esa edad, las niñas... pueden ser muy *malvadas*.

Si lo sabré yo.

–¿Qué le han hecho?

Una parte de mí no quiere saberlo. En el mejor de los momentos, ya me parecería un asunto difícil de abordar, pero ahora mismo no sé si seré capaz de mantener la compostura.

–Es difícil de decir. Le han quitado cosas, le han ocultado información hasta que es demasiado tarde, han socavado su confianza por su aspecto... Ni siquiera creo que me lo haya contado todo. Esa niña nueva empezó a mitad de trimestre y lo ha echado todo a perder. Ha conseguido que la mejor amiga de Phoebe se haya vuelto contra ella. Es una auténtica hembra alfa. –Hace una pausa–. En realidad es una maldita zorra.

Me sorprende detectar tanto veneno en las palabras de Polly. Apenas la había oído nunca soltar un taco, y mucho menos hablar de forma tan descarnada sobre una niña.

–Phoebe siempre ha sido una niña muy divertida y vivaracha, y ahora es

como si se estuviera encogiendo. La niña que era se está desvaneciendo. Evidentemente, yo sabía que ella iba a cambiar cuando se hiciera mayor y se alejara de mí, pero pensé que su esencia, lo que hace que ella sea quien es, seguiría ahí. Pero no, la está perdiendo. Esa niña se la está quitando, se está llevando a Phoebe.

Polly hace un gran esfuerzo por no echarse a llorar. Lo siento muchísimo por ella, pero me resulta muy difícil responder con normalidad. Este asunto me parece tan emotivo que no sé cuál sería la respuesta normal. La única experiencia que tengo al respecto como madre fue cuando Henry me dijo que Jasper y Dylan no querían jugar a los trenes con él durante el recreo, que, aunque es algo que me duele en el alma, no es lo mismo.

–¿Has hablado con la escuela? –digo finalmente.

–Oh, sí, varias veces. Hacen lo que pueden, pero, como ya te he dicho, todo es muy sutil. No hay mucho que puedan hacer. Ellos lo llaman *problemas de amistad*. Pues vaya amistad.

Polly se queda mirando su plato, que apenas ha probado. Me muero por hacerle saber que la entiendo, por ofrecerle algo de consuelo.

–Yo viví... algo parecido cuando iba al instituto –digo con voz entrecortada.

–¿De verdad? –Polly levanta la vista–. ¿Qué pasó?

–Oh, no puedo contártelo todo ahora, pero... te entiendo. Recuerdo lo que significa ser adolescente.

–Oh, Lou, ¿podrías hablar con Phoebe? Ella te respeta mucho.

Debo parecer escéptica, porque Polly continúa.

–No, en serio. Cree que eres genial porque tienes tu propio negocio y porque estás criando sola a Henry.

–No sé, Polly. No sé si podría decirle algo que la ayude...

¡Oh, Dios mío! ¿Dónde me he metido?

–Por supuesto que sí. Acabas de decir que te ocurrió algo parecido. Incluso escuchar eso la ayudaría. Por favor.

Está claro que eso no es exactamente lo que he dicho, pero no puedo contarle que, en realidad, viví la experiencia desde el lado contrario.

–De acuerdo, mañana la llamo.

¿Qué más puedo decir?

–Gracias. Te lo agradezco mucho. –Me toca ligeramente el brazo–. Bueno, cambiemos de tema. A decir verdad, estoy harta de hablar de ese asunto. Hablemos de ti... Apenas has abierto la boca. ¿Pasa algo?

Ahora soy yo quien baja los ojos, mientras aplasto el puré de patatas con el tenedor. Desde hace tiempo, una parte de mí se quiere confiar a Polly, aliviar mi carga con alguien que de verdad se preocupa por mí y que no tiene ninguna relación con mi pasado. Estoy cansada. Cansada de guardármelo todo para mí, de no poder soltarlo.

–No..., en realidad no.

–¡Lo sabía! ¿De qué se trata? ¿Has conocido a alguien? ¡Oh, Dios mío!, ¿es alguien del sitio web?

Se la ve tan esperanzada que siento la tentación de inventarme algo, pero no lo hago.

–No, nada que ver. Para serte sincera, ni siquiera he revisado la dirección de correo que me configuraste. No sé si estoy preparada para eso, Poll.

–Bueno, luego lo comprobamos en un momento. Pero primero cuéntame qué ocurre.

Opto por una versión muy diluida de la verdad.

–Me contactó por Facebook alguien con quien fui al instituto.

–Sí, esa chica con la que quedaste el viernes pasado. Sophie, ¿no?

–No, era otra persona. Nunca te he hablado de esto, pero al final de mi último curso, una chica murió en una fiesta que se celebraba en el salón del instituto.

–¿Cómo? ¿Murió allí mismo, en el salón?

–No. Ella... Creen... Bueno, creen que debió emborracharse o algo así. Nuestro instituto estaba cerca de los acantilados de Sharn Bay. La última vez que vieron a Maria iba en esa dirección. Y nunca volvió a aparecer.

Soy muy consciente de las muchas lagunas que hay en mi relato, espacios oscuros que se abren como dientes caídos entre mis palabras. Sin embargo, Polly está expectante.

–Entonces, ¿no encontraron su cuerpo?

–No, pero eso no es algo inusual. A lo largo de los años, allí se han dado varios casos de gente que ha saltado y nunca se han hallado los cadáveres. Se convirtió en algo parecido al Cabo Beachy, un sitio famoso por los suicidios.

Depende de muchas cosas..., las mareas, el tiempo..., que los cuerpos sean arrastrados hasta la orilla o no.

-¿Y de quién era el mensaje?

-Ese es el tema. Era suyo. De Maria.

-¿De la chica muerta? -Polly deja el tenedor suspendido entre el plato y su boca-. ¡Pero eso es horrible! ¡Es enfermizo! ¿Quién podría hacer algo así?

-No lo sé.

-¿Y por qué a ti? ¿Era muy amiga tuya?

No sé cómo responder a esta pregunta. Aparte de mis padres (con quienes mi relación está embarrada por el sentido del deber, la culpa y el engaño) y Henry (que está biológicamente obligado a hacerlo), Polly es la única persona en el mundo que me quiere. Nunca me he sentido muy unida a mis padres, como les ocurre a algunos hijos, pero después de que Maria desapareciera, nuestra falta de comunicación se agudizó incluso un poco más. Ocurrió en ese momento crítico, en plena adolescencia, cuando los hijos siempre acaban distanciándose de sus padres. Ya me estaba alejando de ellos para estar más cerca de mis amigos, mi «auténtica» vida. Me imagino que si todo hubiera seguido su curso normal, habría vuelto a acercarme de nuevo a ellos al convertirme en adulta, pero la muerte de Maria provocó un cisma tan grande entre nosotros que fue imposible superarlo. Jamás podría contarles lo que había hecho, por qué me distancié tanto de ellos. Y a ellos, a su vez, les desconcertó que la desaparición de una chica que, por lo que a ellos se refería, yo apenas conocía, tuviera unos efectos tan catastróficos en mí.

Polly me había visto en mi momento más bajo cuando Sam se fue. Puede que no le haya contado toda la historia, pero sabe más que nadie. Ella me recogió y me ayudó a levantarme cuando pensaba que nunca sería capaz de volver a hacerlo. En toda mi vida he tenido a nadie que, como ella, siempre estuviera a mi lado, y no puedo correr el riesgo de perder eso. No puedo correr el riesgo de mostrarle quién soy en realidad, sobre todo después de lo que le ha ocurrido a Phoebe.

-Algo así -contesto-. Pero no tanto cuando murió. Sin embargo, no he sido la única; hay otra chica del instituto que ha recibido la misma solicitud. La que vi la semana pasada, cuando hiciste de canguro. Y hay algo más.

–Respiro hondo–. Aquella noche, cuando fui a casa de Sophie, creo que alguien me estuvo siguiendo.

–¿Qué? ¿Y por qué iba alguien a seguirte?

–No lo sé exactamente..., pero esa solicitud, luego la foto desaparecida...

–Pero la foto la tenía Henry, me lo has dicho antes.

–Lo sé, lo sé. Pero te juro que había alguien detrás de mí en el túnel de South Ken, y cuando me puse a correr, ese alguien también lo hizo. –El ruido de los pasos, siguiendo mi ritmo; mi pecho ardiendo, la botella golpeando contra mis piernas–. Y luego recibí otro mensaje de Maria que decía: «Corre tan rápido como quieras, Louise. Nunca te librarás de mí». Ella me estaba siguiendo; debía de ser ella.

–Pero eso podría ser tan solo una forma de hablar, ¿no? No significa que alguien te siguiera realmente esa noche.

No me cree, y no la culpo por ello. Sin el contexto de lo que le hice a Maria, mi historia pierde fuerza, pero, evidentemente, esa es la parte que no puedo contarle a Polly. Sin embargo, alguien ha creado una cuenta de Facebook para Maria Weston, y alguien me siguió desde la estación de Crystal Palace hasta South Kensington. Lo sé.

–Pero esa página de Facebook... –dice Polly, haciéndose eco de mis pensamientos–. Es muy raro. ¿No tienes ni idea de quién puede haberlo hecho?

–El próximo fin de semana hay una reunión de exalumnos. He pensado que podría ir y ver si..., no sé, si alguien más ha recibido algo parecido.

Polly me mira con expresión severa.

–¿Una reunión de exalumnos? ¿En serio? ¿Sam asistirá?

–No lo sé. –digo con los ojos pegados en el fondo de mi copa de vino y pensando en la página del encuentro de Facebook en la que se informaba de quién iba a estar allí.

–¿No sería mejor que trataras de averiguarlo antes de ir? No creo que sea una buena idea que lo veas en una fiesta, ¿no crees?

A veces creo que habría sido mejor no sincerarme con Polly cuando Sam me dejó. No es de esa clase de amigas que olvida las cosas o te permite que tú lo hagas. Me encanta lo extremadamente protectora que se muestra

conmigo, lo enfadada que está con Sam por lo que me hizo, pero no puedo permitir que me impida hacer esto.

–Escucha –digo–, intentaré averiguar quién va a asistir... Seguramente habrá alguien a quien pueda preguntárselo, o puede que haya una página de Facebook o algo así. Si intuyo que él va a asistir, no iré.

Odio mentirle a Polly, pero no quiero discutir con ella, necesito que esté bien conmigo. Aunque, evidentemente, tiene razón. No me conviene estar con Sam en un ambiente relajado, una fiesta con mucho alcohol, recordando emociones a flor de piel, y Polly sabe muy bien por qué. Cometí el error de contarle que, en una ocasión, poco después de que me dejara, Sam se presentó aquí después de que ya hubiera acostado a Henry. Yo había estado bebiendo sola, de modo que le serví una copa y se sentó a mi lado. Durante una hora fue como si no se hubiera ido. Hubo un momento en que él se inclinó sobre mí para abrir el cajón donde aún guardo el sacacorchos y el tiempo se detuvo, solo durante un segundo. Lo tenía tan cerca que sus rasgos se difuminaron levemente, y solo podía sentir su aliento en mi mejilla y una sensación de calor en el estómago. Me levanté en seguida. Me temblaban las piernas. Crucé el salón y, tras inventarme una cita a primera hora de la mañana, le dije que se fuera. A pesar de todo lo que me había hecho, aún sentía algo por él. Una parte de mí sigue sintiéndolo.

–Hummm... De acuerdo –dice Polly, aparentemente tranquila–. Bueno, echemos un vistazo a esa cuenta de correo, a ver si hay algo interesante.

Le paso el ordenador portátil y ella inicia sesión en la cuenta de correo que me creó.

–¡Oooh, hay bastantes mensajes!

Acerca un poco la silla para poder ver la pantalla y ella empieza a abrir los correos.

–¡Oh! –exclama. El primero hace referencia a mi supuesto interés, según Polly, en pasar noches en casa y en salir–. «Yo entraré y saldré toda la noche si es lo que deseas». Muy bien, lo borramos y pasamos al segundo.

El siguiente entra incluso en más detalles sobre lo mucho que le gustaría entrar y salir, y cómo se sentiría al hacerlo.

–Lo siento, querida. Creo que debería haber escrito otra cosa –dice Polly, alicaída–. Ha sido mi primera incursión en el mundo de las citas por internet.

Deberíamos buscar a una adolescente para que se ocupe de ello. Son mucho más listas.

La mayoría de los mensajes son variaciones sobre este mismo tema, mezclados con pocas respuestas sinceras, y todas ellas parecen haber tomado nota de mi afición a pasear por el campo y salir a correr. Sus remitentes son escaladores, triatletas y aficionados a las competiciones de *Ironman*.

–No puedo quedar con ninguno de estos hombres – digo–. Cuando me alejo de la M25 me entran palpitaciones.

–Espera –dice Polly–. Aquí tenemos uno que promete. «Hola, ¿qué tal?», dice. Bueno, es amistoso, una buena forma de empezar, ¿no? «Debo confesar que no soy demasiado aficionado a los paseos por el campo, pero me encanta salir a comer fuera y me preguntaba si podría llevarte a cenar». ¡Ahí lo tienes! ¡Tampoco le gusta pasear por el campo!

–Esa no es exactamente la base más sólida para salir con alguien, ¿no crees?

–No, lo sé, pero nunca se sabe. Echemos un vistazo a su perfil.

Greg tiene cuarenta y dos años y es guapo, pero sin pasarse. En la fotografía se está riendo y mirando algo que hay detrás de quien le está sacando la foto.

–Bonita camisa –dice Polly.

–Insisto, Polly, no es necesariamente el criterio sobre el que se construye una vida feliz.

–¡Oh, deja ya de poner peros! Vamos a contestarle.

Lanzo un suspiro, aunque, para ser sinceros, es guapo y parece normal, por lo que se puede deducir con esa información, que es muy poca; así pues, dejo que Polly escriba una respuesta, que envía a través de los mensajes del sitio web. Debe de estar conectado, porque su respuesta llega inmediatamente, y antes de que tenga tiempo de protestar, Polly ya me ha concertado una cita con Greg para mañana a las siete de la tarde, en un bar del centro de Londres. Según le ha dejado claro Polly, solo saldremos a tomar una copa. Así, según ella, si quiero irme puedo hacerlo después de haber tomado una sola copa sin ningún problema, y si todo sale bien, siempre podemos ir a cenar. No soy capaz de imaginarme cómo puede salir bien aunque Greg sea tan agradable y

normal como parece. Hace años que no tengo una cita, seguro que meto la pata.

Cuando Polly ya se ha ido, apuro la segunda botella de vino y me siento ante el ordenador portátil. La página de Facebook aún sigue abierta, y veo que tengo un nuevo mensaje.

La velada con Polly ha mitigado un poco mis miedos, y me imagino que será un nuevo mensaje de mis antiguos colegas sobre esa salida, de modo que clico en la pestaña sin temor. Sin embargo, lo que veo me hace palidecer. El mensaje es de Maria Weston:

¿Disfrutaste de tu excursión a Norfolk? No he olvidado lo que hiciste, Louise. Siempre te estoy vigilando. Nunca te librarás de mí.

Capítulo 13

1989

Maria no se quedó mucho más tiempo en la fiesta. Sophie me obligó a sentarme en la cocina, me dio un vaso de agua y se sentó a mi lado, acariciándome el pelo. Al cabo de unos diez minutos entró Tim y hurgó entre una enorme pila de abrigos que había en el suelo. Cuando ya se iba, tras coger la chaqueta vaquera de Maria, me miró con apatía por encima del hombro, con unos acusadores ojos llenos de odio. La intensidad de su mirada me asustó y desvié la mía. Desde el sitio donde estaba sentada, en la esquina de la mesa, podía ver el pasillo. Maria se detuvo junto al poste de la barandilla de la escalera, con la cabeza gacha y el rostro oculto por un mechón de pelo. Dejó que Tim la ayudara a ponerse la chaqueta, como lo habría hecho con una niña pequeña, y después de hacerlo le apartó el pelo de la cara y le dijo algo en voz baja que no pude oír. Acto seguido la condujo hasta la puerta, rodeándola protectoramente con el brazo.

Después de que se fueran, la fiesta fue genial, una de las mejores noches de mi vida. Empecé a encontrarme mejor y tomé más vodka y bailé, y por primera vez todo salió bien. Sophie insistió en que me tomara un éxtasis, pero me daba mucho miedo; me dijo que pensaba lo mismo que yo la primera vez que lo probó, que no había ninguna prisa. Más tarde, una parte de mí deseó haberlo tomado.

Sobre las cuatro de la madrugada dimos un paseo juntas por la urbanización de Matt. Las luces de la calle estaban encendidas; en medio de la penumbra, las casas parecían pequeños castillos. Nunca había disfrutado de un silencio como aquel, roto tan solo por el ruido de nuestros pasos y la suave voz de Sophie, que me contó cosas que no sabía sobre ella, confiándose a mí.

–Hace un par de años, poco antes de que tú y yo nos hiciéramos amigas de

verdad, Claire, Joanne y yo éramos un trío inseparable.

Me acordaba. Vistas desde fuera, eran unas triunfadoras: todos los días estaban juntas en un rincón del patio del instituto, riéndose y gritando, un sueño inalcanzable de lápiz de labios y secretos compartidos. Ese curso, todo el mundo quería estar cerca de ellas, pero estaban tan unidas que resultaba imposible.

–No sé si alguna vez has formado parte de un trío de amigas, pero es un número terrible. Cuando las cosas iban bien, era increíble, pero siempre nos peleábamos y siempre era yo quien acababa siendo excluida. ¿Te acuerdas del viaje a Dieppe?

Verano de 1987. Esther Harcourt y yo compartimos habitación, y la primera noche hablamos por primera vez en años. Me puse nostálgica y ella me dio consuelo y me hizo reír. Me pregunté si habría cometido un error cortando con ella de forma tan radical. Al día siguiente, cuando se puso unos vaqueros demasiado cortos y un chubasquero azul muy chillón, comprendí que había tomado la decisión correcta. Pasé el día con Lorna Sixsmith, y por la noche me quedé despierta en nuestra habitación charlando con otras chicas mientras Esther leía en su cama.

–Durante ese viaje nos peleamos de lo lindo –continuó Sophie, cogiéndome del brazo. Pasamos por delante de la pequeña tienda que abastecía la urbanización; bajo las farolas parecía abandonada y tenía un aspecto fantasmal–. He dicho que nos peleamos, aunque lo que ocurrió fue que Claire y Joanne me dieron de lado. Y nunca supe por qué. Salí con Sue, de modo que no me quedé sola, pero las veía a las dos juntas a todas horas, susurrando en las esquinas, riéndose de sus bromas privadas. En el autobús, cuando ya volvíamos a casa, ocupé el asiento que estaba delante de ellas y las oí hablar en un lenguaje secreto. No se trataba de un nuevo idioma, evidentemente, pero tenían palabras en clave para referirse a según qué cosas y a la gente.

Pobre Sophie. Era como si la estuviera viendo, sentada sola en un asiento para dos, con la cara apoyada en la ventana y la frente golpeando contra el cristal.

–Evidentemente, ahora volvemos a ser amigas, pero Claire puede ser... conflictiva, ya sabes. Siempre está intentando competir conmigo; haga lo que

haga yo, ella siempre tiene que hacerlo mejor. Todo tiene que hacerse siempre según sus condiciones. Fue después de ese viaje a Dieppe cuando tú y yo empezamos a ser más íntimas, ¿lo recuerdas?

Por supuesto que lo recordaba. La primera vez que Sophie se sentó conmigo para comer estaba tan emocionada que por la noche apenas pude pegar ojo.

–Por eso me enfadé tanto por tu relación con Maria. Ya sé que es una tontería. Evidentemente, puedes ser amiga de quien quieras. Pero sentí como si estuviera a punto de ocurrir lo mismo, ¿entiendes? Que te iba a perder porque estabas con ella.

–No vas a perderme, Sophie. Tú eres... –¿Podía arriesgarme a decirlo? Respiré profundamente–. Tú eres mi mejor amiga.

Sophie tiró de mí para que me acercara más a ella.

–Gracias. Sé que siempre puedo confiar en ti.

Seguimos paseando cogidas del brazo y hablando con el corazón en la mano; lo único de lo que no hablamos fue de chicos, de si había alguno que nos gustara. Puede que Sophie pensara que no era el momento, que estábamos hablando de cosas más importantes que esa. No le pregunté nada al respecto porque no quería saber la respuesta. Sin embargo, sí hablamos sobre nuestros padres.

–Sé que los míos me quieren –dije–, aunque no tienen ni idea de cómo es mi vida. Siempre que estoy en casa es como si estuviera cronometrando el tiempo, esperando a abandonar el hogar para empezar a vivir de nuevo. Tengo la sensación de que no me conocen en absoluto.

–A mi madre le gusta pensar que es mi mejor amiga –dijo Sophie. Su madre es como una versión adulta de Sophie, siempre elegante y glamurosa, segura y llena de encanto. En una ocasión, Sophie me dijo que todas las semanas iba al salón de belleza. Pensé, sintiendo una repentina punzada, en la cara sin maquillar de mi madre y en sus discretos zapatos. Seguramente no ha pisado un salón de belleza en toda su vida–. Siempre que me ocurre algo –continuó Sophie–, ella tiene una historia que contar sobre algo parecido y algún consejo genial basado en sus propias experiencias. Como si yo fuera a seguir sus consejos. Mira cómo ha acabado ella.

–¿Qué quieres decir?

–Ella y mi padre siempre se están peleando. Esperan hasta que piensan que ya estoy durmiendo, pero los oigo.

–¿Crees que van a divorciarse?

–Ojalá lo hicieran. –Sophie se echó a reír–. De ese modo, lo tendría todo por duplicado. Aunque no siempre es así. ¿Sabes lo de la madre de Sam Parker?

–No –dije, tratando de no exteriorizar ninguna emoción–. ¿Qué le pasó?

–Un buen día, hace unos años, se levantó y los abandonó a él y a su padre. Se fue con otro hombre. Sam no la ha vuelto a ver desde entonces.

–¡Dios mío, es horrible! Pobre Sam.

–Lo sé. Nunca habla de ella, pero es evidente que eso lo dejó hecho polvo.

Seguimos caminando en silencio durante unos minutos, disfrutando de la quietud. Todas las casas estaban a oscuras, y el vigorizante aire fresco olía a limpio, libre del humo de los coches y del olor a comida. Cogida del brazo de Sophie, era como si estuviéramos solas en el mundo.

Cuando retomamos la calle que conducía a la casa de Matt, a Sophie le llamó la atención algo que había junto a la puerta de la enorme casa de la esquina.

–¿Te apetece una taza de té? –me preguntó sonriendo.

–¿Qué?

La miré, confundida. Me agarró del brazo y tiró de mí hacia la entrada de la casa. Cuando casi habíamos llegado a la puerta se encendió la luz de seguridad, que nos bañó con un intenso resplandor amarillo. Sophie cogió la botella de leche que había junto a la puerta, nos dimos la vuelta y salimos corriendo en dirección a la casa de Matt, sin aliento y riéndonos. No creo que me hubiera sentido tan feliz en toda mi vida.

El lunes siguiente, en el instituto, Sophie me propuso que me fuera con ella durante el recreo de la mañana. Nos las arreglamos para esquivar a los profesores y nos fuimos alejando, casi corriendo, por el camino que conducía al bosque, que estaba fuera de los límites del instituto. Yo estaba muy nerviosa, pero no quería parecer estúpida ante Sophie, de modo que intenté no mirar hacia atrás. Llegamos al pequeño bosque que había detrás del instituto y continuamos hasta los acantilados, que estaban mucho más lejos. Sophie se acercó al borde y se sentó en la blanquecina hierba, al lado de un

rótulo que advertía «No se acerquen al precipicio», y se puso a balancear las piernas. Yo me quedé atrás, pero ella se volvió y me hizo una seña, riéndose.

–No seas miedica.

Me senté a su lado. La hierba me arañaba la parte posterior de las piernas; tenía los pies colgando en el aire. Normalmente no solía fumar, pero acepté el cigarrillo que me ofreció, cuyo filtro estaba ligeramente manchado de carmín. Cuando expulsé el humo, noté el amargo sabor del tabaco en la lengua y en la garganta.

–Se nos ha ocurrido una idea –dijo Sophie, con la mirada fija en el horizonte–. Una especie de broma. Para gastársela a Maria.

–¿Una broma? –Arranqué un tallo de hierba suelta y esparcí las hojas por el borde del acantilado–. ¿A qué te refieres?

–Se cree un poco superior, ¿no te parece?

No respondí.

–Bueno, Claire opina que sí, y luego están todos esos rumores que circulan sobre lo zorra que era en su antiguo instituto y sobre lo que hizo. ¿Has oído algo al respecto?

–No.

Recordé lo que me había contado Sam cuando nos sentamos a la mesa de la cocina, en casa de Matt, pero seguramente solo eran chismes que se habían exagerado.

–Es algo muy raro y asqueroso, Louise. Al parecer, se acostaba con un chico al que dejó un tampón usado en el buzón de su casa. Uno que ella se había metido..., algo que, supuestamente, a él le ponía. A Claire se le ha ocurrido que podríamos meterle un tampón usado en la mochila para gastarle una broma. No con sangre de verdad, claro... A la hora de comer iremos al aula de artes plásticas y empaparemos uno en pintura. He pensado que podrías hacerlo tú... Me refiero a metérselo en la mochila –continuó Sophie –. En clase te sientas detrás de ella, ¿no? Te resultaría más fácil a ti que a cualquiera.

–Bueno, no sé. –Me eché un poco hacia atrás, alejándome del precipicio, con las rodillas levantadas. De repente, fui consciente del peligro–. Tú te sientas a mi lado, ¿por qué no lo haces tú?

–Tendría que inclinarme más. Ella se sienta justo delante de ti; sería menos

evidente.

–Supongo, pero... A ver, no sabemos con seguridad que hiciera eso con el tampón, ¿verdad?

Apagué el cigarrillo a medio fumar, aplastándolo contra una piedra que tenía al lado.

–El primo de Matt Lewis conoce a alguien que va a su antiguo instituto. Te juro por Dios que lo hizo.

–Pero aun cuando lo hiciera es un poco...

Lo que quería decir era que, a pesar de todo, me parecía algo horrible hacer eso. Maria no me había dirigido la palabra desde la noche de la fiesta, y yo tampoco había hablado con ella, aunque esperaba que simplemente pudiéramos dejar de lado nuestra amistad sin más. Y ahora Sophie me pedía que arrasara con todo.

Sophie dio una larga calada a su cigarrillo y soltó una columna de humo en el aire marino.

–Vale, si no quieres hacerlo, estás en tu derecho. Solo me estaba preocupando por ti... Si no te apuntas, podrías acabar sintiéndote un poco excluida. La gente podría preguntarse si perteneces realmente al grupo, ¿entiendes? No estoy diciendo que yo lo hiciera, pero los demás sí podrían pensarlo.

Nos quedamos sentadas un par de minutos sin decir nada. Sophie encendió otro cigarrillo, pero esta vez no me ofreció uno a mí.

–Bien, será mejor que volvamos al instituto –dijo finalmente, poniéndose en pie y tirando de la falda hacia abajo.

Se estaba alejando de mí, lo sabía, y no pude evitar imaginarme la conversación en la que le diría a Claire y puede que incluso a Sam que me había rajado. La seguí por el camino, y cuando dejamos atrás los acantilados y nos metimos en el bosque sumido en la penumbra, tomé una decisión.

–Vale, lo haré.

Sophie me cogió la mano.

–¡Sí! Sabía que lo harías. Va a ser muy divertido, ya lo verás.

Me dio una risa temblorosa que me dejó sin aliento. Caminamos en dirección al instituto cogidas del brazo, sin dejar de reírnos.

En cuanto sonó la campana para ir a comer, nos dirigimos al aula de artes

plásticas. Estuve vigilando mientras Sophie entraba y volvía pocos minutos después, sonriendo.

–Ha sido rápido. ¿Dónde está?

–En mi mochila, por supuesto. Lo he metido en una bolsa de plástico. No querrás que vaya dejando un reguero de sangre por los pasillos, ¿no?

–¿Qué quieres decir con sangre? Pensaba que habías dicho pintura.

Un horrible pensamiento cruzó mi mente.

–Sí, eso quería decir..., pintura.

–¿Por qué no tienes los dedos manchados?

–No soy estúpida, Louise. Si Maria dice algo, lo primero que buscarán es a alguien con manchas de pintura roja. El otro día cogí unos guantes en el trabajo de mi madre.

La madre de Sophie era asistente dental.

–¿El otro día? Entonces, ¿cuándo decidisteis gastar esta broma?

La sangre empezó a helárseme en las venas. Todo me parecía demasiado premeditado. Más que una broma, era un ataque.

–¡Oh, por el amor de Dios, Louise! ¿Acaso importa eso?

Sophie me arrastró hasta unos baños cercanos. En el interior de uno de los retretes me dio una bolsa de plástico transparente, parecida a las que se usan para meter un bocadillo. No quise mirarla muy de cerca.

–Vale, entonces, cuando volvamos a clase, después de comer, puede que se te presente la mejor ocasión de hacerlo, antes de ir a matemáticas. Lo metes en su mochila y ya está. Está abierta por arriba, no tiene ni cremallera ni nada por el estilo, ¿verdad? O, si te resulta más fácil, te levantas fingiendo que vas a buscar algo y lo metes al pasar. En cuanto lo hayas hecho, tira la bolsa de plástico en la papelera de la clase cuando salgamos. Después, si ella dice algo, no habrá manera de que la relacionen con nosotras.

Una vez en clase, me senté en mi mesa, temblando de la cabeza a los pies. Claire y Joanne estaban hablando afectadamente en sus pupitres, al otro lado del pasillo, a la expectativa, nerviosas e inquietas. Maria entró en clase con Esther. Al avanzar por el pasillo, se rieron. Maria evitó cuidadosamente mi mirada, aunque la delataba el rubor de su pecho cuando colgó su mochila en la parte de atrás de su silla y se sentó delante de mí. Su pelo estaba perfectamente recogido en una cola de caballo.

Metí la mano en mi mochila y palpé la bolsa de bocadillo, lisa y resbaladiza, y noté el tampón empapado entre los dedos. ¿De verdad iba a hacerlo? A mi derecha, Sophie se aguantaba la risa, y yo disfruté anticipadamente del regocijo que sentiría después, cuando me diera su aprobación. Sería mi brazo y no el de Claire el que buscaría después de clase, cuando fuéramos a la ciudad. Quizá me invitaría a quedarme a dormir en su casa para poder revivir lo que habíamos hecho, riéndonos bajo las sábanas, cómplices del delito. Apreté un poco más la bolsa y su repugnante contenido.

Traté de no mirar a Maria cuando empecé a sacar la bolsa de plástico; intenté obligarme a visualizar lo que ocurriría si no lo hacía, lo desdeñosa que iba a ser Sophie. Me imaginé volviendo a casa sola, evitando cuidadosamente ver a Sophie agarrada a Claire mientras se dirigían juntas a la ciudad. Cerré los ojos durante un segundo, y cuando volví a abrirlos, lo primero que vi fue la nuca de Maria, blanca y vulnerable, con la cadena del corazón colgando ligeramente descentrada.

Al instante me sentí como si me hubiera sumergido en un baño caliente. Me sentí aliviada al descubrir que no iba a hacerlo. Volví a meter la bolsa de plástico en mi mochila con la mano temblorosa. A pesar de lo que ya le había hecho a Maria, de la forma cruel en que había roto nuestra amistad, no podía hacerle esto. Era algo demasiado premeditado, demasiado asqueroso, demasiado malicioso. Y aunque parte del alivio que sentía era por Maria y daba las gracias porque ella no iba a pasar por eso, también me sentía aliviada por mí. Me sentía aliviada al saber que yo no era la clase de persona que haría algo así. Durante un momento horrible pensé que sí lo era. Solo faltaban unos minutos para que sonara la campana y fuéramos a clase de matemáticas. Sophie presionó su pierna contra la mía por debajo de la mesa. Claire y Joanne miraban sin disimulo alguno, esperando que yo entrara en acción. Sabía que Sophie también me estaba mirando, pero yo tenía los ojos fijos en nuestra profesora, aunque sus palabras me parecían las de un idioma extranjero flotando encima de la sangre que hervía dentro de mi cabeza.

La presión contra mi pierna disminuyó, y fue entonces cuando me di cuenta de que Sophie había tomado la iniciativa. Extendió la mano hacia mi mochila y sacó algo que agarró con el puño cerrado. Si Maria no hubiese colgado su mochila en el lado de la silla que estaba más cerca de Sophie, no

creo que ella hubiese podido hacerlo sin llamar la atención, pero solo tuvo que inclinarse, meter la bolsa y retirar la mano, todo en un solo y ágil movimiento.

No sé exactamente cómo esperaba Sophie que reaccionaría Maria. Oí que Maria le decía a Esther que debía comprobar si tenía el libro de matemáticas. Antes de darme cuenta, extendió la mano y le di una palmadita en el hombro.

–Maria, hay algo que debo...

Ella me cortó en cuanto empecé a hablar.

–Déjame en paz –dijo, en voz baja y fría, sin levantar la vista de su mochila.

–No, lo sé, pero..., por favor...

–Te he dicho que me dejes en paz.

Esta vez sí me miró, con expresión muy grave, decidida a no dejar que asomara a su rostro ni una pizca de emoción.

Me recosté en la silla, derrotada, mientras Maria abría su mochila y empezaba a revolver en su interior. Fue como si todo el mundo contuviera el aliento. Su mano se detuvo. Más que ver sentí la expectación de Sophie, pero si lo que esperaba eran gritos y aspavientos, debió sufrir una gran decepción.

Maria inspeccionó el interior de su mochila durante unos segundos. El rubor de su rostro mientras había hablado conmigo desapareció, y su piel, con los huesos muy marcados, palideció. Sacó la mano de la mochila muy despacio y se puso de pie lentamente.

–Voy al baño. Nos vemos en clase de matemáticas –le dijo a Esther.

Lo dijo en voz baja, pero con voz sorprendentemente firme.

Cuando salía de clase, se volvió hacia mí, con el rostro impassible. Si estaba a punto de echarse a llorar, no lo parecía. La impresión que daba era de pura rabia, de esa que es capaz de arrojar objetos por la habitación con su poder. Sin hablar, me dijo que ahora sabía realmente quién era yo, y que se aseguraría de que viviera para lamentar este día. Me quedé inmóvil en mi mesa mientras un escalofrío de miedo me recorría la columna vertebral.

Capítulo 14

2016

Normalmente suelo despertarme en cuanto Henry abre de par en par la puerta de mi habitación, pero esta mañana, después de la cena con Polly, lo primero de lo que soy consciente es de su cuerpo caliente deslizándose bajo el edredón en la semipenumbra y de su pelo cosquilleándome la cara mientras se acurruca junto a mí. Miro el reloj: ya son las nueve, ha dormido mucho más de lo acostumbrado. Lo atraigo más hacia mí, enterrando la nariz en su nuca, preguntándome, como siempre, cuándo perderá este delicioso olor. No olerá igual cuando tenga quince años, pero ¿y dentro de cinco? ¿Aún podré aspirarlo como estoy haciéndolo ahora? A veces me pregunto qué efecto tendrá en él todo este amor cuando sea mayor. Todos los expertos parecen estar de acuerdo en que no puedes darle demasiado amor a un niño, pero ¿y si lo haces? ¿Qué pasa si lo asfixias con él, o si lo echas a perder para siempre despertándole expectativas sobre lo que otras personas deben sentir por él? Nadie volverá nunca a quererlo tanto.

Henry lanza un suspiro, satisfecho.

–¿Qué día es hoy?

No importa las veces que repasemos los días de la semana: él sigue sin aprendérselos, y cada nuevo día es una deliciosa sorpresa.

–Sábado.

–¿Es un sábado de papá?

–Sí.

–Ah, bien.

Una de las únicas cosas por las que le estoy agradecida a Sam es por su dedicación. Henry tenía solo dos años cuando él se fue, y no tiene ningún recuerdo de cuando Sam y yo vivíamos juntos. Recientemente, Henry recibió

una invitación para ir a jugar a casa de un nuevo amigo que ha hecho en la escuela; era la primera vez que recibía una invitación que no me incluía a mí. Esa noche, a la hora de acostarse, mientras colocaba sus juguetes en sus correspondientes estanterías, Henry me dijo, maravillado, que la madre y el padre de su amigo estaban allí, que vivían todos juntos en la misma casa. Le vendí a Henry la fantasía de que tenía suerte, porque tenía dos casas y más gente que lo quería, aunque sonó de lo más falso.

El vino que me tomé con Polly me dejó la boca seca y me ha dado dolor de cabeza. Henry se queda en mi cama, viendo la tele, y me arrastro hasta la cocina para prepararle su tostada con mermelada. El ordenador portátil aún sigue abierto encima de la mesa, un recordatorio palpable de que el pasado no me deja en paz. Me muero de ganas de llamar a Polly y contárselo todo. El deseo de desahogarme es como una piedra en la boca del estómago. Pero no debo olvidar que no puedo hacerlo, no puedo arriesgarme a alejar a Polly de mí. Ella nunca lo entendería, sobre todo teniendo en cuenta lo que le está ocurriendo a Phoebe.

Lo que deseo más que nada es que mi vida vuelva a ser la que era antes de recibir la solicitud de amistad de Facebook, recuperar el momento en que todo estaba guardado en el lugar que le correspondía en mi mente. Me ha llevado mucho tiempo colocarlo todo en esos compartimentos. Hace muy poco que he retomado el hilo de mi vida; he vuelto a meter las cosas en sus cajas y he abierto algunas rendijas. Y ahora es Maria quien está aquí, sacando las cosas y sosteniéndolas a plena luz del día.

Cuando la leche empieza a formar espuma enérgicamente y la luz de la cafetera lanza destellos, anunciándome que el café está casi listo, oigo que el móvil empieza a sonar en mi bolso, que está colgado en una de las sillas de la cocina. Rebusco entre clínex usados, billetes de metro y bolígrafos rotos, y lo encuentro justo antes de que salte el contestador. Es un número de móvil que no tengo en mis contactos.

—¿Diga?

—¿Louise? Soy Esther. Esther Harcourt.

Me quedo muy quieta, sintiendo los latidos del corazón a flor de piel. La tostada salta hacia arriba, pero la ignoro. ¿Es una coincidencia que me llame el día después de haber recibido otro mensaje de Maria? He estado pensando

en Esther y en el miedo que vi en su rostro cuando le hablé del mensaje de Facebook. Su sorpresa parecía sincera, pero eso quizá fuera simplemente porque no se esperaba que me presentara en su despacho. Al oír su voz soy consciente de lo mucho que me gustaría volver a verla, pero estoy tan acostumbrada a engañarme a mí misma que no sabría decir por qué. ¿Será porque creo que ella podría ser quien manda los mensajes? ¿O es que necesito estar con alguien que me entienda aunque no conozca toda la historia?

–He estado pensando –dice–. Hay algo que no te he contado, pero no sé si es relevante en relación con lo ocurrido.

–¿Qué? ¿De qué se trata?

–Hoy he quedado con una amiga en Londres. Pasaremos la tarde juntas y luego cenaremos temprano... Creo que como muy tarde acabaremos a las ocho. ¿Podríamos... vernos después? Así hablaríamos tranquilamente.

Me alegra tener una excusa de verdad para zanzar pronto mi cita de esta noche. Quedo con Esther para vernos a las ocho y media en un *pub*, cerca de Seven Dials. Siempre me siento más a gusto en un *pub* que en un bar elegante, y me da la sensación de que Esther también, a pesar de sus vestidos caros y de su estatus.

Pongo un poco más de pan en la tostadora para Henry y unto la tostada fría con mantequilla, moviendo torpemente el cuchillo. Me quedo de pie y me la como, mirando distraída los ventanales. Una paloma se pavonea en el jardín, picoteando unas invisibles migajas en el patio. Me pregunto qué estará comiendo.

Llamo a Henry para que venga a la cocina y se coma la tostada. Aparece con Manky en la mano. Un mechón de su pelo apunta hacia arriba, como si fuera un cuerno. Lleva el pijama al revés, y con la parte delantera detrás. Mi corazón rebosa de amor por él.

–Muchas gracias por la tostada, mamá –dice, muy serio.

Henry se sienta a la mesa, colocando cuidadosamente a Manky en la silla que tiene al lado. En la escuela les han estado hablando de los buenos modales, y, como todo lo que hace, se lo ha tomado muy en serio.

–De nada, Henry –le contesto, también muy seria.

Durante un instante me pregunto, como suelo hacer a menudo, si las cosas

serían muy distintas en el caso de que tuviera una prole de niños rebeldes que sacaran las cajas de cereales del armario y derramaran sus tazones en la mesa, peleándose entre ellos y desafiándome. Deseábamos que Henry tuviera un hermano (como pareja de hijos únicos, no queríamos que él también lo fuera), pero habíamos invertido tanto tiempo y dinero en concebirlo a él, que la idea de volver a pasar por todo eso otra vez resultaba desalentadora, era como terminar un maratón y volver a correr otro de inmediato. Mi incapacidad para conseguir que un bebé se desarrollara en mi vientre me había hecho sentir como una fracasada. Es lo único que se supone que las mujeres pueden hacer sin esfuerzo, y yo no podía. Cuando empiezas a tener información sobre el sexo y el embarazo, todo el mundo te dice lo fácil que es quedarse en estado. Nadie habla nunca de lo difícil que puede ser en algunos casos. Sam intentó no culparme por ello, pero yo sabía que en secreto lo hacía. ¿Cómo podía no hacerlo cuando, mes tras mes, nunca aparecía una enorme cruz azul?

Ahora, sin embargo, me encanta como estamos, los dos contra el mundo. Dondequiera que vayamos, Henry se agarra con fuerza a mi mano, como para evitar que yo me escape. Cuando estamos en el parque, él se va a jugar con sus amigos, pero de vez en cuando se acerca para decirme que me quiere.

Antes de que Henry naciera, no estaba segura de qué clase de madre iba a ser. Aunque las cosas cambiaron en cuanto quedó claro que deberíamos esforzarnos mucho para concebir, antes nunca había sentido un especial deseo de tener hijos, nunca sentí ese abrumador impulso biológico sobre el que tanto he leído. No obstante, cuando nació Henry, me sorprendieron mi paciencia y mi instinto, la forma en que, a pesar de mi inexperiencia, sabía lo que él necesitaba y cómo calmarlo. El amor que temía no poder dar me consumía por completo.

En realidad, quizá fui demasiado lejos, anteponiendo las necesidades de Henry a las de Sam y las mías. Sin duda alguna, Sam así lo creía. Después de que Henry naciera, Sam me exigía más que nunca, pero yo no tenía mucho que darle. No sé por qué no pudo entender que éramos adultos y que podíamos cuidar de nosotros mismos; no importaba que fuéramos felices o no. Lo único que importaba era que Henry estuviera bien. Eso es lo único que aún sigue importándome.

–¿Quieres ir a vestirme? –le pregunto a Henry, aplastándole el mechón de pelo erguido–. Luego aún tendremos un poco de tiempo para jugar a los trenes antes de llevarte a casa de papá.

El rostro de Henry se ilumina.

–¿Tenemos tiempo de montar una vía grande de verdad?

–Una muy grande –respondo sonriéndole.

Henry me da un abrazo. No me importa que sus pringosos dedos se enreden en mi pelo. Lo estrecho con fuerza. La idea de dejarlo en casa de Sam me deja abatida, me pesa como si tuviera los bolsillos llenos de piedras.

Mientras Henry se viste, cojo el teléfono con un gran peso en el corazón y busco el número del móvil de Phoebe en los contactos.

–Hola, Louise.

Parece contenta y sorprendida al ver que soy yo. Creo que es la primera vez que la llamo, aunque algunas veces chateamos.

–Hola, Phoebe. ¿Cómo estás?

–Estoy bien –dice con prudencia.

–¿Te dijo tu madre que iba a llamarte?

–No, esta mañana no la he visto. Aún estoy en la cama.

–Ah, estupendo. –Me armo de valor para mentirle a Phoebe, a la que tuve en mis brazos cuando era un bebé–. Me dijo que has tenido problemas con una niña de la escuela.

–¡Oh, Dios mío! ¿Por qué te lo ha contado?

Está claro que Phoebe se está tomando muy en serio la parte «adolescente» de su preadolescencia.

–Está preocupada por ti –le digo–. Estábamos hablando y le comenté que a mí... me ocurrió algo parecido, y me pidió que hablara contigo.

Fue algo parecido, pero no como pretendo que ella crea.

–Vale –dice Phoebe, no demasiado convencida–. No puedo creer que hable de mí a mis espaldas.

–Ella solo quiere ayudarte. Y yo también.

Deseo ayudarla con todas mis fuerzas. ¿Acaso hay una parte de mí que cree que, de algún modo, puedo expiar lo que le hice a Maria en una especie de compensación cósmica?

–Dime, ¿qué es lo que te ocurrió a ti? –me pregunta Phoebe.

La curiosidad puede con ella.

–Oh, no voy a entrar en eso –le digo, tratando de dar un tono despreocupado a mi voz–. Pero lo que debes recordar es que, muchas veces, el acoso escolar es producto de la inseguridad. Aunque esa niña... ¿Cómo se llama?

–Amelia.

–Aunque esa Amelia parezca intocable y llena de confianza, es posible que sea muy insegura, y por eso siente la necesidad de enfrentarte a ti y a otras niñas con las demás.

Ojalá yo hubiera sido consciente de esto cuando iba al instituto. Si hubiera sabido ver que la mezquindad era producto de la inseguridad, quizá habría podido evitar ser absorbida por ella. Si hubiera tenido más confianza en mí misma, quizá no me habría dejado arrastrar tan fácilmente hacia la crueldad. Tenía mucho miedo de quedar al margen de todo y de todos, de correr el riesgo de ser manchada por la impopularidad.

–Ella no es insegura. –Phoebe lo dice de forma tajante–. De verdad, Louise, no lo es.

–Muy bien, de acuerdo. Seguramente las otras niñas sienten lo mismo que tú... Les da miedo caer mal a Amelia, les da miedo ser marginadas. Pero si pudieras hacer frente común con algunas de las otras niñas, tendríais más poder como grupo. Si no puede aislarte, no podrá meterse contigo. ¿Hay alguien, alguna de tus amigas, con quien puedas unir tus fuerzas? ¿Alguien que creas que le tiene menos miedo a Amelia que las demás?

Me pregunto si Claire y Joanne, con sus labios pintados y su confianza en sí mismas, también estarían librando su batalla. ¿Era todo como me parecía a mí en aquella época?

–Bueno, está Esme –dice Phoebe, despacio–. Y puede que Charlotte.

–¡Genial! Ahí lo tienes. ¿Por qué no las invitas a tu casa o quedáis a solas? En cuanto Amelia se dé cuenta de que no te acobardas y haces exactamente lo que dice..., en fin, quizá podáis ser todas amigas.

Me pregunto si Maria le confesó alguna vez a alguien lo que le estaba pasando. Las cosas habrían sido muy distintas si hubiera contado con algún adulto que hubiera podido darle consejos y ofrecerle consuelo.

–No sé –dice Phoebe–. Creo que no es una persona normal. Es una arpía.

–Se ríe y puedo ver un destello de la Phoebe de siempre, la que solía elevarse mucho en los columpios mientras chillaba y gritaba de júbilo–. Pero voy a intentar hacer lo que me has dicho con Esme y Charlotte. –Hace una pausa, y luego, casi con timidez, añade–: Gracias.

–De nada –le contesto–. Lo que también debes tener presente es que la escuela, y los amigos que tienes allí, solo son una pequeña parte de tu vida. Sé que ahora no te lo parece, porque crees que lo es todo. Pero vas a seguir adelante y hacer cosas increíbles, y esa Amelia, en fin, puede que no lo haga.

Pienso en Esther, con su exitosa carrera y su impecable peinado, y en la expresión de su cara cuando le hablé de la reunión a la que nadie había pensado en invitarla. ¿Nos acompañarán para siempre las heridas de nuestra adolescencia?

Me despido de Phoebe y dejo el teléfono encima de la mesa. Lo que le he dicho es un buen consejo, me digo. Entonces, ¿por qué me siento tan culpable? Lo sé. Es porque he permitido que pensara que yo era la víctima y no el verdugo. He consentido que se imagine que yo soy como Esther y que aún conservo las cicatrices de las humillaciones que padecí a manos de otros, cuando, en realidad, lo cierto es que se trata de todo lo contrario.

Salimos tarde. Entre la llamada a Phoebe y que Henry no quería dejar de jugar a los trenes, y que hay un tráfico infernal, ya son las once y media cuando llegamos a casa de Sam. Me bajo del coche para abrirle la puerta a Henry, le desabrocho el cinturón y meto en su pequeña mochila el libro de Thomas y sus amigos.

Lo levanto para que pueda pulsar el timbre, y, como de costumbre, es Sam quien abre la puerta. Tiene el pelo revuelto y lleva unos vaqueros y una camiseta vieja que tiene desde hace años; he apoyado la cabeza en esa camiseta de algodón miles de veces. Aunque lo lógico es que después de dos años me hubiese acostumbrado, aún me sorprende ver su rostro, tan familiar, una parte muy importante de mí, en un contexto extraño. Aún estoy atónita por lo que pasó entre nosotros, por tener que llevarle a nuestro hijo, intercambiando cumplidos en la puerta de una casa que es la de Sam pero no la mía.

–¿Puedo entrar? –me pregunta Henry.

–Sí, claro.

Me agacho para abrazarlo, pero ya se ha ido, escurriéndose de entre mis brazos como una anguila. Aún odio tener que dejarlo aquí; cuando no está, tengo un nudo en el estómago. El tiempo transcurre con una agonizante lentitud.

Creo sinceramente que Henry está bien aunque sus padres no vivan juntos. Sin embargo, nunca me acostumbraré a ver cómo se aleja de mí en dirección a un mundo sobre el que no sé nada. Siempre he sabido que cuando sea adolescente tendrá una vida secreta, lejos de mí, que yo no podré controlar, pero me parece muy mal que ya la tenga ahora, a los cuatro años. Hay gente estrechamente vinculada a su vida de la que apenas sé nada. Una madrastra que no abre la puerta. Una hermanita pequeña a la que nunca he visto. Cuando no está conmigo, ¿cómo puedo saber que está bien?

–Llegas un poco tarde –dice Sam.

–Lo sé. Lo siento, estábamos jugando a los trenes y había mucho tráfico...

–No pasa nada, Louise, no me importa. –Me mira atentamente–. Pero... ¿va todo bien? ¿Hay algo que yo debería saber?

Se apoya en la jamba de la puerta, con las manos en los bolsillos.

–¿A qué te refieres?

¿Acaso ha recibido también la solicitud de amistad de Facebook?

Guarda silencio durante un momento, como si estuviera sopesando algo.

–Nada. Es que últimamente pareces estar... un poco distraída. Y has traído a Henry tarde un par de veces. Solo me estaba preguntando... si todo va bien.

–Sí, todo va bien.

Reprimo el impulso de entrar en la casa, coger a Henry y llevármelo a algún lugar donde estemos los dos a solas para siempre. Algún lugar donde nunca lo vea alejarse de mí de nuevo para adentrarse en lo desconocido.

–¿Estás segura, Louise? Pareces...

Sam se interrumpe.

–Estoy bien. De todos modos, no es asunto tuyo, ¿no?

Sé que me he extralimitado, pero no puedo evitarlo.

Sam levanta las manos.

–Vale, vale, solo preguntaba. Aún me preocupo por ti, y lo sabes. Sé que las cosas no han salido como planeamos. –Al oír esto enarco las cejas, pero él me ignora y continúa–: Siempre me preocuparé por ti, lo quieras o no.

Oigo la voz de Polly en mi cabeza: «¿Preocuparse por ti? Tiene una extraña forma de demostrarlo». ¿Cuánto tiempo habría seguido fingiendo yo que todo iba bien si no hubiese descubierto los mensajes de texto de Catherine en su móvil, que lo obligaron a dar un paso?

Me doy la vuelta para irme, pero Sam me detiene.

–Espera, Louise.

Me giro, confundida.

–¿Qué?

–¿Te has enterado de lo de la reunión de exalumnos?

–Ah, sí.

¿Por qué de repente me pregunta sobre eso?

–¿Vas a ir? –dice.

Me parece detectar un peligroso atisbo de esperanza en su voz.

–No lo sé. ¿Y tú?

Creo que su nombre está en la página de Facebook. Sé que piensa ir.

–Sí, ¿por qué no? Podría ser divertido.

Intenta sonar despreocupado, pero no soy tonta. Pienso en Sam cuando tenía dieciséis años, tan genial y tan popular. ¿Acaso espera vivir una noche en la que pueda volver a ser ese chico, con el mundo a sus pies?

–Tal vez –digo, empezando a alejarme por el camino de entrada–. Te veo mañana a las cinco.

–Vale, hasta mañana.

Cierra la puerta lentamente y me meto de nuevo en el coche, esforzándome por respirar con normalidad. ¿Por qué sigue provocándome esta reacción? ¿Cuándo seré capaz de conseguir que no me lastime y que sus palabras no me afecten y me resbalen? Mientras conduzco, me pregunto si alguna vez podré dejar a Henry con él sin experimentar esta terrible y constante sensación de miedo.

Capítulo 15

2016

El resto del día transcurre lentamente. Esta es otra cosa a la que no me he acostumbrado: los fines de semana a solas. Cuando Sam y yo estábamos juntos, disfrutaba de las raras ocasiones en las que estaba sola. A veces, a pesar de mi desmedido amor por Henry, era como si esos fueran los únicos momentos en los que era realmente yo misma, cuando me libraba de esa intrusa que había entrado en mi vida al mismo tiempo que Henry: esa madre. Pero ahora, cuando Henry está en casa de Sam, me siento perdida. Sé que hay galerías, cines y museos a los que podría ir, pero también sé que si lo hago, me encontraré con alguna familia que va a ver una película de Disney o que sigue las indicaciones para las familias de los talleres interactivos de un museo, y sentiré dolor físico al no tenerlo cogido de la manita.

Supongo que podría quedar con amigos, pero, a menudo, Polly suele estar ocupada los fines de semana llevando a sus hijas a las actividades que hacen, y aunque no fuera así, no quiero importunarla durante el tiempo que pasa con los suyos..., la convidada de piedra, recordándoles a ella y a Aaron cómo podría ser su vida si no se cuidan mutuamente. Tengo otros amigos, pero resulta aterrador lo fácil que es distanciarse de ellos. Si rechazas muchas invitaciones, incluso los más insistentes dejarán de llamar. Ahora supondría un esfuerzo hercúleo retomar esas relaciones, y me faltan energías para hacerlo. En vez de eso, lo que hago es mirar desde la barrera, en Facebook, pulsando «me gusta» cuando veo fotos de barbacoas, de fiestas de cumpleaños, de salidas al campo, consciente de que solo yo tengo la culpa de no aparecer en esas imágenes.

Lo que suelo hacer a menudo es aprovechar el tiempo para ponerme al día con el trabajo. Rosemary me ha mandado varios correos electrónicos

contándome algunos problemas en sus proyectos, y sé que le extrañará que aún no le haya respondido, pero hoy, sencillamente, no puedo hacer nada al respecto. Cuando el reloj marca una hora razonable para salir de casa sin llegar absurdamente temprano, decido irme. Tendría que haberme pasado horas decidiendo qué ponerme, maquillándome de la forma más favorecedora, peinándome... El hecho de que me haya secado el pelo sin ganas, me haya aplicado el carmín y el rímel superficialmente y me haya puesto unos vaqueros y uno de mis tops de «salir», no es un buen augurio para la cita.

Me bajo del autobús en Piccadilly y me dirijo hacia el Soho. Para alguien como yo, que se crio en un entorno rural, vivir en Londres aún sigue emocionándome, y no solo por las luces de neón, sino también por sus rincones más oscuros. Cuando me mudé a la ciudad, estaba muy emocionada por tener un trabajo de verdad en una auténtica empresa de diseño, aunque lo que hacía la mayor parte del tiempo era preparar té. Si no tenía planes para salir ni había quedado con alguien por la noche, solía ir a dar una vuelta por el Soho, aspirando el fuerte olor a ajo y a vino, a patatas fritas y a humo de cigarrillo, a basura y a alcantarilla. Me sentía viva, anónima pero parte de algo que importaba, una embriagadora mezcla de forasteros que iban a ver *Los miserables*, de despedidas de soltera y de empleados nocturnos, más unos toques del viejo Soho: sibaritas, prostitutas y delincuentes.

El Soho ha cambiado, incluso a lo largo de los últimos veinte años. Hay más cadenas de restaurantes, más turistas y menos mugre. Eso hace que me pregunte si yo también he cambiado. Probablemente menos que el Soho. No estoy tan predispuesta a los cambios; tengo que estar en guardia a todas horas. He creado una imagen pública de mujer equilibrada y satisfecha, una mujer como tantas otras. Sam era el único que conocía mi auténtico yo.

Llego con cinco minutos de antelación, y en el bar no hay ni rastro de Greg. Estuve estudiando su foto para estar segura de que lo reconocería. Pido una copa de vino y me siento en un taburete, junto a la ventana, desde donde puedo controlar a todo aquel que entre en el bar. A pesar de mi falta de entusiasmo por las citas en general, esta me hace sentir un cierto cosquilleo: es la primera que tengo en diecisiete años. Cada vez que se acerca un hombre de pelo oscuro, se me encoge el estómago, pero se me pasa al ver que no es

él. A las siete y cuarto ya no se me encoge el estómago, sino que siento un molesto dolor. No le di mi número de teléfono a Greg porque no me habría sentido cómoda haciéndolo antes de conocerlo, pero podría haberme mandado un correo electrónico si iba a llegar tarde. Echo un vistazo al móvil, pero no hay nada. A las siete y veinticinco decido que ya tengo bastante. Hay un grupo de chicas jóvenes en una mesa cercana; estoy convencida de que han llegado a la conclusión de que me han dejado plantada, porque se están riendo. Supongo que esto es lo que debería haber esperado, lo que me merezco. He sido una estúpida al dejarme llevar por la fantasía de que podía tener una relación normal. Debería haber sabido que el pasado no me abandonaría tan fácilmente.

Apuro el último trago de vino, ruborizándome por la humillación, y me levanto con la intención de irme. En cuanto salgo del bar, mi móvil lanza un pitido. Lo saco del bolso, esperando ver la notificación de que tengo un mensaje en la cuenta de correo que me creó Polly y que he añadido a mi teléfono. Sin embargo, es un mensaje de Facebook. Un nuevo mensaje de Maria: «¿Ya te vas, Louise?».

Me detengo y me quedo inmóvil en la acera. Las piernas apenas me sostienen. Aunque hay mucho ruido, lo único que puedo oír es mi respiración, presa del pánico, y los latidos de mi corazón. Alguien me está vigilando. Miro a mi alrededor, pero la calle es un hervidero, está llena de gente corriente que ha quedado con amigos o con amantes. En la acera de enfrente hay un restaurante con una terraza; varias estufas calientan a los clientes que están sentados a las mesas. Intento analizar sus rostros, pero son demasiados, hay varias hileras de mesas, y, además, no sé a quién estoy buscando. Mi móvil lanza otro pitido.

No mereces ser feliz. No después de lo que hiciste.

Me pongo la capucha del abrigo y empiezo a andar a toda prisa por la calle, casi corriendo, cabizbaja. Ella tiene razón. No merezco ser feliz. Evidentemente, no había ningún Greg. Un hombre agradable y normal nunca demostraría interés por mí. Y aun cuando así fuera, no sabría cómo reaccionar ni cómo comportarme con él.

Pero ¿cómo lo hacía? Era como si Maria se hubiese introducido en mi cabeza, moviendo los dedos para arañar mis pensamientos y quedarse con las peores cosas que pienso de mí y me las lanzase a la cara. Entonces me acuerdo de la despreocupada actualización de Facebook de Polly: «Emparejando a Louise Williams en matchmymate.com.» Por supuesto. Cualquiera puede copiar la foto de un hombre atractivo. Cualquiera puede escribir un correo electrónico. Maria tuvo la suerte de que los otros correos fueran totalmente inapropiados.

Sigo andando, tomando solo las calles más transitadas, sin dejar de mirar a mi alrededor por si me acecha algún peligro. Durante varios minutos estoy convencida de que en la otra acera hay alguien que camina a la misma velocidad que yo hasta que gira por una calle lateral sin mirarme. Decido volver sobre mis pasos, cambiando de acera. Cuando pongo un pie en la calzada sin mirar, un taxi frena a pocos centímetros de mí y el conductor me dedica un furioso gesto. ¡*Estúpida!* Evito las calles laterales, con sus rincones oscuros y los sombríos portales con las paredes empapadas de orina, pero incluso las zonas bien iluminadas y llenas de gente me parecen amenazadoras, porque no sé dónde puede estar el peligro. No sé a quién le tengo miedo, de quién estoy huyendo.

A las ocho recibo un mensaje de Polly: ¿Cómo va todo? ¿Necesitas una llamada de emergencia?

Le respondo de inmediato: No se ha presentado, estoy volviendo a casa. No puedo decirle que he quedado con Esther sin contarle el resto de la historia, y aún no estoy preparada para hacerlo. ¡Oh, mierda!, me contesta Polly. Llámame cuando llegues a casa. No puedo hacerlo, porque no me dirijo a casa. Me voy a meter bajo el edredón para esconderme. Te llamo mañana por la mañana.

Hay una pausa, de modo que o me está mandando un mensaje muy largo o preguntándose si debería ir a mi casa y ofrecerme un hombro para llorar. Obviamente, decide no hacerlo, y su mensaje solo dice: Vale. Llámame si me necesitas. Te quiero x.

Me queda media hora antes de reunirme con Esther, y tengo muchas ganas de mandarle un mensaje de texto diciéndole que no puedo ir y refugiarme en casa. Sin embargo, algo que detecté en su voz cuando me dijo que debía

hablar conmigo me impide hacerlo, por lo que sigo caminando con el corazón latiéndome a toda velocidad hasta que, sin darme cuenta, estoy frente a la puerta del local donde hemos quedado.

Esther aún no ha llegado. Pido una copa de vino y me siento en un rincón, donde puedo apoyarme en la sólida pared que está a mi espalda y tengo una vista perfecta de todo el local. Aunque hay un murmullo de conversaciones, de fondo, a través de los altavoces, puede oírse *Fall at Your Feet*, de Crowded House. Esta canción me encantaba cuando estaba en la universidad y soñaba con una auténtica conexión con un alma gemela que no tenía ni nombre ni cara. Mientras echo un vistazo al *pub*, pienso en todos los hombres junto a los que podría haber acabado y en lo diferente que podría haber sido mi vida. Aunque puede que nunca tuviera otra elección.

Cuando acabo de tomarme el primer sorbo de vino la veo en la entrada del local, buscándome. Lleva un llamativo abrigo de color rojo, largo hasta los pies, y el pelo recogido en un gran moño. Tiene las mejillas rojas a causa del frío. Parece diez años más joven de lo que en realidad es, y no tiene ni idea de que hay varios hombres de mediana edad que la observan con admiración. Cuando me ve, me hace un gesto, para decirme si quiero una copa. Le digo que no moviendo la cabeza, por lo que se dirige a la barra. Dos minutos después se sienta frente a mí, dejando un burbujeante *gin-tonic* sobre la mesa.

–¿Qué tal el día? –me pregunta, más como un modo de iniciar la conversación que porque realmente le interese, imagino.

–Oh, ya sabes... –contesto, evitando su mirada. ¿Por dónde iba a empezar? –. ¿Y tú?

–Bien, gracias.

No le interesa hablarme de lo que ha hecho. Cuando está conmigo, está en guardia; ya me di cuenta el día que estuve en su despacho. No quiere hablarme de su vida, y no puedo culparla por ello. Siento la urgente necesidad de enfriar los ánimos, de convertir los sobreentendidos en palabras.

–Oye, Esther, con respecto a lo que hablamos el otro día, cuando fui a verte... Sobre cómo traté a Maria. Sé que probablemente pienses que solo lo dije porque no quiero que tengas una mala opinión de mí, pero ahora soy otra persona. Sé que lo que le hice fue horrible e imperdonable. Sé que convertí su vida en un infierno. Ojalá pudiera volver atrás y cambiarlo todo, pero no

puedo. Lo único que puedo hacer es reconocer lo mucho que me equivoqué y, en fin..., intentar ser mejor persona ahora.

Esther juega con la pajita de su *gin- tonic*. Los cubitos de hielo golpean contra el cristal.

–De acuerdo –dice finalmente–. Puedo entenderlo, aunque debo admitir que no siempre puedo pensar de una forma racional acerca de los años del instituto.

Cuando menciona la escuela me entra de nuevo el pánico y miro a mi alrededor. Un hombre que está en la barra cruza su mirada con la mía y me dedica una media sonrisa. La tensión se acumula en mi pecho. Miro de nuevo a Esther.

–Cuando pienso en aquella época, de algún modo, vuelvo a sumergirme en ella –dice–. Todo lo que he conseguido desde entonces queda en un segundo plano y vuelvo a estar allí, sentada sola en la cafetería, fingiendo estar leyendo un libro. Las experiencias como esa nunca te abandonan. Te cambian. Sé que ahora tengo éxito, y... –Hace un gesto, para señalar su aspecto actual, incapaz de decirlo con palabras, pero la entiendo–. Pero, por dentro, una parte de mí aún sigue merodeando por allí, mirando desde fuera.

Sé a qué se refiere, porque, a pesar de que nuestras respectivas experiencias en el instituto fueron muy distintas, también me siento así.

–A veces hablo con alguna mujer a la que he conocido siendo adulta –continúa–. Una madre de la escuela, o alguien del trabajo, y, de pasada, hablan de sus años en el instituto, y me doy cuenta de que era una de las chicas populares. Ya sabes, hablan de una fiesta a la que fueron, o del capitán del equipo de fútbol, que era su novio... Y yo pienso, Dios mío, eras una de ellas. Y una parte de mí –titubea, ruborizándose– se siente *avergonzada*. De modo que no les cuento cómo era yo en el instituto, solo me río y dejo que piensen que yo era igual que ellas, que mi adolescencia estuvo llena de noches de alcohol, divertidas fiestas de pijamas y sustos al pensar que podía estar embarazada. Pero no fue así, ¿verdad? Para ellas, mi experiencia como adolescente sería como de otro planeta.

–Ya sé que te parecerá difícil de creer, pero entiendo un poco cómo te sientes. Mis años en el instituto fueron... –Me interrumpo, incapaz de expresarlo con palabras, sobre todo a ella.

Esther sonríe, deslizando la yema del dedo por su vaso, dejando un rastro en el agua condensada.

–¿No fueron los días más felices de tu vida? En realidad he estado pensando en ello desde que viniste a verme.

–¿Qué quieres decir?

Durante un momento, el tiempo transcurre muy despacio. ¿Qué es lo que sabe Esther? ¿Qué vio?

–Nos conocimos en la escuela primaria, ¿recuerdas?

–S , lo recuerdo.

Mechones de nubes flotando en el cielo azul de Norfolk. Corriendo por el bosque, sin aliento, para alcanzar una enorme extensión de arena hasta llegar al mar, y luego más allá de la misteriosa línea azul, donde el agua se funde con el cielo. Días eternos en la playa, en los que volvíamos a casa cuando ya era de noche, con la piel ardiendo, salada, y arena en los zapatos. Esther y yo, tumbadas boca arriba, una junto a otra, en el jardín de su casa, sin tocarnos, con el inmenso cielo azul sobre nosotras, el zumbido de los insectos, los cálidos rayos del sol bes ndonos los brazos y las piernas. Nos quedábamos tumbadas todo el tiempo posible, hasta que la sombra de la casa cubría la última brizna de hierba, llevándose el calor del sol y enfriando el suelo y nuestros cuerpos. Me acuerdo de todo eso.

–Vi cómo cambiaste cuando empezamos a ir al instituto de Sharne Bay –dice Esther–. Creciste más rápido que yo. Yo seguía siendo una niña a los once años, y a los doce, incluso a los trece. Te volviste muy introvertida en seguida, en primer curso, creo. Pero cuando decidiste dejar de serlo, fue como si hubieras tomado conscientemente la decisión de ser otra persona. Así pues, cualquiera que te hubiera conocido antes..., bueno, tuvo que apartarse. Todo giraba en torno a Sophie y los demás. Sin embargo, siempre parecías estar al margen, como si no formaras realmente parte del grupo. Hasta la fiesta de graduación. Algo cambi , ¿no es así?

Asiento, porque apenas soy capaz de hablar. En cuanto me alej  de Esther (y estaba en lo cierto, tom  conscientemente esa decisión), apenas volví a pensar en ella, salvo para asegurarme de que se hablara lo menos posible de nuestra antigua amistad.

–Yo *era diferente*. Me sentía diferente. Como si estuviera cambiando otra

vez, supongo, o convirtiéndome en la persona que siempre había querido ser.

Voy a tuestas, la verdad sale a trompicones, porque no estoy acostumbrada a decirla. Noto un zumbido en la cabeza, incapaz de controlar el insistente miedo que me produce pensar que aún me están vigilando.

–¿Y fue así? –me pregunta Esther–. Me refiero a si te convertiste en esa persona.

Me quedo mirando fijamente la copa de vino.

–No, en realidad no. Pero entonces, nada volvió a ser igual. Después de esa noche, quiero decir.

–No, nada volvió a ser igual.

Ahora es Esther quien baja la mirada. Me doy cuenta de que no puede cruzarla con la mía. ¿Qué es lo que sabe?

Estoy rozando excesivamente la verdad. Puedo sentir cómo se cierne sobre mí, como un iceberg en el océano en medio de la noche. No sé exactamente dónde está, pero me da mucho miedo chocar contra él inesperadamente, sentir cómo se estrella contra mí, desgarrándome y haciéndome trizas, hundiéndome por completo. Una parte de mí quiere contárselo todo, compartir con ella este miedo demoledor que me consume. Quiero sacudirla y hacer que me escuche: «Alguien me está vigilando».

Desvío la mirada hacia la barra, pero el hombre que me sonrió se ha ido. Ahora hay una mujer, de espaldas a nosotras, con el pelo recogido en una cola de caballo. Empieza a volver la cabeza y el estómago se me sube a la garganta. Sin embargo, cuando veo su cara me doy cuenta de que tiene poco más de veinte años; su piel es tersa y le sonrío a su amiga, que acaba de entrar en el *pub*. Me vuelvo de nuevo hacia Esther.

–Me encontré con Tim Weston.

No sabía lo que iba a decir hasta que las palabras han salido de mi boca.

–¿Qué? ¿Dónde?

–Después de ir a verte a Norwich, me dirigí a la costa. A Sharnes Bay. Ni siquiera sé cómo, pero conduje en esa dirección. ¿Sabías que vive en su antigua casa? Su madre se la vendió hace unos años y se mudó a un bungalow.

–No, no lo sabía. ¿Fue allí donde te lo encontraste?

–Sí. Fui a echar un vistazo a mi antigua casa y entonces... Me perdí, y acabé allí.

Tal como lo he dicho, suena bastante improbable, y me pregunto hasta qué punto fue una casualidad que acabara frente a la casa donde vivía Maria cuando era una adolescente.

–¿Y cómo estaba? –me pregunta Esther, fascinada–. Siempre pensé que era un poco raro. Era muy protector con Maria.

–Estaba... bien, dadas las circunstancias. Fue muy amable conmigo sobre..., ya sabes. Me dijo que no me culpaba. –Estoy recordando el encuentro–. Parecía saber muchas cosas sobre mí, lo cual me pareció extraño... Y sobre ti también.

–¿A qué te refieres?

–Bueno, nada del otro mundo, supongo. Sabía a qué nos dedicamos, eso es todo. Me dio la sensación de que nos había seguido la pista a las dos.

–Quizá nos considera un vínculo con Maria. No debió ser fácil para él. Me imagino la presión a la que tuvo que estar sometido al ser el único hijo que quedó.

–Lo sé. –Guardamos silencio durante unos segundos, perdidas en nuestros pensamientos–. Hay algo más –añado, vacilante.

–¿Qué?

–Probablemente no sea nada, pero..., es algo más que dijo Tim. Cuando estábamos hablando de lo que le ocurrió a Maria, dijo: «Ella es más fuerte de lo que parece», no «Era más fuerte de lo que parecía». Habló de ella en presente.

Estoy esperando a que Esther se ría de ello o que diga que fue un lapsus, pero no hace ninguna de esas dos cosas. Solo se queda mirándome fijamente, con la tez pálida. La montura de sus gafas destaca contra la blancura de su piel. Nos quedamos suspendidas en un incómodo silencio durante unos segundos hasta que ella dice:

–En realidad, es de eso de lo que quería hablarte.

–¿Qué quieres decir?

No puedo mirar hacia otro lado, pero me da miedo lo que tiene que decirme, sea lo que sea.

–Desde que Maria desapareció, todos los años, el día de mi cumpleaños me llega un regalo por correo.

–Ya.

–Normalmente suele ser una tontería... Unas velas, un aceite de baño, una bufanda... Nunca hay remitente ni una tarjeta. Solo una etiqueta: «Querida Esther, feliz cumpleaños. Te quiere, Maria».

Dejo la copa en la mesa con más fuerza de la que pretendía, derramando parte del vino.

Las conversaciones y el bullicio del *pub* se difuminan a mi alrededor. Solo puedo ver con nitidez el rostro de Esther.

–¿Todos los años desde...?

–Sí.

–¿Desde dónde los mandan?

–Desde diferentes sitios... Londres, en una ocasión Brighton, a veces Norwich...

–¿Norwich?

–Sí, a veces.

–Pero ¿de quién crees que...? ¿No creerás que son de *ella*, verdad?

Mi voz ha quedado reducida a un susurro. Me duelen las palmas de las manos, y me doy cuenta de que me estoy clavando las uñas.

–Créeme, he considerado todas las opciones. Y, para ser sincera, he dejado de intentar resolverlo. Al menos lo había hecho hasta que te presentaste en mi despacho. Por eso fui tan breve. Supongo que me quedé... atónita al pensar que aún está viva, que efectivamente es ella quien me manda los regalos.

–¿Se lo has contado a alguien? ¿Has ido a la policía?

–Los dos primeros años les llevé los regalos a la policía, aunque no se lo tomaron en serio... Quiero decir que no eran ninguna amenaza, ¿no? ¿Qué podían hacer?

Me reclino en la silla, dándole vueltas a la cabeza. ¿Es realmente posible que Maria esté viva? ¿Por qué me está acosando ahora, cuando Esther ha recibido esos regalos durante años? ¿Soy melodramática al pensar que estoy en peligro? No puedo pasar por alto el hecho de que alguien me ha estado vigilando esta noche. Observo a todos los que están a mi alrededor. ¿Podría ser ella esa mujer pelirroja? ¿O una de esas mujeres que han venido en grupo?

Esther me está mirando.

–Lo siento, no quería preocuparte. Solo pensé que debías saberlo. Aunque

espero el regalo, aún me sigue impactando ver todos los años su nombre escrito en una tarjeta. No puedo ni imaginar cómo te sentiste cuando recibiste esa solicitud de amistad de Facebook.

El deseo de sincerarme con Esther es muy fuerte... Necesito aflojar el nudo que noto dentro de mí, cada vez más fuerte. Desde el día que recibí la solicitud de amistad, la presión que siento en la cabeza amenaza con estallar.

–No se trata solo de la solicitud de amistad, Esther.

–¿Qué quieres decir?

Esther apura su *gin-tonic* y mira el reloj.

–He recibido otros mensajes, y el día que fui a casa de Sophie estoy segura de que alguien me siguió, y luego... –Me interrumpo. No estoy dispuesta a admitir la facilidad con la que me dejé engañar con la cita por internet–. ¿Quieres una copa? –le pregunto.

Con otra copa de vino podría intentar contarle lo que le ocurrió realmente a Maria, arrojando un poco de luz sobre la historia.

–No, mejor no –dice Esther, empezando a recoger sus cosas–. Tengo que ir a Liverpool Street. Mi marido no soporta que llegue tarde. Pero ¿a qué te referías cuando has dicho que pensabas que alguien te estaba siguiendo?

–Oh, nada. Quizá solo fue cosa de mi imaginación.

Esther no parece muy convencida.

–¡No pasa nada, de verdad! –digo, tratando de dar un tono despreocupado a mi voz. Necesito cambiar de tema–. No sabía que estuvieras casada.

Sin motivo alguno, me imaginé que estaría tan sola como yo.

–¿Esto no te ha dado una pista?

Sonríe, agitando la mano izquierda frente a mí, donde ahora veo que, en el dedo anular, lleva un anillo de platino con un diamante.

–¿A qué se dedica tu marido?

Me entra pánico al pensar que voy a quedarme sola, e intento retenerla el mayor tiempo posible.

–Es abogado, como yo. –Sonríe–. ¡Un aburrimiento!

Estoy convencida de que piensa cualquier cosa menos que sea aburrido.

–Genial. –Estoy pensando, pero no se me ocurre nada inteligente que preguntarle. Creo recordar que ella es socia de su bufete–. ¿Él también es socio del bufete?

Hay una pausa que dura una milésima de segundo, durante la cual una nube que no soy capaz de identificar cruza por su rostro.

–No, aún no.

–¿Tienes hijos?

Si soy capaz de seguir haciéndole preguntas, puede que se quede.

–Sí, dos. Un niño y una niña. ¿Y tú? –me pregunta, mirando tan brevemente mi dedo sin anillo que apenas me doy cuenta de que lo ha hecho.

–Sí, uno. –Al decirlo, siento la punzada habitual. Al menos, ahora que estoy divorciada, la gente ha dejado de preguntarme cuándo voy a tener otro hijo–. Henry. Tiene cuatro años.

Me doy cuenta de que Esther no sabe que me casé con Sam. Por algún motivo, me avergüenza decírselo. Ya se ha puesto el abrigo y ahora ya no hay quien la detenga. Dentro de unos momentos volveré a quedarme sola otra vez, enfrentándome a un trayecto solitario hasta un apartamento vacío. ¿Y si alguien me está siguiendo?

–Bueno, será mejor que vaya a tomar el metro..., si estás segura de que te encuentras bien. Ha sido... un placer verte, Louise.

Sé que le ha costado decir estas palabras. Cuando se aleja, siento el impulso de ir tras ella y preguntarle si podemos ser amigas. Pero sé que es inútil. Esther parece dispuesta a intentar perdonarme por cómo las traté a Maria y a ella. Sin embargo, nunca me perdonaría si supiera toda la verdad. Ni en un millón de años.

Capítulo 16

Él siempre ha sido... protector. Sabe lo que ella ha tenido que soportar. Sabe que su infancia y su adolescencia no fueron exactamente un camino de rosas. Solo quiere que el resto de su vida sea feliz, eso es todo. No quiere que nadie más le haga daño. Cuanto más cerca esté de ella, más segura estará.

Cuando estaba embarazada, ella piensa que él, en secreto, esperaba que renunciaría por completo a su trabajo, aunque eso, en realidad, nunca fue viable. Ella trata de ahuyentar la idea de que él está resentido por su éxito profesional, que preferiría que ella fuera un ama de casa que anduviera todo el día en zapatillas y que lo esperara con la cena servida en la mesa. A ella le preocupa la sensación de que él no sepa sobrellevar que tenga más éxito que él. Él no está atravesando un buen momento en el trabajo, y ella se muestra casi reticente a presumir de sus éxitos. De hecho, los minimiza.

El embarazo también tuvo otro impacto en su relación. El hecho de dar a luz y amamantar a un bebé no solo la castigó físicamente, sino que cambió la relación que ella tenía con su cuerpo. Nada era ya como antes. Las cosas que hasta entonces solían hacerla gritar de placer la dejaban totalmente indiferente.

Supuso que debería sentirse satisfecha de que él aún la deseara. Tenía amigas cuyos maridos no querían tocarlas después de lo que habían visto en la sala de partos: la sangre y los gritos, desgarrándolas hasta la agonía. Sentían repulsión por sus esposas de vientres con pliegues en la piel y pechos que rezumaban.

Ella tiene que calmarse a sí misma bastante a menudo. Lo que él quiere hacer es completamente normal. Entra dentro de los límites de la normalidad. Pero, en realidad, ¿qué es lo normal? De hecho, tal cosa no existe, siempre y cuando nadie salga lastimado. Aunque a veces duela, es parte del juego, ¿no es así?

Lo más importante que hay que recordar es que él está a su lado. La conoce..., es el único que la conoce. Ella nunca tendrá eso con nadie más. Y si ella alguna vez empieza a olvidarlo, bueno..., ahí está él para recordárselo.

Capítulo 17

1989

Sophie me perdonó por haberme rajado con el asunto del tampón. De hecho, fue muy comprensiva al respecto. Me dijo que lo entendía, y que no debería hacer nada que no me hiciera feliz. Se pegó a mí, caminó a mi lado en vez de hacerlo con Claire o Joanne, y se sentó junto a mí todos los días a la hora de comer. Maria se mantuvo muy alejada, gracias a Dios. Salvo en clase, apenas la vi. Todos hablaban de la fiesta de graduación, que tendría lugar en el plazo de unas semanas, a finales de junio, sobre todo de qué se iban a tomar o de cómo se asegurarían de que los profesores no se enteraran de nada y arruinaran la velada. A Sophie se le había metido en la cabeza la idea de gastar una broma de las que no se olvidan. Algo espectacular, algo que nos haría figurar en el libro de historia del instituto. Fui a su casa y vimos esa película, *Carrie*. Nunca había pasado tanto miedo. El plan de Sophie no incluía ningún cubo con sangre de cerdo, aunque me dijo que yo tendría un papel muy importante en él. Ni siquiera se lo había contado a Claire y a Joanne. Los únicos que lo sabíamos éramos ella, Sam, Matt y yo. Necesitábamos a los chicos para conseguir el material y, bueno, creo que Sophie quería impresionar a uno de ellos. Prefería no pensar en cuál de ellos podría ser.

Sabía que no volvería a rajarme, que no defraudaría a Sophie. Estaba segura de haber tomado la decisión acertada al pegarme a ella y a los demás. La mayoría de los días veía a Maria comiendo con Esther. Maria estaría bien. De todos modos, seguramente Esther era una amiga más adecuada para ella.

La siguiente gran fiesta se celebró en casa de Sam. Esta vez fui invitada personalmente y no a través de Sophie. En realidad, Sophie me dijo que Sam le había dicho específicamente si podía llevarme a la fiesta con ella. Intenté

no darle muchas vueltas a eso. Como la otra vez, me vestí en casa de Sophie, y desde allí fuimos juntas a la fiesta. No tenía ni idea de dónde vivía Sam. Por eso, cuando giramos a la derecha en la tienda de pescado frito con patatas y empezamos a caminar por Coombe Road, me quedé muy sorprendida. Pero no en plan esnob; sencillamente, no sabía que viviera allí. Pasamos junto a un grupo de mugrientos niños que jugaban al fútbol en la calle. Uno de ellos nos gritó una grosería, pero lo ignoramos.

Cuando Sam abrió la puerta, tenía las pupilas tan dilatadas que sus ojos parecían casi negros. Nos dio un gran abrazo a las dos y luego avanzó bailando por el pasillo.

–Dios, parece que ya se lo está pasando en grande, ¿no? –le dije a Sophie.

Esperaba transmitirle mi aplomo, darle a entender que sabía que se había tomado algo, pero ella frunció los labios. El suelo estaba cubierto por una moqueta de color verde claro y el papel de las paredes parecía que llevaba allí desde la década de 1970. Sophie me acompañó por el pasillo hasta la cocina, que estaba en la parte de atrás de la casa. Si el papel pintado parecía de la década de 1970, la cocina parecía incluso más antigua. Sophie se sentó a la mesa de formica, que estaba cubierta de polvo y tenía varias marcas de quemaduras. La expresión de su rostro era seria.

–Oye, tenemos que hablar.

No dije nada. Rasqué con la uña una mella que había en la superficie de la mesa. ¿Acaso iba a alejarse otra vez de mí cuando acababa de recuperarla?

–Nos hemos dado cuenta de que eres un poco remilgada con respecto a las drogas.

¿«Nos»? , pensé, pero no dije nada.

–Si no quieres probar nada, es cosa tuya, por supuesto. Pero si vas a seguir saliendo con nosotros, es lo que hay, ¿de acuerdo? No me gustaría que te sintieras excluida.

Pensé con rapidez.

–No se trata de que sea remilgada. Lo único que he hecho es fumar un poco de marihuana, por lo que no soy una experta. ¿Qué hay del éxtasis?

–¡Oh, Dios mío, es increíble! Te *encantaría*. Todo es precioso, todos los colores son muy brillantes, todo el mundo te parece genial y te sientes de maravilla. Ligera y feliz. Como si estuvieras flotando.

–Suena bien –dije, sin convicción, avergonzada por mi bochornosa ingenuidad.

–Suena más que bien. ¿Quieres probar uno esta noche?

–¿Esta noche? ¿Aquí? Bueno, no sé...

Me daba miedo probar las drogas, me daba miedo perder el control, me daba miedo sentir vergüenza de mí misma.

Sophie se encogió de hombros, sin sonreír.

–Como te he dicho, es cosa tuya. Voy a ver si encuentro a Claire.

Salió de la cocina y me dejó sola, sentada a la mesa. A través de la ventana vi el jardín trasero, cubierto de maleza. Había un par de tumbonas desgarradas y oxidadas, una de ellas colocada de lado. Me acordé de cuando Maria y yo nos echamos en el jardín de la casa de Matt y lo mucho que me relajé estando con ella, alternando la charla ocasional con un balsámico silencio. Me mordí la parte interna de la boca, masticando la carne blanda, martilleada por la indecisión. ¿Era demasiado tarde para recuperar lo que tan cerca estuve de compartir con Maria? Una amiga como Dios manda.., alguien interesante y divertido, a quien yo le gustaba tal y como soy. Si ya me había perdonado una vez..., ¿podría volver a hacerlo? Después de todo, traté de alertarla sobre el asunto del tampón. Lo único que tenía que hacer era salir de allí, irme a casa y llamarla. Era consciente de que sería mi última oportunidad, pero aún sentía que ella me la daría.

Entonces se abrió la puerta y alcé la vista, esperando volver a ver a Sophie, pero el corazón me dio un vuelco cuando entró Tim Weston, seguido de cerca por el hermano mayor de Matt Lewis. Tim se detuvo en seco cuando me vio.

–Ah, no sabía que estabas aquí.

–¿Te importa meter esto en la nevera, tío? –le dijo el hermano de Matt a Tim, tendiéndole cuatro paquetes de cerveza y volviendo a la fiesta.

Empujé la silla hacia la mesa todo lo que pude mientras Tim pasaba junto a mí sin decir nada. Cogió una lata de cerveza y metió el resto en la nevera. Estaba a mitad de camino de la puerta cuando pareció decidirse a decir algo y se volvió hacia mí.

–Oye, mantente alejada de mi hermana, ¿de acuerdo?

–No te preocupes, lo haré. –La frialdad de mi voz me dejó abatida y bajé la

mirada, jugando con la cremallera de mi top-. ¿Ha venido? -le pregunté, en un tono de voz menos grave.

-No, por supuesto que no ha venido -contestó Tim, dejándose caer en la silla que había frente a mí y colocando la lata sobre la mesa con un golpe que hizo que la cerveza se derramara-. ¿Tienes idea de lo que has hecho?

-¿A qué te refieres? -le pregunté, sin atreverme a mirarlo a los ojos.

-Ella me cuenta cosas. Sé lo que le has hecho. Puede que tú no sepas por lo que tuvo que pasar en Londres, pero yo sí. Esto es lo último que necesita.

-Pero tiene a Esther, ¿no? -murmuré.

-Sí, gracias a Dios, pero tú sabes tan bien como yo que ser amiga de Esther significa que ella le cierra la puerta al noventa por ciento del resto del curso. Y, en cualquier caso, tú le caías bien. Pero le fallaste. ¿Y por qué? ¿Por esa golfa? -Tim señaló con la mano la habitación donde estaba sonando la música-. Espero que pienses que merece la pena.

Tim se levantó y volvió a colocar la silla en su sitio de un empujón. Las patas chirriaron contra el gastado suelo de linóleo.

Me quedé sentada unos minutos, sin saber si mis piernas me sostendrían cuando me levantara. Finalmente me dirigí hacia la puerta, preguntándome si debía decirle a Sophie que me iba. Sin embargo, justo cuando había decidido intentar escabullirme sin que nadie se diera cuenta, la puerta de abrió de nuevo. Me armé de valor para tener otra conversación con Tim, pero el corazón me dio un vuelco cuando vi que era Sam. El pelo rubio, sucio, le caía sobre los ojos, cuyo color azul casi se había oscurecido por completo debido a la dilatación de sus pupilas.

-¡La encantadora Louise! ¡Estás aquí! -gritó, provocándome un rubor en el cuello, aunque sabía que el afecto que sentía por mí era meramente químico.

Tiró de mí y lo abracé, sintiendo el calor de su cuerpo contra el mío mientras le apretaba la espalda con las manos. Mantuve los ojos cerrados y aspiré, respirando una mezcla del olor de su gastada cazadora de cuero, un dulce e intenso olor a cítrico y algo más difícil de definir. Me invadió una sensación desconocida, un deseo desesperado que apenas podía expresar.

-¿Te sientas conmigo? -me preguntó Sam.

Nos sentamos el uno frente al otro, y él sonrió, extendiendo la mano para

coger la mía. El corazón me latía tan deprisa que pensé que se me iba a salir por la boca.

–Disculpa todo esto –dijo, echando un vistazo a la cocina.

–¿A qué te refieres?

Miré a mi alrededor y vi el fregadero oxidado, los viejos armarios de color amarillo, una puerta desencajada, un hueco donde debía haber un cajón y la encimera manchada y astillada.

–Ya sabes a qué me refiero. Esto es un antro.

–Está bien –dije, apretándole la mano con valentía–. ¿A quién le importa? Al menos tienes la casa para ti por una noche. Mis padres nunca van a ningún sitio. Y aunque lo hicieran, me matarían si montara una fiesta.

–A mi padre le importa una mierda –dijo. Su expresión se ensombreció–. Me alegro de que estés aquí.

Su sonrisa se metió en mi cuerpo, calentándome por dentro.

Estaba a punto de contestarle cuando se volvió a abrir la puerta, y esta vez sí era Sophie. Sonrió, mirando sin disimulo nuestras manos entrelazadas encima de la mesa. Sam retiró la suya y se levantó, dedicándome una última sonrisa.

–Te veo luego, ¿vale? –dijo.

Cuando pasó junto a Sophie, ella levantó los brazos.

–¿Y mi abrazo, Sammy?

Sam la estrechó entre sus brazos y ella le rodeó la cintura con los suyos, mirándome por encima de su hombro. Cuando él se alejó en dirección a la sala de estar, Sophie se sentó a la mesa, delante de mí.

–Se os veía muy a gusto –dijo, con una sonrisa malévola–. Y bien, ¿quieres probarlo?

Respiré profundamente.

–¿Tienes algo que pueda tomar? Esta noche, quiero decir.

Sophie sonrió, y supe que había superado la prueba. Y también sabía que, fuera lo que fuera lo que había tenido con Maria, ahora había acabado por completo. Ya no habría más oportunidades.

Mucho después estaba tumbada al lado de Sophie en su mullida cama de matrimonio, bajo un grueso edredón de plumas de ganso. Estaba amaneciendo. Me sentía como si hubiese cruzado una barrera invisible y

estuviera en otro mundo. Siempre me había sentido un poco lejos del grupo. Mi relación con el resto siempre había pasado por Sophie, pero el hecho de haber probado el éxtasis me hizo sentir por primera vez que era realmente uno de ellos. Por mi mente desfilaban imágenes de la última noche: bailando, abrazándome, riéndome, y Sam rodeándome con sus brazos, levantándome y haciéndome girar, un torbellino de luz y color. Los débiles rayos de luz del sol se filtraban a través de las cortinas de Laura Ashley y los pájaros empezaban a cantar en la calle. No había dormido, pensando una y otra vez en la idea de Sophie. Al principio no estaba demasiado convencida, pero ella me prometió que no tendría consecuencias graves..., de hecho, es posible que a Maria le encantara, eso podría relajarla un poco. Sam y Matt también estaban entusiasmados: la idea les parecía muy divertida. Habíamos decidido no contárselo a nadie más, ni siquiera a Claire y Joanne. Sería nuestro secreto, el de nosotros cuatro. Sabía que esto confirmaría mi posición dentro del grupo... Era la única que podía hacerlo. Solo debía mantener la calma.

Capítulo 18

2016

He tenido las luces encendidas toda la mañana para contrarrestar la oscuridad del mes de octubre, mientras la lluvia que caía de un cielo plomizo se estrellaba contra los ventanales franceses. Durante toda la semana he ido postergando la decisión sobre si voy a ir a la reunión o no, e incluso ahora, cuando ya ha llegado el día, aún no he confirmado mi asistencia en Facebook. Polly está esperando que le diga si tiene que hacer de canguro. No quería decirle que pensaba ir, pero no tengo a nadie más con quien Henry pueda quedarse toda la noche. Quiso ver la página de Facebook, de modo que no pude ocultarle que Sam estaría allí. No se sorprendió. Sé que solo está intentando protegerme, pero no entiende por qué siento la necesidad de asistir. No puede entenderlo debido a las muchas lagunas que hay en mi historia, las partes que no le he contado. Ella no sabe hasta qué punto me siento arrastrada a Sharne Bay; es como una cicatriz que escuece y que te rascas con los dedos, aunque sabes que lo mejor sería no hacerlo para que se curara del todo.

Aunque me alegra que Henry se quede en casa de Polly, siento una punzada cuando veo a abuelos recogiendo a sus compañeros en la puerta de la escuela. Viendo la familiaridad con que sus nietos los saludan me doy cuenta de que constituyen una parte muy importante de sus vidas. Para Henry, ver a mis padres es todo un acontecimiento: escoge cuidadosamente la ropa que se va a poner, habla de ellos muchos días antes de la visita, se pone nervioso y siempre se siente decepcionado cuando no logra estar a la altura de lo que se había propuesto. Ellos nunca han demostrado demasiado interés por cuidar de él, incluso cuando era muy pequeño y yo estaba exhausta. Eran compasivos, pero simplemente no parecía ocurrírseles que lo que necesitaba

era alguien que se lo llevara durante un par de horas. Quizá si hubiesen vivido más cerca cuando nació, habría podido pedirles la ayuda que tan desesperadamente me hacía falta, pero la distancia que nos separaba era demasiado grande. Los veintitrés años de educadas conversaciones se habían cobrado su peaje y el momento para sincerarse había quedado atrás hacía ya mucho tiempo.

Por su parte, los padres de Sam tampoco habían estado presentes. Su padre murió hace años, cuando Sam estaba en la universidad, y aunque su madre entraba y salía de su vida cuando ya había alcanzado la edad adulta, la relación que tenían no podría describirse como estrecha. Yo solía preguntarle cómo y cuándo se había vuelto a poner en contacto con él, pero Sam no quería hablar del tema. Aunque en muchos aspectos estábamos muy unidos, había partes de él que nunca me dejaba ver. Henry solo había visto a su «otra abuela» en contadas ocasiones, y eso hizo que la mitificara en su imaginación.

Aparte de Sophie, no me he atrevido a hacerme amiga en Facebook de otros compañeros del instituto, por lo que no me queda otro remedio que leer atentamente la información pública que hay en sus páginas. En general, se reduce a las fotos de perfil, aunque en algunos casos puedo ver fotos y actualizaciones de estado que Sophie ha comentado o que le han gustado. Matt Lewis aparece con unos niños, aunque aparentemente no son suyos; Sam quedaba con él esporádicamente cuando aún estábamos juntos, aunque yo nunca me uní a ellos. Y está claro que en aquella época no tenía hijos. Debió conocer a alguien que sí los tenía. Claire Barnes tiene hijos mayores y está separada, a juzgar por algunas conversaciones entre ella y Sophie.

Estoy frente al ordenador portátil, sentada a la mesa de la cocina, mientras Henry se come concienzudamente un sándwich de crema de cacahuete, lamiéndose el dedo índice y pasándolo por el plato para atrapar las migas.

—A mi hermana no le dejan comer crema de cacahuete —me dice—. Para que no se hinche.

Aún me duele cuando dice «mi hermana» para referirse a una niña que no es mía. Raramente menciona a Daisy o a su madrastra. Evidentemente, él no sabe que Sam me dejó por Catherine, aunque es obvio que, de forma inconsciente, sabe que no debe hablarme de ella o de Daisy.

–Para que no se hinche –repite–. Como un balón.

–Muy bien –digo distraídamente.

Estoy enfrascada en Facebook, siguiendo enlaces, mirando las fotos de alguien que trabaja con Claire Barnes. El móvil, que está sobre la encimera, vibra en el mismo momento en que aparece una notificación de Facebook en la parte superior derecha de la pantalla del portátil. Cuando clico, todo lo que me rodea se desvanece hasta que solo quedamos la pantalla y yo. Es otro mensaje de Maria.

¿De vuelta al lugar del crimen? Te estaré vigilando, Louise.

Cada mensaje suyo es un mazazo en la cabeza de un asaltante desconocido que me deja grogui y confundida. Henry no se ha dado cuenta de nada, concentrado como está en su sándwich, protegido por el egocentrismo de los niños pequeños.

Esto no acabará nunca hasta que me enfrente a ello. No sé quién es esa persona, pero escondiéndome aquí, en casa, borrando mensajes, no voy a resolver nada. Entro en mi habitación y revuelvo el armario, descartando posibles atuendos: demasiado serio, poco favorecedor, muy soso... Preparo la mochila de Henry para pasar la noche y reservo una habitación por internet en el Travelodge que hay en las afueras de Sharne Bay. Es imposible asistir a la reunión y no tomar alcohol, y el último tren a Londres desde Norwich sale a las diez de la noche.

Una parte de mí aún sigue preguntándose si me voy a echar atrás. Sin embargo, unas horas más tarde estoy al volante, con el aburrido pero favorecedor vestido negro que siempre me pongo cuando tengo dudas, maquillada a conciencia y unos zapatos de tacón de aguja en el suelo del asiento del acompañante. Con Henry con el cinturón de seguridad abrochado en el asiento trasero, no puedo seguir fingiendo que no voy a la reunión de exalumnos. Y tampoco puedo ignorar los mensajes. Noto un temblor al pensar en qué o quién puede estar esperándome en el instituto de Sharne Bay. Ese miedo también incluye el nudo en el estómago que siento al pensar que voy a ver a Sam, que estaremos en la misma sala pero no con el pretexto habitual de compartir a nuestro hijo. Una velada empapada en vino y

nostalgia, con las emociones a flor de piel. Me concentro en el recorrido, como si conducir bien sofocara las emociones que se agitan dentro de mí.

En casa de Polly, Henry apenas me presta atención, librándose de mi abrazo para ir en busca de Phoebe, porque sabe que le leerá encantada los libros de Thomas y sus amigos que ha metido en su mochila.

–Phoebe no tardará mucho en irse –le advierte Polly–. Va a una fiesta de pijamas. Esa pequeña zorra estará allí...

–¿Qué pequeña...? Ah... Ella.

–Sí. Ella. Oye, muchas gracias por hablar con Phoebe de ese asunto. Creo que le ha sido de gran ayuda. Ayer fue al cine con un par de amigas y lo pasaron muy bien. Me parece que le sirvió de mucho hablar con alguien que había pasado por lo mismo.

Sonríó tímidamente, dando gracias a Dios por no haber sido nunca una adolescente acosada.

–Bueno –continúa Polly, mirándome con gravedad–. ¿Estás absolutamente segura de lo que vas a hacer? Considera esto como una intervención..., una oportunidad de cambiar de opinión. No te estoy juzgando ni nada parecido. Solo estoy preocupada por ti. Has conseguido superar lo de Sam; has sido muy fuerte. No quiero que te arrastren de nuevo a... lo que sea. Ya sabes a qué me refiero. Puedes quedarte aquí. Tengo vino. Puedes ver *Strictly* con Maya y conmigo.

La tentación de aceptar dura solo unos segundos.

–No, voy a ir. De verdad, Polly, estaré bien. No voy por Sam; lo más probable es que apenas hable con él. Lo veo a menudo; no necesito ir a una reunión para hablar con él.

–Ya, pero en realidad no hablas con él, ¿verdad? Lo que hacéis es hablar de Henry a través de mensajes. El único contacto que tienes con él es cuando os pasáis a Henry como si fuera el testigo de una carrera de relevos. Lo cual me parece bien, dicho sea de paso. Pero esto es diferente: es una reunión social, te emborracharás, es algo muy emotivo volver al lugar donde os conocisteis.

–Cuando íbamos al instituto no estábamos juntos. Empezamos a salir cuando teníamos veintiséis años.

–Sí, lo sé, pero ya sabes a qué me refiero. Yo estaba allí cuando él te dejó,

¿recuerdas? Sé cómo es, lo que tuviste que pasar. No quiero que vuelvas a vivirlo.

–Lo sé. Gracias, Polly. Pero no pasará nada, de verdad.

Deja que me vaya a regañadientes, con la absurda promesa de que me iré si ocurre algo o si empiezo a sentirme mal. Las carreteras están inesperadamente desiertas y el trayecto parece transcurrir como en un sueño. Es como si apenas hubiera pasado el tiempo cuando me encuentro frente al instituto. Había pensado dejar el coche en el Travelodge y tomar un taxi, pero al final he decidido aparcar aquí. Así, si decido irme después de tomarme una copa, podré coger el coche y volver directamente a casa de Polly, y si me quedo, tomaré un taxi por la mañana hasta aquí.

Como no estoy segura de si habrá sitio en el aparcamiento, dejo el coche en la calle. Bajo el visor para mirarme por última vez en el espejo. Apenas puedo ver mis ojos. Aún estoy a tiempo de dar media vuelta. No es demasiado tarde. Podría volver a casa de Polly y ver *Strictly*, o encerrarme en la habitación del Travelodge. Me quedo en el coche unos minutos, con el móvil en la mano y el número de Polly en la pantalla, a punto de pulsarlo con el dedo. Dos mujeres a las que no reconozco pasan junto a mi coche charlando y riéndose, visiblemente entusiasmadas. Se dirigen hacia la puerta del instituto. Una de ellas grita «¡Oh, Dios mío!». Su amiga se ríe entre dientes y la manda callar. ¿Quiénes pueden ser? Si ni siquiera soy capaz de reconocerlas, ¿qué demonios estoy haciendo aquí?

Pero entonces veo a Sam. Está solo, paseando con paso firme por los jardines. Noto la boca seca, y mi lengua parece haber aumentado de tamaño. Durante un minuto creo que voy a vomitar, pero se me pasa y la rabia sustituye a las náuseas. ¿Por qué él puede estar aquí sin que le importe nada mientras yo estoy temblando y vacilando en un coche en el que cada vez hace más frío? Se trata de mi pasado, pero también del suyo. Apago el móvil, me bajo del coche y me dirijo con decisión hacia la entrada. Me sorprende reconocer al profesor que está junto a la puerta: es el señor Jenkins. No parece tan viejo, y supongo que aunque en su momento me parecía muy mayor, solo tendría veintitantos años. Ahora debe tener cincuenta y pocos.

–¡Eh, hola! –dice–. ¿Tú eres...?

–Louise Williams –contesto, con la boca seca por la expectación.

–Ah, sí –responde. Es evidente que no me recuerda en absoluto cuando me entrega la tarjeta con mi nombre–. ¿Preparada para ver viejas caras? –Sonríe –. ¡Algunas de ellas apenas han cambiado!

Dedico un tiempo innecesariamente largo a sujetar la etiqueta en el vestido, pero cuando ya no puedo entretenerme más, cruzo el vestíbulo en dirección al pasillo, apretando los dedos contra las palmas de las manos. Lo primero que me sorprende es el olor. Como todas las escuelas, huele a goma de borrar y a desinfectante, con una pizca de sudor agrio, pero lo familiar de ese olor es como una bofetada. Invoca recuerdos que ignoraba que tenía: la cola en la tienda de golosinas para comprar chocolate durante el recreo; el zumo de naranja caliente de la máquina de bebidas que te quemaba los dedos cuando se derramaba del vaso de plástico de color beige; un juego al que solíamos jugar en primer curso, durante el recreo, al que, por alguna razón que se ha perdido entre las brumas del tiempo, llamábamos «ese juego». Y, evidentemente, también hay otro recuerdo, otra noche en este salón; este no se perdió, sino que se me quedó grabado en el cerebro, dejándome una horrible cicatriz. Intento detener las imágenes que cruzan por mi cabeza y la estela de vergüenza que las acompaña: Maria, Esther, Sophie. Y yo.

Con una angustia que raya en el pánico, compruebo que no veo a nadie que haya venido solo. Se forman pequeños grupos que luego se fusionan: la gente revolotea de uno a otro chillando cuando reconoce a alguien, y luego se dan besos y grandes abrazos. Soy la única que no ha venido secundada por una amiga. Sam está en la barra, de espaldas a mí, pero no puedo permitir que él sea la primera persona con la que hable. Recorro la sala con la mirada, como suelo hacer ahora allá donde voy. En el extremo opuesto hay una mujer que está de espaldas a mí; su pelo, de color castaño claro, se enrolla en un complicado moño, y cuando vuelve la cabeza para hablar con el hombre que está a su lado, mi corazón ralentiza su ritmo y la sala empieza a difuminarse ante mis ojos; pero entonces ella mira hacia atrás, riéndose de algo que ha dicho el hombre, y me doy cuenta de que no es Maria. La reconozco, pero, como con mucha otra gente que está en la sala, me cuesta ponerle un nombre a su cara. ¿Janine? No. ¿Sarah? Las dos mujeres que pasaron junto a mi coche están susurrando algo y señalando en mi dirección, y durante un horrible momento creo que están hablando de mí. Pero luego me percaté de

que yo no soy el objeto de su interés, sino una hermosa mujer de pelo castaño. Está con un hombre alto y muy guapo, que la rodea firmemente con el brazo. Me quedo mirando fijamente al hombre, pensando en lo extraño que es ver en la vida real a alguien tan guapo como una estrella de cine, cuando advierto que la mujer que está a su lado es Esther. Me pongo absurda y patéticamente contenta al verla, y me acerco en seguida a ella.

–¡Me dijiste que no ibas a venir!

Tengo ganas de abrazarla, pero sé que sería excesivo.

Parece avergonzada.

–Después de todo, resulta que soy humana –dice mirando a su marido–. ¿Sabes qué fue lo que finalmente me decidió a venir? Verte tan sorprendida cuando te dije que estaba casada. Este es Brett, por cierto. Brett, Louise.

Cogido de Esther con una mano, Brett me estrecha la mía con la otra.

–Encantado de conocerte, Louise. ¿Te traigo algo de beber?

–Sí, vino blanco, por favor,

–¿Lo mismo para ti, cariño? –le pregunta a Esther, que asiente sonriendo.

Brett suelta la mano de Esther y se dirige hacia la barra. Yo me vuelvo hacia ella.

–¿Qué has querido decir con lo de que, después de todo, eres humana?

–No creí que me importara lo que la gente que está aquí piensa de mí. En realidad, no quería que me importara lo que alguien piense de mí. –Es muy escrupulosa consigo misma, muy honesta acerca de sus motivos–. Pero ¿sabes qué? Tengo una gran carrera, un marido maravilloso y dos hijos encantadores. Estoy bien. Estoy mejor que bien, de hecho; soy muy feliz. Y me temo que hay una pequeña parte de mí o quizá no tan pequeña que quiere demostrárselo a gente que puede que aún se esté riendo de mí, o incluso peor, compadeciéndose de mí en lo más profundo de su mente.

–Bueno, me alegro de que estés aquí. ¿Reconoces a alguien?

Miramos a nuestro alrededor. Hay algunos rostros vagamente familiares, pero ninguno de ellos es el de alguien a quien conociera bien o que estuviera en nuestra clase. Había cuatro clases de treinta alumnos en nuestro curso, de modo que había mucha gente a la que apenas conocía.

–Sí, hay alguien a quien conocemos –dice Esther.

Se produce un alboroto en la entrada. Alguien recibe un abrazo y grita. Un

hombre se aparta del grupo que acaba de llegar. Sostiene un enorme abrigo de piel blanco; mira a su alrededor, abochornado y fuera de lugar. Aunque me suena su cara, tardo un par de minutos en darme cuenta de que no es ningún antiguo compañero del instituto, sino Pete, la cita de Sophie de la noche que fui a su casa.

Al mirar, mis ojos se cruzan con los de Pete y le sonrío. Dos segundos después me devuelve la sonrisa, agradecido, y me dedica un fugaz saludo. Sophie está charlando animadamente con tres mujeres clónicas rubias vestidas de Boden. Cuando queda claro que Sophie no tiene ninguna prisa por librarse de ellas, Pete se acerca a nosotras y a Brett, que acaba de volver de la barra con las copas.

–Hola..., Louise, ¿verdad? –dice Pete.

–Sí. Buena memoria.

–Oh, siempre suelo recordar los nombres; es una de mis habilidades. Y también recuerdo todo lo que la gente me dice. Para mis viejos amigos es una pesadilla, porque nada queda olvidado.

Me vuelvo para presentar a Esther y a Brett a Pete, pero una mujer a la que no reconozco se ha acercado y se ha puesto a hablar con ellos, de modo que lo dejo. Me he fijado en que Brett siempre tiene cogida la mano de Esther, con un brazo firmemente pegado a su espalda.

–No me di cuenta de que Sophie y tú ibais en serio. ¿Cuánto tiempo lleváis juntos? –le pregunto a Pete.

Aunque no habría puesto la mano en el fuego, aquella noche, en el apartamento de Sophie, me dio la impresión de que su relación era reciente, o incluso de que no tenían ninguna relación. Hasta que apareció, ella ni siquiera le había mencionado.

–En realidad, no. –Pete parece avergonzado–. Esta es nuestra tercera cita.

–¿Vuestra tercera cita? ¿Y la acompañas a una reunión de exalumnos? ¡Jesús, es una tercera cita de mucho peso!

–Lo sé. –Pete sacude la cabeza con desesperación–. No sé en qué estaría pensando. Bueno, en realidad, sí. Sigo lo que podríamos llamar una norma.

–¿Una norma?

Este hombre me está pareciendo cada vez más raro. Por lo que he podido ver hasta ahora, parece una pareja bastante improbable para Sophie.

–Sí. Me divorcié hace dos años, y fue bastante horrible.

–Oh, lo sé. Yo también.

Ojalá admitirlo no me hiciera sentir una fracasada. Divorciada a los cuarenta. En general, no lo reconocería ante un desconocido, pero el hecho de que él lo confesase antes me ha animado a hacerlo. Sin embargo, no pienso decirle que mi exmarido está aquí.

–¿En serio? –La expresión de su rostro se suaviza–. Entonces ya sabes lo que es. Y hace aproximadamente un año decidí volver a intentarlo. Me inscribí en algunos sitios webs de citas.

–¿Conociste a Sophie por internet?

Parece ponerse a la defensiva.

–Sí. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que salí... Ahora todo el mundo se conoce por internet. No es ningún estigma.

–Sí, lo sé. –No es cierto–. Lo que ocurre es que... se trata de Sophie. No me la imagino haciendo eso.

Sophie, que solía tener a todos los chicos pendientes de lo que decía.

–Como he dicho, todo el mundo lo hace. De todos modos, cuando empecé, descartaba mujeres en seguida: porque tenían una voz extraña, porque llevaban las uñas demasiado largas, cosas así... Mi hermana me dijo que estaba poniendo peros para evitar involucrarme. Por eso me impuse una norma. Si quedo con una mujer, tengo que salir al menos tres veces con ella..., si es que quiere, claro, y debo decir que sí, sea cual sea la propuesta. Siempre y cuando no sea nada ilegal o peligroso.

–Y así es como has acabado en una reunión de exalumnos que no es la tuya, sino la de alguien a quien apenas conoces.

–Sí. Por eso me alegré tanto de verte. En un sitio así, tú eres como una vieja amiga.

Me río y tomo un sorbo de vino. Pienso en algo que decir y acabo recurriendo a lo obvio.

–¿A qué te dedicas?

–Soy arquitecto... En Foster & Lyme.

–Sí, los conozco. Hace tiempo me dieron trabajo, cuando John Fuller trabajaba allí.

–Eso fue antes de que yo llegara, pero he oído hablar de él. ¿Y tú eres...?

–Interiorista. Ahora trabajo por mi cuenta, aunque antes estaba en Blue Door.

Sophie aparece junto a Pete. Parece molesta.

–Estás aquí –le dice a Pete–. Hola, Louise, estás genial. –Me besa mecánicamente en ambas mejillas–. ¿No es increíble? ¡Oh, Dios mío! Mira, allí está Emma Frost. ¡Qué gorda está! Y Graham Scott lleva una barba horrorosa. ¿Y has visto al señor Jenkins en la puerta? Te juro que intentó sobarme cuando me ayudó a ponerme la etiqueta, ¿verdad, Pete?

Pete se encoge de hombros.

–¿Te acuerdas de todo lo que decían de él, Louise? Fue Natasha Griffiths, ¿no? Oh, me pregunto si habrá venido. Pete, ¿puedes traernos unas copas? ¿Quieres más vino, Louise?

Cuando Pete se aleja en dirección al bar, Sophie se vuelve hacia mí.

–¿Has visto a Sam? –me pregunta, con una mal disimulada curiosidad.

–Todavía no. Suelo verlo a menudo. Tenemos un hijo, ¿recuerdas? –Envalentonada por la copa de vino que ya me he tomado, contraataco–. ¿Por qué has venido con alguien a quien apenas conoces?

La expresión de Sophie se ensombrece.

–¿Te lo ha contado?

–Sí, pero solo porque le pregunté cuánto tiempo llevabais saliendo.

Sophie parece avergonzada. No puedo creer que haya encontrado una grieta en su armadura.

–Será mejor que le diga que no se lo cuente a nadie más. Tú no lo contarás, ¿verdad, Louise? No me sentía capaz de venir aquí sola cuando sabía que todas las demás estarían desfilando con sus maridos y enseñando las fotos de sus angelicales hijos.

Aunque su tono podría ser de amargura, en realidad me provoca una abrumadora sensación de tristeza.

–Eh, yo he venido sola. Y creo que muchos otros también.

Extiendo una mano para tocarle el brazo, consciente de la historia que compartimos. Aunque ahora me queda dolorosamente claro que en el instituto me utilizó para afianzar su ego, eso me ha proporcionado la inesperada certeza de que fue la inseguridad lo que motivó su comportamiento.

–Ya, pero se trata de ti, ¿no? –Me suelta la mano–. Eso no tiene importancia, porque nadie espera nada de ti. –En cuanto su vulnerabilidad se ha vuelto a esfumar, vuelve a abofetearme en la cara–. Por Dios, ¿dónde está Pete con ese vino? –dice resoplando–. Vuelvo en un segundo –añade, dirigiéndose hacia la barra.

Me muero por otra copa, y no soy la única. Está claro que todo el mundo está bebiendo a toda prisa, con esos nervios de cuando sabes que la fiesta no empezará hasta que todos estén al menos ligeramente ebrios. Cuando noto una palmadita en la espalda doy por sentado que es Pete o Sophie con mi copa, y por eso me vuelvo ansiosamente. Sin embargo, cuando veo quién es, se me encoge el corazón.

–Hola, Louise –dice Sam con una sonrisa cautelosa.

Después de nuestro último encuentro, es posible que esté esperando problemas... Puede que llantos y lamentos, o al menos algún sarcasmo o algún comentario hiriente.

Sonrío y le doy un beso en la mejilla.

–Hola. ¿Qué tal va todo?

–Bien, estoy bien –dice con expresión de alivio–. ¿Dónde está Henry?

Mira a su alrededor, como si esperara verlo comiéndose las patatas fritas que hay en uno de los lados del salón.

–En casa de Polly. Está bien, le encanta estar allí.

Ya estoy nerviosa, a la defensiva.

–Lo sé, lo sé. No hay por qué ponerse... Da igual. –Parece recordar dónde estamos–. ¿Te acuerdas de Matt? ¿Matt Lewis?

Hace un gesto, señalando al hombre que está a su lado. Ha engordado y tiene canas, pero aún está reconocible.

–¡Pues claro! Me alegro de verte.

Me inclino para darle un beso de cortesía a Matt cuando noto un movimiento a mi espalda y Sophie se echa sobre nosotros, seguida por Pete, que sostiene las copas.

–¡Oh, Dios mío! ¡Chicos!

Primero se arroja en los brazos de Matt con un «¡Hola, guapo!», y recuerdo que no son virtuales extraños, como el resto de nosotros. Aún siguen viéndose. Fue Matt quien le habló a Sophie de Sam y de mí. Luego, es el

turno de Sam. Sophie rodea su cuello con los brazos, dándole un largo beso en la mejilla.

–¡Vaya! Estás estupenda, Soph –dice Sam.

–¡Me conservo bien!

Sophie le guiña el ojo y le da un empujón con un insinuante movimiento de cadera.

Pete me tiende mi copa de vino y tomo un trago. Está picado, y ni siquiera remotamente frío, pero a pesar de todo sigo bebiendo. Está claro que voy a necesitarlo.

–A ver, ¿qué chismes podéis contarme? –dice Sophie–. ¿A quién habéis visto? Por Dios, ¿os habéis fijado en la barba de Graham Scott?

Matt y yo intercambiamos sendas miradas. Enarca las cejas y sonrío, pero al instante sus ojos vuelven a posarse en Sophie.

–Aún no hay chismes, Sophie. Danos un poco de tiempo; acabamos de llegar. –Sam sonrío–. Además, siempre eras tú la que tenía la información privilegiada.

–Oh, sí, yo lo sé todo y lo veo todo. –Se ríe, moviendo un dedo–. ¡No intentéis ocultarme nada!

Pete está hurgando en su bolsillo superior y saca un paquete de Marlboro Light. Me pilla mirándolo y me lo tiende.

–¿Quieres uno?

–Claro, ¿por qué no? –digo con una sonrisa.

–Pensaba que lo habías dejado –dice Sam, sorprendido.

Me gustaría decirle que hay muchas cosas que no sabe de mí. Que lo que me hizo me ha cambiado, que ahora soy otra persona, pero evidentemente no lo hago. Solo me encojo de hombros y salgo fuera con Pete. En cuanto mis ojos se acostumbran a la oscuridad, se fijan en los rincones, en las sombras: los lugares donde alguien podría estar escondido, vigilando. Nos sentamos en un muro bajo, temblando y preguntándonos si deberíamos entrar para coger nuestros abrigo. El viento apaga las cerillas, y gastamos varias para conseguir encender los cigarrillos. Lanzo una columna de humo y por primera vez en toda la noche siento que mi cuerpo se relaja ligeramente, disfrutando del frío después del calor y la histeria apenas reprimida del salón.

–Dime, ¿te criaste en un lugar como este? –le pregunto a Pete–. ¿En un

sitio pequeño en medio de ninguna parte?

–No –dice–. Nací y me crié en Londres. Los sitios como este me dan escalofríos.

–¿Has ido alguna vez a una reunión de exalumnos? Me refiero a una de tu clase, no a la de una mujer a la que has conocido casualmente por internet.

–¡Dios, no! No se me ocurre nada peor.

–Ah, vale –digo, ofendida.

–Lo siento, no quería decir que el resto de la gente no debería ir a estas reuniones, pero no están hechas para mí, eso es todo. No lo pasé demasiado bien en el instituto. Supongo que era un poco solitario.

–No pasa nada –digo más relajada–. Resulta algo extraño. Quiero decir que, si no fuera por las redes sociales, nadie sabría nada sobre la gente con la que fue al instituto. Todos seguimos adelante con nuestras vidas. En realidad, me han hablado de casos de gente que ha retomado el contacto con los novios de su infancia a través de Facebook y que ha acabado casándose, recuperando a su primer amor.

–Yo me mantengo al margen de todo eso –dice Pete–. Aparte de otras cosas, me parece una colosal pérdida de tiempo.

–Sí, es posible que tengas razón.

Se hace un silencio y me pregunto si, de no haber estado en Facebook, Maria habría encontrado otra forma de dar conmigo, de hacerme pagar por lo que hice. Al estar ahí le facilité las cosas, aunque hoy en día es difícil esconderse, mantenerse totalmente fuera de la red. Doy una larga calada al cigarrillo, y cuando el humo me quema con fiereza los pulmones, la sensación de relax que he disfrutado aquí fuera es sustituida por una familiar inquietud ante la que reacciono encorvando los hombros.

–Antes –dice Pete, con la expresión de quien cambia deliberadamente de tema– estabas a punto de contarme para quién solías trabajar.

Está claro que estamos destinados a no terminar nunca esa conversación, porque llama nuestra atención un hombre que levanta la voz en lo alto del camino que lleva al instituto. No es un camino largo, y al final hay una farola. Con una sensación de terror enfermizo, veo que bajo la farola, mirando en nuestra dirección, está Tim Weston, gesticulando y discutiendo con alguien. La otra persona está de espaldas a nosotros; lleva un abrigo negro cuya

capucha le cubre la cabeza. Desde aquí no soy capaz de decir si es un hombre o una mujer, y aunque podemos oír la voz de Tim, el viento nos impide entender lo que dice. Pete y yo nos levantamos y nos quedamos mirando el camino, él, presumiblemente, con morbosos interés, y yo cada vez con más miedo, esforzándonos sin éxito por saber lo que está diciendo. El viento helado parece filtrarse a través de mi piel, taladrándome hasta los huesos. Entorno los ojos, tratando de que la figura que está en la penumbra se convierta en una Maria adulta. ¿Podría ser ella, regresando al lugar donde todo empezó? ¿Ese es el sentido que tiene esta noche? Me doy cuenta de que no tengo ni idea de quién ha organizado la reunión, y aún no he hablado con nadie que lo sepa. Doy un vacilante paso al frente, entornando los ojos, pero al hacerlo, Tim rodea a la otra persona con el brazo y se alejan juntos en dirección al centro de la ciudad. Me vuelvo a sentar, totalmente sin aliento.

–Me pregunto de qué iba todo eso –dice Pete–. Ya sé que es horrible, pero me encanta ver a otra gente discutiendo. Todo el mundo se empeña en mostrar siempre su mejor cara: mira qué vida tan perfecta tengo, qué familia tan maravillosa, qué increíble pastel acabo de hornear... Me resulta tranquilizador saber que no soy el único que mete la pata.

Fuerzo una sonrisa, pero bajo mi piel siento burbujas de inquietud. Doy una última y temblorosa calada al cigarrillo, me levanto y apago la colilla en el talón con una innecesaria energía.

–¿Una vez más a la brecha? –dice Pete, poniéndose también en pie.

Nos dirigimos hacia la entrada juntos, y, a pesar del frío, puedo sentir su calor. Nuestros brazos casi se tocan.

Capítulo 19

1989

La noche empezó muy bien. Sophie trajo varios vestidos para que me los probara, incluido el que ahora está tirado en el suelo, a mi lado. Es un vestido de tubo largo, de raso («No me lo he puesto nunca –dijo Sophie–. No me favorece; me cuelga por todas partes»), que no se parece en nada a la ropa que he llevado hasta ahora: es escotado, ajustado a la cintura y a los hombros; resalta mis curvas y me hace sentir inesperadamente sexi y atrevida. Le añadí unos vertiginosos zapatos negros de tacón de aguja (también descartados por Sophie) y un colgante que mis padres me habían regalado por mi decimosexto cumpleaños con un diamante que brillaba, seductor, unos pocos milímetros por encima del escote.

Me senté como una muñeca en el borde de mi cama mientras Sophie obraba su magia. Primero me alisó casi todo el pelo y me lo recogió en una cola de caballo que retorció y aseguró con una horquilla que tenía un diamante, dejando con pericia unos cuantos bucles en torno a mi cara.

Luego, de forma metódica, me aplicó una base, maquillaje, colorete y, finalmente, una sombra de ojos de un brillante color verde que me había comprado esa semana en Woolworths. Luego, en los párpados superiores, me aplicó un lápiz de ojos, dejándome una raya en los extremos, y acabó con un poco de rímel en las pestañas de arriba y en las de abajo. Desoyendo el consejo de la revista *Just Seventeen* de emplearse a fondo en los ojos o en los labios, pero no en ambos, me aplicó un carmín de un intenso color ciruela que hizo que mis labios brillaran como un par de enormes cerezas negras.

Desde la cama no podía mirarme en el espejo, de modo que me levanté para contemplar el efecto final: la desconocida que me estaba observando me dejó sin aliento. Solo vi una mera insinuación, un atisbo apenas perceptible

de la chica regordeta de pelo castaño claro que había iniciado la transformación una hora antes. Me enderecé un poco más, escondiendo el estómago y echando los hombros hacia atrás. La chica de pelo castaño claro se esfumó incluso un poco más a medida que iba asimilando mi figura de cintura de avispa y mis brillantes ojos felinos, mientras el diamante lanzaba destellos a la luz de la lámpara.

–A él le va a encantar –dijo Sophie.

Esta vez no me molesté en fingir que no sabía de quién estaba hablando.

Sophie bajó las escaleras delante de mí. Llevaba un vestido de licra negro tan corto que prácticamente se le veían las bragas. Vi cómo se le desencajaba la mandíbula a mi padre; aunque esperaba que fuera un *shock*, detecté algo más en su rostro. Cuando Sophie llegó al pie de las escaleras se detuvo y me cedió el paso para que yo me mostrara en todo mi esplendor. Mi madre exhibió una expresión que era una incómoda mezcla de sorpresa, involuntario orgullo y algo más que quizá podía ser envidia.

Aunque mi padre se recuperó lo bastante como para hacer de chófer («Su carruaje las está esperando, señoras»), percibí la mirada de preocupación que le dirigió a mi madre. Me encantó ver que había conseguido preocuparlos. Hasta entonces no había sentido que tuviera ningún poder sobre ellos, y era una sensación embriagadora. Tenían miedo: de en quién me estaba convirtiendo, de lo que podía hacer.

–Ten cuidado, cariño –me dijo ansiosamente mi padre cuando nos dejó frente a la puerta del instituto.

–Muchas gracias, señor Williams –ronroneó Sophie mientras sacaba ostentosamente sus piernas del asiento trasero, sosteniendo un bolso de mano.

–De nada –contestó mi padre, mirando muy concentrado hacia delante.

Mientras el coche se alejaba, Sophie y yo nos miramos. Me cogió de la mano y me eché a reír, sin aliento.

–¡Vamos allá! –dijo.

Avanzamos tambaleándonos por el camino y nos dirigimos hacia el salón, donde ya estaba sonando la música. El señor Jenkins estaba de pie en la entrada, detrás de una mesita, dando la bienvenida a la gente. Llevaba la camisa más horrible que jamás había visto. Se había recortado la barba y el bigote, y, evidentemente, él creía que tenía un aspecto estupendo.

–Buenas noches, chicas. Los bolsos, por favor.

Miró a Sophie de arriba abajo.

–¿Qué? –preguntó Sophie, volviendo sus ojos hacia mí, presa del pánico.

–Los bolsos, por favor –repitió el señor Jenkins–. Ponedlos encima de la mesa y abridlos.

Mi corazón empezó a latir con tanta fuerza que no podía creer que el señor Jenkins no pudiera oírlo. Intenté no mirar a Sophie mientras buscaba a tientas el cierre de mi pequeño bolso negro, abriéndolo para mostrar un pequeño monedero con lentejuelas, un espejo y el pintalabios de color ciruela. El señor Jenkins me lo devolvió y luego le hizo un gesto a Sophie, quien, muy despacio, colocó su bolso plateado sobre la mesa, golpeándome el pie con el suyo. El señor Jenkins levantó la solapa y metió un dedo dentro, revolviendo el contenido. Su dedo se detuvo durante un segundo y se ruborizó antes de devolverle el bolso.

–Disfrutad de la velada, chicas.

Cuando entramos en el vestíbulo, me volví hacia Sophie.

–¿Qué ha sido eso? ¿Por qué me has golpeado el pie? –le susurré.

Sophie sonrió y se bajó el escote del vestido para enseñarme una bolsita de plástico llena de pastillas azules que se había metido dentro del sujetador negro de encaje.

–¡Solo me estaba quedando contigo! ¡Deberías haberte visto la cara! ¡Por suerte el señor Jenkins no me cacheó! ¡Esto lo dejó noqueado! –dijo Sophie, sacando un condón que llevaba en el bolso y agitándolo ante mí–. Le habría encantado cachearme de arriba abajo. ¡Es un perverso!

Le di un suave empujón en el brazo. Entramos en el salón y echamos un vistazo a nuestro alrededor. Solo eran las siete y media. Aunque fuera aún no había oscurecido, habían corrido todas las cortinas y habían encendido las luces de discoteca, lo que daba un extraño efecto crepuscular al ambiente. Estaba sonando *Manchild*, de Neneh Cherry, pero nadie estaba bailando salvo Lorna Sixsmith y Katie Barr, que estaban inexplicablemente obsesionadas con esta canción y se sabían toda la letra.

–Ahí está Matt –dijo Sophie, arrastrándome hacia la «barra», donde, obviamente, solo servían zumo de frutas, cola o limonada.

Matt estaba examinando la sala. Resultaba muy atractivo con su pantalón

de vestir, su camisa blanca y unas zapatillas Converse.

–¡Dios, esto es un muermo! –le dijo a Sophie–. ¿De verdad vamos a quedarnos?

–¡Por supuesto! –le contestó Sophie–. Pero no te preocupes, he traído el material que Sam y tú me pasasteis.

Volvió a bajarse el escote para enseñarle a Matt lo que guardaba en el sujetador, aunque esta vez lo hizo un poco más despacio para fastidiarlo. Me di cuenta del gran esfuerzo que hacía por no mirarla, para no darle esa satisfacción. Sin embargo, no podía apartar los ojos.

–Oye, ¿estáis seguras de lo que vais a hacer? –Matt se volvió hacia mí, desviando la mirada del escote del vestido de Sophie–. ¿Y si algo va mal? Muy mal, quiero decir.

–¡Oh, por el amor de Dios, pareces una ancianita! –exclamó Sophie–. Todo irá bien..., solo es éxtasis. Lo tomamos a todas horas, ¿no? Louise no está preocupada, ¿verdad? –me preguntó, volviéndose impacientemente hacia mí.

–No –contesté sin convicción.

En realidad, estaba muerta de miedo, pero lo disimulaba; era algo pequeño pero sólido que había encerrado bajo llave en el rincón de mi mente donde guardo las verdades que no me gustan.

–Pero Louise es la que tiene que hacerlo –insistió Matt–. Para ti es fácil decirlo.

Me conmovió que Matt desafiara a Sophie en mi nombre, a pesar de la evidente atracción que sentía por ella.

–No, no pasa nada –dije–. Voy a hacerlo.

No podía volver a fallarle a Sophie. Puede que me hubiera perdonado el incidente del tampón, pero si esta vez me echaba atrás, nunca volvería a dirigirme la palabra.

–Bueno, entonces adelante. Nos vemos luego, abuela.

Sophie me cogió de la mano y me arrastró hasta el otro extremo de la pista de baile para hablar con Claire y Joanne. Mientras charlábamos, Sophie seguía agarrándome la mano, apretándomela de vez en cuando si alguna de ellas decía algo gracioso o especialmente estúpido. Se negó a permitir que las otras dos me dieran de lado, incluyéndome deliberadamente en la

conversación en todo momento, y cada vez que yo titubeaba, ella me transmitía seguridad apretándome con fuerza los dedos con los suyos. Por dentro sentía un cosquilleo por la expectación, feliz de compartir con Sophie un secreto que las otras dos ignoraban.

El salón solo tenía un acceso. Con el rabillo del ojo, controlaba la puerta. Aunque hablaba, me reía y me burlaba de los vestidos del resto de las chicas, al mismo tiempo no dejaba de vigilar y esperar, incapaz casi de respirar por el peso de la expectación que se había instalado en mi pecho.

Alrededor de las ocho, mi vigilancia tuvo su recompensa. Maria llevaba un vestido azul oscuro largo hasta las rodillas que estoy segura de que vimos en Topshop el día que fuimos a la feria. Llevaba el pelo suelto y le sonreía a la chica que estaba a su lado. Iban cogidas del brazo. Tuve que fijarme dos veces antes de darme cuenta de quién era. Maria debía de haberse ocupado del cambio de imagen de Esther, porque tenía un aspecto bastante decente vestida con una falda negra y un top rojo oscuro de escote cruzado. Incluso se había puesto un poco de maquillaje. Dos pasos por detrás de ellas, examinando el salón como un guardaespaldas en busca de posibles asesinos, apareció Tim. Maria y Esther se dirigieron hacia la barra, aparentemente ajenas al resto de la gente, y pidieron dos colas, que les sirvieron con pajita, como en una fiesta infantil. Maria se volvió hacia Tim, le preguntó algo y él negó con la cabeza. Ella parecía molesta. Se produjo un breve altercado, al final del cual él se dirigió al otro extremo del salón, donde se dejó caer en una silla.

Sentí los dedos de Sophie tirando de los míos.

–Vamos al baño.

Nos metimos en uno de los retretes y Sophie buscó la bolsa que guardaba en el sujetador. Sacó una de las pastillas y la puso en otra bolsa, que colocó encima de la tapa del inodoro. Entonces sacó un Zippo de su bolso con el que se puso a golpear la pastilla que estaba en la bolsa, que en seguida empezó a romperse en pedazos más pequeños, quedando reducida a un fino polvo en pocos minutos.

–Vale, con esto debería bastar –dijo, sosteniendo la bolsa con la mano muy firme–. ¿Preparada?

¿Lo estaba? Cogí la bolsa.

–Primero saldré yo, para no levantar sospechas –dijo Sophie.

Esperé unos momentos con los ojos cerrados, durante los cuales el miedo y la emoción enviaron pequeñas ondas de choque a todos los rincones de mi cuerpo. Mientras avanzaba sola por el pasillo hasta el salón, con la bolsa con el polvo guardada en el sujetador, vi que Matt y Sam venían hacia mí. Los ojos de Sam se agrandaron momentáneamente al verme; a medida que nos íbamos acercando, pude sentir la atracción que sentía por mí, palpable en la distancia que nos separaba. Una vez más, experimenté una sensación de poder que jamás había conocido hasta entonces. Debía ser lo que significa ser como Sophie.

–Estás aquí –dijo Matt–. Ya sabes que no tienes por qué hacerlo, ¿verdad? Si quieres, puedes irte a casa ahora; dices que no te encuentras bien o lo que sea.

Su preocupación me conmovió, y también el hecho de que comprendiera que quizá me haría falta una excusa que darle a Sophie en vez de decir simplemente que había cambiado de opinión.

–Sí –añadió Sam–. Tú decides. Nadie te lo va a reprochar ni nada parecido.

«Salvo Sophie». Esas palabras quedaron suspendidas en el aire, y aunque nadie las había pronunciado, sabía que todos lo pensaban. También sabía que, dijeran lo que dijeran, yo ya había tomado una decisión. Lo había hecho la noche de la fiesta en casa de Sam, cuando me tomé el éxtasis, cuando corté mi vínculo con Maria. Si esta noche me echaba atrás, también perdería a Sophie, y, entonces, ¿qué me quedaría?

–Bueno, si estás segura... –dijo Matt, vacilante–. Voy a mear. ¿Vienes, Sam?

–Voy en un minuto –contestó Sam, sin dejar de mirarme.

Todas las puertas de las aulas que había en el pasillo estaban cerradas. Había dado por sentado que habían echado la llave, pero cuando Sam intentó girar el pomo de la que estaba más cerca, giró sin problemas.

–Entremos un minuto –dijo.

Lo seguí al interior del aula. Las persianas se encontraban bajadas. Estaba bastante oscuro, aunque había algo de luz procedente del pasillo que entraba por los altos paneles de cristal que se alineaban debajo del techo.

–Esta noche estás increíble –dijo Sam en voz baja.

Noté un cosquilleo por todo el cuerpo. Me sentía diferente. Era una situación que había imaginado un montón de veces, pero no me parecía que pudiera estar ocurriendo en la vida real. Estaba de espaldas a la pared, y mientras él se acercaba a mí, me quedé apoyada en ella, sin saber muy bien si mis piernas serían capaces de sostenerme. Sam posó una mano en mi rostro y me acarició suavemente la mejilla y un lado del cuello con un dedo. Sentí que un escalofrío recorría todo mi cuerpo. Él se inclinó y vi cómo sus ojos se acercaban cada vez más hasta que todo se hizo borroso. Me besó dulcemente, agarrando mi labio superior entre los suyos durante un segundo antes de echarse hacia atrás.

–¿Estás bien? –me preguntó.

Asentí con la cabeza, incapaz de hablar.

Volvió a besarme, esta vez con más intensidad, explorando mi boca con la lengua, apretándose tanto contra mí que apenas podía respirar, mientras recorría con las manos la resbaladiza tela de raso de mi vestido. Sentí que un calor líquido se apoderaba de mí. Me apretó la piel con los dedos, un delicioso dolor que provocó chispas en todo mi cuerpo. Luego, noté sus manos en mi espalda, buscando la cremallera del vestido, que empezó a deslizar hacia abajo.

–¡No!

Jadeé instintivamente. Mi cuerpo se puso rígido entre sus brazos.

Él dio un salto hacia atrás, como si lo hubiera mordido.

–¡Lo siento! Pensé que tú...

–No, no pasa nada, lo he hecho... Es decir, lo hago... Es solo que no he...

No estoy acostumbrada a...

Él sonrió.

–No pasa nada. No quería presionarte. Esta noche estás muy sexi.

–Gracias –murmuré, mirando al suelo, avergonzada y furiosa conmigo misma.

–No pasa nada, no te preocupes. No importa, de verdad. No debería haber sido tan bruto. Vamos a olvidarlo por esta noche, ¿de acuerdo? ¿Estás bien?

–Estoy bien –susurré.

–Vale, luego te veo, ¿sí?

Y tras decir eso, se fue, dejándome sola en la penumbra. Respiré profundamente, temblando, y solo en ese momento sentí el frío de la pared filtrándose en mi espalda. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida? ¿Acaso no era eso lo que quería, lo que había soñado desde hace Dios sabe cuánto tiempo? ¿Y si se lo contaba a Matt, quien a su vez se lo contaría a Sophie?

Palpé el paquete que tenía guardado en el sujetador, pequeño e imperceptible para cualquiera salvo para mí. Mi determinación se reafirmó. No dejaría que esta noche se quedara en lo que acababa de pasar –o de no pasar– con Sam. Esta noche iba a ser algo más, algo tan grande que nadie sería capaz de olvidar.

Capítulo 20

2016

La noche avanza lentamente. El volumen sube. Se escuchan risas a raudales. Suenan las canciones de la década de 1980 que nos habían prometido y que la gente baila con poca gracia. Me doy cuenta de que hay gente a la que conozco, o a la que conocía. Sophie, Maria, Sam, Matt... han ocupado tanto mis pensamientos que me había olvidado de que tenía otros amigos, sobre todo antes del último curso escolar. Sam ha desaparecido, engullido por la multitud. He puesto de mi parte hablando de forma civilizada con él. Espero poder evitarle durante el resto de la velada.

El ambiente del salón es una potente mezcla de nervios y emoción; a medida que el índice de alcohol en sangre va aumentando, reparo en que todo el mundo recupera su yo adolescente, como si el hecho de ser adulto solo hubiera sido algo meramente relacionado con el físico.

A pesar de que en mi fuero interno no bajo la guardia, me lo estoy pasando bien, y cuando Lorna Sixsmith se acerca a la barra para pedir más copas para las dos y seguir hablándome de su divorcio, me siento bien conmigo misma. Echo un vistazo al salón, sonriendo por los efectos del alcohol, preguntándome quién más se cruzará en mi camino esta noche. Una mujer de pelo oscuro con un vestido de lino azul me reconoce y me sonríe desde el otro extremo de la sala, y yo le devuelvo el saludo. Ahora me alegro de haber venido. Puede que esto sea exactamente lo que me hacía falta: exorcizar todos mis demonios.

Dos mujeres se dirigen hacia mí. Una es alta, con el pelo corto y rubio, peinado en una peluquería cara, y la otra es bajita y tiene el pelo oscuro. De entrada no las reconozco, pero a medida que se acercan, sonriendo, caigo en la cuenta. Son Claire Barnes y Joanne Kirby.

–¡Oh, Dios mío! ¡Louise! –exclama Claire, dándome un abrazo.

Le devuelvo el abrazo. Joanne también me abraza.

–Estás genial –dice Joanne.

–¡Gracias, lo mismo digo! –respondo mecánicamente.

–¿A qué es raro? –dice Claire–. ¡Dios, me moría por venir!

–Yo también –dice Joanne con vehemencia–. Sobre todo teniendo en cuenta que... Ya sabes, volver aquí, donde ocurrió todo. Me refiero a Maria.

Es la primera vez en toda la noche que oigo mencionar su nombre. Pensaba que al estar de nuevo aquí, reunidos en el lugar donde fue vista por última vez, la gente se acordaría de ella, pero al parecer tienen poca memoria. Salvo estas dos.

–Siempre me he sentido muy mal por ella. En realidad, me planteé no asistir –dice Claire–. No me parece justo, ya sabes.

Por un momento estoy confundida. ¿Acaso Claire y Joanne no saben qué hice en la fiesta de graduación?

Pero entonces Joanne añade:

–Lo sé. Fuimos muy crueles con ella. Éramos unas arpías.

Me percató de que se está refiriendo a nuestra campaña diaria de aislamiento más que a un incidente en concreto.

–Ahora soy madre de adolescentes –dice Claire–. Y siempre estoy alerta por si ocurre algo parecido. Están hartas de que les caliente la cabeza con eso. Si alguna vez le dicen algo aunque solo sea ligeramente desagradable a otra chica, me tiro a su cuello.

Les hablo de Polly y de Phoebe, y de lo preocupada que está Polly. Se muestran compasivas, sugiriéndome más estrategias para que Phoebe pueda librarse de esa chica que está convirtiendo su vida en un infierno. Son dos mujeres amables y decentes, y pienso que, de haberlas conocido siendo adultas, podría haber sido su amiga. Prometemos mantenernos en contacto, y pienso sinceramente que podríamos hacerlo.

Cuando estoy a punto de ir a hablar con la mujer del vestido azul (Katie, Katie Barr, la fan de Neneh Cherry), Matt Lewis aparece a mi lado. Siento una oleada de afecto por él. Matt siempre fue bueno conmigo, ¿verdad? Incluso intentó impedirme que llevara a cabo el plan de la fiesta de graduación.

–Eh, hola –digo. Aun en mi estado de embriaguez, mi voz no suena natural. Nunca digo «Eh, hola». En realidad, nadie dice eso, salvo en las películas americanas.

Matt no sonrío. De hecho, tiene una expresión bastante sombría.

–He estado hablando con Sophie. Me ha contado lo de Facebook. ¿De qué coño va eso, Louise?

Miro desesperadamente a mi alrededor. ¿Dónde está Lorna con esas copas? La veo junto a la barra; alguien la ha parado cuando volvía, y está riéndose y charlando. No parece tener ninguna prisa. La burbuja en la que he estado flotando explota repentinamente.

–¿Qué quieres decir?

–¿Quién más lo sabe? ¿A quién se lo has contado, Louise?

A pesar de la música, Matt habla en voz baja, tan cerca de mí que puedo oler su aliento ligeramente agrio y ver los poros de su piel.

–Ignoro quién más lo sabe... No se lo he dicho a nadie, pero puede que Sophie sí lo hiciera en aquella época...

–Todos estábamos implicados, Louise, y alguien lo sabe. Piensa. ¿A quién se lo has contado? ¿Quién más puede saber lo que hicimos?

–Te juro que nunca le he contado a nadie lo que realmente ocurrió. Dios, deseo tanto como tú que no se sepa. Yo fui la que..., ya sabes... Tú no hiciste nada...

–¿De dónde crees que Sophie sacó eso? –me pregunta, susurrando.

–Sam fue quien lo consiguió, ¿no?

–¡De mí! ¡Así era como conseguía toda la mierda! –Por un instante pienso que va a pegarme, pero entonces respira y abre los puños–. Mira, mi vida no ha salido como yo había planeado, ¿entiendes? La he cagado montones de veces, pero ahora tengo una nueva pareja; ella tiene hijos, y viven con nosotros. He conseguido que las cosas sean diferentes, y no quiero que nadie las estropee, ¿de acuerdo? No solo fui yo quien consiguió la mierda, sino que le mentí a la policía. No tiene buena pinta, Louise.

–Yo también mentí. Todos lo hicimos.

Tomo un trago de vino para intentar quitarme el mal sabor de boca.

–Vale. Y vamos a seguir mintiendo. Todos. Pase lo que pase. ¿Está claro?

–Sí –susurro, casi incapaz de hablar.

Supongo que soy tan egoísta como él; después de todo, deseo tanto como Matt que la verdad no salga a la luz... Sin embargo, su despiadada indiferencia por el horror de lo que hicimos me revuelve el estómago. ¿Cómo puede volver aquí y no sentir parte de la vergüenza y la angustia que me abrumba?

–Y si recibes más mensajes de esos, quiero saberlo, ¿de acuerdo? Este es mi número.

Lo apunta en un trozo de papel y me lo deja en la mano. Lo guardo cuidadosamente en el bolso, aunque no tengo ninguna intención de llamarlo o de informar sobre cualquier otro mensaje. Solo quiero que esta conversación termine ya.

–Vale.

Matt parece satisfecho. Embargada por el agradecimiento, veo finalmente a Lorna acercándose hacia mí, con una copa de vino llena hasta el borde en cada mano. Matt también la ha visto y se va. Pensaba que solo era yo quien no podía dejar atrás el pasado, pero al parecer no soy la única. Antes de que Lorna llegue hasta mí, aparece Sophie, con los brazos extendidos.

–¡Louise! –murmura, apretándome la carne blanda del antebrazo.

Con una punzada de algo que puede ser miedo, me doy cuenta de que está muy borracha. *In vino veritas*. Lorna me tiende mi copa de vino y le sonrío a Sophie, que ni siquiera la reconoce. Lorna se encoge de hombros y me dice que hablaremos luego, poniendo los ojos en blanco sin que la vea Sophie mientras se aleja, como diciéndome que no ha cambiado en absoluto.

–¿Dónde está Pete? –le pregunto.

Típico de Sophie: invitar a un desconocido a una fiesta en la que no conoce a nadie para luego dejarlo tirado.

–Oh, no lo sé, debe estar por ahí.

–Le has contado a Matt lo de la solicitud de amistad. Podrías habérmelo consultado antes.

Yo también debo estar borracha para enfrentarme así a Sophie.

–¡Oh, Dios, lo siento! ¿Estaba enfadado?

No esperaba ningún tipo de remordimiento, y eso me confunde.

–Un poco, pero no te preocupes. No se lo has contado a nadie más, ¿verdad?

La expresión de su rostro es de culpabilidad.

–Solo a Sam.

–¿Sam lo sabe? ¿Cuándo se lo has contado? ¿Esta noche?

–Sí –contesta–. Bueno, en realidad no. Lo llamé el día que viniste, después de que te marcharas.

–¿Lo llamaste? ¿Por qué? ¿Por qué tenías su número?

Los celos de antaño afloran a mi garganta, asfixiándome.

Sophie suspira, impaciente.

–¿Acaso importa? Le mandé un mensaje por Facebook para pedirle el número.

–Pero ¿por qué querías hablar con él sobre eso?

Una extraña expresión cruza su rostro.

–Él estuvo involucrado, ¿no? Fue él quien nos consiguió el éxtasis. Pensé que podría haber recibido el mismo mensaje.

–¿Y fue así? –le pregunto.

La cabeza me da vueltas. ¿Por qué Sam no me lo contó el otro día, cuando le dejé a Henry? Ese debía ser el motivo de que estuviera raro y me preguntara si estaba bien. ¿Y por qué no me dijo nada antes, cuando estuvimos hablando?

–No, no ha recibido nada. ¡Oh, Dios, Louise! ¿Qué vamos a hacer? ¿Quién estará haciendo esto?

No me esperaba que fuera presa del pánico. *In vino veritas*, sin duda.

–No lo sé. ¿Has recibido más mensajes de Maria después de que te mandara la solicitud de amistad?

–Dos.

Pone unos ojos como platos, como los de una princesa de Disney.

–¿Y qué decían?

–Solo «Nos vemos en la reunión, Sophie Hannigan». En realidad es un mensaje que podría haber mandado cualquiera. No tiene nada de malo, salvo que lo mandó ella. –Su voz es un susurro. Y está llena de miedo–. ¡Oh, Dios, Louise! ¿Qué vamos a hacer?

–¿Por qué no me contaste todo esto cuando estuve en tu apartamento? ¿Por qué te comportaste como si no pasara nada?

Tengo las mejillas rojas. Hizo que me sintiera como una idiota por

preocuparme por la solicitud de amistad de Maria.

–He intentado no pensar en ello. Lo que hicimos... Sé que estuvo mal. Y, además, todos mentimos, ¿verdad? Le mentimos a la policía. Pero quizá no todo fue culpa nuestra, ¿no? –Ahora me está suplicando–. Porque, ¿quién sabe realmente lo que ocurrió? Aquella noche pasaron muchas cosas.

–¿A qué te refieres?

Sophie se limita a sacudir la cabeza y a repetir:

–Muchas cosas.

Me dispongo a presionarla cuando Pete aparece a su lado.

–Ah, estás aquí –dice ella, mirando hacia todas partes menos a él.

–Sí, estoy aquí –dice Pete, en tono muy sarcástico–. Veo que estabas muy preocupada.

–¡Oh, por el amor de Dios! No tienes por qué seguirme a todas partes como un... como un perrito faldero. ¡Madura un poco, joder!

Sophie se aleja a toda prisa, tropezando con sus tacones, dirigiéndose en línea recta hacia Sam, que está en la otra punta del salón.

Pete ha cambiado la expresión de su cara. Está pálido y enfadado.

–Qué buenas amigas tienes.

–Eres tú el que tiene una cita con ella –le respondo airadamente.

Se hace un breve silencio y ambos nos echamos a reír. Es como si la tensión acumulada a lo largo de toda la noche se hubiera convertido en un estallido de puro júbilo que se alarga más tiempo del que exige la broma, hasta que por fin paramos, jadeando. Él se pellizca el puente de la nariz y yo me limpio el rímel por debajo de los ojos.

–Entonces, supongo que no habrá cuarta cita, ¿verdad? –digo, cuando soy capaz de volver a hablar.

–Oh, sí. He pensado que en la próxima puedo llevarla a una boda para que conozca a mis padres y pueda presumir de ella ante todos mis amigos.

–Suena genial. ¿O qué tal a una reunión de trabajo, para impresionar a tus colegas?

–Es una idea estupenda. Así podré hablar de su trabajo en el «mundo de la moda» –dice, imitando las comillas con un gesto de los dedos.

–¿Qué quieres decir? Ella trabaja en el mundo de la moda, ¿no?

Pete resopla.

–Bueno, si consideras «el mundo de la moda» trabajar como ayudante de ventas en una tienda de ropa, entonces sí, supongo que sí. A ver, no me malinterpretes, no me importa lo que haga la gente para ganarse la vida, pero las mentiras sí. Ella ni siquiera me lo hubiera contado, pero tuvo un lapsus cuando me dijo que quedáramos para conocernos después del trabajo.

–Pero ese apartamento en Kensington... ¿Cómo puede permitírsele trabajando en una tienda de ropa? Debe valer millones.

Pete me mira con extrañeza.

–No la conoces muy bien, ¿verdad?

–Por supuesto que no –digo, sorprendida–. Hasta la semana pasada, llevaba veinticinco años sin verla.

–¡Ah! –Pete respira–. No fue eso lo que me dijo. Me dio a entender que erais viejas amigas que aún seguíaís estando regularmente en contacto.

–No, en absoluto. –¿Por qué querría darle Sophie esa impresión a Pete?–. Entonces, ¿cómo puede permitirse ese apartamento?

–Pues muy sencillo: no es suyo –dice Pete–. Es de una amiga que sí tiene un trabajo de altos vuelos; suele estar mucho fuera, en Hong Kong. Sophie se instala allí cuando ella no está.

–Ohhh...

El tono de alegría en mi voz me hace sentir incómoda. Tomo un trago de vino tibio para intentar mantener a raya la felicidad que me provoca la desgracia ajena, pero me pica mientras me baja por la garganta y se asienta ardiendo en mi estómago. Así pues, la vida de Sophie no es lo que parece. No me extraña que se pusiera nerviosa cuando quise saber si vivía allí sola.

–Me pregunto por qué te lo contó –digo.

–Bueno, después del lapsus sobre su trabajo, era difícil que intentara fingir que podía permitirse ese apartamento. Y creo que tal vez... –Se interrumpe, ruborizándose.

–¿Tal vez qué?

–Bueno, si pensaba que lo nuestro podía tener futuro, no podría haber seguido mintiendo sobre eso, ¿no? Su amiga regresa de Hong Kong la semana que viene, por lo que tendrá que volver a su apartamento de una sola cama en Croydon.

Me río a medias, no porque Croydon tenga nada malo, sino por el contraste

que supone con las elegantes fachadas georgianas de Kensington. Estoy a punto de seguir preguntando cuando noto una mano en mi codo y, al darme la vuelta, veo que es Sam. La sonrisa se desvanece de mi cara. Hasta ahora me he sentido bastante orgullosa de cómo he lidiado con el hecho de haber coincidido con él, pero sus dedos son como un atizador al rojo vivo en mi piel. Doy un paso atrás, cruzando los brazos sobre el pecho.

Sam le sonríe a Pete.

–Lo siento, ¿puedo llevármela un minuto?

Pete no puede hacer nada ante la encantadora ofensiva de Sam Parker.

–Oh, por supuesto.

Pete se aleja muy envarado, sin otra opción que la de volver con Sophie.

Sam se vuelve hacia mí, y mi confianza se esfuma con cada segundo que pasa. Estoy borracha, he bajado la guardia y estoy esforzándome por mantener aparentemente la calma, desesperada por no dejarle ver el efecto que aún puede provocar en mí. Intento relajarme, colocando de nuevo y deliberadamente los brazos a ambos lados del cuerpo. Tomo un sorbo de vino, despacio. Puedo sentir el calor y el bullicio de la multitud que me rodea, pero todo ha cambiado ligeramente. La sala ha quedado reducida a nosotros dos; disfrutamos de un ambiente íntimo donde el aire es más fresco y los silencios más largos. Lo que no decimos tiene más fuerza que las palabras que pronunciamos.

–Entonces, lo sabes. –Hago un esfuerzo por hablar con normalidad–. Lo de Maria.

–Sí. –Sam me mira, desconcertado–. ¿Por qué no me lo dijiste? El sábado, cuando me dejaste a Henry, lo sabías, ¿verdad?

–Sophie me ha dicho que tú también lo sabías. Me ha contado que te llamó –le digo, consciente de que parezco una niña quisquillosa.

–Sí, es cierto, pero pensé que si tú no querías hablarme de ello, tenía que respetarlo. Para ti debe de haber sido horrible.

Se le ve realmente afligido y preocupado por mí. Con una punzada de dolor, recuerdo esa otra parte de él, lo amable que puede ser. En muchos sentidos, soy más fuerte e incluso más feliz sin él, y sola me las he arreglado mejor de lo que nunca habría imaginado; sin embargo, hay momentos en los que sería maravilloso no ser responsable de todo y en los que renunciaría a

todo cuanto he conseguido solo por tener a alguien que me liberara de la carga del día a día. A veces ni siquiera estoy segura de si lo que recuerdo de nuestra relación es verdad o si el tiempo y la distancia han deformado mi percepción. Ni siquiera sé si existe la verdad cuando hablamos de relaciones o solo existe una versión de ella, moldeada por el amor, el miedo y la forma en que nos mentimos a nosotros mismos y a los demás.

–¿Has tenido más noticias? –dice–. De quien sea que haya creado esa página, quiero decir.

–No.

No quiero que Sam sepa más de lo necesario. Ya es bastante malo que se haya enterado. No quiero que esta sea la forma de que vuelva a entrar en mi vida.

–¿Y hay...? ¿Ha enviado solicitudes de amistad a alguien más?

–Solo a una persona. Nathan Drinkwater.

–¿Quién es? ¿Lo conoces? –pregunta.

–No tengo ni idea. No es nadie del instituto, ¿verdad?

–No, no lo creo. Nunca había oído ese nombre. Escucha, Louise, ya sabes que en esto siempre he estado contigo, ¿verdad? Te apoyé; fui el único que lo entendió.

Tiene razón, y esa es la razón de que, a pesar de todo, lo eche tanto de menos. Está a punto de añadir algo, pero se queda mirando a Pete y a Sophie; están en la otra punta de la sala, aparentemente discutiendo. Ella se está riendo, pero a él no parece hacerle mucha gracia la broma; en realidad, parece estar cada vez más y más enfadado. Sam se queda mirándolos con atención.

–En fin, solo quería decirte que no creo que debas decirle nada a Tim sobre este asunto de Facebook si aparece por aquí –dice Sam–. Sería demasiado triste para él.

–No pensaba hacerlo, Sam. ¿Acaso crees que soy una idiota carente de sentimientos?

Vuelvo a ponerme a la defensiva. Había olvidado lo que puede significar tener una conversación con él. Es como si te arrancaran de un sueño profundo tirándote de los dedos de los pies y empezaras a dar saltos como un boxeador, permanentemente alerta para evitar el siguiente golpe.

–No, por supuesto que no. Lo siento, he sido un estúpido. Ya sé que no

harías algo así.

Se hace un silencio, durante el cual él parece estar sopesando algo.

–Es genial verte como Dios manda, Louise. ¿Cómo estás? ¿Estás bien?

Vuelve a posar su mano en mi brazo.

–Estoy bien –le respondo.

Doy un paso atrás. El vino se derrama de la copa y cae sobre mi muñeca. No estoy tan borracha como para no seguir escuchando la voz de Polly en mi cabeza, diciéndome que no bajara la guardia, que no le permitiera ver ningún tipo de vulnerabilidad. Cambio la copa de mano y alzo la muñeca hasta la boca para lamer el vino. Entonces veo los ojos de Sam fijos en mi lengua y paro; bajo la mano, dejando el vino frío y pegajoso en mi piel. Él da un paso hacia mí y abre la boca para decir algo cuando se escucha un alboroto en el otro extremo de la sala. Pete levanta la mano en lo que parece un gesto de repulsión. Sophie se estremece teatralmente, como si fuera a golpearla. Pete se aleja y abandona la sala. Sophie se queda mirándolo furiosa, con el rostro encendido de rabia y humillación.

–Será mejor que vaya a ver si Sophie está bien.

Necesito terminar esta conversación antes de que las cosas se descontroloen, antes de que pierda el norte.

Sam parece sorprendido y un poco molesto.

–Pensé que podríamos ponernos al día. Ya sé que no quieres oír hablar de..., ya sabes... Daisy y todo lo demás, pero hay otras cosas... ¿Cómo crees que le va a Henry en la escuela? Nunca me cuenta nada.

–Bien, le va bien. Si tanto te interesa, pide una cita con su maestra. Nos vemos luego.

Salgo prácticamente huyendo, pero no en dirección a Sophie, sino hacia la relativa intimidad de los baños. Me inclino hacia la puerta del retrete, sintiendo los latidos del corazón por todo mi cuerpo. Coloco las manos a ambos lados, apoyándolas en las paredes, como si eso fuera a impedir que me viniera abajo. Aún puedo sentir el calor de su mano en mi brazo, sus ojos fijos en mi lengua.

La oleada de optimismo que me invadió hace un momento se ha disipado por completo. Cuando mi respiración recupera medianamente la normalidad, vuelvo al salón. En el otro extremo veo a Sophie y a Sam hablando. Él tiene

la mano en su brazo. Noto una leve punzada en el estómago. Su tonteo durante la adolescencia siempre me ha molestado, y aunque lo archivé cuidadosamente, mis celos siempre han estado a flor de piel, amenazándome con salir a flote, mezquinos y llenos de acusaciones. También hay algo más que me molesta, algo en la forma en que la mano de Sam reposa en el brazo de Sophie. Miro a mi alrededor, buscando a alguien con quien hablar. Solo son las diez. No puedo admitir la derrota y marcharme ya.

Esther y Brett están sentados al otro lado del salón, cogidos de la mano y charlando animadamente con dos mujeres que me suenan vagamente. Brett apenas se ha separado de Esther en toda la velada, cogiéndole la mano, rodeándola con el brazo. Supongo que ella está más nerviosa de lo que aparenta. Me siento durante una hora a su lado, moviendo la cabeza y sonriendo si alguno de los dos me mira, riéndome cuando se ríen, pero apenas interviniendo en la conversación. Ser la primera en irse es admitir abiertamente la derrota, pero en cuanto otros empiezan a hacerlo, hablando de canguros y de madrugones, yo también me excuso. No soy capaz de seguir despidiéndome de nadie más y no quiero correr el riesgo de coincidir otra vez con Sam, por lo que recojo el abrigo y me escabullo por el pasillo, dejando la etiqueta con mi nombre encima de la mesa al salir.

En el aparcamiento del instituto llamo al número de los taxis que he guardado previamente y les digo que vengan lo antes posible. Me siento en el muro bajo a esperar. El sonido de la música del salón aumenta de volumen cada vez que se abren las puertas para dejar salir grupos reducidos de dos o tres personas que tienen ganas de fumar. Todos se ríen de lo rebeldes que se sienten al encender un cigarrillo en el recinto del instituto, como si fueran los primeros a quienes se les ocurre la broma. Mi aliento se condensa en el aire mientras espero sentada. Me ajusto el abrigo. He olvidado traer los guantes, por lo que junto los brazos protegiéndome las manos, estrechándome con fuerza.

–Hola otra vez –dice una voz desde las sombras.

–¡Oh, Dios mío, no me des esos sustos! –exclamo, dando un brinco y agarrándome al pecho.

–Lo siento –dice Pete–. No pretendía asustarte. Esperaba que aún no te hubieras ido.

–¿Qué demonios haces merodeando por aquí?

–No podía quedarme ahí dentro. Sophie me estaba tratando muy mal, y no conozco a nadie más. No quería sacarte de tu fiesta, de modo que se me ocurrió esperarte.

–¿Cuánto tiempo llevas aquí?

–No estoy seguro. ¿Una hora?

–Pero ¿por qué me estabas esperando? ¿Qué pretendes que haga?

–Sophie reservó un *bed and breakfast* para los dos, pero ahora no puedo ir con ella.

–¿Un *bed and breakfast*? ¿En vuestra tercera cita?

–Lo sé, lo sé. –Pete parece un poco avergonzado–. Pensé que podrías llevarme en coche a Londres.

–¿En coche? No puedo conducir; he bebido demasiado. Voy a dejar mi coche aquí y me quedaré en el Travelodge. El taxi llegará en seguida.

–Oh, mierda. –Parece muy abatido–. ¿Qué coño voy a hacer? El último tren de Norwich a Londres salía a las diez. Lo perdí hace mil años.

No puedo evitar sonreír.

–Es tu norma la que te ha metido en este lío. ¿Por qué no vienes al Travelodge? He hecho la reserva hoy; estoy segura de que les quedarán habitaciones libres. ¿Dónde tienes el coche? ¿O viniste con Sophie?

–No, vino conmigo. Ella no tiene coche. También lo dejé aquí. –Hace un gesto, señalando hacia el camino del instituto–. Vinimos en coche desde el *bed and breakfast*. Pensaba venir a recogerlo por la mañana.

–Vale, entonces podemos venir juntos mañana.

Hacemos el trayecto en taxi sin decir nada, sumidos en nuestros propios pensamientos. Me registro, y luego Pete pregunta si tienen habitaciones libres.

–Lo siento, está completo.

La joven recepcionista demuestra una genuina indiferencia con respecto a lo que esto supone para Pete.

–¿Cómo? ¿No les queda nada? ¿Ni siquiera..., no sé..., una habitación que no hayan limpiado? ¿O alguna que tengan para casos de emergencia?

–¿Emergencia? –repite la chica, como si Pete hubiese sugerido que

quisiera llevar a cabo algún tipo de práctica sexual anormal con ella-. ¿Cómo cuál?

-Oh, no lo sé. -Pete me mira con expresión suplicante-. ¿Qué voy a hacer?

Ambos sabemos que solo hay una solución que no implique llamar a otro taxi que le haga una ronda por los hoteles baratos de la zona, con la vana esperanza de que uno de ellos tenga una habitación libre. Sin embargo, sabe que no puede ser él quien la sugiera, sería demasiado atrevido, por lo que, tácitamente, me deja que sea yo quien lo haga. No puedo permitir que pase la noche en el banco de un parque. Me vuelvo hacia la recepcionista.

-¿Cómo es la cama de mi habitación? ¿Se puede convertir en dos camas individuales?

-No.

Me mira a mí y luego a Pete, repentinamente interesada en el asunto.

-Dormiré en el suelo -dice Pete apresuradamente-. ¡Oh, por Dios! Eres muy amable. Muchas gracias.

En la habitación nos comportamos mutuamente con estudiada educación, usando el baño por turnos. Doy gracias a Dios por haberme traído un pijama decente y él se niega a quitarse nada excepto el abrigo.

-Oye, no tienes por qué dormir en el suelo -le digo cuando sale del baño-. Te quedas en tu lado y ya está, ¿de acuerdo?

-Por supuesto. Eso sería genial..., si estás segura de ello.

Pete se mete bajo las sábanas. Si se llega a tumbar un poco más cerca del borde, se cae al suelo. Me incorporo ligeramente y apago la luz de la mesilla de noche.

-En fin, buenas noches -digo, envarada.

-Buenas noches. Y gracias otra vez.

Finjo quedarme dormida en seguida. Muy pronto, su respiración es normal y se va haciendo más lenta... O también está fingiendo o se ha quedado dormido de verdad. Me quedo mirando la curvatura de su espalda, apenas visible en la oscuridad. En ese momento me parecía un acto básico de bondad dejar que Pete compartiera mi habitación. Parece un hombre totalmente decente, aparte de su cuestionable gusto en lo que se refiere a mujeres. Pero ahora, a oscuras, me siento vulnerable. ¿Quién es este hombre? Finalmente,

caigo en un sueño incómodo, despertándome aproximadamente cada media hora hasta que, alrededor de las cuatro, exhausta, caigo en un sueño más profundo.

Poco a poco soy consciente del ruido de las noticias en la televisión y me doy la vuelta. La luz se filtra en la habitación a través del hueco que dejan las cortinas. El otro lado de la cama está vacío y la puerta del baño abierta.

—¿Pete?

No hay respuesta. Miro a mi alrededor, medio dormida. Sus zapatos y su abrigo no están.

Antes de tener tiempo de preguntarme por qué está encendida la televisión, la voz de la reportera perfora el ambiente cargado de la mañana y sus palabras penetran en mi cerebro.

«Esta mañana, una persona que había sacado su perro a pasear ha descubierto el cadáver de una mujer en Sharnes Bay, Norfolk. Aunque la policía no ha desvelado la identidad de la mujer, se cree que asistió anoche a la reunión de exalumnos que se celebró en el instituto. Han pedido que las personas que tengan cualquier información al respecto se pongan en contacto con ellos lo antes posible».

Capítulo 21

1989

De vuelta en el salón, eché un vistazo. Fuera estaba más oscuro. El extraño crepúsculo había sido sustituido por un ambiente de discoteca más convencional. Hacía más calor, y cuando un chico con sobrepeso pasó junto a mí en dirección a la pista de baile, noté la humedad de su piel en el brazo y un olor a sudor y a loción para después del afeitado barata.

Sophie estaba hablando con Matt. Se colocaba el pelo encima del hombro, sin dejar de mirarlo a la cara en ningún momento. Debido a la música, que sonaba a todo volumen, tuvo que acercar los labios a su oreja para hacerse oír. Poco a poco se fueron acercando; la excitación de Matt era palpable incluso desde donde yo me encontraba, en el otro extremo del salón. Vi a Sophie posando delicadamente la mano en el cuello de Matt, acercándolo aún más a ella para decirle algo al oído, y mientras lo hacía, él se inclinó para besarla. Ella se apartó, riéndose y dándole un cariñoso empujón. La vi mientras bailaba y se separaba de él para aproximarse a Claire y a Joanne, riéndose disimuladamente de él por encima del hombro. Cuando miré a Matt, vi que no se estaba riendo.

Maria y Esther estaban sentadas al otro lado de la sala, charlando animadamente, inclinándose a cada momento para gritarse la una al oído de la otra algo que no se entendía. No había ni rastro de Tim. Mientras miraba, vi a Maria echando un rápido vistazo a su alrededor; se sacó una botellita de vodka de su vestido y la mezcló con la cola. Bien. Eso ayudaría a que no notara otro sabor en el vaso.

Vi a Esther señalando hacia la puerta, que estaba cerca de donde se encontraba, y a Maria negando con la cabeza. Entonces Esther se marchó, probablemente para ir al baño. Maria dio un sorbo a su copa y luego la dejó

sobre la silla vacía que tenía a su derecha. Se la veía incómoda, como suele estar alguien cuando, inesperadamente, se queda solo en un sitio lleno de gente. Aquella era la mejor oportunidad que iba a tener.

Me abrí camino a través de la sala sin perder de vista a Maria en ningún momento. Puede que no tuviera mucho tiempo, aunque Esther había ido a los baños que hay del otro extremo del pasillo, donde era menos probable que hubiera cola. Maria no me veía, porque estaba mirando la pista de baile mientras yo me acercaba a ella por su izquierda. Me senté en la silla vacía que había a su lado y ella se giró, sonriendo, pensando que era Esther y que ya había regresado del baño. Su sonrisa se desvaneció al darse cuenta de que era yo.

–¿Qué quieres?

Su mano agarró el pequeño corazón de oro que llevaba colgado del cuello, girándolo a tanta velocidad que la punta de su dedo se abultó y se volvió roja debido a las vueltas que le había dado a la cadena.

Pensé con rapidez. ¿Cuál sería el mejor pretexto?

–Quería disculparme... otra vez.

–¿Disculparte? ¿En serio? ¿No crees que llegas un poco tarde?

Maria soltó una risa amarga. En la grave expresión de su rostro no había ni rastro del perdón que me había concedido en la fiesta celebrada en casa de Matt.

–Lo sé. Lo siento.

–¡Por el amor de Dios, deja de decir que lo sientes! ¿Dónde ha estado el «lo siento» durante estos dos últimos meses en el instituto? ¿Dónde estaba el «lo siento» cuando metiste esa... esa *cosa* en mi mochila?

–Bueno, no fui yo, pero lo siento mu...

Me interrumpí, esperando su ira.

–Vete a la mierda y déjame en paz de una puta vez, Louise –dijo poniéndose en pie–. No quiero volver a verte ni a hablar contigo nunca más.

Se alejó cruzando el salón, pero como Esther aún no había vuelto del baño, en realidad no tenía ningún sitio adonde ir. La vi vacilando en una punta de la pista de baile, que se había llenado desde que me había sentado.

Sentí la adrenalina corriendo por mis venas, y parecía que un millón de alfileres y agujas se clavaran en mi piel. Me quedé sin aliento por mi

temeridad y me sentía viva por el miedo a que me pillaran. Metí los dedos en mi sujetador y cogí la bolsita. Un grupo de chicos se estaban empujando delante de mí. Uno de ellos tropezó con mi pie. Johnny Majors. No era genial, pero sí divertido y popular. Miró al suelo, pidiendo perdón con un gesto. Sonreí, cerrando la mano en torno a la bolsita. «No pasa nada», gesticulé con la boca, ya que el volumen de la música hacía muy difícil decir algo. Entonces, Johnny Majors me sonrió, un chico que apenas me había mirado en los cinco años que llevábamos en el instituto se fijó en mis curvas y yo me ruboricé. Era evidente que veía algo en mí que hasta entonces no había visto, algo tentador y peligroso. Hubo un momento, que duró tan solo un segundo, en que casi se sentó a mi lado. Nos imaginé a ambos hablando, riéndonos, embelesados por la novedad de la situación. Me imaginé que me besaba mientras yo deslizaba la mano por la espalda y dejaba caer al suelo, detrás de las sillas, la pequeña bolsa de plástico con su explosivo contenido, que más tarde descubriría el conserje.

Luego, mis ojos desviaron la mirada de su cara sonriente a Sophie, que estaba de pie al otro lado del salón, con las cejas enarcadas y gesticulando furiosamente hacia mí. Miré al suelo y vi las zapatillas de Johnny alejándose de mí. Abrí la mano y miré la bolsita y el polvo de inocente color azul que contenía. Me acordé de cómo me había hecho sentir el éxtasis en la fiesta de Sam: ligera, libre, feliz. ¿Tan malo sería hacer que Maria también se sintiera así? Una parte oscura y secreta de mí conocía la respuesta a esa pregunta, pero la presioné con fuerza para que no tuviera espacio para respirar. Enterré esa parte de mí que sabía que no estábamos haciendo esto para que Maria se sintiera bien, sino para humillarla y con la esperanza de provocarla para que se pusiera en ridículo. Para pasar a la historia del instituto como los que se atrevieron a cruzar los límites. Nada de bromas absurdas ni de bragas en el asta de la bandera. Todo el mundo sería presa de una horrorizada fascinación cuando vieran a Maria, quien, sin saber por qué, estaría rebosante de felicidad y amor. Queríamos ver qué ocurriría, y ese deseo era más fuerte que cualquier inquietud por la seguridad o la moralidad de lo que estábamos haciendo.

Volví a mirar a Sophie, que aún seguía observándome fijamente; sobraban las palabras para darme a entender lo que me estaba diciendo. Tenía la

sensación de estar suspendida, tambaleándome al borde de un acantilado, y luego caía y caía, abriendo la bolsita y echando su contenido en el vaso de Maria, removiéndolo frenéticamente con la pajita, rezando para que el polvo se disolviera a toda velocidad. Recorrí con los ojos el salón, pero nadie me estaba mirando..., y aunque así fuera, lo único que hacía era remover mi copa. A menos que observaran con mucha atención, nadie podría ver cómo me temblaban las manos. Miré el vaso, pero no había nada que ver, estaba exactamente igual que antes. Se me ocurrió que, en realidad, aún no lo había hecho, aún podía llevarme la copa al baño y tirarla. Mi mano se movía alrededor del vaso, pero cuando miré a Sophie, vi que estaba sonriendo, con el rostro radiante de felicidad, con las manos levantadas y los pulgares hacia arriba. Antes de que pudiera cambiar de opinión, me obligué a mover los pies y me dirigí hacia Maria, que aún estaba de pie junto a la pista de baile sin saber qué hacer.

–No deberías ser tú quien se vaya o la que renuncie a su asiento –dije, con el corazón golpeándome el pecho tanto como la música–. Ya me voy yo.

Maria parecía vacilante.

–Vuelve a sentarte... Esther esperará encontrarte aquí cuando vuelvas. Me iré yo. –Hice un gesto en dirección al otro extremo del salón, desde donde Sophie me estaba mirando con regocijo–. Te prometo que no volveré a molestarte.

Me observó con desconfianza y luego se encaminó hacia su asiento. Mientras me acercaba a Sophie, miré hacia atrás y vi que Maria volvía a agarrar con la mano su colgante, jugueteando nerviosamente con él. Entonces cogió el vaso, se llevó la pajita a los labios y bebió.

Estoy pensando en ello ahora, menos de doce horas después, sentada, inmóvil, en el suelo de mi habitación. Pensando en la última vez que la vi. Después de haber mezclado el polvo con la bebida, me acerqué a Sophie y le dije que lo había hecho. Ella estaba eufórica, no paraba de hacer aspavientos. No tenía demasiadas ganas de tomarme un éxtasis –ya estaba bastante excitada por lo que acababa de hacer–, pero al final me convenció. Ella también se tomó uno, y cuando empezaron a surtir efecto, me arrastró hasta la pista de baile. Por segunda vez en mi vida, me sentí totalmente desinhibida, dejando que mi cuerpo se moviera como quisiera al ritmo de la música.

Durante las dos horas siguientes no pensé en nada salvo en la música y en la felicidad física y animal que me producía dejarme llevar por ella. La pista de baile estaba a reborar (no creo que fuéramos las únicas que le habíamos colado algo al señor Jenkins), y al cabo de un rato perdí de vista a todo el mundo: Sam, Matt, incluso Sophie. Chicos que nunca me habían mirado se fijaban en mí de otra manera. Sentía como si hubiera mudado la piel y hubiera dejado atrás la de siempre, desechada en algún lugar inhóspito.

Al final, Sophie reapareció y me dijo que quería ir a la barra para tomar un poco de agua.

–¿Dónde estabas? –le pregunté.

–Oh, por ahí.

Me sonrió en secreto, más para ella que para mí. Sentí un nudo en el estómago. ¿Habría estado con Sam, riéndose de mi frigidez, con las cabezas casi rozándose, mientras Sophie irradiaba deseo y provocación? ¿O quizá con Matt, quien habría desestimado todas sus intenciones de protegerme de Sophie por lo mucho que la deseaba?

–Por cierto, ¿dónde está Maria? –pregunté–. A estas alturas ya debería estar colocada.

Absorbida por el momento, había olvidado que ella era el motivo de todo aquello. Evidentemente, no se trataba de Maria y de mí, sino solo de mí y de Sophie, y de lo que podría suponer para mí lo que había hecho, adónde me llevaría.

Sophie volvió a sonreír para sí misma.

–¿Qué es lo que te parece tan gracioso? –le pregunté–. Pensaba que querías verla colocada. Ese era el objetivo, ¿no?

Sophie se encogió de hombros y miró a su alrededor, pero no había ni rastro de Maria. Vi a Esther cruzando la sala en nuestra dirección. Con una punzada en el estómago, me di cuenta de que venía a hablar conmigo. No se anduvo con rodeos.

–Louise, ¿has visto a Maria?

–No, hace un rato que no la veo. ¿Por qué?

Supongo que en ese momento debería de haber percibido un atisbo de lo que estaba por venir, o al menos haber tenido un leve presentimiento, pero

aún estaba flotando por la euforia de ser otra persona y por lo que la noche me había dado.

–Me dijo que antes habías estado hablando con ella. ¿Qué le dijiste?

–No creo que eso sea asunto tuyo.

Me pregunté, inquieta, cuánto le habría contado Maria a Esther.

–Creo que se ha ido a otro sitio. Hace mucho rato me comentó que no se sentía muy bien, me fui al baño y ahora no la encuentro.

Quizá fue entonces cuando empezó a brotar la primera semilla de la duda.

–Tal vez esté fuera o en un aula, hablando con alguien.

–¿Cómo quién? –dijo Esther, con desdén–. Tú y tus encantadoras amigas os habéis asegurado de que nadie en su sano juicio quiera estar con ella. Pensaba que tenías mejor gusto, Louise.

Sus palabras hicieron aparecer en mis mejillas un vergonzoso rubor. No estaba acostumbrada a que Esther se enfrentara así conmigo. Prefería no pensar en ella, en lo unidas que habíamos estado en otros tiempos.

–La única persona con la que pienso que podría estar es su hermano, pero tampoco lo encuentro –continuó.

Me sentí aliviada, pero también decepcionada al pensar que no íbamos a ver a Maria perdiendo la cabeza en la pista de baile, tal y como habíamos esperado.

–Entonces, es evidente que se ha ido a su casa con él. Has dicho que no se encontraba bien.

–Si se hubiese ido me lo habría dicho. No me habría dejado aquí sola.

–¿Estás segura, Esther? ¿Hasta qué punto la conoces bien?

Por la expresión de su rostro, me di cuenta de que eso había herido a Esther, tal y como yo pretendía.

–¿Sabes una cosa, Louise? Olvídalo. Es evidente que no te importa ni quieres ayudar. Espero por tu bien que no le haya ocurrido nada. Voy a llamar a mi madre para que venga a recogerme. Si la ves, ¿puedes decirle que me he ido a casa?

Durante un rato todo fue una confusión de baile, charla y risas, y luego, antes de que me diera cuenta, ya era medianoche. Al igual que la carroza de Cenicienta convirtiéndose en una calabaza, la música cesó, y cuando las

cegadas luces se encendieron, todo el mundo estaba pálido y sudoroso, y el salón volvía a ser el de siempre.

Después de eso, más confusión. Bridget, la madre de Maria, vino a recogerla: al principio estaba un poco preocupada, pero después se puso histérica cuando apareció Tim y resultó que había estado toda la noche allí y tampoco había visto a Maria. Mi padre llegó para recogerme cuando estaban conduciendo a Bridget a las oficinas del instituto para llamar a casa de Esther. Oí al señor Jenkins preguntándole a Bridget si había otros amigos a los que podía llamar, y sentí cómo me invadía el calor como un virus cuando ella se volvió hacia mí, con la rabia y la vergüenza grabadas en su rostro y, negando con la cabeza, dijo: «No, no hay nadie más a quien llamar». Oí las palabras *policía, persona desaparecida y veinticuatro horas*.

Y entonces solo hubo un espacio. Me senté en el suelo de mi habitación y me quedé mirándolo. Un espacio en el que debería haber estado Maria: bailando, volviéndose loca, abrazando a la gente sin saber por qué. Observada por Sophie y por mí mientras nos dábamos codazos y nos reíamos. Despertarse por la mañana hecha una mierda y no saber qué había pasado.

Pero Maria simplemente había desaparecido en un espacio vacío, dejando tan solo la sombra de una risa desdeñosa, un corazón dorado en una cadena, una columna de humo en el aire de la noche.

Capítulo 22

Esa noche fue el final de todo, y también el principio. El final de algo es siempre el comienzo de otra cosa, aunque en ese momento no se vea así.

¿Qué es lo que ella recuerda? El calor del día que persistía por la noche; la incesante lluvia que cayó después; la tierra bajo sus pies, firme e inflexible; la forma en que flotaba por encima de su cuerpo, preguntándose qué ocurriría a continuación, casi como si no tuviera absolutamente nada que ver con ella.

A veces ya no sabe ni quién es. Lo que sí sabe es que la chica que era murió aquella noche, y que alguien ocupó su lugar. Desde entonces, esa nueva persona ha estado buscando un punto de apoyo, agarrándose a una roca, con tierra en las uñas. Como si intentara respirar bajo el agua.

En su nueva vida hay muy poca gente que conozca a la chica que era antes. Es mejor así. Ella evita las preguntas incómodas, cambia de tema. Actúa como si fuera una persona normal, como todas las demás. Sin embargo, bajo la piel, la culpa y las mentiras se arrastran como cucarachas.

Cuando dejas algo tras de ti, crees que ya está, que ha desaparecido. Pero no puedes dejarte atrás a ti mismo. Es así; eres tú, de por vida.

Capítulo 23

2016

Me siento en la cama del Travelodge, sorbiendo un té de sabor metálico con el inconfundible sabor de la leche UHT, pegada a la televisión. Evidentemente, aunque a los periodistas no se les ha facilitado ninguna información, están pendientes del caso. Está claro que la policía no les dejará hablar con la persona que salió a pasear al perro y descubrió el cuerpo; así pues, han hablado con otra gente que saca a pasear a su perro, que solo repite versiones de la misma historia. No, no vieron nada. No, aquí nunca había ocurrido algo así hasta ahora. El lado de la cama que Pete ocupó está vacío, pero ni siquiera soy capaz de empezar a plantearme lo que pienso al respecto.

Le doy vueltas y más vueltas a la cabeza, tratando de darle un sentido a todo esto. Necesito saber quién es. Por favor, que sea una de esas mujeres sin nombre, anónimas, a las que apenas fui capaz de reconocer anoche. La policía querrá hablar con todos los que asistieron a la reunión, de eso estoy segura. Los llamaré, preguntaré, y cuando sepa que es una desconocida, porque así será, todo habrá terminado. En las noticias han dado un número de teléfono. Busco el móvil y empiezo a pulsar las teclas.

Evidentemente, no me informan de su identidad por teléfono. Quieren hablar con toda la gente que estaba en la reunión y me preguntan si puedo ir ahora mismo a la improvisada oficina que han montado en el salón del instituto. Llamo a un taxi, me ducho y me visto a toda prisa, mientras la necesidad de saber que el cadáver que han hallado en el bosque sea el de una perfecta desconocida me pincha como una vejiga llena a punto de explotar.

Desde el taxi le mando un mensaje de texto a Polly para preguntarle si Henry está bien. Me responde con un escueto «Está bien», sin añadir ningún beso. Ella no es así, pero me imagino que la he pillado preparando el

desayuno o atareada haciendo cualquier otra cosa. A medida que nos aproximamos al instituto, veo coches de la policía y una enorme furgoneta del canal de televisión local. Aunque solo son las nueve de la mañana de un domingo y sopla un helado viento marino, ya hay una multitud de curiosos.

–¿Adónde va exactamente? –me pregunta el taxista–. No sé si podré llegar hasta allí; parece que han cortado el acceso. ¿Se ha enterado de lo ocurrido?

Detiene el coche y le pago, diciéndole que, si me dejan, haré a pie el resto del camino. Mi abrigo de urbanita no me sirve de mucha protección contra el azote del viento de la costa este.

Un coche de la policía bloquea el acceso. Junto a él hay un joven policía de pie, vestido de uniforme. Cuando cruzo el camino, se acerca a mí.

–¿Puedo ayudarla?

Le explico que estuve anoche en la reunión y que me han pedido que viniera. La expresión de su rostro cambia y me dice que espere unos minutos mientras habla con alguien. Se aleja un poco de mí, por lo que no puedo oír lo que dice a través de un *walkie-talkie*. Me quedo nerviosa junto al coche, mirando a mi alrededor. Observo a la reportera que vi hace un rato en televisión intentando controlar el pelo alborotado, preparándose para una nueva conexión en directo, cuando el policía se acerca de nuevo a mí.

–De acuerdo, puede ir al salón. Pregunte por la inspectora Reynolds.

Recorro una vez más el camino que seguí anoche con el cuello enterrado en el abrigo, intentando controlar la respiración. Es un alivio entrar y no estar a merced del viento. A la luz del día, el salón tiene otro aspecto. La discoteca, los escombros, las banderolas de anoche: todo ha desaparecido. El señor Jenkins está sentado a una mesa, solo, pálido y sin afeitado. Coge agradecido la taza de té que le ofrece una agente de policía uniformada. Pienso una vez más en que no sé quién organizó la reunión. No creo que fuera el propio instituto; seguro que tiene mejores cosas que hacer. Sin embargo, alguien debió hablar con ellos, abrir la cuenta de Facebook, recorrer el salón anoche con una bolsa de basura y barrer el suelo, aunque no tengo ni idea de quién ha podido hacerlo. Como nadie viene a hablar conmigo, me acerco al señor Jenkins.

–¿Señor Jenkins?

–¿Sí?

Levanta los ojos, con una expresión sombría y preocupada en el rostro.

–Hola. Soy Louise Williams.

–Ah, hola. ¿Estabas...? ¿Estuviste aquí anoche?

No parece reconocerme, ni de la reunión ni del instituto. Supongo que no fui una alumna brillante ni especialmente revoltosa: hacía los deberes cuando debía, no me portaba mal en clase, sacaba buenas notas, a veces muy buenas. Pasé desapercibida.

–Lamento molestarlo, pero me estaba preguntando... ¿Sabe usted quién organizó la reunión? ¿Fue el instituto?

–No –responde–. Fue una antigua alumna que se puso en contacto con nosotros y nos preguntó si se podrían utilizar las instalaciones del centro. Se encargó de solicitar el permiso para el bar y todo eso, contrató a alguien para decorar el salón y limpiarlo después. Solo nos pidió que hubiera un miembro del personal para controlar la entrada. Pensó que sería bueno tener ese vínculo con el instituto. Lo hice con mucho gusto.

–¿Habló usted personalmente con ella? ¿Con la mujer que lo organizó todo?

Intento que mi voz suene normal.

–No, se hizo todo por correo electrónico.

–Y... ¿cómo se llamaba?

Hago un esfuerzo por articular las palabras.

Mira a su alrededor, como si tuviera que pedir permiso a la policía, pero no hay ningún agente cerca.

–Supongo que no importa –dice, vacilante–. Se llamaba Naomi Strawe.

–Ah. ¿Straw? ¿Con w final?

–No, acabado en e: S-t-r-a-w-e.

No recuerdo a nadie con ese apellido. Los latidos de mi corazón se ralentizan un poco.

–¿Era de nuestro curso?

–Dijo que sí. Creo recordar que había una Naomi, ¿no? Quizá Strawe sea su apellido de casada. A decir verdad, no controlamos si alguien era realmente del curso de 1989. –Parece preocupado–. Di por sentado que todo el que quisiera venir sería de ese curso..., porque, ¿quién más iba a asistir a la reunión?

–¿Y esa tal Naomi asistió?

–No. Eso fue lo más extraño de todo. Había una etiqueta con su nombre... Ella misma me mandó las etiquetas de la gente que dijo que asistiría, y la suya fue una de las pocas que se quedó en la mesa.

Pero no la única. En la mesa también debió de quedar una etiqueta con el nombre de Tim Weston. Estoy a punto de hacerle otra pregunta cuando veo a una mujer alta y corpulenta vestida con un traje pantalón oscuro acercándose a nosotros.

–¿Louise Williams?

Confirmando mi identidad y ella se presenta como la inspectora Reynolds. Me pide que la acompañe y me sienta con ella en un rincón donde hay una mesa con un ordenador portátil y varias sillas.

–Gracias por venir, señorita Williams.

–Louise –digo mecánicamente.

–Louise. El agente Wells me ha dicho que estuvo anoche en la reunión.

–Sí, así es.

Me siento como si estuviera en un sueño, flotando por encima de mi cuerpo. ¿Qué ha sido de mi meticulosamente ordenada vida, adónde ha ido a parar? ¿Cómo he acabado aquí?

–Evidentemente, se ha enterado de lo que ha ocurrido.

–Sí, lo he visto en las noticias.

–Entonces, como sabrá, hemos encontrado el cadáver de una mujer en el bosque. La víctima tenía su bolso con ella, de modo que hemos podido realizar una identificación provisional.

–Entonces..., ¿puede decirme quién es?

Por favor, Señor, que sea alguien que no conozco.

–Sí. –Me está observando atentamente–. La víctima es Sophie Hannigan.

Aunque mantengo el rostro inexpresivo, noto el cuerpo tembloroso y efervescente, como si hubieran sustituido la sangre por agua con gas.

–¿No la conocía?

Parece decepcionada. Esperaba un grito ahogado, lágrimas, incluso un pequeño grito. Pero mientras me la quedo mirando fijamente sin moverme, haciendo un evidente esfuerzo para conseguir algo tan sencillo como inspirar y espirar, ella empieza a ser consciente de la realidad.

–¿La conocía?

Asiento con la cabeza sin decir nada y Reynolds también guarda silencio, dándome tiempo para procesar la información. Seguramente piensa que estoy en estado de *shock*, pero no lo estoy. Lo único que siento es el dolor en el estómago que sentí en el Travelodge cuando escuché la noticia. Se retuerce y se agarra a mí. Esto es lo que había estado esperando desde entonces.

–Sí, la conocía –consigo decir finalmente. ¿La conocía de verdad?–. En fin, ahora no era una amiga íntima, pero lo fue en otros tiempos. No la había vuelto a ver desde el instituto, salvo en una ocasión, hace un par de semanas.

–¿Por qué se vio con ella? ¿Dónde?

Parece interesada. Pienso con rapidez. No puedo hablarle de la solicitud de amistad de Maria; eso plantearía demasiadas preguntas, preguntas a las que no quiero responder.

–Contacté con ella cuando supe lo de la reunión... Pensé que estaría bien quedar antes. En realidad, desde los tiempos del instituto, no había mantenido el contacto con nadie, y pensé que sería complicado presentarse en la reunión sin más, no sé si sabe lo que quiero decir. Quedar esa noche con Sophie me puso las cosas mucho más fáciles.

–¿Cómo dio con ella?

–A través de Facebook.

Intento mantener la voz firme.

–¿Y cómo estaba ella esa noche?

–Bien. Ansiosa por ir a la reunión. No parecía haber cambiado mucho desde los tiempos del instituto, la verdad.

–¿Y había alguien en especial a quien ella quisiera o no quisiera ver en la reunión?

–Estaba emocionada por la reunión, pero no mencionó a nadie en particular. No tenía ningún reparo ni temor. Era una de esas chicas populares que hay en los institutos, ¿sabe a qué me refiero?

–Hummm...

Intenta mantener el rostro inexpresivo, pero me da la impresión de que ella no era una de esas chicas, y sabe que yo tampoco. Me imagino a la inspectora Reynolds con dieciséis años, tan alta y corpulenta como ahora; con el pelo más largo colgando grasiento sobre su espalda, entrando pesadamente en el aula y tropezando con su silla, mientras las chicas atractivas se reían de ella.

Siempre la primera de la clase, las mejores notas en todo. Consciente, sin embargo, de que la popularidad en el instituto no lo es todo, esperando, con las mejores calificaciones que el centro había visto jamás. Y entonces, la universidad, donde podría reinventarse a sí misma y encontrar su lugar.

–Muy bien. Hablemos de la reunión. ¿Recuerda cuándo vio por última vez a Sophie?

–Alrededor de las diez, creo.

–¿Se fue usted a esa hora?

–No, me fui sobre las once, pero no creo que la viera después de esa hora.

–¿Estuvo mucho tiempo con ella?

–No mucho, la verdad. Charlamos, nos pusimos al día, ya sabe. Había mucha gente.

–¿Y cómo le pareció que estaba?

Recuerdo a Sophie agarrándome el brazo, presa del pánico. Estaba aterrorizada.

–Parecía estar bien –digo, incapaz de controlar mi propio pánico. Me estoy cavando una trinchera cada vez más profunda; me asusta tanto decirle lo que no debo a Reynolds que no le estoy diciendo nada–. Aunque, como he dicho, llevaba años sin verla, de modo que no sé si estaba como solía estar siempre.

–¿Estuvo tiempo hablando con alguien en particular?

–La vi hablando con Claire Barnes, Sam Parker, Matt Lewis...

Menciono algunos nombres más, tratando de recordar todas las veces que la oí reírse, besando a gente o sacudiéndose el pelo. Reynolds toma nota de todo mentalmente.

–¿Vino a la reunión acompañada de alguien? –me pregunta.

Dudo..., solo un breve instante, pero es buena y se da cuenta en seguida. Por alguna absurda razón me siento culpable al mencionar a Pete, lo cual es ridículo, ya que otra gente se verá obligada a hacerlo.

–Sophie acudió a la reunión con un hombre. Pete.

–¿Su novio? –Reynolds aguza el oído. Tengo el palo y ella sabe que estoy a punto de lanzárselo–. ¿Sabe cuál es su apellido?

–No, lo siento. De todas formas, no creo que fuera exactamente su novio; al parecer, solo habían salido en un par de ocasiones antes de anoche. Lo conoció por internet.

—¿Y lo llevó a su reunión de exalumnos?

Reynolds parece escéptica.

—Lo sé. Le pregunté al respecto, y ella me dijo que no quería ir sola, porque todo el mundo estaría casado y hablando de sus hijos y sus cosas.

Se me quiebra la voz y las lágrimas se acumulan en mi garganta. Pobre Sophie, tan tonta y tan vanidosa. Estaba tan ocupada regañándome a mí misma por preocuparme por lo que mis amigos de la adolescencia pensarían de mí que nunca se me ocurrió hasta ahora que Sophie se había preocupado incluso más que yo, con su supuesto trabajo en el mundo de la moda..., con su apartamento prestado..., con Pete. Pienso en Esther, con su marido de película pegado a ella, mostrando fotos de sus hijos en el móvil. Al parecer, ninguno de nosotros es inmune.

—Tómese su tiempo.

Aunque la voz de Reynolds es amable, me observa con suma atención.

—Hacia el final de la velada, dio la impresión de que estaban discutiendo. Fue poco antes de que la viera por última vez.

—¿Y esa fue la última vez que lo vio a él? ¿Se fue sin ella? ¿O la estuvo buscando?

Es como si me hubiera estampado contra una pared de ladrillos que ni siquiera había visto venir. Había oído hablar de las manos sudorosas, pero hasta ahora no me había dado cuenta de que se trataba de algo real. Voy a tener que contarle a Reynolds que he pasado la noche con Pete. Pero ¿qué va a parecer eso? Era la pareja de Sophie. ¿Quién iba a creermelo si digo que no pasó nada entre nosotros en esa habitación de hotel? Eso haría que Reynolds me hiciera un montón de preguntas que conducirían a la solicitud de amistad de Maria. Están obligados a revisar las cuentas de las redes sociales de Sophie, pero, por el momento, lo único que descubrirán de Maria son un par de inofensivos mensajes: «Aún sigues siendo atractiva, Sophie», «Nos vemos en la reunión, Sophie Hannigan». En ellos no hay nada que levante sospechas.

Sin embargo, si Reynolds sospecha que me acosté con la pareja de Sophie la noche de su asesinato, va a querer vigilarme de cerca. Y si echa un vistazo a mis redes sociales y descubre los mensajes que me ha mandado Maria, tendrá preguntas que hacer. Preguntas a las que no quiero contestar. No

podría soportar que cualquiera supiese lo que le hice a Maria. Y, más allá de eso, no puedo enfrentarme a la posibilidad de ir a la cárcel. Evidentemente, no hay ningún cadáver, pero hay más gente que sabe lo que ocurrió en la fiesta de graduación. Puede que no solo lo sepan Matt y Sam... No me sorprendería que a lo largo de los años Sophie se lo contara a otros. Como solía decirme Sam, no merece la pena arriesgarse a que nadie sepa lo que ocurrió. Y ahora tengo a Henry. Si existe incluso la más mínima posibilidad de ir a la cárcel, necesito llevarme a la tumba lo que le hice a Maria. No puedo dejar a Henry sin su madre. He pasado demasiado tiempo escondida en las sombras, ocultando la verdad, y ahora no puedo dejar de hacerlo.

–No lo sé –digo, con todo mi cuerpo presa del pánico–. No lo vi.

–¿Sabe dónde podríamos encontrar a ese tal Pete?

–No, lo siento. Solo sé su nombre de pila. Y que vive en Londres.

–Muy bien –dice Reynolds recostándose en la silla–. A su debido tiempo, necesitaremos hablar de nuevo con usted, pero si hay algo importante que cree que deberíamos saber ahora...

–No, nada.

–Solo una cosa más –dice, sacando un sobre marrón del bolsillo interior de su chaqueta–. Encontramos algo cerca del cadáver.

Mete la mano en el sobre y saca una bolsa de plástico transparente. Me doy cuenta de lo que es antes de que diga nada más, y debo recurrir a todas mis fuerzas para mantener las manos quietas en mi regazo y respirar con normalidad.

–¿Ha visto esto antes? –me pregunta.

Descansa inocentemente encima de la mesa, entre las dos.

–No.

Intento responder con naturalidad, de forma neutra, sin hablar ni muy deprisa ni muy despacio.

–¿No lo llevaba Sophie?

–No, seguro que no. Llevaba un enorme collar de plata.

Reynolds no dice nada y se limita a volver a meter la bolsa de plástico transparente en el sobre. Una bolsa de plástico que contiene una fina cadena de la que cuelga un pequeño corazón de oro. Aunque han pasado más de veinticinco años desde que lo vi por última vez, reconocería ese colgante en

cualquier parte. Me atormenta en sueños. Sin duda alguna, es el colgante de Maria Weston. El que llevaba la noche que desapareció.

Capítulo 24

2016

Polly tarda un rato en llegar a la puerta. Tiene un aspecto horrible, como si hubiese estado llorando. No se ha cepillado el pelo y tiene ojeras.

–¡Oh! ¿Qué ocurre? ¿Va todo bien? –le pregunto.

–Sí –dice sin entusiasmo–. Pasa.

La sigo por el pasillo, desconcertada. Le mandé un breve mensaje de texto antes de salir de Norfolk para contarle lo que había ocurrido, por lo que esperaba otra reacción por su parte ante los catastróficos acontecimientos que se habían producido en las últimas veinticuatro horas. Evidentemente, Polly no se imagina las implicaciones que tienen para mí, pero, en cualquier caso, la noticia sigue siendo impactante.

Asomo la cabeza a la sala de estar. Henry y Maya están acurrucados en el sofá. Henry está succionando las suaves costuras de Manky.

–Hola, ya estoy de vuelta. Hola, Maya.

Apenas apartan la vista de los dibujos animados.

–Hola, mamá. ¿Puedo acabar de ver este episodio?

–Sí, por supuesto.

Polly y yo nos dirigimos a la cocina, donde me balanceo en uno de los altos taburetes que hay en la barra del desayuno. Me encanta la idea de una barra de desayuno, pero, como de costumbre, el taburete es pequeño e incómodo y no sé qué hacer con los pies.

–¿Se ha portado bien? –pregunto.

–Sí, es un trozo de pan. Ningún problema.

–¿Dónde está todo el mundo?

La casa está muy silenciosa.

–Aaron y Phoebe aún están en la cama. ¿Té? –me pregunta

mecánicamente, llenando el hervidor de agua.

–Sí, por favor.

Mientras hierve el agua, Polly se recupera un poco, como si estuviera haciendo un deliberado esfuerzo por salir del estado en que se encuentra, sea cual sea.

–Bueno, cuéntame. ¿Era la mujer que conocías, la que viste la semana pasada?

–Sí, era Sophie.

–¿Hablaste mucho con ella...? En la reunión, quiero decir.

–Un poco, pero no demasiado. Había mucha gente.

Estoy volviendo a hacerlo. Teniendo en cuenta que le he mentado a la policía, es fácil decirle a cualquiera la misma mentira. Me asusta la facilidad con que las mentiras salen de mi boca, incluso hablando con Polly. Aunque se supone que es mi mejor amiga, sabe muy poco de mí.

–Es horrible. Pobre mujer. ¿Quién crees que lo hizo? ¿Estaba casada?

–No. ¿Por qué?

–Bueno, dicen que en el noventa y nueve por ciento de los casos es el marido, ¿no?

–No estoy segura de que el porcentaje sea tan alto, pero... Sin embargo, acudió acompañada de un hombre, su novio.

–Oh, ¿y cómo es?

No le contesto en seguida, y Polly me malinterpreta.

–¿Crees que lo hizo él?

Coge una galleta y la moja en el té.

–¡No!

Ambas nos quedamos un poco sorprendidas por mi vehemencia.

De repente, el esfuerzo de tener que mentarle a Polly se me hace muy cuesta arriba. Estoy increíblemente cansada de cargar con este terrible peso, y estoy segura de que Polly sería la mejor persona para ayudarme a soportarlo. Ella me quiere. Ella lo entendería.

–Esto va a sonar raro, pero... Pete..., el novio de Sophie..., pasó la noche en la habitación del hotel que reservé.

Polly detiene la mano a medio camino de su boca, y la mitad de la galleta que ha mojado se cae en la taza de té.

-¿Cómo?

-No es lo que piensas. Tuvieron una discusión, y ya era muy tarde para que él pudiera volver a Londres en tren. Entonces vino conmigo al Travelodge, pero no les quedaban habitaciones libres. De modo que... le dije que podíamos compartir la mía. No pasó nada. Solo nos acostamos, y esta mañana, cuando me desperté, ya no estaba.

-¡Joder, Louise!

-Lo sé.

Polly se levanta y cruza la cocina, hurgando en el cajón de los cubiertos para coger una cuchara con la que recuperar la galleta de su taza de té.

-¿Cómo ocurrió?

-Como ya te he dicho, él y Sophie tuvieron una discusión y me estuvo esperando en el aparcamiento.

-¿Te estuvo esperando? Eso es un poco espeluznante.

-En realidad, no... Yo era la única otra persona de la reunión a la que conocía... Te dije que coincidí con él en el apartamento de Sophie. Pensó que regresaba a Londres.

¿No fue así? Me asalta un pensamiento... Está claro que sabía que había bebido mucho. ¿De verdad creía que yo estaba en condiciones de conducir?

-De todas formas, ¿has pensado que podrías haber pasado la noche acurrucada junto a un asesino?

Por supuesto que lo he pensado, pero no puedo permitir que eso me distraiga en este momento. Tengo la cabeza llena de muchas otras cosas.

-No estábamos acurrucados. Y no es un asesino. Es un buen tipo.

¿Por qué lo estoy defendiendo?

-¡Oh, por Dios! ¿Te gusta? ¡Sí, te gusta! ¡Te gusta el asesino!

En cualquier otro momento disfrutaría de la capacidad de Polly para quitar importancia a una situación, por nefasta que sea. Sin embargo, a esta no se le puede quitar importancia. Es demasiado tétrica.

-No, no es eso.

En realidad, no sé lo que siento por él. Si las cosas fueran diferentes, quizá podría surgir algo. Pero no lo son. Son sombrías, deprimentes y, de algún modo, Pete está involucrado en ellas.

-¿Y ver a Sam? ¿Cómo fue? -me pregunta Polly, sentándose de nuevo a la

barra de desayuno.

–Bien –digo, pensando en el vino derramado en mi muñeca y en los ojos de Sam fijos en mi lengua.

–¿Solo bien? –dice Polly, desconfiando de inmediato.

–Sí, en serio. Apenas hablé con él.

Más mentiras.

–Genial –dice Polly–. Puede que tanto como acabar acostándote con ese tal Pete.

–¡No me acosté con él! No como tú piensas, en cualquier caso.

Posiblemente ha sido la noche más peculiar que he pasado con alguien, y eso es mucho decir.

–Lo sé, ya me lo has comentado. ¿Y qué ha dicho la policía sobre el hecho de que hayas pasado la noche con él?

Me planteo decir otra mentira, pero no puedo permitir que esto sea más complicado de lo que ya es.

–No se lo conté.

–¿Cómo? ¿Por qué diablos no lo hiciste?

¡Oh, Dios mío! ¿Cómo puedo explicárselo?

–Fue algo instintivo. Ni siquiera lo pensé. Simplemente creí que sería mejor que no lo supieran.

–Pero ¿por qué? Louise, no seas tonta, no le puedes mentir a la policía. Llámalos ahora mismo..., diles que cometiste un error. Es mejor que se enteren ahora por ti que no que lo descubran más adelante.

Es muy difícil que lo comprenda sin contarle la verdad sobre lo que le hice a Maria.

–Es complicado. Todo está relacionado con lo que ocurrió cuando éramos adolescentes. Hay algo que no quiero que sepa la policía. Yo... No puedo explicártelo.

Mi voz se quiebra y Polly me mira con preocupación.

–¿Qué diablos quieres decir? ¿Por qué no puedes contármelo?

Sacudo la cabeza, con el rostro entre las manos.

–Louise. –Polly me aparta las manos de la cara y me mira a los ojos–. No hay nada que no puedas contarme. Vamos, somos amigas desde hace... ¿trece años? No te librarás tan fácilmente de mí. ¿De qué se trata?

Deseo con todas mis fuerzas que lo entienda. No puedo soportar más tener que lidiar sola con esto. Antes de que Sophie fuera asesinada, podía hacerlo, podía controlarlo, pero ahora todo está escapando de mi control. La idea de contárselo todo a Polly, de hacerla partícipe, me parece como hundirse en un colchón de plumas.

–¿Recuerdas que te dije que Sophie también había recibido esa solicitud de amistad de Facebook de Maria, la chica que se ahogó? Pues bien..., no te lo conté todo.

Respiro profundamente, tratando de controlar mi voz.

–¿Qué quieres decir?

–Sophie y yo... no siempre nos portamos bien con Maria.

Polly frunce el ceño.

–¿Qué significa eso?

Si miro hacia arriba, perderé el valor.

–Fuimos... malas con ella. Cuando te dije que yo viví algo parecido a lo que le está ocurriendo a Phoebe..., bueno, era verdad, pero más bien desde el otro lado.

No me atrevo a mirarla. Trago saliva y continúo.

–Cuando Maria llegó al instituto, nos hicimos amigas, pero luego, más adelante..., bueno..., dejamos de serlo. Sophie no quería que fuera su amiga, porque Sophie era tan... Y entonces, esa última noche, en la fiesta de graduación, la noche que murió, hicimos algo terrible.

–¿Qué hicisteis?

Miro hacia arriba rápidamente. Polly está pálida. La expresión de su rostro es de desconcierto.

–Le echamos éxtasis a su bebida. Y nadie volvió a verla. Debí caminar por ahí y caerse del acantilado.

Abro los ojos y me arriesgo a levantarlos. Me doy cuenta en seguida de que he cometido un terrible error. Polly me está mirando fijamente, pálida y horrorizada.

–¿Echasteis droga en su bebida? ¿Acaso es que no me escuchaste cuando te conté lo que le estaba ocurriendo a Phoebe? No puedo creer que hablaras de ello con mi hija y la aconsejaras cuando tú...

Polly empuja su taburete hacia atrás y tropieza con él, alejándose de mí

hasta que se golpea contra la encimera y se agarra a ella para apoyarse.

–¿Sabes por qué estoy hecha una mierda esta mañana? –El tono de su voz es acusatorio–. Pues porque me he pasado media noche despierta con Phoebe. Anoche se suponía que tenía una fiesta de pijamas, pero tuve que levantarme para ir a recogerla en plena noche porque la madre estaba «preocupada» porque Phoebe estaba causando problemas y molestando a otra chica. No es difícil adivinar qué chica en particular se inventó esta historia. Cuando llegamos a casa, Phoebe estuvo llorando durante dos horas. Dos horas sin parar. ¿Sabes lo que es ver así a tu hija?

Niego con la cabeza.

–Siento lo que ocurrió anoche. Es horrible. Pero hoy no es el mejor día para que me cuentes eso, Louise. No después de lo que he vivido. No estoy de humor para comprender o perdonar, o lo que quiera que sea que pretendas de mí. No con esto, no con adolescentes que son crueles con otras chicas que se supone que son sus amigas.

Más o menos esperaba y temía que despotricara y desvariara, pero esta rabia dura y fría es mucho peor. Pensé que Polly estaba de mi parte, pero es evidente que no lo está. Tiene hijos, y los hijos pueden con todo, como la escalera de color en el póquer.

–Creo que será mejor que te vayas. Hoy tengo que prestar atención a Phoebe; mi estado de ánimo no me permite estar pendiente de ti..., de esto. Ahora mismo no puedo con ello. Ya te llamaré.

Toda mi vida he sabido que no podía contarle a nadie lo que le hice a Maria, pero lo que le ha ocurrido a Sophie ha hecho que todo estallara en mil pedazos. Pensé que haría que las cosas fueran distintas, pero no es así, por supuesto que no.

Mientras me alejo de la casa de Polly, empiezo a llorar en silencio, y me doy cuenta de que no puedo parar. Henry está parloteando en el asiento trasero sobre lo que comió para cenar y que Phoebe le leyó antes de irse. Doy Gracias a Dios por no haber dejado que se sentara delante, como él quería. Sigo secándome las lágrimas con la mano, pero siguen cayendo más. Cuando me detengo en un semáforo, una anciana con un carrito de la compra con ruedas me mira con curiosidad.

Intento que mi mente se concentre en otra cosa. Necesito haber dejado de

llorar cuando lleguemos a casa; no quiero que Henry me vea así. Naomi Strawe. Sé que había alguien con ese nombre en mi curso. Strawe es un apellido poco común, estoy segura de que jamás lo había oído, aunque, como dijo el señor Jenkins, podría ser el de casada. Pienso en cuando deletreé el apellido, insistiendo en el «WE» al final. Son las primeras dos letras de Weston. Noto una sensación de inquietud y empiezo a sentir el miedo dentro de mí; susurro las letras en voz alta, mezclándolas mentalmente, y poco a poco, la conclusión va cobrando forma. Naomi Strawe es un anagrama de Maria Weston.

Alguien me siguió por el túnel de South Kensington. Alguien me vigiló mientras estuve sentada sola en ese bar, esperando a una cita que nunca iba a llegar. ¿Estaba ese alguien anoche en la reunión, escondido, acechando en los rincones, esperando quién sabe qué? He estado descargando pura adrenalina desde el *shock* que supuso el descubrimiento del cadáver de Sophie, que me dejó sin habla, pero ahora que ya he asumido el hecho, empiezo a ser consciente de las implicaciones. No puedo desechar la posibilidad de que Maria aún esté viva. Y si no es así, entonces, quienquiera que asesinara a Sophie sabe lo que le ocurrió; sabe lo que hice. Y la reacción de Polly me ha dejado clara otra realidad: miro la cara de Henry por el retrovisor, con su piel increíblemente suave y redondeada, con sus mejillas y sus largas pestañas, propias de un niño pequeño, y sus ojos de un intenso color chocolate. Hasta hoy, aunque había dejado de lado a mis otras amistades, no estaba sola, porque tenía a Polly. Pero ahora solo estamos Henry y yo. Estamos completamente solos. Y estamos en peligro.

Capítulo 25

2016

Después de acostar a Henry me sirvo una copa de vino. Lo pruebo y me estremezco, porque aún soy víctima de los excesos de la reunión de anoche, pero necesito algo para tranquilizarme, para dar sentido a lo que me está pasando. Me siento en el salón y pongo las noticias. Sophie sigue estando en los titulares. Ahora ya han dado a conocer su identidad. Aparece Reynolds, solicitando colaboración. También informan de la causa de la muerte, que hasta ahora no habían mencionado: estrangulamiento. Siento náuseas. No puedo dejar de imaginarme unas manos cerrándose en torno a su cuello, luchando por respirar. Todo se oscurece.

Cuando el móvil vibra, sé con certeza que va a ser otro mensaje. No me equivoco.

¡Oh, pobre Sophie! No queríamos que a ti te pasara algo parecido, ¿verdad?

No puedo quedarme en el sofá, relajándome como si esta fuera una noche cualquiera. Así pues, recorro una habitación tras otra, nerviosa, dando un brinco cada vez que crujen las tablas del suelo. De vez en cuando me siento en algún sitio donde nunca suelo sentarme: en el pasillo, apoyada en la pared; en una esquina de la bañera, cuyos bordes me presionan la parte posterior de las piernas. Sigo imaginándome el cuerpo sin vida de Sophie tirado en el bosque, vestida aún con ese ridículo abrigo de piel blanco, con su hermoso pelo de color caramelo extendido en el suelo; el rostro pálido, los labios azules, con moratones oscuros en el cuello. Pienso en ese mismo destino para

mí: Henry vestido con un traje de su talla, solemne pero sin entender demasiado lo que ocurre, cogido de la mano de Sam pero buscándome, como si yo hubiese entrado en otra habitación.

Sé que la policía querrá volver a hablar conmigo. Siento calambres por todo el cuerpo al pensar en lo que debo ocultarles: la noche que pasé con Pete, la solicitud de amistad y los mensajes de Maria. No puedo permitir que la inspectora Reynolds piense que hay más de lo que parece, que hay algún indicio de que existe una relación entre lo que le ha ocurrido a Sophie y lo que sucedió esa noche de junio de 1989. Si descubren que el asesinato de Sophie está relacionado con la desaparición de Maria, podrían recorrer un camino que conduce hasta mí a los dieciséis años con un vestido verde esmeralda y una bolsita llena de éxtasis en polvo guardada entre mis pechos. La muerte no es la única forma en que Henry puede perderme, y eso es algo que nunca debo olvidar. Me acuerdo de las conversaciones que teníamos Sam y yo cuando estábamos juntos sobre que nunca debíamos permitir que nuestra participación en la muerte de Maria saliera a la luz, y de la que tuve con Matt anoche: estaba aterrorizado, enfadado mientras me hablaba sofocado al oído.

Sin embargo, ahora que mi instintiva decisión de mentirle a la policía sobre la noche en el Travelodge se ha enfriado, me doy cuenta de lo que he hecho. La policía irá en busca de Pete. Quizá ya hayan dado con él. ¿Pensará, como yo, que el hecho de que pasáramos la noche juntos es tan susceptible de ser malinterpretada que necesitará ocultarlo? Después de todo, él será su principal sospechoso, y el hecho de que dejara a Sophie en la reunión y pasara la noche con otra mujer dará que pensar a la policía. Tengo que hablar con él antes de que lo hagan ellos.

Una pequeña parte de mí se pregunta si supondría una cierta liberación ser descubierta, poder dejar de esconderme y de mentir, soltar esta pesada carga que he soportado desde que tenía dieciséis años. Sería castigada, sí, pero puede que también perdonada. Pero entonces recuerdo la reacción de Polly, y sé que no habría perdón. Y mientras estoy de pie en la habitación de Henry, apurando mi copa de vino, mirando su rostro sonrosado y dormido, sé que no puedo permitir que esto salga nunca a la luz. Además de la vergüenza que supondría que todo el mundo supiera lo que hice, es Henry quien me impide hablar. Aunque se trata de una posibilidad remota, no puedo arriesgarme a ir

a la cárcel y dejar a mi hijo sin su madre. Tendré que seguir arrastrando esto conmigo durante el resto de mi vida.

Duermo mal. Inquieta, no dejo de darle vueltas y más vueltas a la cabeza. A las dos de la madrugada me despierto con un sobresalto, empapada en sudor, convencida de que he oído un ruido. No puedo soportar la oscuridad, de modo que extiendo una mano temblorosa para encender la lámpara. Aunque en la casa reina el silencio, no puedo dejar de pensar en que algo me ha despertado. Si Henry no estuviera aquí seguramente escondería la cabeza debajo de la almohada y esperaría hasta mañana, pero no puedo correr ese riesgo. Puesto que no tengo un arma, me tomo el agua del vaso que hay en la mesilla de noche y me levanto de la cama sosteniéndolo en la mano.

Empiezo a recorrer el apartamento, estremeciéndome con cada crujido de las tablas del suelo y encendiendo las luces a mi paso, dejando un rastro de resplandor a mi espalda. En la cocina, cambio el vaso por un afilado cuchillo con una reluciente hoja; noto el suave y frío mango bajo mis dedos. Enciendo la luz de todas las habitaciones: están exactamente igual como las dejé. El único sitio que no he inspeccionado es la habitación de Henry. Me quedo fuera, delante de la puerta, con la boca seca y la camiseta pegada a mi cuerpo, fría y húmeda a causa del sudor. Me paraliza el miedo de que lo que encuentre al otro lado de la puerta sea mi peor pesadilla convertida en realidad. Me invade la sensación de que este es el último momento de mi vida tal y como es ahora, que miraré atrás y sabré que, después de esto, nada volverá a ser como antes. Coloco la mano en el pomo y empujo. Mis ojos se fijan inmediatamente en la cama. Está vacía. El cuchillo se desliza por mi mano y cae con un golpe sordo sobre la alfombra azul; un segundo después estoy de rodillas, emitiendo un sonido que nunca había escuchado de mis labios, un gimoteo, como el de un animal herido. Me inunda una oleada de terror. Me falla la respiración; se ha convertido en unos breves jadeos intercalados entre los sonidos que salen de mi boca.

Y entonces lo veo. Está sobre la alfombra que hay junto a la cama, profundamente dormido, apretando a Manky contra su cara. Debe de haberse caído de la cama sin darse cuenta; seguramente ese fue el ruido que me despertó. Me pongo de rodillas a su lado, enterrando mi cara en su pelo, aspirando el dulce aroma de su piel, llorando de puro agradecimiento.

Por la mañana me levanto temprano, aún temblorosa tras la agitada noche. Ya he encontrado la dirección, de modo que solo tenemos que vestirnos lo antes posible y salir de casa. Dejo a Henry en el grupo de desayunos saludables a las siete y media; somos los primeros en llegar. Henry se olvida pronto de la confusión en que me ha visto sumida esta mañana, encantado de tener el sitio para él solo, y sale corriendo para empezar a jugar con los trenes.

Cuando me dirijo hacia el metro está oscuro, pero puedo ver mi aliento en el aire, lo cual me recuerda que aún sigo aquí. En algunas casas todavía reina la oscuridad, pero en otras hay cuadrados de luz amarilla que me dejan ver alguna escena doméstica: un hombre con traje desayunando en el sofá, el parpadeo de la televisión reflejado en su rostro; una mujer elegantemente vestida que se mira en el espejo que hay sobre la chimenea del salón; una joven madre en bata junto a una ventana del primer piso, con la cara pálida e inexpresiva, sosteniendo a su bebé contra su hombro. Doy un brinco al cruzarse un coche a mi paso, y cuando un hombre alto abre la puerta de su casa y aparece delante de mí, lo único que puedo hacer es sofocar un grito de miedo. El hombre me mira con curiosidad antes de pasar junto a mí para dirigirse al metro. Me quedo inmóvil un minuto, agarrada a una farola, recordándome que debo inspirar y espirar. ¿Cuándo me he convertido en esta mujer nerviosa y asustadiza? Me doy mentalmente una colleja y empiezo a encaminarme hacia el metro, esta vez más despacio.

Delante de las oficinas de Foster & Lyme hay una cafetería. Pido un café y me acomodo en una mesa, junto a la ventana, sin perder de vista la entrada del despacho. Empiezan a entrar y salir hombres trajeados. El acceso requiere algún tipo de código, lo que debería darme tiempo a salir y hablar con Pete antes de que entre.

Me estoy tomando la segunda taza cuando noto una mano en el hombro que me hace dar un brinco y derramar el café en la mesa.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Los ojos de Pete se desvían furtivamente en dirección al otro lado de la calle, donde sus colegas se saludan mutuamente, con cafés para llevar en la mano.

—Tengo que hablar contigo —le digo en voz baja—. Siento haber aparecido

en tu trabajo sin avisar, pero no se me ocurrió otra forma. Ni siquiera sé cuál es tu apellido. ¿Sabes... lo que ha ocurrido?

–Sí, por supuesto que lo sé. –Se sienta en la silla que hay frente a mí–. Es horrible. Lo... siento. Sé que era tu amiga. Ayer me pasé todo el día caminando por Londres, dándole vueltas; estaba demasiado asustado para ir a casa por si la policía estaba esperándome. Voy a ser su principal sospechoso.

–Entonces, ¿aún no has hablado con ellos?

Me invade un atisbo de esperanza.

–No. Sé que tendré que hacerlo. Solo quería... Solo quería aclarar las ideas. Hoy les llamaré.

–Pero ¿no crees que la policía se preguntará por qué no te has puesto en contacto con ellos antes?

–No lo sé. Les diré que ayer no vi las noticias o algo así. ¿Has hablado con ellos?

–Sí. Ayer por la mañana fui al instituto.

–¿Y les contaste... que pasamos la noche juntos?

Bajo la mirada, dándole vueltas al salero.

–No.

Esperaba que se enfadara, pero su expresión es sobre todo de confusión. Y también de algo más. ¿De alivio?

–¿Por qué no?

–No... No estoy segura. Me entró el pánico. –No puedo decirle que estoy tan acostumbrada a mentir sobre cualquier cosa relacionada con esa noche de 1989 que la mentira salió de mi boca antes de que tuviera oportunidad de pensarlo. Que el miedo que me da pensar que alguien sepa lo que le hice a Maria es algo que tengo tan interiorizado, que ocultar cualquier cosa que pudiera relacionarme con su desaparición es instintivo. Sin embargo, tengo que decirle algo, darle una idea de por qué me comporto así–. Es complicado.

–Me quedo mirando fijamente las manos, trazando formas con el dedo índice con el azúcar que hay encima de la mesa–. Cuando estábamos en el instituto, Sophie y yo... nos portamos mal con otra chica de nuestro curso, Maria.

–¿Y qué tiene que ver con esto una estudiante acosada? Dios sabe que todos hicimos cosas de las que no nos sentimos orgullosos cuando éramos jóvenes.

Quiero creerle, quiero que lo que ha dicho sea cierto, que lo que hicimos no tuvo consecuencias. Pero no hay actos sin consecuencias, ¿verdad? Aun cuando no la hubiéramos drogado, la forma en que tratamos a Maria la habría marcado, posiblemente durante el resto de su vida. Habría afectado a sus relaciones, a sus amistades, a su confianza en sí misma. «Quizá fue así. Quizá aún le siga afectando ahora». La idea revolotea en mi cabeza espontáneamente, y veo a Maria en mi imaginación, pero no con la piel fina que tenía y con algunas arrugas en la cara, sino como una Maria aún reconocible, con sus ojos de color avellana y su largo pelo castaño, sentada frente a un ordenador, mandándonos su odio a Sophie y a mí.

–Es difícil de explicar. Simplemente no quiero que se sepa más de lo necesario. De mi... relación con Sophie. La policía ya sabe que Sophie y yo quedamos esa noche en su apartamento..., la noche que estabas tú. Si descubren que pasé la noche con su novio, van a empezar a escarbar en el pasado y a hacer preguntas. Esto no tiene nada que ver con su asesinato, te lo juro. Son solo... cosas del pasado que no quiero arrastrar hasta el presente. –Al menos no más de lo que ya lo he hecho–. ¡Oh, Dios! No lo sé, quizá debería contárselo. ¿Llamo a esa inspectora, le digo que me entró el pánico y se lo cuento?

–Sí. –No parece muy convencido–. Debes hacer lo que creas que es mejor.

–Pero ¿no crees que debería hacerlo?

Solo quiero que alguien me diga qué debo hacer, que me diga que todo va a salir bien.

Pete mira a través de la ventana. Está empezando a llover, y la gente se mueve más deprisa, ajustándose los abrigos como si eso sirviera de algo.

–Me da miedo contárselo –dice, mirando cómo las gotas de lluvia se deslizan por el cristal de la ventana.

–Pero ¿por qué?

Me mira fijamente, parpadeando, y luego vuelve a mirar hacia fuera. Tengo la sensación de que está sopesando algo.

–Bueno..., pues porque, ya sabes, voy a ser su principal persona de interés. El primero de la lista. ¿En quién se fijan cuando una mujer es asesinada? En su novio. Si descubren que pasé la noche con otra mujer, una amiga de Sophie a la que apenas conocía..., ¿qué crees que pensarán?

–Nada bueno –admito.

Sin embargo, tengo la sensación de que no me está diciendo toda la verdad. Sin duda alguna tiene razón. ¿Quién iba a creer que no había pasado nada entre nosotros? Habría testigos que podrían declarar que nos habían visto hablando y riéndonos juntos en la reunión. Eso no demostraría nada, pero si el dedo acusador ya está señalando a Pete, eso empeoraría las cosas. Debí estar merodeando por el aparcamiento durante aproximadamente una hora, esperándome, y nadie podría confirmar su paradero. Ahuyento la vaga sensación de inquietud que me provoca esta idea y me vuelvo hacia Pete.

–Entonces, ¿vas a contárselo a la policía?

Tiene mi futuro en sus manos.

–No lo sé. Evidentemente, iba a hacerlo, porque pensaba que tú ya se lo habrías contado. Pero puesto que no lo has hecho..., en fin... No quiero darles más razones de las que ya tienen para sospechar de mí.

–Entonces, ¿qué les vas a decir si no les cuentas que pasamos la noche juntos?

–Les diré que Sophie y yo discutimos, que volví a Londres en coche y que me metí en la cama.

Su entusiasmo ante esa idea va en aumento.

–Pero lo descubrirán. Comprobarán las cámaras de tráfico, los circuitos cerrados de televisión, todas esas cosas. Es imposible que regresaras a Londres sin que te grabara alguna cámara.

–Muy bien, de acuerdo... –Coge una servilleta de papel y la dobla por la mitad una y otra vez hasta que es demasiado gruesa para seguir doblándola–. Lo sé. Les diré que dormí en el coche. Estaba muy cerca del instituto, apuesto que allí no hay cámaras. Lo único que tenemos que hacer es mantener la calma y todo esto habrá acabado. No hemos hecho nada malo, y el hecho de pasar la noche juntos en una habitación de hotel no tiene nada que ver con la muerte de Sophie, de modo que da igual que lo mencionemos o no. Ambos queremos lo mismo, ¿no? Queremos que todo esto acabe.

Debe de haber leído algo en la expresión de mi rostro, porque se ha ruborizado.

–¡Oh, Dios! Lo siento. No soy un cabrón sin sentimientos, y lo sabes. Sé que ella murió allí, y sé que era tu amiga.

Pero ¿lo era de verdad? Ahora no, desde luego, y puede que ni siquiera lo fuera cuando estábamos en el instituto.

–Lo cierto es que apenas la conocía –continúa Pete–. Cuando abandoné el salón, no esperaba volver a verla ni saber nada de ella. Fingir que siento pena sería hipócrita. A decir verdad, me estoy esforzando por sentir algo aparte de este... miedo terrible. ¿Y si consiguen acusarme? Podría ir a la cárcel durante el resto de mi vida.

–Pero eso no va a pasar. No tienen ninguna prueba.

No se me escapa que podría decirse lo mismo de mi papel en la muerte de Maria. Sin embargo, lo que me distingue de Pete es que yo sí hice algo malo. Y hay más gente que lo sabe.

–Pruebas físicas no, pero lo hicimos..., ya sabes, en el *bed and breakfast*, antes de salir. –Parece sinceramente avergonzado–. Pueden descubrirlo, ¿verdad? No tiene buena pinta. Y luego nos vieron discutiendo en la reunión. Todo cuenta, y si además descubren que pasé la noche contigo...

–¿Estás seguro de que no nos vio nadie en el aparcamiento? –le pregunto–. ¿Nadie nos vio irnos juntos?

–Creo que no. Yo no vi a nadie. ¿Y tú?

–No. –Muevo la cucharilla por el fondo de la taza vacía, dando vueltas al poso del café. Mi pulso activado por la cafeína pero también el miedo–. ¿Estás seguro de esto? No quiero... presionarte solo porque yo ya haya mentido.

–No. Es lo que deseo. Será nuestro secreto, y todo saldrá bien. ¿Por qué no nos pasamos los teléfonos, por si tenemos que volver a hablar? –Me anota el suyo en una servilleta y me tiende otra para que yo haga lo mismo–. Sí, creo que esto es lo mejor.

No estoy segura de quién intenta convencer a quién, si él o yo, pero yo no necesito que nadie me convenza. Después de haber hablado con la policía, mi instinto me ha estado gritando que no lo cuente, que baje la cabeza y mantenga la boca cerrada. Después de todo, ya hay alguien que anda detrás de mí. Lo último que necesito es añadir a la inspectora Reynolds a la lista.

Pete sale de la cafetería y le miro mientras cruza la calle. Se queda de pie junto a la puerta de su oficina. Cuando empieza a teclear el código, un vehículo se detiene detrás de él, sobre la doble raya amarilla. Con el corazón

en la garganta, veo salir del coche a la inspectora Reynolds y a un hombre muy alto vestido con un traje oscuro. Reynolds dice algo y Pete se da la vuelta, con el rostro inescrutable. Tras una breve conversación, Pete sube al coche, que se aleja al instante.

Capítulo 26

2016

Han pasado un par de días desde mi encuentro con Pete, pero no he tenido noticias tuyas ni de la policía. Esta mañana tengo que salir para ir a ver a Rosemary Wright-Collins. Me he olvidado de ella durante un tiempo, pero me he quedado sin excusas. Va a ser difícil ponerme el disfraz de interiorista profesional. Cada vez que intento trabajar en algo, mi mente se ralentiza, y la imaginación y la creatividad quedan ahogadas por el constante zumbido de mis pensamientos. El último encargo de Rosemary es un apartamento de un edificio de estilo georgiano de Islington (solo Dios sabe cuánto debe costar) que tiene que ser redecorado por completo, ya que ha tenido el mismo dueño durante los últimos cuarenta años.

Pulso el timbre. Rosemary tarda un poco en abrir la puerta. Cuando lo hace, aunque va impecablemente vestida, como de costumbre, el epítome de la mujer entrada en años, pero sofisticada, no se muestra tan efusiva como de costumbre.

–Hola, Louise. –Se queda un momento en la puerta, con una extraña y cautelosa expresión en la cara, antes de tirar de ella hacia atrás–. Pasa.

El interior del apartamento es impresionante: techos altos, aireado, pero necesitado urgentemente de cuidados y atención.

–¡Vaya, esto es increíble, Rosemary! Debes de estar muy emocionada.

–Sí, así es.

Sin embargo, no parece emocionada cuando me acompaña por el pasillo hasta la sala de estar. Los tacones de sus zapatos repiquetean en el suelo de baldosas original. Evita mi mirada y se coloca junto a la enorme chimenea, frotando una imaginaria mancha de suciedad de la repisa con un dedo de manicura.

–A ver, ¿por dónde quieres empezar? –le pregunto, tratando de insuflar un poco de entusiasmo a la tarea.

–Antes de ponernos a trabajar necesito hablar contigo de algo, Louise.

¡Oh, Dios! Siempre he pensado que estaba forrada, pero quizá tenga problemas de liquidez. Necesito a Rosemary. Sin ella, mi empresa estaría en grave peligro.

–De acuerdo –contesto–. ¿Va todo bien?

–Sí, todo bien. Más o menos.

Jamás la había visto así: vacilante, insegura. Debe de tratarse de un problema de dinero. Se vuelve hacia mí. Es evidente que se está armando de valor.

–Esta mañana he recibido un correo electrónico muy extraño.

El estómago se me sube a la garganta y se revuelve, y acaba en algún lugar cerca del suelo. ¡No, Dios, por favor!

–De una tal Maria Weston.

Abro la boca para decir algo, pero no lo consigo.

–Sé que lo que dice no es cierto –continúa rápidamente Rosemary–. Solo te lo digo porque pensé que debías saberlo.

–¿Qué dice?

Ojalá pudiera mantener la calma.

–Dice que hiciste un trabajo para ella, que metiste la pata y que la dejaste en la estacada, que no eres profesional y que no se puede confiar en ti. Me recomendó encarecidamente que buscara otras opciones.

–Ya –susurro.

–Pero no voy a hacerlo, Louise. Llevamos años trabajando juntas, y sé lo buena que eres. No sé de qué va todo esto y, francamente, no quiero saberlo. No deseo verme mezclada en ningún lío, ¿comprendes? Quiero que nuestra relación siga siendo estrictamente profesional.

–Por supuesto, Rosemary. Creo saber quién está detrás de esto –miento–. Estoy segura de que no volverá a ocurrir.

Continuamos con la visita, pero el ambiente es muy tenso. Cuando me voy, me siento aliviada. Maria se está acercando; puedo sentir su gélida presencia deslizándose en todos los aspectos de mi vida. Tengo la perentoria necesidad de hablar con alguien de todo esto, y la única persona que se me ocurre es

Esther. A pesar de nuestro accidentado pasado, Esther ha sido amable conmigo, y mientras me alejo del apartamento de Rosemary, la llamo.

–¿Diga?

Me da la sensación de que está en la calle. Oigo soplar el viento dondequiera que esté.

–Hola. ¿Cómo estás?

–No lo sé. Aturdida. No puedo creerlo.

¿Por qué no podemos creerlo cuando pasa algo así? Lo vemos a todas horas en las noticias. ¿Por qué deberíamos sorprendernos tanto cuando nos ocurre a nosotros?

–Lo sé, es horrible. Oye, Esther, ¿podríamos vernos? Me gustaría hablar contigo de... Ya sabes, de todo esto.

–¿De verdad? –Parece vacilar—. ¿Acaso hay algo que decir?

–Yo sí. Necesito hablar con alguien. Por favor.

–Bien, de acuerdo. Da la casualidad de que hoy estoy en Londres. Ahora me dirijo a una reunión, pero podríamos vernos más tarde para tomar un café... ¿En South Bank?

Tomo el metro en la estación de Angel. Como de costumbre, me pregunto por qué las escaleras mecánicas se mueven más deprisa que el pasamanos. El andén está lleno. Me apoyo en la pared, aspirando el calor y el olor a polvo y a goma quemada. Siempre me he sentido incómoda en los andenes del metro; el más leve movimiento físico puede arrojarte a las vías cuando se aproxima un tren. Aunque pensamos que el abismo que separa la vida de la muerte es enorme, en los andenes del metro siempre me digo que solo hay un paso. Hoy, cuando apoyo la columna vertebral en el mapa del metro que hay en la pared, mirando inquieta a mi alrededor, no puedo dejar de pensar que, en un día laborable, solo haría falta un pequeño empujón. Una mano en la espalda y un breve pero fuerte empujón que nadie notaría.

Cuando llego a la estación de Embankment, me abro paso apresuradamente entre la multitud, desesperada por huir de los humos y los apretones y salir al aire frío de la calle. Cruzo a buen paso el puente. El Támesis fluye bajo mis pies; es de un color gris verdoso y está salpicado aquí y allá por las sombras de las nubes, que se mueven muy deprisa. Andenes y trenes, puentes y ríos... A todas horas estoy muy cerca de la muerte. De la posibilidad de morir.

Aunque los recientes acontecimientos han afilado la hoja de la navaja, en realidad nunca he estado totalmente libre de ella. Me ha estado rondando durante años, a pocos milímetros de mi cuello, a punto de desgarrarme la piel.

Esther ya me está esperando delante del Festival Hall. Su abrigo de color escarlata destaca contra el monolítico edificio que se alza a su espalda.

–¿Quieres tomar un café o damos un paseo? –me pregunta.

–Demos un paseo.

Esta conversación me resultará más fácil si no tengo que mirarla a la cara.

Primero hablamos de Sophie, y aunque evidentemente está horrorizada por lo ocurrido, me da la sensación de que está haciendo un esfuerzo para decir lo correcto. ¿Qué puedes decir cuando alguien que convirtió tu vida en un infierno hace muchos años muere? Después hablamos de la policía, que ya ha interrogado brevemente a Esther, pero pronto volverá a hablar con ella de forma más detallada. No fue la inspectora Reynolds quien habló con ella, sino uno de sus subordinados. Esther no habló con Sophie en la reunión, de modo que no es un nombre importante en la lista de Reynolds. Mañana tengo que ir a Norfolk para volver a hablar con ella. Solo de pensarlo siento algo muy parecido a una indigestión.

Esther y yo caminamos en silencio durante unos instantes junto a los árboles que bordean la parte sur del río, que se alzan rígidos y sin hojas hacia el frío cielo, gris y blanco.

–Después de que te marcharas de la reunión, Lorna Sixsmith me dijo que Sam Parker y tú habíais estado casados.

Esther se vuelve para mirarme. El viento azota su pelo alrededor de su rostro.

–Sí, así es.

Mantengo la mirada fija en el río, concentrándome en cómo el agua hace espuma en la orilla, golpeando una botella contra los ladrillos. Cuando pienso en los dos, aún me duele. El dolor es como una cuerda alrededor de mis muñecas: cuanto más trato de liberarme, más me duele.

–¿Por qué no me lo contaste? –me pregunta.

–No lo sé... Supongo que pensé que ya lo sabías. No suelo hablar mucho de ello –digo con voz entrecortada.

–¿Cómo ocurrió? –Esther, consciente de que en el tono de su voz puede apreciarse un exceso de horrorizada fascinación, matiza la pregunta–. Quiero decir que..., nunca me lo imaginé. Sé que en el instituto te gustaba, pero...

–¿Pensabas que estaba fuera de mi alcance?

No me importa. Yo siempre pensé lo mismo.

–No, no exactamente. Pero ¿cómo acabasteis juntos? Tus padres se mudaron de Sharne Bay cuando tú fuiste a la universidad, ¿no?

–Sí. Tras eso, estuve mucho tiempo sin ver a Sam. Coincidimos en Londres unos años después de que yo terminara la universidad, cuando teníamos veinticinco o veintiséis.

Aún puedo sentir la emoción de ese momento. Estaba de pie en la barra de un *pub* de Clapham; me di la vuelta para preguntar a mi amiga Lucy qué quería y vi esos ojos azules, casi tan cerca de mí como lo habían estado la noche de la fiesta de graduación. Lo reconocí al instante, por supuesto, pero él tardó un segundo más que yo. Cuando lo hizo, pareció alegrarse realmente de verme; me dio un abrazo y luego me separó de él para estudiar mi cara, riéndose entre sorprendido y emocionado.

Pasamos toda la noche juntos, una de esas noches mágicas que no quieres que nunca termine. El calor del día aún se percibía en el aire. Nos sentamos en el patio del *pub*, rozándonos las rodillas, para tomar una cerveza y ponernos al día. Solos en medio de una multitud. Lucy y el resto del grupo y los amigos de Sam desaparecieron. A la hora de cerrar, nos quedamos solos en la calle. Cuando él se inclinó para besarme, me derretí por dentro; tiré de él hacia mí, acariciándolo y agarrándole el pelo con las manos mientras sus brazos me estrechaban con tanta fuerza que apenas podía respirar. Me agarré a esta segunda oportunidad de ser feliz con las dos manos, y aunque no siempre me resultó fácil, me aferré a ella durante quince años. Hasta que un día, hace dos años, encontré un mensaje de texto en su móvil que no debería haber estado allí y sentí que se escurría entre mis dedos como los granos de arena.

–¿Y os casasteis?

–Sí.

No me parece bien resumir esos quince años de mi vida en una conversación tan breve, pero me faltan palabras para explicárselo a Esther

aun cuando quisiera hacerlo: la apasionante excitación de estar con él; cómo se convirtió en todo para mí, al menos hasta que nació Henry; el dolor que me causó.

–Y tu hijo... ¿Sam es su padre?

–Sí.

La clase de padre que lo levanta en el aire hasta que está aturdido por la emoción pero que no quiere fregar el suelo cuando vomita.

–Entonces, ¿crees que fue el tipo que acompañaba a Sophie? –me pregunta, consciente de que no quiero seguir hablando–. El autor del crimen, quiero decir. Hablaste con él, ¿verdad?

–Charlamos un rato, eso es todo –contesto, tratando de no parecer demasiado a la defensiva–. Parecía agradable. No me lo imagino... haciendo algo así. En realidad no puedo imaginarme a nadie, y, sin embargo, alguien lo hizo, ¿no? Esto te hace ser consciente de que todas esas cosas que ves en las noticias y en los periódicos... le pasan a gente normal como nosotros. No eran especiales, vivían su vida con normalidad hasta que algo lo trastocó todo.

–¿Y Matt Lewis? –dice Esther–. Siempre sintió algo por Sophie, ¿no?

Para ser alguien que no formaba parte de nuestro grupo, Esther está muy bien informada.

–Bueno, sí, creo que sí, pero eso difícilmente explicaría que la asesinara veintisiete años más tarde, ¿no?

–Supongo que no. ¿No crearás que...? –Esther vacila–. La solicitud de amistad de Facebook, los regalos de cumpleaños...

–No lo sé, Esther. Eso es parte de lo que quería hablar contigo. He recibido más mensajes suyos.

–¿Y qué decían?

Le hago un breve resumen del contenido de los mensajes.

–Pero, Esther, ¿estamos pensando en serio que aún podría estar viva? ¿Dónde ha estado todo este tiempo?

Esther se detiene y se apoya en la barandilla, mirando hacia St. Paul, al otro lado del río, brillante bajo la luz del sol.

–No lo sé. Nunca encontraron su cuerpo, ¿no es así? Pero ¿por qué volver ahora? ¿Y cómo?

–No lo sé. Pero lo que dijo Tim, hablando de ella en presente... Lo vi, ¿sabes? Fuera, la noche de la reunión. En Sharne Bay, cuando hablé con él, me dijo que asistiría en representación de Maria, pero no apareció. Aunque... sí lo hizo, más o menos. Lo vi fuera, hablando con alguien.

–¿Tim estuvo allí?

Esther me mira inquisitivamente.

–Sí. Bueno, no exactamente en la reunión. Lo vi al final del camino, cuando salí a fumar.

–Eso es muy raro. Me pregunto por qué no entraría. Supongo que quizá cambió de opinión en el último momento. Cuando lo piensas, hacer algo así le resultaría extraño a cualquiera. Ir a una reunión de exalumnos, quiero decir. Si realmente te importara alguna de esas personas, aún seguirías siendo su amigo, y si no te importan, ¿qué sentido tiene asistir? ¿Por curiosidad?

–Tú fuiste –digo, sorprendida por sus palabras.

–Sí, y ahora desearía no haberlo hecho. Para empezar, no me vería mezclada en todo esto. Y además, eso significaría que había dejado atrás el pasado, pero no es así. No puedo hacerlo. Tenía que echárselo en cara a todo el mundo... Miradme ahora: tengo una gran carrera, un marido e hijos. Vaya estupidez. Debería haberlo colgado en Facebook, como suelen hacer todas las personas.

Esther aprieta la barandilla con las manos.

–No es ninguna estupidez, Esther. No me enteré de que iba a haber una reunión hasta meses después de que se organizara. A nadie se le ocurrió decírmelo, y me sentí mal. Eso sí que es una estupidez. ¿Por qué debería importarme?

–No debería, pero importa –dice Esther–. Todo importa. Si aún está viva, una parte de mí se siente dolida, porque me lo ha ocultado. Antes de que muriera estábamos muy unidas, ya lo sabes. Hablé de muchas cosas conmigo. ¿Sabes lo que le ocurrió en su antiguo instituto? ¿Te lo contó alguna vez?

–Creo que lo intentó en una ocasión.

Unas tumbonas de madera con listones en la oscuridad, el aliento elevándose en el aire nocturno. Dos dedos meñiques entrelazados.

–El chico que se obsesionó con ella... era muy malo. Ahora se

consideraría acoso, habrían dictado órdenes de alejamiento y todo lo demás, pero entonces no podían hacer gran cosa salvo que la agrediera físicamente.

Esther se vuelve y seguimos caminando a orillas del río en silencio durante un rato.

–¿Qué quieres, Louise? ¿Por qué me has llamado?

Quiero dormir plácidamente por la noche. Quiero cambiar el pasado. Quiero dejar de mirar por encima del hombro en el andén del metro, dejar de pensar en saltar o que me van a empujar cada vez que cruzo un puente.

–Estoy asustada, Esther. Solo quiero saber qué le pasó a Maria; qué le pasó a Sophie.

Quiero saber qué parte de culpa tengo, si seré la siguiente.

–¿No deberías dejar que se encargara la policía?

No sabe que no le he hablado a la policía de la solicitud de amistad de Maria. Hay tantas cosas que no sabe, que me siento abrumada. Me doy cuenta de que no sé qué estoy haciendo aquí.

–Sí, probablemente tengas razón. Oye, Esther, tengo que irme. Debo recoger a Henry en la escuela.

–Ah, de acuerdo. ¿Nos vemos... algún día?

–Sí, eso sería estupendo.

Suena falso, como si me fuera de una cena donde lo he pasado realmente mal, aunque pongo buena cara.

–Adiós, entonces.

Me doy la vuelta y desando el camino que hemos hecho a grandes zancadas, tratando de parecer resuelta. El viento, que durante todo el trayecto ha soplado a nuestras espaldas, me está dando en la cara, humedeciéndome los ojos.

Pienso en Tim al final del camino del instituto. Tim, cuya adolescencia sufrió un revés y cuya vida cambió para siempre tras la desaparición de su hermana. Tim, que debe de haber hecho un gran esfuerzo para tener una vida normal: un hogar, una mujer, un bebé de sonrosadas mejillas. ¿Cómo ha conseguido seguir adelante? ¿Cómo superas algo así? ¿O es que nunca tuvo nada que superar? ¿Ha fingido llorar por una hermana que está viva y se encuentra bien, oculta tras una falsa identidad? Si ese es el caso, ¿qué le habrá contado ella? ¿Qué es lo que sabe?

Capítulo 27

Puede que él la haya salvado, pero eso no significa que deba seguir haciéndolo. Le dice que se esté callada, que no balancee el bote, y que viva la vida que le ha tocado en suerte. Pero ella no vive, en realidad no lo hace. Ella solo existe, agotando un día y luego otro. Pero al final esos días se acabarán, y entonces, ¿qué podrá demostrar a la gente?

A veces, ella se pregunta si podría sobrevivir sola. Sacarse de encima este oscuro y pesado manto de secretismo que lleva..., simplemente quitárselo y marcharse, convertirse en la persona que siempre debió haber sido.

¿Dejaría ella que se acercara alguien más? Él conoce la verdad, y puede que eso le baste a ella; no convivir a solas con eso. Ella nunca podría haberlo superado sin él, lo sabe muy bien. Su fiel compañero, cómplice para siempre de los hechos de la noche que lo cambió todo.

Ella ha vivido su vida en la sombra, huyendo y escondiéndose. Sí, ella puede poner buena cara cuando es necesario, pero por dentro aún sigue siendo esa chica. Está dividida entre el miedo que le retuerce las entrañas a que cualquiera pueda saber quién es realmente y el vehemente deseo de que la vean tal y como es. ¿Acaso no es eso lo que todos queremos?

Capítulo 28

2016

Los niños a quienes habitualmente recogen a las tres las madres que son amas de casa forman fila fuera del aula. Henry, por supuesto, no está allí, y la señora Hopkins me mira, confusa.

–Hoy he terminado antes de trabajar –miento. En realidad, necesitaba ver a Henry y he venido directamente desde South Bank para recogerlo más temprano–. ¿Puedo asomar la cabeza? –pregunto, señalando el aula.

La forma en que los niños esperan en la acogida de la tarde tiene algo especial: están cuidadosamente sentados frente a sus pupitres, con los abrigos puestos y las mochilas encima de la mesa, esperando la siguiente instrucción. Eso me toca la fibra sensible. Aunque son muy pequeños, ya han tenido que aprender a conformarse. Henry está hablando en voz baja y con confianza con la niña que está sentada a su lado. El primero en verme es el niño que se sienta al otro lado, Jasper, el amigo de Henry, al que empieza a dar frenéticas palmaditas en el brazo.

–Henry. ¡Henry! Tu mamá está ahí.

Henry se da la vuelta y su rostro se ilumina, echando chispas por los ojos.

–¡Mamá! ¿Qué estás haciendo aquí?

Es evidente que se muere de ganas de salir corriendo hacia mí, pero mira ansioso a la señorita Jones, la nueva maestra ayudante, para que le dé permiso.

–Hoy he terminado antes de trabajar. Vamos, ¿te apetece ir al parque?

Vuelve a mirar a la señorita Jones, que sonrío.

–Adiós, Henry. Hasta mañana.

Cuando cruzamos el patio del recreo, veo a una corpulenta mujer que se cierne sobre la maestra que está en el aula contigua. Ya he visto a esa madre

antes con su prole de rebeldes hijos con sobrepeso. En esta ocasión es el turno de su único hijo varón, que está de pie a su lado, pateando violentamente la mochila que hay en el suelo, junto a él. Es evidente que la maestra le ha dirigido el tan temido «¿Podemos hablar un momento?» cuando ha ido a recoger a su hijo. Está claro que, a sus ojos, él es un angelito que no puede hacer nada malo, de modo que no se lo está tomando muy bien y mueve un dedo frente a la cara de la maestra.

En el parque, Henry grita arrebatadamente de júbilo mientras empuja el columpio para que vuele cada vez más alto. Su alegría aumenta al ver a su amigo Dylan entrando por las puertas amarillas acompañado por su madre, Olivia.

–¡Dylaaaaan! ¡Estoy en los columpios!

Dylan se acerca corriendo.

–¡Ven a jugar a la tela de araña! –ordena.

–¡No, ven a los columpios! –grita Henry.

–No –contesta Dylan muy serio–. A la tela de araña.

–Vale. Para, mamá –dice Henry, por lo que detengo el columpio y los dos se alejan juntos.

–¡Oh, benditos sean! ¿Son muy amiguitos, no? –dice Olivia, mirándolos con cariño.

Aunque Dylan me ha dado más bien la impresión de ser un dictador, evidentemente no digo nada.

–¿Tomamos algo? –me pregunta Olivia.

Nos acercamos al pequeño quiosco y pedimos dos cafés. Yo no le quito los ojos de encima a Henry mientras juega; de vez en cuando se cae al suelo. Me doy cuenta de que Dylan se queda en lo alto de la tela de araña «disparándole».

–¿Te has enterado de lo que ha ocurrido hoy en el patio de recreo a la hora de la recogida con Angela Dickson?

–¿Quién? –le pregunto.

No suelo estar a menudo en la puerta de la escuela cuando están todos los demás, y me cuesta saber quién es quién.

–Ya sabes, Angela Dickson, la... –baja la voz– ... *gorda*. La que tiene tantos hijos.

–Ah, sí, ya sé quién es. –Estoy distraída porque no consigo ver a Henry, pero al momento sale de donde se ha estado escondiendo del fuego enemigo y me relajo, aunque sin quitarle ojo–. La he visto discutiendo con la maestra cuando nos íbamos.

–Ha sido más que una discusión –dice Olivia–. ¡Ha golpeado a la señora Smithson!

–¿Que la ha golpeado? –Me vuelvo y la miro fijamente–. ¡Oh, Dios mío! ¿Lo has visto?

–Sí, aún estaba allí, hablando con la señora Hopkins. –Olivia es una de esas madres que siempre tiene un problema acuciante que debe tratar con la maestra. Somos amigas en Facebook, y todas las semanas escribe algún comentario quejándose de la escuela..., como por ejemplo, libros de lectura que no son lo suficientemente estimulantes para el genio de su hijo y cosas así–. En realidad la golpeó en la cara.

–¿Llamaron a la policía?

–No estoy segura –dice–. Vi que se acercaba el señor Knowles. –El señor Knowles es uno de los pocos maestros de la escuela–. La verdad es que no creo que tuviera muchas posibilidades enfrentándose a Angela Dickson.

Vuelvo a mirar hacia la tela de araña, pero Henry y Dylan no están allí. Miró detrás de mí, hacia el fuerte, pero no hay ni rastro de ellos. El parque es grande, y tiene muchos juegos. Pueden estar en cualquier parte.

–¿Puedes ver a los niños? –le pregunto a Olivia.

–Oh, estarán por ahí. Vamos a sentarnos en ese banco; desde allí podrás ver casi todo el parque.

Nos dirigimos hacia el banco de pícnic y Olivia se sienta. Dejo el café encima de la mesa y examino el parque con ansiedad. Olivia sigue hablando sobre el altercado que ha tenido lugar en la entrada de la escuela.

–No los veo –la interrumpo.

Olivia echa un vistazo con indiferencia, sorbiendo su café.

–Seguramente estarán en el fuerte. Tranquila, Louise, estarán por ahí. Míralos, ahí están.

Dylan está dando vueltas alrededor de un árbol, imitando el sonido de una ametralladora, pero no veo a Henry. Siento que me falta el aire, pero intento mantener la calma. Probablemente estará en el árbol. Ya lo he encontrado allí

otras veces, trepando tan alto que tuve que apretar los labios para dejar de gritarle que se bajara. Me dirijo hacia el árbol, tratando de no correr y de respirar con normalidad. Cuanto más me acerco, más evidente me parece que no hay nadie en el árbol. En verano es fácil esconderse en él, pero en esta época del año no tiene hojas, y antes de llegar me doy cuenta de que las ramas no podrían ocultarlo. No veo a Henry por ninguna parte.

-Dylan -digo con voz demasiado fuerte-. ¿Dónde está Henry?

-No lo sé.

-Pero hace un momento estabas con él, ¿no?

-Sí, pero entonces se puso a hablar con una señora.

¡Oh, Dios mío! Es como un mazazo en la cabeza. Por un momento creo que voy a desmayarme, pero consigo recomponerme, obligando a mi boca a articular correctamente las palabras.

-¿Qué señora? ¿Dónde?

Me arrodillo delante de Dylan, agarrándolo por los brazos.

-No lo sé. Por allí.

Dylan señala en dirección al fuerte, se suelta y sale de nuevo corriendo hacia el árbol.

Empiezo a correr, respirando entrecortadamente, gritando su nombre. Cuando llego al fuerte, me agacho para mirar a través de la puerta. Dos niñas pequeñas con una muñeca en un cochecito me miran con recelo. Son las únicas que están dentro. Me giro, inspeccionando frenéticamente el parque.

-¡Henry! -grito.

Recorro el parque, mirando detrás de cada uno de los juegos, llamándolo cada vez más fuerte. Algunas madres empiezan a mirar a su alrededor, preguntándose si deberían ayudarme. Siempre hay alguien llamando a sus hijos, pero en mi voz hay un deje de desesperación que obviamente las preocupa. Olivia se levanta y llama a Dylan, presumiblemente para preguntarle dónde vio a Henry por última vez.

Estoy a punto de sacar el teléfono para llamar a la policía, olvidándome por completo de mi propia seguridad o reputación, cuando lo veo. Está de pie en el otro extremo del parque, de espaldas a mí, mirando hacia la puerta que da a una zona más grande del parque. Me paro y de mi boca sale un sonido a

medio camino entre un sollozo y un grito ahogado. Gracias a Dios. Empiezo a caminar hacia él, esta vez sin prisas.

–Henry –le llamo, y él se da la vuelta, sonriendo–. ¿Dónde estabas?
–Intento no levantar la voz–. No te encontraba.

–En el parque –dice.

–Dylan me ha dicho que estabas hablando con una señora.

–Sí. Le gustaban los trenes. Me hizo un montón de preguntas sobre Thomas.

Mi ritmo cardíaco se ralentiza. Puede que solo fuera una madre, o una abuela que había llevado a sus nietos al parque.

–¿Dónde está?

–Dijo que tenía que irse. La estaba saludando con la mano.

Inspecciono el parque. A lo lejos veo una figura con un abrigo oscuro dirigiéndose hacia la salida principal.

–¿La acompañaba algún niño?

–No, estaba sola.

–¿Qué edad crees que tenía? –le pregunto, y, en cuanto lo hago, me doy cuenta de que es absurdo preguntarle eso a un niño de cuatro años.

–¿Veinte? –dice, pero eso podría significar cualquier cosa comprendida entre una adolescente y una anciana. Y también una mujer de mi misma edad.

Estoy demasiado alterada para quedarme más tiempo, y logro convencer a Henry para volver a casa sin problemas con la promesa de un chocolate caliente frente a la televisión. En el coche, mientras le pongo el cinturón de seguridad, noto que el móvil vibra en mi bolsillo. Lo ignoro hasta que me acomodo en el asiento del conductor y Henry está a salvo en la parte de atrás. Rezo para que sea un correo electrónico de trabajo. Pulso la pantalla para activarla. Es Maria. Mientras leo y releo el mensaje de Facebook, el ruido que hace Henry mientras tararea contento y desafinando para sí mismo, lleno de alegría pensando en el chocolate que le espera, es como un montón de agujas perforándome los oídos.

Henry parece un buen chico. Espero que lo vigiles de cerca. Es tan fácil, ¿verdad? Te das la vuelta un segundo y ya no están.

Capítulo 29

2016

Hoy decido entrar con Henry en la escuela. Me quedo mirándolo mientras cruza el patio del recreo en dirección al aula y me dirijo hacia las oficinas, donde, como de costumbre, la estirada señora Harper está sentada tras su pantalla de cristal. En el otro extremo del despacho, su ayudante, la señorita Wallis, está ordenando nerviosamente unos documentos en un archivador. Espero el consabido par de minutos mientras la señora Harper teclea furiosamente, ocupándose de algo mucho más importante que yo. Al final, se vuelve para mirarme.

–¿Puedo ayudarla en algo?

–Soy Louise, la madre de Henry Parker. –Siempre debo decir esto cada vez que vengo aquí. No sé si será verdad que no me reconoce o que me está castigando por algo, como no esperar habitualmente a la puerta de la escuela o tener un apellido distinto del de mi hijo–. Solo quería revisar el protocolo de seguridad referente a la recogida.

–¿Sí?

Si usara impertinentes, se los estaría bajando. La temperatura de la oficina desciende algunos grados: he hecho algo impensable, cuestionando la competencia de la escuela.

–En estos momentos tengo motivos para estar especialmente preocupada, de modo que quiero asegurarme de que nadie, salvo yo, pueda recoger a mi hijo sin mi permiso.

–Pero normalmente suele ser usted quien viene a recogerlo, ¿no? –me pregunta, con un tono que denota desdén hacia mí. Le pega, pienso, con su fantástico trabajito en la escuela, donde solo está en horas lectivas.

–No, está en la acogida de la tarde –contesto, tratando de hablar en un tono

neutro– Pero, obviamente, eso es algo habitual y que la escuela ya sabe. Yo estoy hablando de la posibilidad de que lo recoja otra persona.

Veo un brillo en sus ojos ante la posibilidad de un escándalo.

–¿Se refiere a su padre? –Baja la voz–. Quizá debería concertarle una visita con el director...

Se vuelve hacia la pantalla, clicando en la agenda de visitas.

–¡No! No hay ningún problema con su padre. –La señora Harper enarca las cejas–. Me estaba refiriendo a otra persona.

La señora Harper suspira.

–Señora Parker, puedo asegurarle que no permitiremos que... –Hace una pausa infinitesimal, pero lo bastante larga como para que yo sea consciente de que en ese momento le cuesta mucho recordar quién es mi hijo–. No permitiremos que Henry vuelva a casa con nadie que no sea su madre, su padre o la niñera habitual sin su expresa autorización.

Williams, pienso, como de costumbre, mi apellido es Williams. Pero no es el día para esta batalla en concreto. Aunque no me queda otra elección que aceptar lo que dice, salgo con el corazón encogido. Ojalá pudiera tener siempre a mi lado a Henry. Cuando no está conmigo, la angustia se convierte en un dolor físico que me atraviesa como una espada.

Sin embargo, no hay forma de evitar la cita de hoy en Norwich. Después de pasar tanto tiempo alejada de esa parte del mundo, viviendo una nueva vida en Londres, ahora no me deja en paz, ejerciendo una magnética atracción a la que me siento incapaz de resistirme.

En algún lugar, dentro del edificio con fachada de cristal que tengo frente a mí, me está esperando la inspectora Reynolds. ¿Qué estará pensando? ¿Se preguntará algo sobre mí o soy tan solo uno de los muchos testigos a los que tiene que interrogar, la última de una larga lista? Quizá su formación le impida pensar así. Tal vez la han preparado para pensar siempre que todos los testigos saben algo que puede ser vital para el caso. O peor aún, puede que haya percibido algo en mí, cierto titubeo o cautela. ¿Me va a bombardear a preguntas, atacándome de una forma totalmente inesperada? Tengo que estar

preparada. Debo estar convencida de mi relato, tanto, que ella no sea capaz de confundirme.

Una mujer joven me conduce a la sala de interrogatorios. Mientras avanzamos por un pasillo habla conmigo por el simple hecho de hacerlo. Tocamos un montón de temas muy británicos: el tiempo, los atascos de tráfico, las ventajas o desventajas de las calles de una sola dirección... Soy incapaz de decir si es una técnica pensada para que me relaje antes de que salten sobre mí o si sencillamente la mujer es así de aburrida.

Bajo las frías luces, me siento en el borde de una silla de plástico y empiezo a dar vueltas sin parar a la taza de cartón que hay encima de la mesa de color beis. Miro subrepticamente a mi alrededor, tratando de descubrir si hay algún espejo polarizado secreto, como en las series de televisión, pero supongo que es la cámara del circuito cerrado de televisión la que está cumpliendo esa función.

La inspectora Reynolds está hablando por teléfono cuando abre la puerta, pero termina en seguida la conversación y me sonrío. Es más corpulenta de lo que recordaba, aunque en esta diminuta habitación todo parece amplificarse. Me doy cuenta de que tiene una verruga en la mejilla y unas manchas rojas en los párpados.

–Louise. ¿Cómo está?

–Bien, gracias.

«Muy bien» sería excesivo.

–Este es el sargento Stebbings.

Hace un gesto señalando al hombre con traje que ha entrado detrás de ella, alto y de unos cincuenta y tantos años; se ha sentado junto a ella, frente a mí. Lo reconozco: estaba con Reynolds el día que los vi alejarse en el coche con Pete delante de las oficinas de Foster & Lyme.

Reynolds pasa directamente a las preguntas; con ella no hay charla sobre el tiempo. Repasamos lo que ya habíamos hablado, pero en esta ocasión estoy preparada para las preguntas sobre Pete. Sí, hablé con él al principio de la velada. Parecía estar bien, de buen humor. Los vi discutiendo, pero creo que luego no volví a verlo; seguramente se fue. Es evidente que Reynolds está siguiendo esta línea de investigación, pero al darse cuenta de que no la lleva a ninguna parte, se da por vencida y cambia de perspectiva.

–Muy bien. Algunos testigos afirman que Sophie pasó mucho tiempo hablando con Sam Parker y Matt Lewis. ¿Está de acuerdo?

–Sí. En el instituto eran muy amigos de Sophie.

–¿Cree que alguno de los dos era algo más que amigo?

–En aquella época, Matt estaba enamorado de ella, aunque no puedo asegurar que pasara algo entre los dos. Solían flirtear, ya sabe, pero creo que eso era todo, al menos por parte de Sophie.

–¿Y Sam?

–No –digo instantáneamente–. Con Sam seguro que no.

Demasiado rápido. Reynolds está alerta, parece interesada.

–¿Por qué lo dice?

–No sé si ya lo sabe, pero Sam y yo estuvimos casados. Nos separamos hace dos años.

–Entonces, ¿fueron... novios adolescentes?

–No. –Vaya expresión más repelente. Ella parece opinar lo mismo, porque ha sonado raro cuando lo ha dicho–. Después de dejar el instituto estuve mucho tiempo sin verlo. Volvimos a encontrarnos por casualidad en Londres diez años después, en el noventa y nueve.

–¿Y qué le hace estar tan segura de que Sophie nunca tuvo una relación con él?

–Bueno, yo...

¿Por qué estoy tan segura? ¿Porque ella sabía que él me gustaba? ¿De verdad creo que eso la habría detenido? ¿Por qué Sam nunca lo mencionó? Quizá no lo hiciera; después de todo, cuando decidimos estar juntos, solo habría sido una historia del pasado.

Reynolds entiende que mi silencio lo dice todo y sigue adelante.

–¿Y qué puede decirme del tiempo transcurrido desde que dejaron el instituto? ¿Sophie mantuvo el contacto con Sam, Matt o alguien más que asistiera a la reunión?

–Creo que mantenía el contacto con alguna gente... Cuando quedé con ella, antes de la reunión, me dijo que aún seguía viendo a Claire Barnes y a Matt Lewis. Puede que también se viera con otros.

–¿Había algo que diera a entender que hubiera tenido relaciones sexuales con Matt cuando ambos ya eran adultos?

-No, no me dijo nada al respecto. Solo que lo veía de vez en cuando.

-¿Y Sam? ¿Se había visto con él desde los tiempos del instituto?

-Hasta donde yo sé, no la vio mientras estuvimos juntos. Pero no sé si se vieron a lo largo de los dos últimos años. Él... se ha vuelto a casar, y tiene un bebé. Solo hablamos porque tenemos que hacerlo, sobre nuestro hijo.

Mencionar a Henry en la conversación hace que el nudo que tengo en el estómago sea más fuerte. Nuestro hijo, que podría estar en peligro por mi culpa. Una parte de mí quiere derrumbarse y contárselo todo a Reynolds, suplicarle que proteja a mi hijo. Pero intento racionalizarlo. ¿Qué peligro corre Henry? Después de lo ocurrido ayer, no voy a perderlo de vista. En la escuela está a salvo. Esta noche se quedará con Sam. Esta mañana le he mandado un mensaje de texto preguntándole si había pensado llevar a Henry a algún sitio esta noche, y me ha dicho que lo recogerá por la tarde, después de la acogida, y que irán directamente a su casa. Tiene cuatro años, nunca está solo. Puedo protegerlo.

Reynolds sigue mirándome inquisitivamente.

-Las cosas no terminaron demasiado bien -digo-. Entre Sam y yo.

-¿Y eso?

-Me dejó por otra mujer. -Incluso ahora odio pronunciar estas palabras: odio su crudeza pura y dura. Yo no le bastaba, aunque le di todo lo que tenía -. Mire, esto no tiene nada que ver con lo que le ocurrió a Sophie.

La expresión de su rostro viene a decir que será ella quien decida eso.

-Muy bien. ¿Cómo estaba Sophie la noche de la reunión? ¿Hay algo que le da que pensar teniendo en cuenta lo que sucedió después?

-Estaba bien. Feliz, dejando de lado la discusión con Pete, aunque no tengo ni idea de por qué se pelearon. Pero, para ser sincera, no sabría decir si estaba realmente bien o no. Como ya le dije, llevaba veinticinco años sin verla, exceptuando esa noche, hace unas pocas semanas.

-Y usted, ¿mantenía contacto con alguien del instituto? Aparte de Sam.

-No. No fueron exactamente los días más felices de mi vida.

-¿Y qué me dice de Sam? Ha dicho que no estaba en contacto con Sophie, pero ¿y con los otros excompañeros de instituto? ¿Mantén el contacto con alguno?

-De vez en cuando salía con Matt Lewis, aunque no muy a menudo. Me

temo que a mí no me interesaba tanto rememorar el pasado.

Estoy tergiversando los hechos. No es que no me interesara; lo que pasa es que no quería tener nada que ver con Sharne Bay ni con los tiempos del instituto, y no podía entender por qué Sam no deseaba también cortar esos vínculos. Las noches que Sam quedaba con Matt, yo fingía estar dormida cuando volvía a casa, le murmuraba que ya me lo contaría por la mañana y luego, después de levantarme, buscaba una excusa para salir temprano de nuestro hogar.

—¿Y qué me dice del resto de la gente que asistió a la reunión? Hemos hablado con los empleados del bar y el personal de limpieza, pero también había un profesor, el señor Jenkins.

—Sí, así es.

—Creo que daba clases cuando usted estuvo en el instituto.

—Sí, así es.

¿Sospecharán de él?

—¿Habló con él o le vio en algún momento de la velada?

—¿El señor Jenkins? Solo cuando llegué. Estaba en la puerta. Oiga, ¿es que alguien ha dicho algo?

—¿Qué quiere decir?

El rostro de Reynolds es inescrutable.

—Bueno... Cuando estábamos en el instituto corrían rumores sobre él. Decían que era... un perverso. Que husmeaba, espiando a las chicas mientras se cambiaban, cosas así.

—Entiendo.

Pero no confirma nada.

—Sin embargo, no sé si esos rumores eran ciertos. La verdad es que a mí nunca me hizo nada, y tampoco me contaron nada de primera mano. Siempre era alguien que conocía a alguien... Ya sabe cómo son los adolescentes, cómo funcionan estas cosas. No pretendo sugerir que él..., bueno, ya sabe...

—Por supuesto.

Reynolds me mira fijamente, con las manos debajo de la mesa.

—Entiendo que no había visto a Sophie desde hacía muchos años, y que no sabía mucho sobre su vida adulta, pero, evidentemente, estamos siguiendo varias líneas de investigación —dice—. Sin embargo, no podemos ignorar el

hecho de que fue asesinada en la reunión de exalumnos de su instituto, una ocasión, en el mejor de los casos, cargada de significado. ¿Pasó algo durante los años de instituto, lo que sea, que cree que pueda estar relacionado con lo ocurrido?

Pienso en el rostro de Maria, mirándome desafiante desde la pantalla del ordenador; en Sophie, su perfil dibujado al otro lado de los cristales de colores de la puerta, preparándose para lo que estaba por venir; en Tim al final del camino del instituto, gesticulando ante una figura vestida con un abrigo negro, y en un colgante de oro, enrollado alrededor del dedo de una chica de dieciséis años hace una eternidad.

–No –contesto–. Nada en absoluto.

Capítulo 30

2016

Cuando salgo de la comisaría de policía, me alejo sin demasiadas prisas, por si Reynolds me está observando desde una de las ventanas del piso de arriba. Tengo el coche aparcado en un garaje cercano de varias plantas, pero paso de largo la entrada; el ruido de mis pies contra la acera me tranquiliza. Los coches pasan zumbando junto a mí con hipnótica regularidad, un telón de fondo para mis rápidas reflexiones.

¿Cómo he acabado mintiéndole otra vez a la policía? Recuerdo a otro detective, un hombre amable. Nunca supe qué le contó la madre de Maria, Bridget, sobre mí, pero no creo que nunca sospechara que hubiera habido juego sucio. La declaración de Esther diciendo que Maria había bebido bastó para concluir que la explicación más probable era un trágico accidente. La lluvia que empezó a caer al finalizar la fiesta cuando abandonamos el salón no cesó en toda la noche, un implacable aguacero que habría borrado cualquier esperanza de encontrar una prueba física. Solo Sophie, Sam, Matt y yo sabíamos exactamente lo mucho que había que matizar las palabras «trágico» y «accidente» para que el veredicto oficial se acercara remotamente a la realidad. Al menos creo que éramos los únicos que lo sabíamos.

Aunque he dejado atrás la comisaría de policía, aún tengo la sensación de que alguien me está vigilando. Siento calor en la espalda, como el del resplandor del sol, ostensiblemente benigno pero capaz de quemar y abrasar. Camino más deprisa, muy alerta, intentando parecer alguien normal que tiene prisa, tal vez para tomar un tren o porque llega tarde a una cita. Cuando llego al centro de Norwich, esquivo a un grupo de turistas y me desvío en dirección al Marks & Spencer. Su familiar ambiente es como un bálsamo relajante. ¿Cómo consiguen que todos los establecimientos huelan igual? En la sección

de alimentación, delante de la nevera de los sándwiches, mirando aunque sin ver el de atún y el de ensalada de pollo y maíz, me doy cuenta de que alguien me está vigilando. Trato de fijar la vista en los sándwiches, pero no puedo evitar el calor que sube hasta mis mejillas. A mi derecha hay una mujer atosigada por dos niños pequeños que se están quejando, y a su lado un hombre de pelo gris vestido con un traje raído que está inspeccionando sin ganas la estantería de alimentos bajos en grasas. Desvío la mirada del hombre y entonces veo a Tim Weston. Me sonrío y me saluda tímidamente con la mano mientras pasa junto al hombre del traje y a la mujer con los niños.

–Hola, Louise. ¿Qué estás haciendo aquí?

–¿Comprando un sándwich?

Me río sin aliento, tratando de disimular mi incomodidad. ¿Tim me ha estado siguiendo?

–Claro. ¿Has venido a Norwich para comprar un sándwich? ¿Ya sabes que en Londres también hay Marks & Spencer?

Aunque lo dice en broma, tras sus palabras hay una acusación.

Me doy por vencida.

–En realidad acabo de estar en la comisaría de policía. He hablado con ellos de Sophie Hannigan.

No tiene ningún sentido evitar el tema.

–¡Oh, Dios! Sí, claro, me he enterado. –Su rostro cambia de expresión–. Es horrible. ¿Sabes... algo más sobre lo ocurrido?

–No, en realidad no. Solo querían hablar conmigo porque estuve allí. Porque estuve hablando con ella en la reunión.

¿Por qué estoy intentando justificarme con él?

–Claro, claro. Lo que ocurrió es algo terrible.

Nos quedamos un momento en silencio, incómodos.

–¿Cuál vas a coger? –pregunta finalmente.

Me quedo mirando los dos sándwiches que sostengo, uno en cada mano, vuelvo a meter uno de ellos en el frigorífico sin fijarme en cuál es y nos dirigimos juntos hacia las cajas. Pagamos nuestros respectivos sándwiches en silencio, salimos del establecimiento y caminamos por la calle peatonal.

–¿Hacia dónde vas? –me pregunta Tim.

–Voy a buscar el coche. Lo dejé aparcado cerca de la comisaría de policía.

Muevo la mano en dirección a Bethel Street.

–Si te parece bien, te acompaño.

En realidad no me parece bien. Hay muchas cosas que no nos hemos dicho, no solo por mi parte, sino también por la suya. Soy consciente hasta la incomodidad de lo poco que lo conozco y de lo mucho que deseo que no sepa demasiadas cosas sobre mí. Nos quedamos de pie en la acera, esperando a cruzar una calle de una sola dirección. Como no estoy familiarizada con las calles, miro en la dirección equivocada y, al bajar de la acera, veo un coche que se dirige a toda velocidad hacia mí. Mi cerebro se mueve más despacio que el coche cuando piso la calzada; siento que los dedos de Tim me agarran por el hombro y tira de mí hacia atrás para que no me atropellen.

–Lo siento –dice al ver que me estoy frotando el hombro–. ¿Te he hecho daño?

–No, no pasa nada. –Suelto una risa temblorosa–. Creo que habría sido mucho peor si no me hubieses sujetado.

–Algunos conductores están locos. Deben creer que están en Brands Hatch.²

Cruzamos con cuidado y seguimos nuestro camino en silencio. No puedo evitar pensar en la figura que estaba en el camino del instituto.

–Entonces, al final decidiste no asistir a la reunión –digo.

Veo a Tim en mi imaginación, agitando los brazos y gritando, y luego alejándose, rodeando con el brazo a la pequeña figura vestida de negro. El rostro de Tim se contrae.

–Sí, pensé que era una mala idea. Ahora tengo mi vida. Mejor dejar las cosas como están.

Entonces, ¿qué estaba haciendo al final del camino? ¿Y quién estaba con él?

–Toda esa historia de Facebook... –continúa–. Gente del pasado que se pone en contacto contigo... Es muy fácil caer en la trampa, pero, en realidad, ¿qué sentido tiene? Es mejor concentrarte en tu vida actual, la que estás viviendo. Nuestra familia nunca volvió a ser la misma después de lo que le ocurrió... a Maria.

–Humm...

No me siento segura para hablar; estoy convencida de que mi voz me

traicionaría.

–Pensé que, si asistía, volvería a revivir todo eso sin ninguna razón. Entonces..., ¿sabes qué le ocurrió a Sophie?

–No, no lo sé.

–He oído decir que fue a la reunión con un tipo. Alguien a quien apenas conocía.

–Sí, la acompañó un hombre. No sé con seguridad si lo conocía mucho.

Hay algo en su interés por los detalles que me impide compartir más cosas con Tim.

–Lo siento, no pretendía dar la impresión de que estaba cotilleando o frivolizando –dice mientras caminamos. Es evidente que ha captado mis señales–. No era consciente de que tú y Sophie aún estabais muy unidas.

–No lo estamos. Quiero decir que no lo estábamos. No la había vuelto a ver desde el instituto.

–Ah, ya. Resulta irónico. No asistí a la reunión porque no quería revivir el pasado, y luego ocurre esto y tengo la sensación de que el pasado me ha dado una bofetada en toda la cara.

–Conozco esa sensación –digo.

Independientemente de cómo se resuelva esta situación, no veo cómo voy a poder sentir algo distinto de lo que siento ahora. He estado toda la vida soportando este peso. Ha cambiado y se ha movido; en algunos momentos ha sido más pesado que en otros, pero nunca me he librado de él por completo y no sé si alguna vez lo haré.

–Sé lo que piensa mi madre –dice Tim–, pero nunca he creído que Maria se suicidara. Era más fuerte de lo que parecía, ¿sabes? Incluso cuando tuvo todos esos problemas en su antiguo instituto, en Londres, nunca pensé ni por un momento que se daría por vencida.

Por un instante, el corazón casi deja de latirme, creo que quiere dar a entender que sospecha que alguien más estuvo involucrado en su muerte, pero sigue hablando.

–Estoy seguro de que la policía tenía razón. Debió beber más de lo que acostumbraba, no debía saber muy bien dónde estaba, o quizá fue a los acantilados para huir de alguien por algún motivo, para estar sola. Y entonces

debió tropezar o... No lo sé. Pensaba que había conseguido dejar de darle vueltas en la cabeza, pero después de lo de Sophie, he vuelto a hacerlo.

–¿Qué pasó en Londres?

Nunca he llegado al fondo de ese asunto. Quizá haya llegado el momento de hacerlo.

–¿Ella no te lo contó?

–No, en realidad no.

Lo intentó, pero no dejé que lo hiciera. Sabía que si la dejaba acercarse demasiado a mí, nunca podría dar marcha atrás si necesitaba hacerlo.

–En su curso había un chico del que se hizo amiga. Pero, más adelante, él quería algo más; le dijo que estaba enamorado de ella. Ella le dijo que no sentía lo mismo, que solo quería que fueran amigos. Sin embargo, después de eso, ella se sentía un poco incómoda con él, se distanció y empezaron a pasar menos tiempo juntos. Entonces fue cuando empezó todo.

–¿Qué fue lo que empezó exactamente?

–Al principio solo eran notas en su mochila, cosas como «¿Por qué ya no quieres verme más?», «Sé que estamos destinados a estar juntos»... Luego empezó a esperarla por las mañanas frente a nuestra casa, antes de ir al instituto. Quería caminar a su lado, y cuando ella le dijo que no, empezó a hacerlo unos metros por detrás de nosotros.

–¿Se lo contasteis a alguien? ¿A vuestros padres?

–Al principio no. Cuando empezó, solíamos reírnos de ello. Además, no sé, en los años ochenta los adolescentes no les contaban sus cosas a los padres, ¿verdad? Al menos no como parecen hacerlo ahora. La idea era solucionar nuestros problemas sin ayuda de nadie. Espero que mi hija no haga lo mismo cuando sea mayor.

Sé exactamente a qué se refiere. Henry es aún tan pequeño que me cuenta todo lo que le pasa, su vida es un libro abierto; incluso las hijas de Polly son mucho más sinceras con ella de lo que yo lo era con mis padres. Cuando era una adolescente, incluso antes de que Maria desapareciera, la vida que llevaba con mis padres estaba completamente separada del resto de mi existencia..., mi vida real, tal y como yo lo veía. Cuando Polly les pregunta a sus hijas cómo les ha ido el día, ella se entera de todo: de las rivalidades, de los desacuerdos, de los pequeños gestos amables... Ella las conoce. Lo que

mis padres conocen, y aún siguen conociendo, es una versión muy resumida de mí, una mezcla de quién era cuando era niña y lo que he decidido mostrar de la persona en la que me estaba convirtiendo.

–Entonces, cuando ese chico se dio cuenta de que con eso no iba a ninguna parte –continúa Tim–, dio un paso más. En un par de ocasiones, ella lo vio frente a nuestra casa a altas horas de la noche, mirando hacia su ventana. No se lo contó ni a mi madre ni a mi padre, para que no pensarán que lo estaba alentando. Y luego empezaron a circular los rumores.

Eso era lo que Maria me insinuó, pero yo no quise escucharlo. Me siento superada, como me he sentido a menudo recientemente, con una impotente nostalgia y el deseo de volver atrás y cambiar el pasado. Cambiar mi comportamiento, al menos. Ahora soy una persona decente. Pago mis impuestos y voy al dentista. Reciclo. Me preocupo por mis amigos y por el mundo en general. Pero ¿cómo concilio eso con las cosas que hice cuando tenía dieciséis años? También soy esa persona, ¿verdad?

–¿Qué clase de rumores?

El rostro de Tim se contrae un poco.

–Cosas horribles. Sexuales. Pero no solo que ella se había acostado con un montón de chicos, o lo que fuera; también dijo que se había acostado con chicas. Ya sé que eso parece estar de moda entre las adolescentes de hoy en día, pero, entonces, llamar lesbiana a una chica era como decir que era una asesina de bebés. Las chicas empezaron a evitarla, incluso las que hasta entonces habían sido sus amigas. Los chicos que nunca se habían fijado en ella empezaron a husmear. Y luego corrió el rumor de que se había acostado con tres chicos a la vez. Uno... –se interrumpe para controlar el temblor de su voz, mordiéndose el labio inferior, y luego escupe el resto de la frase– ... uno en cada orificio.

–Pero ¿por qué le creyó la gente? ¿Acaso no la conocían?

–Si hay un montón de gente hablando de algo, eso acaba cobrando fuerza. Y la idea de que no hay humo sin fuego es muy poderosa. Piensa en hombres famosos que han sido acusados de agresión sexual. Aun cuando sean completamente exculpados y el caso se archive por falta de pruebas; aun cuando la mujer retire la denuncia, ¿qué es lo primero que piensas cada vez

que los ves en televisión o los escuchas por la radio? «Me pregunto si lo hizo». Eso es lo que piensas siempre.

–¿Por eso se mudaron tus padres? ¿Al final se lo contasteis?

Recuerdo ese primer día en la cafetería. Maria me dijo que la causa del traslado se debía a «problemas» en su antiguo instituto que no estaba dispuesta a arrastrar con ella.

–No exactamente. Fue ese chico quien se encargó de hacerlo. Les escribió una carta anónima firmada por «un benefactor preocupado» en la que les hablaba de los rumores, de... las cosas que se decían de ella. ¿Te imaginas lo que significa escuchar todo eso de tu hija?

No puedo imaginármelo, no puedo imaginarme el dolor, la pena y el horror que puede provocar algo así. Pienso en Polly sentada en su cocina, su voz llena de un odio apenas disimulado hacia la acosadora de su hija. Y en Bridget al final de la fiesta de graduación, cuando fue consciente de que Maria había desaparecido, con su resuelta mirada acusándome de un crimen desconocido.

–¿Cómo se llamaba ese chico? ¿Recuerdas su nombre?

–¿Que si lo recuerdo? Por supuesto. Se llamaba Nathan Drinkwater.

Me quedo petrificada en la acera. Una madre con un cochecito doble me golpea la parte posterior de las piernas, chasqueando la lengua cuando hace una maniobra para esquivarme.

–¿Nathan Drinkwater? ¿Estás seguro?

Es el único amigo de Maria en Facebook, aparte de Sophia y yo.

–Es bastante difícil que lo hubiera olvidado, ¿no? ¿Qué pasa?

–¿Conocía alguien más ese nombre? ¿Alguien de Sharne Bay?

–Lo conocía un montón de gente. El primo de Matt Lewis conocía a alguien que iba a nuestro antiguo instituto. Yo echaba chispas cuando se lo dijo a todos. Nos mudamos para huir de lo que había ocurrido, pero no lo conseguimos. Nos persiguió hasta Norfolk. Creo que nos habría perseguido a cualquier parte.

–¿Qué fue de Nathan? ¿Maria volvió a saber algo de él después de mudaros?

–No. En realidad, según me dijo un amigo de un amigo de alguien que lo conocía, murió hace unos años. Sin embargo, no sé si es verdad.

¿Está muerto Nathan Drinkwater? Si no lo está, no parece alguien dispuesto a rendirse por una mera cuestión de distancia. ¿Es posible que sea realmente él quien figura en la lista de amigos de Maria en Facebook? Me pregunto si Maria seguiría teniendo noticias de Nathan después de trasladarse. En cualquier caso, no se lo dijo a nadie. Y, más importante aún, me pregunto si es verdad que está muerto. Y si no es así, ¿dónde está ahora?

Capítulo 31

2016

Esperaba que mi encuentro con Pete en la cafetería que hay delante de Foster & Lyme fuera el último, pero en cuanto salgo de la impresionante mansión de Dulwich Village cuya propietaria es una de mis clientas habituales, Sue Plumpton, suena el móvil y su nombre parpadea en la pantalla. Tengo la intención de ignorarlo. Hoy ha sido un día reconfortantemente normal. He estado absorta en la consulta de Sue, y tengo la cabeza llena de ideas para uno de sus dormitorios, el último de la casa que necesita ser redecorado.

Siento envidia de Sue en su rincón de tarjeta postal de Londres; está divorciada de un banquero y su vida consiste en partidos de tenis seguidos de cafés con leche con «las chicas», paseos por Dulwich Park con *Lola*, su chihuahua, y cenas que ni siquiera tiene que molestarse en preparar. Sonrío al pensar en la ración de pastel de patata con carne de Marks & Spencer que compartí con Polly la última vez que estuvo en casa... Me pregunto si eso puede considerarse una cena. Me planteo enviarle un mensaje de texto a Polly para preguntárselo, pero entonces recuerdo con una punzada de dolor que no nos hablamos.

Al ver el nombre de Pete en el móvil, mi ansiedad reaparece con toda nitidez. Estoy demasiado asustada para ignorarlo. ¿Y si ha ocurrido algo?

–¿Sí?

Mi voz me parece cautelosa incluso a mí.

–Hola. ¿Cómo estás?

Su voz también suena cautelosa.

–Bien. Acabo de ver a una clienta y estoy volviendo a casa.

–¿Dónde estás?

–Cerca del Dulwich College –contesto.

–Oh, no estoy lejos. No puedo entender que a los chicos que estudian allí les parezca una escuela normal.

–¡Lo sé! Yo también lo pienso. En realidad, básicamente es Hogwarts.

–Exacto. Me preguntaba... –Hace una pausa–. ¿Podemos vernos? Iba a proponerte que quedáramos en el centro, pero hoy estoy trabajando desde casa, en Sydenham. Podría ir para allá y nos vemos en Dulwich... ¿En el parque, quizá?

Tenía muchas ganas de llegar a casa y empezar a trabajar en mis ideas para el dormitorio de Sue, pero sé que no seré capaz de concentrarme en eso ahora, de modo que acepto y quedamos en vernos delante de la cafetería dentro de media hora.

Desando el camino que he hecho por College Road, giro a la derecha en South Circular y al cabo de cinco minutos ya estoy en el parque. La mitad de las madres ricas del sudeste de Londres se han congregado hoy aquí, y corro constantemente el peligro de ser atropellada por niños kamikaze montados en escúteres. Como Pete aún no habrá llegado, doy un paseo hasta más allá de las pistas de tenis, donde algunas mujeres (probablemente las amigas de Sue) golpean elegantemente las pelotas con la raqueta.

Pete llega con cinco minutos de antelación, pero yo ya le estoy esperando. Lo veo esquivando cochecitos y restando importancia con una sonrisa a las disculpas de la madre de un nervioso niño que ha chocado contra sus piernas con un triciclo.

–Hola.

–Hola.

Me doy cuenta de que no puedo mirarlo a los ojos durante mucho tiempo y no sé qué hacer con las manos, que acabo metiendo en los bolsillos para mantenerlas quietas.

–¿Quieres tomar un café o...?

–No. Hoy he tomado demasiado café. ¿Y tú?

–No, demos un paseo –dice, y nos dirigimos hacia el camino.

–Bueno, ¿has vuelto a hablar con la policía? –me pregunta.

–Sí, ayer.

–¿Y no...?

–¿Que si mencioné nuestro pequeño encuentro? –Eso ha sonado más

cortante de lo que pretendía—. No, por supuesto que no. Decidimos no hacerlo. No se lo habrás contado, ¿verdad?

—¡No, por Dios! Lo último que necesitan es otro motivo para sospechar de mí.

—¿Es que acaso lo hacen? Sospechar de ti, quiero decir.

—Oh, no lo sé. Creo que sí, pero, evidentemente, no tienen ninguna prueba, de modo que espero que lo olviden y se fijen en otro. El tiempo que dediquen a investigarme es tiempo que podrían dedicar a estar buscando al verdadero asesino.

—Quizá hay alguna prueba forense que te exculpará. Seguro que deben tener algo.

—Eso espero. —Caminamos durante un rato. Las voces de los niños se desvanecen a medida que nos alejamos de la zona de juegos—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

Hundo más las manos en los bolsillos del abrigo, cerrando los puños.

—¿Por qué estás tan segura de que no lo hice?

—Pasamos la noche juntos, ¿recuerdas?

La ansiedad hace que mis palabras suenen mal y llenas de sarcasmo.

—Lo sé, pero podría haberlo hecho antes. Nos fuimos pasadas las once, y según la policía, nadie recuerda haberla visto después de las diez. Tuve mucho tiempo para..., no sé..., llevarla al bosque.

Sonrío, a pesar de la gravedad de la situación en la que nos encontramos.

—A decir verdad, esa es parte de la razón —digo.

—¿Qué?

—La forma en que has dicho «llevarla al bosque». Quien lo haya hecho nunca lo describiría así.

—Entonces, ¿qué diría?

—No lo sé, pero llevar a alguien al bosque es algo que ocurriría en un telefilm malo.

—Vale, pero ¿por qué no sospechabas de mí antes de decir eso?

Estamos bordeando el lago, y en lugar de responder directamente, le sugiero que nos sentemos en un banco cercano. Uno de los listones del final

está roto, y me siento más cerca de Pete para evitar el borde irregular. Él no se mueve.

-¿Louise?

Nuestras rodillas casi se tocan, solo hay un mínimo espacio entre ellas. Sus manos descansan sobre sus muslos; la piel que rodea sus uñas está agrietada y en carne viva, como si se la hubiese arrancado.

-Sé que no fuiste tú porque sé quién lo hizo.

Las palabras salen atropelladamente de mi boca, antes de que pueda evitar pronunciarlas.

-¿Qué? -Da un brinco y se aleja unos pasos de mí, pero luego vuelve a acercarse-. ¿De qué coño estás hablando? Si sabes quién lo hizo, ¿por qué diablos no se lo has dicho a la policía?

-No, disculpa. Me he explicado mal. No sé quién es, pero sé que es la misma persona que me ha estado mandando mensajes a mí y también a Sophie antes de que muriera. Tiene que ver con lo que ocurrió cuando estábamos en el instituto.

-¿Qué? ¿La historia del acoso de la que me hablaste? ¿Y a qué mensajes te refieres?

Vuelve a sentarse y poco a poco se le va pasando el enfado. Libero la tensión y el nudo de mi estómago se afloja cuando decido que voy a contárselo todo. Es prudente, tiene tanto que perder como yo.

-Tú no estás en Facebook, ¿verdad?

-No, ya te lo dije. Me mantengo alejado de las redes sociales -dice-. Están llenas de chiflados.

-Bueno, pues yo sí -digo.

Empiezo a contarle la historia. Cuando llego a la fiesta de graduación, me tropiezo con las palabras, mirándolo fijamente con ansiedad para detectar alguna expresión de horror o de disgusto. Sin embargo, no reacciona ni me interrumpe, sino que deja que se lo cuente todo, incluida la parte de los mensajes de Facebook de Maria, la cita por internet y el incidente en el parque. Cuando ya he terminado, me aparto un poco de él, dejando que el listón roto se clave en la parte posterior de mi muslo.

-Ahora ya lo sabes todo. Quienquiera que asesinara a Sophie es la misma persona que me ha estado mandando esos mensajes. Lo cual significa que o

bien es alguien que siempre ha estado cerca o... Nunca encontraron el cuerpo de Maria. ¿Entiendes ahora por qué no quiero que la policía establezca más relaciones de las necesarias entre Sophie y yo? ¿Por qué no quiero que sepan que pasé la noche en la habitación de un hotel con su novio?

–Supongo que sí, pero...

–¿Me odias? –le pregunto.

Se me saltan las lágrimas, avergonzada por mi infantil necesidad de consuelo.

–¿Por lo que le hiciste a Maria? No, no te odio. Eras joven. Tomaste una mala decisión, eso es todo. Es lo que suele hacer la gente cuando es joven. Sí, tuvo consecuencias imprevisibles y catastróficas, pero solo fue una mala decisión. Estoy seguro de que has pagado por ello, ¿verdad? –Me coge de la mano, mirándome con ojos suplicantes–. ¿No te das cuenta, Louise? Esto podría librarme de la cárcel. Si se lo cuentas a la policía...

Retiro la mano, como si hubiera intentado mordérmela.

–No. No puedo hacerlo, ya te lo he dicho.

–Y lo comprendo, de verdad. Pero solo tienes que contarle lo de los mensajes de Maria; ni siquiera tienes por qué contar que la acosaste, y mucho menos lo de la droga mezclada en la copa.

–Pero querrán saber por qué me ha buscado Maria, qué fue lo que le hice. Me harán preguntas a las que no quiero responder.

–Pero en cuanto al éxtasis... Has dicho que los mensajes no lo mencionaban... Y con respecto a lo demás, son solo cosas de colegiala. Nada que pueda interesar a la policía.

–Pero querrán saber de qué está hablando Maria y empezarán a escarbar. Darán con ella, o con quienquiera que esté mandando los mensajes. Sea quien sea, sabe lo que hice, y se lo contará a la policía... No puedo hacerlo. Tú no lo entiendes.

Sam lo entendía. Fue el único que siempre lo entendió, y una parte de mí desea estar allí con él, en nuestra burbuja; los dos contra el mundo, con la promesa de su silencio para protegerme.

Pete se aparta de mí y hunde la cabeza entre las manos.

–¿Te acuerdas del otro día en el café, cuando decidimos guardar silencio y no decir nada a la policía?

–Sí.

–Bueno, pues tenía otra razón para querer mantenerme alejado de la policía. Cuando estaba en la universidad, hubo una chica. Éramos amigos, pero ella... tenía problemas, por así decirlo. Solía quedarse a pasar la noche en mi habitación, pero nunca ocurrió nada entre nosotros, aunque creo que ella quería que ocurriera. Entonces, un día, llamaron a la puerta. Era la policía. Me dijeron que habían presentado una denuncia por una grave agresión sexual. Fue ella. Dijo que yo había intentado... forzarla. Que la había sujetado y la había amenazado con hacerle daño si ella no... Les dijo que había conseguido huir antes de que yo..., en fin, ya sabes.

Mientras me ha contado todo esto ha mantenido los ojos fijos en el suelo, pero ahora me mira.

–Fui exculpado; no había pruebas, porque yo no había hecho nada. Pero sé que la policía la creyó a ella y a mí no. Me trataron como a una mierda. Oía los cuchicheos en los pasillos, sentía sus miradas. Y en cuanto a echarme una novia..., en fin, después de eso, ninguna chica quería acercarse a mí. Y ahora me siento como si estuviera pasando otra vez. Sé lo que piensa todo el mundo: Sophie y yo discutimos, y luego desaparecí. No hay humo sin fuego. Por favor, Louise, tienes que hablarle a la policía de los mensajes de Maria. Ellos podrán rastrearlos. Podrán encontrar quién está realmente detrás de todo esto.

–No –digo en voz baja–. Querrán saber por qué les he mentado, por qué no les hablé de los mensajes desde el principio. Y, de todos modos, no puedo hacerlo. Puede que no haya ninguna prueba, pero no soy la única persona que sabe lo que ocurrió en la fiesta de graduación. Quienquiera que esté mandando esos mensajes, sabe lo que hice. Si abro esa puerta, saldrá todo a la luz. No habrá nadie que pueda pararlo. Podría ir a la cárcel; podría perder a mi hijo.

–No vas a ir a la cárcel, Louise. Estás exagerando. Piénsalo.

¿Está en lo cierto? ¿Le he dado tantas vueltas a todo esto que me he ofuscado y no puedo pensar en nada más? Me he pasado tantos años ocultando la verdad que ya no sé qué es real. Pasé muchos años con Sam, que sabía lo que hice y se mostró tan firme como yo en que debíamos mantenerlo

en secreto. Pero quizá estuviera tan ciego como yo, quizá fuera tan incapaz como yo de pensar en ello de una forma racional.

Quizá. Pero, por el bien de Henry, necesito estar cerca de él. Aun cuando la posibilidad de ser procesada por la muerte de Maria sea mínima, es un riesgo que no puedo correr.

–No –digo–. Tenemos que seguir como hasta ahora, pasar desapercibidos.

Pete niega con la cabeza, negándose a mirarme. Respiro profundamente. Una parte de mí piensa que hubo algo entre nosotros, puede que solo fuera una chispa, pero una chispa que con el tiempo podría haberse convertido en una llama. Sin embargo, lo que estoy a punto de decir extinguirá por completo esa pequeña luz.

–No te olvides del Travelodge –le digo–. Yo también guardo un secreto sobre ti, ¿recuerdas?

Mientras lo veo alejarse, me pregunto si alguna vez seré capaz de tener una relación normal, o si mi pasado manchará todos los aspectos de mi futuro. Probablemente sea bueno que se haya ido... Al menos ha pasado ahora, antes de que tuviera ocasión de sentirme unida a él. Tarde o temprano hubiera ocurrido.

Estoy demasiado confundida, demasiado triste. Estoy demasiado sola para estar con alguien.

Capítulo 32

2016

Estos últimos días, desde el paseo por el parque con Pete, han sido muy sombríos. Gracias a Dios, no he tenido citas con ningún cliente; así pues, aparte de llevar a la escuela a Henry cogido fuertemente de la mano durante todo el trayecto, me he quedado en casa, donde he pasado la mayor parte del tiempo en la cama mientras Henry estaba en el colegio. El pasado fin de semana debería haber estado en casa de Sam, pero me pidió si podíamos cambiarlo porque tenía algo que hacer. Acepté encantada.

Sé que me estoy retrasando con el trabajo, y que dentro de pocas semanas, cuando sea obvio lo poco que me he dedicado a él, correré el riesgo de perder también a Rosemary, pero es que no soy capaz de ponerme en marcha. Estoy nerviosa, miro por encima del hombro, y no me quito de la cabeza la imagen del cadáver de Sophie. Me pregunto si alguna vez dejaré de imaginarme a mí misma en un trozo de tierra, fría y sin vida. Ahorro energías para el rato que estoy con Henry desde que voy a recogerlo hasta que lo acuesto, porque necesito mostrarle mi mejor cara.

Ahora está durmiendo, exhausto después de pasar el día en la escuela. Hoy quería volver de nuevo al parque, pero después de lo que ocurrió la última vez no sé si podría soportarlo. Me estoy preparando una taza de té cuando suena el timbre de la puerta. Doy un brinco y me quedo mirando fijamente sin verla la cucharilla que tengo en la mano. ¿Quién se presentaría sin previo aviso a estas horas?

Llevo los pantalones del chándal más viejo que tengo y una sudadera, y soy incapaz de recordar cuándo fue la última vez que tomé una ducha. Me paso la lengua por los dientes y noto que están ásperos; está claro que hoy no

me los he lavado, y puede que ayer tampoco lo hiciera. Si no hago ningún ruido, es posible que quienquiera que sea acabe marchándose.

Vuelve a sonar el timbre, ahora dos veces seguidas, y luego se escucha un golpe en la puerta que suena muy formal. ¿Y si es Reynolds? Si es ella, no tiene ningún sentido esconderse; tarde o temprano acabará dando conmigo. Dejo la cucharilla sobre la encimera; al hacerlo, observo que está llena de las cucharas y las tazas de estos últimos días. ¿He comido algo o solo he estado tomando té? No lo recuerdo.

Me dirijo hacia el pasillo. Al otro lado del cristal esmerilado veo una silueta borrosa. Avanzo por el pasillo, aguantando la respiración, y entonces, con un movimiento rápido, abro la puerta.

–Ah, eres tú.

Mantengo la mano en la cerradura de tambor, sin saber muy bien cuánto tiempo debo dejar pasar antes de cerrar la puerta ni de qué humor estará Sam.

–Genial –dice, parpadeando y fijándose en mi desaliñado aspecto–. No es necesario demostrar tanto entusiasmo...

–Disculpa, pero..., ¿qué estás haciendo aquí?

–Una vez más, genial. En nuestro país, por tradición, cuando alguien se presenta en tu casa, le das la bienvenida, le ofreces algo de beber, esas cosas...

Doy marcha atrás y decido volver a empezar con buen pie.

–Lo siento. Pasa.

El pasillo le queda pequeño, como de costumbre. Este apartamento era demasiado pequeño para él. Llenaba todo su espacio. Resulta mucho más adecuado para una solterona como yo. Sam echa un vistazo al salón mientras nos dirigimos hacia la cocina.

–Vaya, está muy cambiado.

No ha estado en el apartamento desde que casi decidí sucumbir a mi soledad y dejé que volviera a formar parte de mi vida. De eso hace alrededor de un año y medio, pero recuerdo lo que sentí: el deseo, lo mucho que quería dejarme llevar. Desde entonces, he intentado asegurarme de que solo lo veo cuando le llevo a Henry, y eso siempre lo hago en la puerta de su casa. Las raras ocasiones en que hemos tenido que vernos para hablar de algo relacionado con Henry, siempre hemos quedado en terreno neutral.

–Oh, lo siento, ¿qué esperabas? –Mi tono de voz es más duro de lo que pretendía–. ¿Que lo convirtiera en un santuario dedicado a ti? ¿Que pondría una enorme foto tuya sobre la chimenea?

Parece molesto.

–Perdona, no quería... Es bonito, solo que ha cambiado.

En la cocina, Sam mira a su alrededor, tratando de no reaccionar cuando ve las tazas sucias, el suelo sin barrer y que todo está muy descuidado.

–Normalmente no está así –murmuro–. Pero estos últimos días no he estado muy bien.

–No pasa nada, Louise, no te preocupes por eso –dice, aunque él sí parece preocupado.

–Dame un minuto, ¿vale? –digo.

Me meto en el baño, me lavo los dientes, me salpico la cara con agua fría y me lavo por encima, tratando de no pensar por qué lo estoy haciendo. En la habitación, me quito la sudadera manchada y me pongo algo decente. Cuando vuelvo a la cocina, me siento un poquito más humana.

–¿Té? –le pregunto.

Recojo unos cuencos sucios y unos cubiertos manchados y luego limpio apresuradamente la encimera.

–Prefiero algo más fuerte –dice.

Empuja hacia un lado un plato lleno de migas mientras se sienta a la mesa de la cocina. Recojo el plato y lo meto de cualquier manera en el lavavajillas junto con el resto de los cacharros sucios.

–Hay vino en la nevera. ¿Puedes sacarlo mientras yo...?

Señalo el lavavajillas.

Se levanta, coge el vino y se acerca al armario de arriba para sacar dos copas. Sabe dónde está todo. Desde que se marchó, no he hecho ningún cambio en la cocina. Sirve una copa para cada uno y empuja una hacia mí.

–Siéntate, Louise. No tienes que limpiar porque yo esté aquí.

Me doy por vencida, prometiéndome a mí misma que, cuando se haya ido, saldré del letargo en el que me he sumido desde que vi a Pete en Dulwich.

–Bueno, ahora que ya estás aquí y te has servido una copa, ¿a qué has venido? Henry está durmiendo.

Me siento y tomo un trago de vino. No estoy de humor para juegos y es

liberador comprobar que no me importa lo que piense de mí, al menos en este momento.

–No he venido a ver a Henry. He venido a verte a ti. Supongo que quería hablar con alguien. Sobre Sophie y sobre todo lo ocurrido. Es horrible.

Parece preocupado de verdad y me ablando.

–Lo sé. Es espantoso. ¿Has hablado con la policía?

–Sí. Querían sacar algo del hecho de que Soph estuvo mucho tiempo hablando con Matt y conmigo. A ver, era una de mis mejores amigas cuando estábamos en el instituto; es lógico que hablara con ella.

–¿De verdad? ¿Una de tus mejores amigas?

Cuando pienso en mis amigos del instituto, nunca considero a ningún chico como parte de ese grupo. Había chicos, por supuesto, pero, a los dieciséis años, ellos no podían ser tus amigos. Siempre había una diferencia, una distancia, te gustaran o no.

–Puede que no fuera mi mejor amiga, pero sí parte del grupo, ya sabes.

Supongo que sí. Mis sentimientos con respecto a esa época, con respecto a Sophie, a Sam, a Maria, son muy complicados. Y ahora todo se ha mezclado con la solicitud de amistad de Facebook y lo que le ha pasado a Sophie. Estoy en una sala de espejos llena de reflejos distorsionados y de salidas falsas. No sé cómo he llegado hasta aquí y no tengo ni idea de cómo salir.

–¿Mencionaste... lo de Facebook? ¿A Maria?

Parece inquieto.

–No. Sabía que tú no querías que la policía se enterara y..., bueno...

–Tú conseguiste el éxtasis –digo terminando la frase por él.

Juega con el tallo de su copa.

–Todo esto me ha hecho pensar, ¿sabes? –dice.

–¿En qué?

–Bueno, ya sabes, en el pasado. Esas cosas. ¿Sabes a qué me refiero?

Levanto las cejas, decidida a no ponérselo fácil.

–Tú y yo hemos vivido todo eso juntos. Eso simplifica las cosas entre nosotros, ¿no?

–¿Tú crees?

Ahora mismo no son sencillas. En el ambiente pesa lo que no hemos dicho.

–Oh, Lou. Sé que aún estás enfadada conmigo, y tienes derecho a estarlo.

Te hice daño, me comporté mal. Y lo siento mucho, de verdad. Pero esperaba que al menos pudiéramos ser amigos. Pensé... que quizá necesitabas un amigo en estos momentos, alguien que te comprendiera. Quién sabe lo que pasó realmente. Sé lo que hago.

Tiene razón, por supuesto: eso es lo que necesito desesperadamente. Lo que no necesito es volver a relacionarme con él, permitirle que vuelva a enredarse en la madeja de mi vida. Pero, ahora, él es el único que lo entiende. Está de pie a mi lado, con los brazos extendidos, y es muy tentador dejarse caer en ellos.

–¿Has tenido más noticias... de quienquiera que esté detrás de esa página? –me pregunta.

Me doy cuenta de que no sabe que he recibido más mensajes. No me atrevo a hablar del que mencionaba a Henry. Se pondría furioso por ni siquiera habérselo dicho en su momento. Decido responderle con otra pregunta.

–Sam, ¿crees que es posible... que Maria esté viva? –De repente, estoy a punto de echarme a llorar–. ¿Y si la solicitud es realmente suya? Debió descubrir que la drogaron. O quizá lo averiguara otra persona.

Me coge la mano y, muy a mi pesar, cierro mis dedos a su alrededor.

–No, Louise. Sinceramente, no creo que eso sea posible. No después de tanto tiempo. Quienquiera que esté haciendo esto es tan solo un perturbado que pretende asustarte.

–Pero Esther... ha estado recibiendo regalos de Maria por su cumpleaños todos los años desde que desapareció.

–¿Qué?

–Le llegan a la oficina de correos, y se supone que son de Maria.

Sam frunce el ceño. Casi puedo ver unas ruedas en su cabeza dando vueltas mientras trata de procesar esta información.

–Perdona, ¿quién dices que recibe esos regalos?

–Esther Harcourt. Iba a nuestro curso. Estuve hablando con ella en la reunión.

–No la recuerdo.

Se encoge de hombros, y ese pequeño gesto resume la tragedia de nuestra adolescencia: la diferencia entre los que lo tienen todo y los que no tienen

nada. Por supuesto que no se acuerda de Esther. No era atractiva ni popular, nunca estuvo en el radar de Sam. Yo tampoco lo habría estado de no haber sido por mi relación con Sophie. Me invade desesperadamente el deseo de no haber sido nunca amiga de Sophie, de haber sido valiente y no haber abandonado a Esther. Fue mi falta de valentía, mi cobarde deseo de ser aceptada, de ser popular, lo que me ha llevado hasta aquí.

–Debe de ser la misma persona que abrió esa página de Facebook –continúa–. Como ya te he dicho, algún perturbado. ¿Lo sabe la policía?

–No lo sé. Yo no se lo he contado, pero puede que Esther sí lo haya hecho. Sé que habló con la policía cuando empezó a recibir los regalos, pero no demostraron mucho interés.

Sam vuelve a sentarse y me suelta la mano.

–¿Me dirás lo que está pasando la próxima vez que hables con la policía? –dice.

–Sí, claro.

–¿Y también me dirás si sigues recibiendo más mensajes de Facebook?

Aunque le prometo que lo haré, sé que es una promesa que no voy a cumplir. Estoy tan sola en todo esto como siempre lo he estado. Polly aún no se ha puesto en contacto conmigo desde que le conté lo de Maria, y, como debo mantenerlo alejado de mí, Sam tampoco puede ayudarme. No quiero permitir que este sea el modo de que vuelva a formar parte de mi vida. Me sirvo otra copa de vino y él me acerca la suya, esperando que se la llene. Lo hago. Total, ¿qué más da?

–Bueno, ¿y qué tal todo lo demás? –me pregunta–. ¿Qué tal el trabajo?

–El trabajo va bien. He recibido otro encargo de Sue Plumpton... ¿Te acuerdas de Sue?

–¿Cómo podría olvidarme de la Plumpton? ¿Aún tiene ese horrible perrito?

–¿Lola? Oh, sí, aún está en plena forma. Si es que puede aplicarse la expresión «plena forma» a lo que básicamente es un híbrido entre perro y rata. En realidad, tuve que integrar su canasta en el diseño del salón de Sue.

–¡No!

–Sí.

En cuanto empiezo a relajarme, metiéndome en la conversación, me

sorprende que, a pesar de todo, eche de menos esto. Antes de que naciera Henry nos sentábamos juntos todas las noches a esta mesa con una copa de vino y compartíamos los chismes del día. Esto fue a menos los primeros meses de vida de Henry, y fue sustituido por las idas y venidas por el apartamento, abrumada por el cansancio, tratando infructuosamente de tranquilizar a Henry cuando gritaba apoyado en mi hombro. Sam se metía en la habitación con el ordenador portátil, molesto. Nunca recuperamos esa compenetración, ni siquiera cuando Henry empezó a dormir toda la noche. Pasar de una familia de dos a otra de tres, donde uno de los miembros dependía por completo de los otros dos, cambió totalmente el equilibrio de nuestra relación.

Mantengo el ritmo de la conversación, preguntándole primero por su trabajo y luego por algunos amigos comunes con los que perdí el contacto después del divorcio. Evidentemente, hay un enorme elefante en la habitación que estoy decidida a no mencionar, pero, por desgracia, obvia el tema cuando le pregunto por su madre. Cuando él y yo decidimos estar juntos, ella, hasta cierto punto, formaba nuevamente parte de su vida, aunque no la vimos hasta mucho después de que naciera Henry.

–Está absolutamente obsesionada con Daisy, mucho más de lo que lo estuvo con Henry. No lo sé, quizá sea porque es una niña. Le da todos los caprichos.

Pienso con una punzada en mi pequeño: el intenso amor que siente por sus peluches, como si fueran reales; el empeño que pone en cualquier tarea que emprende; lo muy en serio que se toma la vida. ¿Es posible que su abuela quiera más a ese otro nieto solo porque es una niña? Puede que no sea por eso. Quizá el problema fui yo. Siempre he creído que no le caía bien a la madre de Sam, y me pregunto, aunque no me atrevo a preguntárselo a él, cómo le va a Catherine en ese aspecto. Sin embargo, ahora que ha mencionado a Daisy, no puedo dejar pasar del todo por alto el tema.

–¿Y qué tal es la segunda vez? Me refiero a ser padre.

–Oh, es genial, genial. Es una maravilla; crece muy deprisa, está pendiente de todo. –Dice las palabras correctas, pero hay un deje en su voz que conozco perfectamente. Espero, negándome a llenar el silencio–. Sin embargo, es

bastante agotador –dice–. No te deja demasiado tiempo libre para..., en fin, para hacer otras cosas.

Debo haber mostrado algún tipo de expresión en la cara, porque continúa.

–Lo sé, lo sé. Pobre hombre; se siente excluido, el bebé ha ocupado su lugar. Muy tópico, ¿verdad?

Se ríe, esperando que yo también lo haga, pero la historia me resulta tan familiar que no puedo fingir.

–Estoy segura de que debe ser duro –consigo decir, y no puedo evitar añadir–: Pero seguramente no tanto como dejar solo a un niño de dos años.

–¡Ah! Supongo que me lo merezco. –Se pasa una mano por la cabeza, desde la frente hasta la nuca–. Lo siento, Louise. Lo siento de veras. Y sé que..., bueno, supongo que para ti debe haber sido difícil saber que he tenido otro hijo.

La palabra «difícil» ni siquiera se acerca a lo que ha supuesto para mí. Nos costó mucho tener a Henry. Todas esas malditas inyecciones, todas esas interminables visitas. Y, ¡oh, Dios!, la espera: la total incapacidad para concentrarse en cualquier otra cosa, evitando hacerme el test, porque si salía negativo no sabía si era demasiado pronto para hacerlo o si de verdad era negativo. Eso resultó muy agotador. Y la impotencia de tener que lidiar con los embarazos de otras mujeres; a mis treinta y tantos años parecía que no pasaba un día sin que apareciera una foto en Facebook o un correo electrónico colectivo titulado, con falsa modestia: «¡Buenas noticias!».

–Me alegro por ti –digo, tratando de decirlo en serio. No quiero ser esa persona, esa caricatura, la exesposa amargada–. Henry tiene una hermana, y eso es lo que siempre habíamos querido.

–Humm... Ten cuidado con lo que deseas.

–¡Oh, Sam! No digas eso.

–No, no, no me refiero a Daisy. Por supuesto, la quiero con locura, eso no hay ni que decirlo. Pero... no es fácil, eso es todo. Tener una relación, o una vida, cuando tienes un hijo pequeño. No sé, contigo no parecía tan difícil.

Por supuesto que no fue difícil, porque yo dejé de hacer cosas para que resultara más sencillo, para allanarle el camino a él. Estuve de acuerdo con todo lo que quería, nunca le dije que no, incluso cuando me pedía algo que no era razonable. Me aseguré de que su vida siguiera siendo normal en la

medida de lo humanamente posible. Él era la única persona que sabía quién era yo, que sabía lo que había hecho, y, a pesar de todo, me quería. Ahora, de repente, me doy cuenta de la presión que suponía para mí estar con alguien con quien siempre me he sentido en deuda. Le estaba agradecida por haberme elegido, por estar conmigo.

–Estoy segura de que será más fácil a medida que crezca –digo, sin saber si es cierto.

–Oh, sí, estoy seguro de ello. –Su voz suena tan poco convencida como la mía–. Pero no hablemos de eso. ¿Te acuerdas de Rob McCormack?

Me cuenta una historia sobre su amigo, al que vi en muchas ocasiones cuando Sam y yo estábamos juntos.

Una hora más tarde aún seguimos sentados a la mesa, y nos hemos bebido la mitad de una segunda botella. Es como si estuviera viéndome a mí misma desde lejos, desequilibrada por una mezcla de vino y nostalgia teñida de un anhelo en el que no quiero pensar. Una parte de mí desea dejarse llevar, fundirme de nuevo con él como casi he estado a punto de hacerlo antes, aunque al mismo tiempo sé que debo contenerme si lo que quiero es mantenerme a salvo y conservar cualquier muestra del equilibrio que he conseguido en estos dos últimos años.

La conversación acaba girando eventual e inevitablemente en torno a Henry, y eso me recuerda la otra gran pérdida que sufrí cuando Sam me dejó: perdí a la única otra persona en el mundo que entiende lo maravilloso y lo perfecto que es Henry. La única otra persona que realmente lo conquista. Nos estamos riendo de aquella vez que se metió una bolita de plástico en la nariz cuando Sam mira el reloj y da un brinco.

–Dios, ¿sabes qué hora es? Debería irme.

Me levanto al instante y retiro las copas y la botella.

–Sí, por supuesto, será mejor que vuelvas. Te traeré el abrigo.

Me dirijo apresuradamente hacia el pasillo para descolgar su abrigo de la percha que hay junto a la puerta, y él me sigue.

–¿Puedo entrar a ver a Henry?

Capto en su voz el anhelo de todos esos fines de semana alternos y le abro

la puerta de la habitación de Henry. La lamparita de Thomas y sus amigos arroja un resplandor azul sobrenatural. Me quedo junto a la puerta, viendo como Sam se arrodilla junto a la cama. Como de costumbre, Henry habrá tenido mucho calor y se ha quitado el pijama. Tiene el pelo pegado a la cara, empapada en sudor. Sam acaricia la suave y sedosa piel de su espalda; Henry se mueve, aunque no se despierta, y acerca a Manky a su rostro. La cara de Sam es inexpresiva cuando sale al pasillo, pero sé lo dolorosamente consciente que es del precio que está pagando por no poder hacer esto todas las noches. Sin embargo, es un precio que yo también debo pagar, porque tampoco puedo hacerlo cada dos fines de semana y la noche entre semana que se queda en casa de Sam. Le tiendo el abrigo y, mientras lo hago, mi mano roza la suya. Siento una descarga eléctrica que recorre todo mi cuerpo. Compartimos ese momento, excitante y amenazador. Me da la sensación de que está a punto de decir algo de lo que quizá se arrepienta, y aunque una parte de mí quiere oírlo, sé que si lo hago todos los esfuerzos que he hecho a lo largo de estos dos últimos años habrán sido en vano. Retiro la mano y el abrigo se cae al suelo. Se inclina para recogerlo, y mientras lo hace, paso junto a él y abro la puerta, dejando que entre el aire frío.

–En fin, me ha encantado verte.

Me inclino hacia delante y le beso rápidamente en la mejilla, sin darle opción en el caso de que quiera besarme. Si mi cambio de actitud le ha sorprendido, lo disimula bien.

–Cuídate, Louise. Y avísame si..., ya sabes.

–Sí, lo haré. Buenas noches.

Prácticamente lo empujo con la puerta, cerrándola firmemente detrás de él. De vuelta en la cocina, me apoyo en la encimera, abrazándome con fuerza a mí misma porque no hay nadie que lo haga por mí. Soy la única que puede cuidar de mí misma, y juro hacerlo mejor en el futuro. Cuando el viento agita los ventanales franceses, miro a través del cristal, pero no consigo ver nada salvo mi reflejo.

Capítulo 33

2016

Mi apartamento ya no es lo que era. Solía ser un refugio seguro, el lugar donde me escondía del mundo. Sin embargo, ahora ya no me siento segura aquí. Solía dar las gracias por Marnie, mi vecina de arriba, una mujer de unos cincuenta años que no parece tener nada más que hacer que ir a un trabajo sin especificar, volver a casa y meterse en la cama. Está tan solo unos metros por encima de mi cabeza, pero ahora apenas la oigo. Cuando Henry era un bebé y yo paseaba por el apartamento con él mientras lloraba, noche tras noche, retorciéndose en mis brazos, pensé que ella quizá bajaría para quejarse, pero no lo hizo. Ahora me resultaría tranquilizador escuchar sus pasos, el ruido mientras se prepara la cena, la televisión, amigos que vienen a tomar una copa. Pero Marnie guarda un silencio sepulcral.

No puedo dejar de dar vueltas en mi cabeza al encuentro de anoche con Sam. Sé que no me imaginé lo que ocurrió entre nosotros en la puerta, y una gran parte de mí da las gracias por no haber sucumbido a ese momento. Sin embargo, una pequeña parte de mí desea que me hubiera dejado caer en sus brazos, que me hubiera dejado abrazar y confortar por la familiaridad de sus caricias. Sin embargo, me obligo a recordar cómo eran realmente las cosas entre nosotros, sobre todo al final. Hice lo que debía hacer. No puedo echar a perder estos últimos dos años.

Esther ha llamado un par de veces hoy, pero la he ignorado y no me ha dejado ningún mensaje. También he recibido una llamada de la inspectora Reynolds. Tampoco contesté, pero me dejó un mensaje en el buzón de voz diciéndome que la llame en cuanto pueda. Si no la llamo en seguida se presentará aquí, armada con un cuestionario de preguntas y su infatigable

minuciosidad. Sé que es inevitable volver a hablar con ella, pero estoy intentando posponerlo todo lo que pueda.

Estoy revisando sin verlos mis correos electrónicos en la cocina cuando suena el timbre de la puerta. Durante unos segundos me planteo no abrir, pero cuando vuelve a sonar avanzo lentamente por el pasillo, casi resignada a enfrentarme a lo que me espera al otro lado de la puerta, sea lo que sea.

–¡Oh! –exclama Esther al ver mi atuendo. A pesar de que he intentado no hacerlo, he vuelto a ponerme los pantalones de chándal manchados y la sudadera–. Lo siento.

–Tranquila –digo tirando del cordón de los pantalones para apretarlos un poco más y evitar que se me caigan. Me siento aliviada al ver que no es Reynolds, pero, por otro lado, me siento vagamente incómoda–. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cómo has sabido dónde vivo?

–¿Serena Cooke?

–Por supuesto. Mi *alter ego*, la que quería hacer testamento.

–Supuse que habrías dado tu verdadera dirección. Es difícil inventarse una de improviso.

–Es cierto. –Nos quedamos un momento en la puerta, sin que ninguna de las dos sepa qué va a hacer la otra–. ¿Quieres... pasar?

La cocina aún está hecha un desastre. Sin embargo, esta vez no me molesto en disculparme, y mucho menos en ordenarla.

–¿Té? –digo, quitando algunos periódicos antiguos de una de las sillas.

–Sí, gracias.

Esther cuelga cuidadosamente el abrigo y el bolso en la parte posterior de la silla antes de sentarse. Se hace un silencio incómodo mientras esperamos a que hierva el agua. Cuando ya estamos las dos sentadas a la mesa, con las tazas en la mano, espero que me diga por qué ha venido.

–He vuelto a hablar con la policía –empieza–. ¿Tú también?

–Sí.

–¿Te lo enseñaron?

–¿Enseñarme? ¿Qué?

¡Oh, Dios mío! Ya sé lo que va a decirme a continuación.

–El colgante. El que llevaba Maria.

Pienso mentalmente en la siguiente mentira. Dudo entre decirle que la

policía no me lo enseñó y decir que sí lo hizo, pero que no me di cuenta de que era de Maria. Sin embargo, en algún punto entre las dos opciones, algo se rompe dentro de mí y mi rostro se llena de lágrimas ardientes.

Esther extiende una mano y me toca el brazo suavemente.

–Lo siento, no quería disgustarte. ¿Es por... los mensajes? ¿Has recibido más?

Me levanto y cojo un trozo de papel de cocina para sonarme la nariz.

–No seas amable conmigo. No me compadezcas. Todo es culpa mía. ¿Se lo dijiste... a la policía? ¿Les dijiste que creías que era el colgante de Maria?

–Sí –dice, desconcertada–. ¿Tú no?

–No. No quería que me relacionaran a mí y a Sophie con lo que le ocurrió a Maria.

–Pero... seguramente ya sabían que todos estabais relacionados cuando les hablaste de la página de Facebook.

–Tampoco les hablé de eso. –Me sonrojo de vergüenza. La sangre hierve espesa en mis venas al pensar en todas las cosas que Esther no sabe–. Y tú..., ¿lo hiciste?

–Sí, por supuesto –dice, perpleja.

Así pues, se acabó. Reynolds ya lo sabe. Sin duda, Tim recibirá muy pronto una llamada y no pasará mucho tiempo hasta que se presenten aquí y llamen a mi puerta. Con una intensa sensación de angustia, soy consciente de que ahora es cuando todo empieza a venirse abajo.

–Bueno, supuse que tú ya se lo habrías contado –continúa Esther–. De todos modos, ya deben haber descubierto los mensajes de Maria en el ordenador de Sophie.

–Por lo que yo sé, no. Si la policía tuviera interés en ellos, parecerían simplemente los inofensivos mensajes de una amiga. En lo que a ellos respecta, Maria solo es una más de las muchas amistades que Sophie tenía en Facebook. Esos mensajes no tendrían por qué levantar sus sospechas, a menos que alguien les haya hablado de Maria.

Y, ahora, alguien lo ha hecho. La policía atará cabos y formará una cadena que los conducirá hasta una noche de verano de 1989.

–No entiendo por qué no le hablaste a la policía de la solicitud de amistad y los mensajes de Maria –dice Esther.

–No quería que me relacionaran a mí y a Sophie con lo que le ocurrió a Maria en 1989 –le repito.

–Pero ¿por qué no?

Esther está totalmente desconcertada.

Ahora ya no importa. La policía encontrará a Maria o a quienquiera que está mandando esos mensajes y descubrirá lo que hice. Todo va a salir a la luz. No tiene ningún sentido seguir fingiendo. Incluso siento un cierto alivio. Aun así, hundo la cara en las manos para no tener que ver la expresión del rostro de Esther cuando se lo diga.

–Lo que le ocurrió a Maria, fuera lo que fuese, fue culpa mía.

Aunque mis palabras suenan como un murmullo, las he pronunciado.

–No es verdad, Louise. Sé que la trataste mal en el instituto, pero de jóvenes todos hicimos cosas de las que luego nos arrepentimos. Cosas que puede que nos horroricen cuando las recordamos siendo adultos.

Detecto, por su voz, lo mucho que le está costando decir esto; detecto los años de dolor y aislamiento que padeció en el instituto y las cicatrices que le dejaron.

–No lo entiendes. Hay algo que tú no sabes. –Me quito las manos de la cara, obligándome a mirarla a los ojos–. ¿Recuerdas que en la fiesta de graduación no encontrabas a Maria y viniste a preguntarme si la había visto? Me dijiste que te había dicho que no se sentía muy bien.

–Sí.

–Yo sé por qué no se encontraba bien. Sophie y yo... hicimos algo...

–Aprieto los puños y respiro temblorosamente. Esther espera, no dice nada–. Echamos éxtasis en su copa.

Esther aspira bruscamente. La observo de cerca. No contesta de inmediato, sino que se lleva la mano a la boca y se da la vuelta para mirar al patio a través de los ventanales franceses. Está a muchos kilómetros y años de distancia, rememorando mentalmente los hechos, reconfigurándolos para encajar en ellos esta nueva y horrible información.

–Pero, entonces, ¿qué le pasó? –me pregunta, volviéndose hacia mí.

–No lo sé. Nunca volví a verla, te lo juro.

Esther se queda nuevamente en silencio, y yo contengo la respiración, esperando mi destino. Me doy cuenta de que, aparte de lo que puede suponer

para mí y para Henry que la policía descubra lo que hice, tengo miedo de perder a Esther cuando empezaba a pensar que la había recuperado.

–Entonces, todo lo de Facebook..., ¿crees que es por eso? –dice finalmente–. ¿Que, quienquiera que sea, lo sabe?

–No lo sé. Nunca lo ha mencionado.

Algo realmente aterrador de los mensajes es que, sea quien sea quien los envía, nunca dice nada concreto. Solo son amenazas veladas desde las sombras.

–La página de Facebook... –Esther se interrumpe–. ¿No puede ser ella, verdad? ¿Dónde habría estado durante todo este tiempo? Incluso el día de mi cumpleaños, cuando recibía el regalo, nunca pensé realmente que fuera ella quien los enviaba. Pero el colgante...

–He barajado todas las posibilidades, créeme. Pero, Esther... Lo que hicimos... ¿Podrás...?

¿Podrás perdonarme?, quiero preguntarle, pero no puedo decirlo; me asusta demasiado pensar en su respuesta, y me siento muy avergonzada por lo egoísta que soy al necesitar tan desesperadamente su perdón.

Baja la vista y se queda mirando su taza, rascando con la uña una mella que hay en el asa.

–Debiste vivir un infierno cuando desapareció. No soy capaz de imaginarme cómo te ha hecho sentir eso.

–Sinceramente, Esther, cuando miro hacia atrás me horroriza pensar en lo que hice, en quién era. Sí, era insegura, es verdad. Me preocupaba perder mi precario lugar en el orden jerárquico, aunque todo el mundo debía ocupar un sitio en esa jerarquía, ¿no? Sin embargo, no todo el mundo hacía lo que yo hice. No todo el mundo era tan... débil. Miro a mi hijo, y si alguna vez alguien lo trata como yo traté a Maria, me gustaría despedazarlo con mis propias manos. Ahora soy otra persona. Espero que..., bueno, espero que puedas ver que es verdad.

Vuelvo a sentarme a la mesa, frente a ella, sin atreverme a respirar.

–Creo que... –Se interrumpe y mira otra vez a través de la ventana–. Creo que probablemente has pagado por lo que hiciste. –Vuelve a mirarme–. Ya sé que ahora eres otra persona, Louise. Puedo verlo.

La tensión que me ha invadido va remitiendo poco a poco. Las lágrimas

me escuecen en los ojos. Ahora ya se lo he contado a tres personas, y dos de ellas me han considerado al menos digna de comprensión, sino de ser perdonada.

–Eso es lo que...

Me interrumpo. Eso es lo que dijo Pete, iba a decir, pero por razones que soy incapaz de articular, no quiero que Esther sepa que nos hemos visto. Siento algo parecido a la vergüenza al pensar en lo que le dije, de modo que intento mantenerlo guardado bajo llave. Entonces ocurre algo muy extraño, como si el hecho de haber pensado en él hubiera invocado a Pete.

–Ah, por cierto, adivina a quién he visto en la estación Victoria mientras venía hacia aquí.

–¿A quién?

–Al hombre que acompañó a Sophie a la reunión. Pete, ¿verdad? Y ahora viene lo mejor. Estaba con una mujer, y no solo eso, sino que iban con un niño, un bebé. Él empujaba el cochecito. Me pregunto si Sophie sabía que estaba casado. No me sorprendería.

Puede que Esther me haya perdonado, pero aún sigue sintiendo desprecio por Sophie incluso después de muerta.

–¡Oh, Dios mío! En la reunión me dijo que estaba divorciado.

¿Me ha estado mintiendo Pete? Y si es así, ¿sobre qué más me habrá mentido?

–¡Lo sé! ¿Crees que debería contárselo a la policía? Aunque seguramente ya lo habrán interrogado y deben saber que está casado. Me pregunto cómo le habrá explicado a su mujer que la policía le haya interrogado.

Conecto el piloto automático de mi boca y reacciono con sorpresas y con otras respuestas adecuadas a esta noticia, moviéndome en el terreno del cotilleo. Sin embargo, por dentro me estoy tambaleando. ¿Será cierto que Pete está casado? No parecía del tipo que le es infiel a su mujer. Pero ¿qué sabré yo?

En la puerta, me inclino para darle un abrazo de despedida a Esther, pero hay algo en su actitud –una vacilación apenas perceptible, una momentánea gravedad en la expresión de su rostro– que me hace dar un paso atrás. Aunque quiere entenderme, no sé si alguna vez conseguirá olvidarse de esto, si podremos ser amigas.

Cuando ya se ha ido, recorro el apartamento como un tornado, encontrando un sitio para todo lo que está tirado por ahí: paso la aspiradora, barro el suelo, cambio la ropa de cama... Cuando termino, me meto en la ducha y me quedo bajo el agua un buen rato, dejando que caiga sobre mí, entrando en calor y quitándome la mugre que se ha pegado a mi cuerpo desde que dejé a Pete en el parque. Pensé que nos estábamos acercando, pero ahora me sorprende lo poco que sé realmente de él. Podría ser cualquiera. Algo que me dijo en la reunión ha estado rondándome por la cabeza, y ahora lo recuerdo. Dijo que nunca iría a una reunión de exalumnos, y se describió a sí mismo como un solitario en sus años de instituto. Pienso en Maria en la habitación de su adolescencia en Londres, mirando por una rendija de las cortinas. Nathan Drinkwater está apoyado en una farola, mirando hacia su ventana, inexpresivo, solo observa. Me he imaginado esta escena antes, pero en esta ocasión el rostro de Nathan es diferente. Esta vez es un rostro familiar.

Capítulo 34

Ella supone que siempre hubo algo oscuro en él, una oscuridad que decidió ignorar. Quizá había algo en ella que buscaba eso irreflexivamente, algo mortal, como un misil sensible al calor.

La primera vez, las cosas que él le hizo la dejaron paralizada, incluso la asustaron, pero aun así, había una parte de ella que reaccionó bien: él está ahí. Ocultó las marcas bajo la ropa, para que nadie pudiera verlas. Él la felicitó, la hizo sentirse especial, le dijo que en la universidad había conocido a una chica que pensó que había ido demasiado lejos, que no disfrutaba de esos juegos como ella lo hacía.

Pero entonces, más adelante, ya no parecían juegos. Al principio, ella había disfrutado de la emoción de dejar que él ejerciera el control, del delicioso estremecimiento de algo que se parecía mucho al miedo. Sin embargo, ella nunca estuvo realmente asustada. Pero a medida que iba pasando el tiempo, ella vio algo en sus ojos, algo distinto. Era como si no estuviera allí con ella. Estaba en otra parte, con otra persona. Alguien a quien no le importaba lastimar.

Siempre había tenido la sensación de que había ocurrido algo que él no le había contado. Algo incluso más oscuro que los juegos a los que le gustaba jugar, cuando le sujetaba las muñecas y le tapaba la boca con las manos o las apretaba alrededor de su cuello. Cruzando los límites hasta que ella era incapaz de decir si lo estaba consintiendo o no: respirando con dificultad, mareada, magullada. Rota.

Quizá es que, sencillamente, no es posible conocer de verdad a la otra persona. Cuando se trata de eso, estamos solos. A veces ni siquiera nos conocemos a nosotros mismos.

Capítulo 35

2016

Hoy he decidido que recogeré a Henry a su hora, pero, como suele pasarme a menudo últimamente, el tiempo pasa volando; no paro de darle vueltas a la cabeza a la visita que me ha hecho Esther a primera hora. Cuando doblo la esquina jadeando, me doy cuenta de que soy una de las últimas en cruzar las puertas de la escuela para recoger a Henry en la acogida de la tarde. Solo quedan unos pocos niños esperando al lado de la señora Hopkins y de la nueva maestra ayudante, la señorita Jones. A la mayoría de los niños los recogen a las tres en punto un padre (una madre, casi siempre) o un abuelo (normalmente, también suele ser una mujer). La acogida es para los desafortunados como Henry, con dos padres que trabajan y que no tienen otros familiares que los lleven a casa para abrazarlos y prepararles un chocolate caliente. El cielo está despejado; pueden verse ya algunas estrellas, y en el aire flota un olor a humo de leña. Estoy deseando pisar las hojas de color rojizo con Henry mientras volvemos a casa, y solo cuando estoy lo bastante cerca observo que ninguno de los niños que está junto a la puerta es Henry. La señora Hopkins me mira sin comprender. Un escalofrío recorre todo mi cuerpo.

–¿Dónde está Henry?

Mi voz está llena de miedo.

–Han venido a recogerlo a las tres... –La señora Hopkins se vuelve hacia la señorita Jones–. ¿Verdad?

La señorita Jones parece preocupada, aunque no mucho. Piensa que debe tratarse de un malentendido, algo fácil de resolver.

–Sí, vino a recogerlo su abuela.

Durante un maravilloso medio segundo, creo que no pasa nada. Mi madre

ha venido sin avisar y ha decidido darle una sorpresa a Henry. Sabe que odio que tenga que quedarse casi todos los días en la acogida de la tarde. Pero en seguida soy consciente de que sí pasa algo, algo grave. Dejando aparte el hecho de que nunca cuida de Henry voluntariamente, mi madre nunca habría hecho algo así sin consultármelo.

–¿Su abuela?

Mi voz suena rara, alta y temblorosa. ¿Es posible que la madre de Sam haya decidido que ya era hora de conocer a su nieto?

–Sí, una mujer mayor, con el pelo largo –dice la señorita Jones, mirándome con incertidumbre a mí y luego a la señora Hopkins.

La madre de Sam lleva el pelo corto, peinado con mucho estilo.

–¡No era su abuela! ¡No conozco a ninguna mujer mayor con el pelo largo!

Se me doblan las rodillas. Extiendo la mano para agarrarme a la valla. Una pequeña astilla se me clava en la piel de la palma.

–Él dijo que era su abuela –dice la señorita Jones, dirigiéndose más a la señora Hopkins que a mí. Se está dando cuenta de la gravedad de lo que ha hecho.

–¡Tiene cuatro años! –le grito–. ¿Le dijo que esa mujer era su abuela? ¿Fue eso lo que le dijo?

–Bueno..., sí...

–¡Solo tiene cuatro años! ¡Se cree todo lo que le dices! ¡Cree que cuando se le caiga el primer diente un hada entrará en su habitación y lo cambiará por dinero! ¡Estuve en la oficina y le dije a la señora Harper que estaba preocupada! No puede creerse lo que le dice un niño de cuatro años; hay un protocolo, una lista de contactos. ¿Por qué dejó que se fuera?

Ahora estoy delante de la señorita Jones, gritándole a la cara. La señora Hopkins se interpone entre las dos.

–Soy totalmente consciente de la gravedad de lo ocurrido, señora Parker. Por desgracia, me llamaron para que me encargara de un violento incidente que tuvo lugar en el patio del recreo en el que estaba involucrada otra madre, y dejé que la señorita Jones se ocupara de la recogida.

–Apuesto a que sé quién era... Esa horrible mujer, la madre de ese niño tan malo.

El miedo me ha soltado la lengua. La señora Hopkins parece

conmocionada.

–Dejaron un mensaje... en las oficinas de la escuela. La señorita Wallis dijo que usted había llamado a la hora de comer. –La señorita Jones ha recuperado la voz; sus ojos están llenos de horror–. Dijo que Henry no se quedaría en la acogida la tarde y que vendría a recogerlo su abuela. Henry parecía conocerla... Pensé que no pasaba nada... Lo siento...

Ahora está empezando a llorar, pero no me quedan emociones para compadecerme de ella.

–¡Yo no hice esa llamada! ¡Nunca he llamado a las oficinas! La señora Harper debería haberle dicho a la señorita Wallis que yo había estado allí para comprobar el protocolo de seguridad. Y, en cualquier caso, está claro que usted no debe dejar que los niños se vayan con nadie que no sepa quién es. ¿Es que no sabe hacer su trabajo?

La señora Hopkins interviene de nuevo.

–Tiene usted toda la razón. Ha sido un lamentable error por nuestra parte y asumo toda la responsabilidad. Tomaremos medidas para asegurarnos de que esto no vuelva a suceder. –Parpadea, mirando a la señorita Jones–. Pero ahora, pensemos en dónde puede estar Henry. ¿Tiene alguna idea de quién puede ser esa mujer?

–No, no sé quién es. No se me ocurre nadie.

Me agarro con más fuerza a la valla y la astilla penetra más en mi piel.

Nos quedamos las tres ahí, como suspendidas en el tiempo, mirando a las demás en busca de una respuesta. Oigo que el móvil emite un pitido dentro del bolso. Lo busco frenéticamente, con manos temblorosas.

Es un nuevo mensaje de Facebook de Maria Weston:

No me equivocaba, Henry es un chiquillo encantador. Si quieres recuperarlo, ve al 29 de Woodside Street, en Sharne Bay. Ven sola. Si no lo haces, Henry sufrirá las consecuencias. Te espero.

Vuelvo a meter el móvil en el bolso, como si me quemara en la mano.

–No pasa nada, ya sé dónde está –murmuro–. Yo... Acabo de darme cuenta de quién es esa mujer. Está bien, no hay ningún problema. Olvidé que le pedí que recogiera a Henry.

No espero que la señora Hopkins y la señorita Jones me crean, pero ¿qué remedio les queda? Salgo corriendo hacia el coche, dejando a la señora Hopkins mirándome con perplejidad y extremadamente preocupada. La señorita Jones parece muy aliviada.

Cruzo las puertas de la escuela con el móvil en mi oído. Él contesta después del tercer tono.

–Hola, Lou.

–Tiene a Henry.

–¿Qué? –dice Sam, distraído–. ¿Quién...?

–Maria –digo jadeando.

La carrera ya me ha dejado sin aliento, pero no puedo reducir la velocidad, no puedo perder ni un segundo.

–Espera un momento. –He conseguido que me preste atención–. ¿De qué estás hablando?

Le cuento lo que ha ocurrido.

–¿Qué coño...? ¿Quién está haciendo esto? Voy a llamar a la policía.

–¡No! Me ha dicho que vaya sola o que Henry sufrirá las consecuencias. Podría hacerle daño si descubre que hemos llamado a la policía. Solo necesito ir allí y comprobar que está bien. La policía puede ir más tarde.

O no.

–Vale, voy a coger el coche. Por suerte, hoy estaba trabajando desde casa. ¿Dónde estás?

Quince minutos más tarde estamos de camino. En cada semáforo en rojo aprieto un poco más los dientes, cerrando la mandíbula con fuerza.

–¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¿Y si Maria le hace daño?

–No le va a pasar nada. Se trata de alguien que solo quiere asustarte. –No lo dice muy convencido. Puedo ver cómo le tiemblan las manos cuando cambia de marcha. Tiene tanto miedo por Henry como yo, aunque intenta hacerse el fuerte por mí–. Pero, Lou... No puedes pensar de verdad que Maria está viva.

Me encojo de hombros, miro por la ventanilla y me clavo las uñas en la palma de la mano.

–Entraré contigo –dice al cabo de unos minutos.

–¡No! No puedes, tengo que entrar sola. –Si no lo hago, sé lo que va a

ocurrir. Maria ya ha cruzado el límite; ha hecho lo inimaginable y se ha llevado a mi hijo. Si me dijera que debo cortarme una pierna para salvarlo, lo haría sin pensarlo—. Tienes que esperar fuera.

Sam me mira con auténtica preocupación.

–Podría ser peligroso. No tienes ni idea de quién puede estar allí dentro.

–Me da igual. Lo único que me importa es sacar a Henry de allí. No me importa lo que pueda ocurrirme a mí. Nunca me ha importado. A nadie le importa.

–No digas eso. A mí sí me importa.

Me acuerdo de la forma en que Sam cuidaba de mí. Estoy mejor sola.

–Y no soy el único –añade—. Hay un montón de gente que se preocupa por ti.

–Pero ninguna de esas personas me conoce de verdad, ¿no? Si supieran lo que hice, no les importaría tanto, ¿no te parece?

–Nunca les has dado la oportunidad de hacerlo, Lou. Y a mí tampoco me la diste. Aunque sabía lo que habías hecho, aunque yo fui parte de ello, seguías guardando las distancias conmigo.

–Yo no guardaba las distancias contigo. –Las lágrimas empiezan a rodar por mis mejillas sin que pueda evitarlo—. No tenía otra elección; de todos modos, siempre tuve que mantenerme a distancia. Siempre me he mantenido a distancia de todo desde que Maria desapareció. Estar contigo hizo que no fuera tan duro, no me sentía tan lejos, porque tú lo sabías, al menos sabías quién era yo. Por eso, cuando me dejaste...

No puedo seguir hablando, unos enormes sollozos me lo impiden. Sam extiende una mano para tocar la mía; su perfil me resulta tan familiar como el de mi propia mano. Retiro la mía y me froto los ojos con fuerza para secarme las lágrimas.

–No –digo—. No me toques.

Vuelve a colocar la mano en el volante y sigue conduciendo en silencio.

Ojalá hubiera alguien más que pudiera consolarme, ojalá Sam no fuera la única persona que está de mi parte. Me pregunto si alguna vez ha estado de mi parte o si, quizá esto es lo que le ocurre a la mayoría de la gente, la única parte de la que está es la suya.

Avanzamos a toda velocidad por la A11 en silencio, mientras el paisaje de

Norfolk se extiende a nuestro alrededor, con sus cielos inmensos y sus campos infinitos. Ya estoy otra vez aquí. El trayecto nunca me había parecido tan largo. Encuentro un billete de tren caducado en el bolso; lo rompo en pedazos a medida que avanzamos, cada trozo más pequeño que el anterior. Ninguno de los dos sabe dónde está Woodside Street, de modo que cuando llegamos a las afueras de Sharne Bay, vuelvo a echar un vistazo al mapa en el móvil. En la calle principal giramos a la izquierda y nos metemos en una urbanización de casas modernas, cuadradas, todas con jardines muy bien cuidados y coches de gama media. Woodside Street es la tercera a la derecha. Avanzamos despacio entre los bungalós.

–No te acerques mucho –digo, presa del pánico, cuando pasamos por delante del número 11–. Para aquí.

Cuando Sam empieza a frenar, yo ya he abierto la puerta y estoy corriendo por la calle.

–¡Louise! –grita.

–¡Quédate aquí! –le grito a mi vez, dejándolo a mi espalda, con expresión de desespero.

Siento descargas eléctricas; si alguien me tocara, sería lanzado hacia atrás, como si hubiera metido un cuchillo en una tostadora. Después de estas últimas semanas escondiéndome, corriendo y reaccionando, resulta casi liberador poder hacer algo positivo, retomando parte del control que me ha sido arrebatado. Corro por la calle: 19, 21, 23, 25, 27. Hasta que llego. El número 29 tiene un aspecto insulso. Mientras que las otras casas parecen atractivas, con la luz encendida detrás de las cortinas cerradas, las ventanas del número 29 se ven oscuras, sin luz al otro lado. Abro la puerta oxidada y avanzo por el camino. El jardín delantero es básicamente un patio con adoquines en cuyas grietas se abren paso algunas malas hierbas. Está bordeado por una estrecha franja de flores que puede que alguien cuidara alguna vez, aunque ahora están abandonadas.

La puerta de la casa es azul, con dos paneles de cristal con dibujos en forma de diamante en la mitad superior. Levanto la mano para pulsar el timbre, pero cambio en seguida de opinión al darme cuenta de que la puerta está entreabierta. La empujo despacio, recordándome que debo respirar. La puerta emite un largo crujido. Entro. Mis botas chirrían sobre el suelo

laminado cubierto de polvo. El ruido resuena en el estrecho pasillo. Hay olor a moho y a la humedad de los sitios que llevan mucho tiempo deshabitados.

El bungalow tiene dos estancias en la entrada, con una puerta en cada lado. Avanzo un poco más por el pasillo, esforzándome por escuchar cualquier sonido en medio del silencio. Con cautela, miro hacia la habitación que hay a la izquierda. Es la sala de estar. Gracias a la luz de la farola que hay en la calle puedo ver un anticuado tresillo de color verde apiñado en torno a una mesita con la superficie de cristal. En un aparador hay varios trofeos y adornos de porcelana cubiertos de polvo; en el estante superior solo hay una fotografía en un marco de plata con intrincadas florituras. Es el rostro que he visto en la pantalla de mi ordenador durante estas últimas semanas: la foto del instituto de Maria. Doy un paso atrás y me vuelvo para mirar hacia la habitación que hay al otro lado del pasillo. También está oscura y vacía. Parece un cuarto de invitados: hay una cama de matrimonio cubierta con un edredón de volantes de color melocotón.

Salgo de nuevo al pasillo. Mi mente me dice que corra hacia el interior de la casa gritando el nombre de Henry, pero debo actuar con prudencia. Me agarro al marco de la puerta de la habitación de invitados, tratando de respirar con normalidad. La puerta que hay delante de mí, al final del pasillo, está cerrada. Hay dos puertas idénticas que acabo de ver a unos pocos metros de donde estoy. Ambas están cerradas. Doy un paso, y luego otro. Dos pasos más y estoy frente a las puertas. Miro primero una y a continuación la otra. Extiendo cautelosamente la mano hacia la que está a mi izquierda. Muy lentamente, empujo hacia abajo el tirador de latón. La puerta se abre sin hacer ruido: es un baño; se ve anticuado pero está limpio, con muebles de color verde aguacate. Mareada por el miedo, doy un paso e inspecciono el interior del baño. Está vacío. Lanzo un ahogado sollozo de terror. Cierro la puerta del baño y me vuelvo hacia la puerta de mi derecha, que supongo que debe ser otra habitación. Agarro el tirador, tratando de controlar el pánico que me invade, un grito silencioso que no debo lanzar. Mientras empujo la puerta, la luz se filtra por el hueco, cada vez más, hasta que puedo ver de dónde proviene: una lámpara de pie que hay junto a un escritorio.

De espaldas a mí hay una mujer sentada frente al escritorio, mirando la pantalla de un ordenador. Su pelo, ralo y canoso, cuelga sobre el respaldo de

la silla. Sigue dándome la espalda mientras echo un frenético vistazo a la habitación, tratando de verlo todo antes de que se dé la vuelta. En el suelo hay un tren de madera nuevo. La disposición de las vías es complicada; con un vuelco del corazón, me doy cuenta de que es uno de los diseños favoritos de Henry. En la pared que hay delante de la mujer, a la izquierda del ordenador, veo una foto mía, la de mi página de Facebook. Al lado hay una fotocopia del artículo que se publicó en el *Sharne Bay Journal* cuando gané ese premio y una hoja en la que está impreso el elogioso comentario de Rosemary sobre mí que aparece en mi página web. A la derecha hay fotos de Sophie, montones de ellas. Posa y hace pucheros desde la pared, mandándome un beso. Incluso hay un recorte del mismo periódico en el que aparece Sophie, impecable incluso después de haber corrido una carrera de 10 kilómetros con unas alas de hada de color rosa. En la pantalla que la mujer tiene frente a ella está abierta la página de Facebook de Maria.

–¿Maria? –susurro.

La mujer empuja la silla hacia atrás, se pone de pie y se da la vuelta. Estoy viendo los ojos de color avellana de Maria, claros y brillantes. Sin embargo, su rostro está lleno de arrugas; tiene las manos retorcidas, con la piel colgando. Mi cerebro se esfuerza por darle algún sentido a lo que estoy viendo. Evidentemente, Maria tendría ahora más de cuarenta años. No esperaba encontrarme una chica de dieciséis, pero esta mujer tiene al menos sesenta y cinco. No es Maria. Es su madre. Es Bridget.

Capítulo 36

2016

Me quedo petrificada en el umbral. Bridget. Sí, es Bridget. Una serie de imágenes cruza por mi mente: Bridget delante de la puerta de la habitación de Maria, con té y galletas y esperanza en su mirada; Bridget bajo la lluvia y la oscuridad, siendo conducida a las oficinas de la escuela, con el miedo y la rabia grabados en sus ojos en igual medida, Bridget eligiendo todos los años un regalo de cumpleaños para Esther fingiendo que es de Maria, una tiritita en su corazón destrozado.

¿Por qué no me he dado cuenta antes? Pero ¿cómo podía saberlo? Aunque viviera un millón de años, nunca podría experimentar un dolor como este, la insoportable angustia que Bridget ha sufrido. Sin embargo, sí puedo comprender cómo puede llegarse a ese dolor, alimentado solo por oscuros pensamientos y por el paso del tiempo, un montón de tiempo vacío. Bridget ha cuidado de su dolor, le ha dado cobijo y lo ha protegido hasta que ha llegado el momento de utilizarlo. Y ahora lo está lanzando sobre mí.

–Pareces sorprendida, Louise. Esperabas encontrar a otra persona.

No es una pregunta.

–¿Dónde está Henry?

–¿De verdad creías que Maria estaba viva? ¿Creías que eso era posible?

Tengo la boca completamente seca y debo hacer un esfuerzo para tragar.

–¿Dónde está Henry? Por favor...

–No, no está viva, Louise. No está viva porque tú la mataste.

Intento obligar a mi mente a procesar lo que estoy oyendo, pero está arrastrando los pies, no quiero reconocer lo que está pasando. ¿Cómo podía saberlo Bridget? ¿Quién pudo contarle lo de la droga en la bebida?

–No... –empiezo con voz ronca.

–Sí, la mataste. Oh, sí, puedes decir que fue un accidente, explicarlo como tú quieras. Pero una madre sabe la verdad. Ella no estuvo vagando por el borde del acantilado por accidente. Ella era inteligente. Aunque hubiera estado bebiendo, es imposible que se hubiera caído accidentalmente. Soy la única que sabe cuál era su estado de ánimo en esa época. Lloraba todas las noches en su habitación, cuando ella pensaba que no podía oírla. Hubo una noche especialmente horrible. Nunca supe qué había pasado exactamente; lo único que decía era que estaba ocurriendo otra vez, como en Londres. Y tú eras la razón de todo eso, Louise. Y Sophie Hannigan también... Supe qué clase de chica era con solo mirarla. Pero fuiste tú quien le hizo daño de verdad. ¿Recuerdas la noche que te invitó a casa?

Su mirada es brillante y dura; me perfora como un rayo láser. No puedo hablar; tengo la boca seca y pegajosa. Ella continúa.

–Aquella noche me fijé en la expresión de sus ojos. Sé que ella pensó que me pasaba de la raya con el té y las galletas, pero me di cuenta de que Maria podía encontrar a una amiga adecuada para ella, alguien que podía marcar la diferencia, cambiar el rumbo de su vida. Bueno, en realidad eso fue lo que hiciste, ¿no? Ella se suicidó, y tú y Sophie Hannigan sois tan culpables como si la hubierais empujado.

Mi primera y egoísta reacción es de alivio. No sabe nada del éxtasis, no sabe que lo eché en la copa de Maria. Durante todas estas semanas estaba tan convencida de que quien mandaba los mensajes sabía la verdad, que no había considerado ninguna otra alternativa. Sin embargo, la duda me hace cuestionar en seguida la sensación de alivio... Puede que Bridget ignore lo del éxtasis, pero quizá no esté del todo equivocada. ¿Cómo puedo estar segura de que Maria no se suicidó? Esther tampoco lo cree, pero ¿quién conocía mejor a Maria que su propia madre?

–Pero... la policía –digo, con voz extraña y engolada–. Dijeron que la muerte había sido accidental...

–¡La policía! Qué sabrán ellos. ¿Qué demostraron? Su muerte no tuvo nada de accidental. Mi hija se quitó la vida, pero eso fue una consecuencia directa de cómo la trataste. No puedo demostrarlo, y la policía tampoco podrá hacerlo nunca, pero sé que es verdad.

Le tiemblan las manos y su frente está empapada en sudor.

–Y durante todos estos años, tú y Sophie habéis vivido, habéis tenido trabajos, novios, maridos, hogares y vidas. Y un hijo. Tú tienes un hijo. Tú le arrebataste eso a mi hija, la oportunidad de ser madre. La oportunidad de sentir ese amor terrible y abrumador, ese miedo, esa sensación de que una parte de ti está caminando sola por el mundo, totalmente vulnerable. Y durante todo este tiempo, mi hija ha estado sola, en las frías aguas del mar.

Su voz es dura, gutural. Se inclina sobre el escritorio, como si fuera a desplomarse.

–Quería estar allí, en la reunión. Quería ver vuestras caras, las de todos, las de los que estabais vivos. Quería montar una escena. Y también quería respuestas.

–Usted organizó la reunión... Naomi Strawe.

–Sí. Te parecerá estúpido, me imagino. –Bridget me mira desafiante, esperando que esté de acuerdo con ella–. Quería que Maria también estuviera allí. Debería haber estado allí.

–Pero usted no estuvo allí..., ¿verdad?

–Pensaba ir. Quería ir, pero Tim me lo impidió. Me vio en la entrada del instituto, en el camino... No quería que entrara. Pensó que no era una buena idea, y no pude convencerle de que necesitaba hacerlo. Él no lo entiende. Nadie lo entiende.

–Era usted... la que estaba al final del camino, con Tim.

–¿Me viste?

Está atónita.

–Sí, bueno, vi a Tim con alguien. No pude ver quién era.

–Pensaste que...

Le brillan los ojos.

¿De verdad pensé en algún momento que Maria no estaba muerta?

–Tú conoces esa clase de amor, ¿verdad? El amor de una madre por su hijo –dice Bridget.

–Sí... Por favor, ¿dónde está Henry? ¿Está aquí?

–Mi bebé, mi preciosa niña. Cuando nació, solo se quedaba dormida apoyada en mi pecho, de día o de noche. Y aunque yo estuviera muerta de cansancio, no la soltaba. La abrazaba, porque eso era lo que necesitaba de mí. Me parecía asombroso que hubiera crecido dentro de mí, carne de mi carne.

Y aunque evidentemente empezó a andar y a hablar, y luego a tener una vida de la que sabía muy poco, una parte de ella aún seguía estando dentro de mí. Y aún sigue estándolo. ¿Te extraña que quisiera resucitar a Maria para que te enfrentaras a lo que hiciste?

–No. Lo entiendo, de verdad. Pero ahora yo también soy madre, por favor...

–¿Cómo te sentiste al descubrir que me había llevado a tu hijo? –Me interrumpe, no me dará la oportunidad de despertarle un poco de compasión –. Sentiste como si te hubieras quedado sin una gota de sangre, ¿verdad? ¿Pensaste que harías algo, lo que fuera, para salvarlo? Eso es lo que quería, Louise. Quería que sintieras solo un poco lo que yo he tenido que vivir cada día desde 1989. A veces, la gente compara la pérdida de alguien con la pérdida de una extremidad... «Oh, fue como perder el brazo derecho», dicen. Pero no tiene nada que ver con eso. Puedes aprender a vivir sin un brazo, sin una pierna, pero nunca asumes la pérdida de un hijo. Nunca te acostumbras a ello. Nunca se vuelve más fácil.

Sus palabras brotan de su boca como un torrente de aguas residuales.

–Espero que mis pequeños mensajes te hayan obligado a mirar por encima del hombro dondequiera que fueras estas últimas semanas. Espero que te hayas despertado sobresaltada en plena noche, dando un brinco al escuchar el menor ruido; que te hayas despertado con un poco más de miedo cada mañana, con un nudo en el estómago, preguntándote si merece la pena, si puedes vivir así el resto de tu vida.

Bridget se agarra con fuerza al escritorio que está detrás de ella, con las manos tensas y la cara roja.

–Lo siento. Lo siento mucho. –Es lo único que consigo decir–. Por favor, ¿dónde está Henry?

–No me basta con un «lo siento». No quiero que lo sientas. Quiero que sufras como yo he sufrido. Me lo imaginaba cada vez que te mandaba un mensaje. El horror en tu cara, el miedo en la boca del estómago. Ni siquiera me bastaba con seguirte, aunque disfruté al ver cómo huiste de mí en ese túnel de South Kensington. Quería que sintieras lo que yo sentía, pero también quería verlo, ver tu sufrimiento con mis propios ojos.

Nos miramos mutuamente, con los ojos entornados. Ella debería estar

exultante. Después de todo, esto es lo que quería. Pero lo único que veo es desesperación y un dolor terrible, infinito.

–Pero ¿por qué ahora? –susurro.

–No quería tener problemas con la policía. Acoso, secuestro... La policía no ve eso con muy buenos ojos. Pero ya no me importa, no desde la última vez que vi a la doctora. Me miraba, amable y preocupada, sentía mucho decírmelo, no estaba segura de cuánto tiempo me quedaba. Sin embargo, yo solo pensaba en una cosa: ahora sí puedo hacer que Louise Williams y Sophie Hannigan paguen por lo que hicieron.

Bridget se está muriendo. Mi cerebro intenta procesar esta información, darle sentido, pero el nombre de Sophie ha hecho que la temperatura de la habitación bajara unos grados. Doy un paso atrás y me agarro al marco de la puerta.

–Eres muy imprudente, Louise. ¿Nadie te ha dicho que debes tener cuidado con las fotos que publicas en internet? ¿Fotos de tu hijo vestido con el uniforme de la escuela? ¿Ocasionales referencias a la calle donde vives? ¿Fotos de tu casa? Incluso te quejas en Facebook por tener que dejarlo en la acogida de la tarde, de modo que sabía que hoy, a las tres, no estarías allí, como todas las madres, como Dios manda.

El cuchillo se retuerce, clavándoseme cada vez más.

–Y en cuanto a la cita por internet... ¡Dios mío, qué fácil fue engañarte! Lo único que hice fue poner la foto de un catálogo. Ni siquiera tuve problemas con el mensaje. Debes estar realmente desesperada. ¡Y estuviste esperando mucho tiempo! ¡Media hora! Tuve que pedir otra bebida en el restaurante que había enfrente del bar. –Suelta una risa desagradable–. Sabía exactamente dónde estaría Henry y cuándo. Deberías haber cuidado mejor de él. Ni siquiera sabía que no debe irse con alguien a quien no conoce. Estaba totalmente dispuesto a creerse que yo era su abuela; me contó cómo le había ido el día, aceptó las golosinas que le di y me dijo lo mucho que le apetecía una tostada.

La tostada. La cocina. Debe estar en la cocina. Huyo del campo de fuerza de dolor y rabia que envuelve a Bridget y corro por el pasillo. La puerta se queda trabada durante un segundo y luego se abre con un crujido.

–¡Oh, gracias a Dios, gracias a Dios!

Henry está sentado a la barra del desayuno, en un taburete alto, frente a un vaso de zumo de manzana y una rebanada de pan tostado con mermelada.

–Hola, mamá –dice con despreocupación.

Corro hacia él y lo cojo, estrechándolo contra mí y enterrando la cara en su pelo y en su cuello. Bajo el olor que la escuela ha estampado en su piel –a lápices, a suelos cubiertos de polvo y a los dedos pegajosos de otros niños–, aún percibo su olor de siempre, el que he estado inhalando como el pegamento desde el día que nació.

–¡Eh! –exclama, enfadado, zafándose de mi abrazo–. ¡Mi tostada!

–Es hora de irse –digo, sin aliento, tratando de hablar con voz tranquila–. Puedes llevarte la tostada.

–Quiero volver a jugar con los trenes. La abuela dijo que podía.

–No tenemos tiempo para eso. Papá nos está esperando en el coche. –Le cojo de la mano–. Vámonos, Henry.

Se oye un ruido en el pasillo, el crujido de la puerta principal y pasos en el suelo laminado. Sam, pienso, acalorada, tirando de Henry por el pasillo.

–¿Mamá? –dice una voz.

¡Oh, Dios mío, es Tim! Los pensamientos bullen en mi cerebro. ¿Es así como acaba todo? ¿Es esto lo último que vio Sophie? ¿Tim lanzándose sobre ella, vengando la muerte de su querida hermana? No creo que Bridget tuviera bastante fuerza como para matar a Sophie, de modo que debió de ser Tim. Quiero decirle a Henry que se vaya, que huya de Tim y corra tan rápido como pueda, pero sé que no entenderá lo que le estoy pidiendo que haga. Es evidente que no está asustado y no entiende en absoluto que estamos en peligro.

–Louise. ¿Qué estás haciendo aquí?

Detecto pánico en su voz. Está de pie, ocupando todo el espacio del pasillo, bloqueando la única vía de escape. Agarro más fuerte la mano de Henry. La mía resbala por culpa del sudor.

–La he invitado yo –dice Bridget, saliendo de la habitación.

Tim se queda quieto en el pasillo. Estoy atrapada entre los dos, como el rey en una partida de ajedrez poco antes del jaque mate, cuando las piezas enemigas se acercan desde todos los flancos.

Tim da un paso al frente.

–¿Qué te ha dicho, Louise?

Aprieto a Henry contra mí. Siento su cálido cuerpo contra las piernas. Él me mira con los ojos muy abiertos, sin desconfianza.

–Mamá, ¿qué has hecho? –dice Tim, en un tono de voz apremiante–. ¿Qué está haciendo aquí Louise?

Intento que mis piernas respondan, que corran o que al menos intenten escapar, pero no obedecerán las órdenes de mi cerebro. Es como una de esas pesadillas en las que estás atrapado en el barro y te persigue un monstruo del que no tienes ninguna esperanza de escapar.

–Ya te lo he dicho –responde Bridget–. La he invitado.

–Acabo de estar en la comisaría de policía. Me han contado lo de la página de Facebook. Fuiste tú, ¿verdad? –le dice Tim a Bridget.

Miro a Tim y luego a Bridget, confusa. Si Tim mató a Sophie, ¿cómo es posible que no supiera lo de la página de Facebook?

Bridget se encoge de hombros, desafiante.

–La policía lo descubrirá –dice Tim–. Pueden rastrear esas cosas. Dentro de pocas horas sabrán que fuiste tú.

–¿Y crees que eso me importa? –replica ella, con voz quebrada–. Me estoy muriendo. Alguien tenía que exigirles cuentas a las chicas que llevaron a Maria hasta ese acantilado.

El rostro de Tim se ensombrece y da un paso más.

–No sabemos qué pasó, mamá. Tienes que superarlo.

–¿Superarlo? ¿Cómo puedo superarlo? Eso no se supera. Además, hay algo más que necesito saber. Él iba a contármelo en la reunión.

–¿Él? ¿Quién?

Tim se pasa una mano por el pelo, que se le pone de punta. Henry se acerca más a mí y lo estrecho con fuerza entre mis brazos, acariciándole el pelo. «No pasa nada», pienso en silencio, sin atreverme a hablar o a moverme.

–Nathan Drinkwater.

Bridget escupe las palabras.

–¿De qué estás hablando? –pregunta Tim, confundido.

–Me envió una solicitud de amistad por Facebook. Bueno, se la envió a Maria. Me dijo que ya sabía que yo no era Maria, pero que sabía algo sobre

lo que ocurrió realmente la noche que desapareció. Me dijo que tenía algo suyo para enseñarme y que lo demostraría. Íbamos a encontrarnos en la reunión, pero entonces apareciste tú y no me dejaste entrar.

–¡Pero, mamá, esto es una locura! Nathan Drinkwater está muerto. Murió hace años.

–¿Qué? –La ira de Bridget disminuye. Por primera vez desde que he llegado, parece vulnerable y perdida–. No es posible.

–Está muerto. Lo busqué después de que Louise me preguntara por él cuando nos vimos en Norwich. Murió en un accidente de tráfico, en Londres. Salió en las noticias, porque era más o menos famoso; escribió un par de libros, aunque no tuvieron demasiado éxito.

–Entonces, ¿quién...?

Bridget mira a Tim y luego a mí, con el rostro lívido.

–No lo sé. Pero no era Nathan.

Tim parece algo cansado. Apoya la espalda en la pared y se frota los ojos. Veo una oportunidad, y, tras unos momentos de letargia, me decido a actuar. Cojo a Henry en brazos con un solo movimiento y corro por el pasillo hacia la puerta principal, que se queda balanceando cuando salimos. Corro por el camino de entrada y salgo a la calle. En la acera, cuando me siento un poco más segura que hace unos instantes, dejo a Henry en el suelo y miro hacia atrás sin dejar de moverme, tirando de Henry, para ver si Tim nos persigue. Noto un golpe. Es el pecho de Sam. Lo agarro. Todo mi cuerpo tiembla descontroladamente.

–¡Papá! –grita Henry con una amplia sonrisa, olvidándose de su tostada y de los trenes.

Sam lo coge en brazos y lo estrecha con fuerza. Las piernas y los brazos de Henry se cierran alrededor de su cuerpo, como un resorte.

–¡Gracias a Dios! –exclama Sam junto al cuello de Henry–. Estaba a punto de entrar, no podía esperar más –me dice por encima del hombro de Henry.

–Tenemos que irnos –digo, apresurándome en dirección al coche.

–¿Qué está pasando? ¿Quién había ahí dentro? ¿Era...?

–No. Era Bridget, la madre de Maria. Te lo cuento en el coche.

–¿Bridget?

Se queda parado en la acera. Le tiro del brazo.

–Vámonos.

Con dedos torpes le pongo el cinturón a Henry en el asiento trasero del coche y me sitúo al lado de Sam. Cierro los ojos durante un segundo. Aún noto la descarga de adrenalina. Sin embargo, la voz de Sam me devuelve a la realidad.

–¡Louise! ¿Henry está bien? ¿Le ha hecho daño?

–No. Creo que está bien. Estaba contento cuando lo encontré.

–¡Gracias a Dios! Debe estar exhausto. Llevémoslo a casa. Por la mañana ya decidiremos qué hacer con Bridget.

Apoyo la cabeza en el asiento. Finalmente consigo disminuir mi ritmo cardíaco. Ahora que Henry ya está a salvo, nada parece urgente. Nos dirigimos hacia la carretera principal, en las afueras de Sharne Bay. Henry se ha quedado profundamente dormido. Contemplo la oscuridad a través de la ventanilla mientras empieza a llover. Lo único que rompe el hilo de mis pensamientos es el rítmico sonido del limpiaparabrisas oscilando suavemente de un lado a otro.

Mientras nos dirigimos hacia la A11 y la lluvia sigue dibujando formas en el parabrisas, empiezo a dormitar, con la cabeza incómodamente apoyada contra la ventanilla. Me estoy sumiendo en ese delicioso estado de relax total en el que sabes que acabarás durmiéndote aunque aún estás consciente, cuando la voz de Sam me sobresalta.

–No puedo creer que fuera Bridget. ¿Qué te ha dicho?

Parece inquieto.

–Me culpa de la muerte de Maria. Y también a Sophie, aunque sobre todo a mí. Con los mensajes pretendía asustarnos y castigarnos por la forma en que tratamos a Maria.

–Pero ¿cómo sabía...?

–¿Lo del éxtasis? No lo sabe. Cree que Maria se suicidó. Y por eso me culpa a mí, por la forma en que la traté. No sabe nada del éxtasis.

–Entonces, ¿no tiene ni idea de lo que sucedió? ¿Te ha hecho pasar por todo esto, aterrorizándote hasta pensar que ibas a morir, secuestrando a nuestro hijo, solo para que supieras qué es el acoso escolar?

Me doy cuenta de que su ira va en aumento. Tiene los nudillos blancos.

–Perdió a su hija, Sam –le digo con brusquedad–. Ninguno de nosotros

puede ni imaginarse lo que ha debido sufrir.

Trato de recordar a Bridget tal y como era la primera vez que la vi: una mujer sonriente y esperanzada, sosteniendo una bandeja con té y galletas. Sin embargo, solo soy capaz de verla tal y como la he visto hoy: con los pómulos hundidos y el sufrimiento grabado en su rostro, como si alguien hubiera tallado sus arrugas con un cuchillo Stanley.

–Lo sé, lo sé. Lo siento. Es culpa de la angustia de esta tarde, después de que Henry desapareciera así. Pensé que lo habíamos perdido, Louise.

Extiendo una mano y la poso sobre su rodilla. Él la cubre con la suya. En el asiento trasero, Henry se mueve y gimotea. Me vuelvo, retirando la mano que Sam cubre con la suya, y la extiendo hacia atrás para acariciar la pierna de Henry.

–No pasa nada, Henry. Vuelve a dormirte.

Miro a través de la oscuridad, pensando en voz alta.

–Es evidente que Bridget no pudo matar a Sophie. Para empezar, ni siquiera estaba allí, y, de todos modos, le habrían faltado fuerzas. Sophie fue estrangulada.

–Entonces debió de hacerlo Tim –dice Sam.

–No –digo–. Hace un momento apareció en el bungalow. Acaba de enterarse de lo de la página de Facebook. Estuvo en la comisaría de policía; ellos se lo contaron. No lo sabía, Sam. No sabía nada acerca de todo esto. Y, de todos modos, ¿cómo es posible que tuviera el colgante de Maria?

–Bueno, no sé cómo explicar lo del colgante, pero en cuanto a la página de Facebook, eso es lo que habría dicho, ¿no?

–No creo que estuviera mintiendo.

–Bueno, entonces..., quizá tenga algo que ver con Nathan Drinkwater –dice Sam, maniobrando para adelantar a un camión.

–¿Qué?

–Nathan Drinkwater. En la reunión me dijiste que Maria también era amiga suya en Facebook, ¿recuerdas? Era ese chico que estaba totalmente obsesionado con Maria antes de que se mudara a Sharne Bay, ¿no? Recuerdo que nos lo contó en su momento el primo de Matt Lewis. Quizá todo esto tenga algo que ver con él.

–Pero está...

Me interrumpo, no tengo intención de acabar la frase. Empiezo a darle vueltas a la cabeza. Cuando le dije a Sam en la reunión que Nathan Drinkwater estaba en la lista de amigos de Maria, me dijo que nunca había oído ese nombre. ¿Por qué ahora menciona a Nathan si no sabe quién es? Vuelvo a repetírmelo mentalmente, tratando de convencerme a mí misma. Sam no sabe quién es Nathan Drinkwater. ¿O sí?

Vuelvo a cerrar los ojos, aunque la sensación de relax se ha desvanecido. Sigo dándole vueltas, tratando de encajar las piezas, pero no parecen pertenecer al mismo rompecabezas. La razón que tenía Bridget para mandar los mensajes de Facebook está clara: quería que sintiera al menos una pequeña parte de su insoportable dolor. Ha estado alimentando ese dolor durante todos estos años, dejando que creciera, ensortijándose con todos sus otros pensamientos hasta que se marchitaron y murieron y solo quedó ese dolor.

Sin embargo, Bridget no mató a Sophie, y creo que Tim tampoco lo hizo. Aquella noche no estaban allí, los vi marcharse, a pesar del cebo que había atraído a Bridget hasta el instituto: la promesa de conseguir información sobre su hija fallecida y algo más..., una prueba tangible. ¿Un colgante?

Pienso en Sophie en la reunión, riéndose con los chicos, diciéndoles que lo sabía y lo veía todo. Y entonces, un poco más tarde, presa del pánico por los mensajes de Facebook, me dijo que en la fiesta de graduación habían pasado «muchas cosas». ¿Qué era lo que sabía? ¿Qué fue lo que vio?

Yo había dado por sentado que el Nathan de la página de Facebook era el auténtico Nathan, que Bridget lo había localizado como había hecho con Sophie y conmigo. Sin embargo, Bridget dijo que Nathan se había puesto en contacto con ella, y no a la inversa. Y Nathan Drinkwater está muerto. Cualquiera puede ser otra persona en Facebook. Es fácil ocultarse detrás de una página anónima en internet. Una madre destrozada y moribunda puede hacerse pasar por su hija muerta para vengarse de las chicas a las que culpa de haber arruinado su vida. Pero alguien estaba jugando con Bridget al mismo juego que jugaba ella. Alguien se hizo pasar por el chico que obligó a los Weston a abandonar su hogar y a empezar de nuevo en un pequeño pueblo de Norfolk. Alguien que sabía que Nathan Drinkwater era la única

persona que, quienquiera que fingiese ser Maria, no sería capaz de resistir la tentación de responderle.

Avanzamos en silencio, roto solo ocasionalmente por los movimientos y los murmullos de Henry en el asiento trasero. No me atrevo a mirar a Sam porque me da miedo que descubra por la expresión de mi rostro lo que estoy pensando. Así pues, vuelvo la cabeza para mirar a través de la ventanilla. Intento mirar más allá de mi reflejo, a través de la oscuridad, pero no puedo ignorar mi cara mirándome desde las sombras, con los ojos muy abiertos. No puedo creer que Sam no pueda oír los latidos de mi corazón.

Yo debería saber mejor que nadie que las cosas no son siempre lo que parecen. Es como cuando alguien cuenta una historia y tú también estuviste allí, y no tiene nada que ver con lo que tú recuerdas. Puede que lo esté contando así con alguna intención, para hacer reír a la gente o para impresionar a alguien. A veces, sin embargo, es que simplemente la recuerdan así. Para esa persona, es la verdad. Entonces es cuando se hace difícil saber si lo que tú recuerdas es la verdad o si tan solo es una versión de ella.

Me doy cuenta de que he estado tratando de aferrarme a la idea de que Sam es un hombre decente porque es el padre de Henry, pero Sam ya me ha mentido antes, y mentía bien. Incluso después de descubrir ese mensaje de texto de Catherine en su móvil, siguió mintiendo, hasta que ya no pudo seguir haciéndolo y me dejó para estar con ella. Todas las mentiras, las traiciones, las muchas formas en que me hizo daño caen sobre mí, asfixiándome. Las veces que me dio un abrazo y eso se convirtió en algo más que un juego, las veces que me agarró el cuello con las manos para vivir una fantasía que no era mía.

Me rodeo con los brazos, aunque en el coche hace calor. He pasado mucho tiempo sumida en la oscuridad, mintiéndoles no solo a los demás, sino también a mí misma. Sin embargo, ahora la puerta está abierta. Es tan solo una rendija, pero está abierta. Y la luz se filtra a través de ella.

Capítulo 37

2016

Mientras Sam aparca frente a mi casa, dando marcha atrás para encajar el coche en un espacio minúsculo, lo único que quiero es alejarme de él. Mi cabeza no para de dar vueltas y soy incapaz de pensar en qué debo hacer a continuación, qué voy a hacer en esta nueva y extraña realidad a la que me enfrento. Me concentro en que debo acostar a Henry, en cómo va a ser ese momento, cuando cierre la puerta detrás de mí, estemos a salvo y pueda pensar.

En cuanto oigo el ruido del freno de mano, me desabrocho el cinturón y abro la puerta del coche.

–Muchas gracias. Voy a coger a Henry y a meterlo en la cama. Hablaremos pronto, ¿de acuerdo?

Mi voz suena fuerte y metálica, no tiene nada que ver con mi voz habitual.

–Sí, vale. Lo llevaré dentro. Pesa mucho cuando está dormido.

–No, no te preocupes –chillo. Me aclaro la garganta–. No te preocupes –repito, con voz más baja y tranquila–. Puedo arreglármelas.

–Ya lo sé, pero me gustaría ayudarte.

Antes de que pueda contestar, Sam ya está fuera del coche, desabrochándole el cinturón de seguridad a Henry. Lo levanta rápidamente del asiento. Henry tiene los ojos medio abiertos, pero vuelve a cerrarlos, con la cabeza firmemente apoyada en el hombro de Sam, que lo coloca sobre una cadera y avanza por el jardín sin decir nada. No me queda más remedio que seguirlo mientras hurgo en el bolso para sacar la llave.

Abro la puerta y me hago a un lado para dejar pasar a Sam y a Henry. Durante unos segundos, pienso en salir corriendo y gritar pidiendo ayuda –estoy segura de que Sam no le haría daño a Henry–, pero me parece

ridículo, y, de todos modos, ¿adónde iría? No conozco a ningún vecino. Y al ver el rostro adormilado de Henry apoyado en la espalda de Sam, sé que, a decir verdad, en ningún momento ha sido realmente una opción. Todo lo que creía saber ha variado; es como entrar en una habitación y descubrir que alguien lo ha cambiado todo de sitio. No puedo dejar que Henry se quede solo con Sam; no sé de lo que es capaz. Los sigo y cierro la puerta detrás de mí.

Sam lleva directamente a Henry a su habitación y lo deja en la cama. Le quita los zapatos y el uniforme con mucho cuidado y lo acomoda bajo el edredón vestido solo con sus pantalones de Thomas y sus amigos. Hay algo en su forma de ocuparse de Henry que hace que me pregunte si no lo habré interpretado todo mal. Sin duda alguna, una persona que sabe que no tiene sentido ponerle el pijama a nuestro hijo porque se despertará en plena noche y se lo quitará, no puede ser la persona que ha... Ni siquiera estoy segura de qué es lo que ha hecho. No soy capaz de articularlo, ni siquiera en mi cabeza.

Sam sale de la habitación y deja la puerta entreabierta, como solemos hacer siempre.

–Creo que después de todo esto necesitamos una copa, ¿no?

Antes de que me dé la oportunidad de contestarle, se dirige hacia la cocina, abre la nevera y saca una botella de vino blanco medio llena. Decido seguirlo.

–Oye, Sam, estoy cansada. ¿Podemos dejarlo para otro momento?

«Vete, por favor. Vete».

Sam saca dos copas del armario. Juro que mañana reordenaré toda la cocina si..., si... Intento terminar mentalmente la frase, pero la dejo colgada.

–No quiero tomar nada. Por favor, Sam, solo quiero acostarme. Dejémoslo para otra ocasión.

Me armo de valor, doy un paso hacia él, le quito las copas y las deposito sobre la encimera.

–Es tarde. Estoy agotada. Por favor.

Él se encoge de hombros.

–De acuerdo. Si es lo que quieres...

Lo sigo por el pasillo, sin muchas esperanzas de creer que ya se ha terminado, que no se ha dado cuenta de que ha metido la pata al mencionar a

Nathan. Un minuto más y habré cerrado la puerta detrás de él. Entonces seré capaz de pensar.

Apoya la mano en la cerradura de tambor, dispuesto a empujarla.

«Vamos –le digo mentalmente–. Abre la puerta».

Su mano se detiene y se vuelve para mirarme. «Abre la puerta».

–No puedo, Louise.

El tono de su voz ha cambiado. Veo como tiemblan los dedos con los que sujeta el tirador de la puerta.

–¿Qué quieres decir? ¿No puedes qué?

«Respira, respira».

–No puedo irme. Aún no. Lo siento.

–Sí que puedes.

Intento controlar el tono de mi voz, disimular el miedo y el pánico.

–No, no es una buena idea. –Con una punzada de dolor que me sorprende, me doy cuenta de que tiene lágrimas en los ojos. Durante los quince años que estuvimos juntos, nunca lo vi llorar. Baja la mirada–. Lo sabes, ¿verdad? Por lo que dije en el coche sobre Nathan Drinkwater.

Yo también bajo la mirada y me fijo en las espirales y los nudos del suelo de madera de roble que elegimos juntos y en el polvo acumulado en las esquinas de la alfombra de la puerta.

–No sé nada.

Mi voz suena como un carraspeo, constreñida por los músculos de la garganta, que se han hinchado y apenas dejan espacio para que salga y entre el aire.

–Lo sabes, puedo verlo en tus ojos. En la reunión te dije que nunca había oído el nombre de Nathan Drinkwater, y ahora sabes que estaba mintiendo. Te doy miedo. Lo sabes.

No está enfadado. En realidad, no lo había visto nunca tan desesperado y tan triste, y el amor y la desesperación que veo en su rostro aprietan incluso más el nudo que tengo en el estómago. Me tambaleo ligeramente. La cabeza me da vueltas.

Extiende la mano para tocarme, pero aparto el brazo. Su semblante se ensombrece.

–Vamos, siéntate –dice–. Déjame que te lo explique.

No espera a que responda. Se dirige de nuevo hacia la cocina, con pasos lentos y pesados, con reticencia. Al pasar por delante de la habitación de Henry, vacilo. La luz de la lamparita de noche se filtra por la puerta que Sam dejó entreabierta. La cierro con cuidado y sigo a Sam por el pasillo, aunque las piernas apenas me sostienen.

Sam ha cogido la botella de vino de donde la dejó, sobre la encimera. Está sentado a la mesa, sirviendo dos copas. Me hace un gesto indicándome que me acomode a su lado. Lo hago. Noto que mi cuerpo pesa como el plomo.

–¿Recuerdas cuándo decidimos estar juntos, Louise? –dice–. Éramos felices, ¿verdad?

Le daría la razón en todo lo que dijera, fuese lo que fuese, pero estar de acuerdo con él en esto es fácil. Sí, éramos felices. Por primera vez en mi vida estaba con alguien que sabía lo que había hecho y aun así me quería. De algún modo, se aligeró el sentimiento de culpa. Cuando me besó en la calle, delante de ese *pub* de Clapham, me sentí más ligera de lo que me había sentido en muchos años.

–Fue un alivio estar contigo. Me amabas tan incondicionalmente, con tanta... inocencia... –Me parece una palabra bastante extraña teniendo en cuenta las cosas que habíamos hecho juntos. Debe de haber captado algo en la expresión de mi rostro, porque insiste–. Era inocente, Louise. O quizá puro sea un adjetivo más apropiado. Lo que hicimos juntos, lo hicimos por amor. Lo deseabas tanto como yo, ¿verdad? Jamás te obligué, ¿no es cierto?

Está casi suplicando. Niego con la cabeza. No, él jamás me obligó. O, para ser más precisos, yo nunca le dije que no. Siento un escalofrío, una repulsión mezclada con los restos del deseo. Al principio resultó liberador cruzar los límites del sexo convencional que había practicado con otros novios. El hecho de dejarse llevar, de renunciar al control, me excitaba, me hacía sentir libre. Pero en algunas ocasiones, sobre todo después de que naciera Henry, hicimos cosas con las que ya no me sentía cómoda. Pensé que era porque había sido madre, y eso me había cambiado. Pero nunca se lo dije. No lo hice porque sentía que él se estaba alejando de mí y no quería darle ningún motivo para dejarme.

–No quería hacerle daño a Sophie, te lo juro.

Sam da vueltas a la copa de vino con la mano. Está a punto de derramarlo.

–No, por supuesto que no –digo.

Noto el sabor de la bilis en la boca. Por Dios, ¿qué fue lo que hizo?

–Solo quería que se callara, que dejara de decir todas esas cosas, cosas que alguien más podría oír. Pero no se callaba, seguía hablando, diciendo que me había visto con Maria en la fiesta de graduación, preguntándome qué había pasado, si Maria me había dicho algo, si yo le había dicho algo a ella. No paraba de repetirle a Sophie que no, que no pasó nada, que dejé a Maria en el bosque y que estaba bien la última vez que la vi.

–¿De qué estás hablando? ¿Qué significa que dejaste a Maria en el bosque? ¿Cuándo?

No me contesta, solo sigue moviendo la copa de vino con más fuerza.

–¿Sam? –Las ganas de saber pasan por encima del miedo que tengo. ¿Estoy a punto de conocer la respuesta a la pregunta que me ha estado torturando desde que tenía dieciséis años?–. ¿Esto tiene algo que ver con Matt?

Pienso en los ojos de Matt en la reunión, fijos en los míos, y en su insistencia en que todos debíamos mantener la boca cerrada. De pronto tengo la esperanza de que lo que Sam está a punto de decirme es que a lo largo de todos estos años ha estado encubriendo a Matt.

–¿Matt? No, no tiene nada que ver con él. A él solo le preocupa que se descubra que fue él quien suministró el éxtasis. –Mi esperanza se derrumba–. Fue muy duro –continúa, dejando la copa encima de la mesa con mucho cuidado–. Ver que aún seguías destrozada por eso durante todos estos años, saber que con unas pocas palabras podría poner fin a tu sentimiento de culpa, a tu vergüenza. Sin embargo, también era consciente de que eso supondría el final de lo nuestro.

Me quedo mirándolo fijamente, sin saber muy bien si quiero que siga hablando. Toma mis manos entre las suyas, apretándolas, envolviendo una y otra vez las palmas con los pulgares. Posa el rostro sobre mis manos, para que no pueda verle los ojos cuando habla. Las palabras salen de su boca, imparables, mientras siento su cálido aliento en las manos.

–Tú no mataste a Maria, Louise. Fui yo.

Capítulo 38

Louise no comenta con nadie los detalles de su vida sexual con Sam. Está demasiado avergonzada de su reacción a la hora de ser dominada y obligada, indefensa. Le contó algo a Polly cuando las cosas se pusieron feas, después de que naciera Henry, pero ni siquiera ella estaba al corriente de todo.

Cuando Louise era una adolescente, y también a los veintipocos años, estaba de moda hablar con las amigas sobre las intimidades de la vida sexual: la mecánica, las excentricidades, los ruidos, las cosas que no salían bien. No había límites. Sin embargo, ocurrió algo. Cuando Sam y ella decidieron estar juntos, sus amigas empezaron a hablar de casarse, algunas de ellas lo hicieron, y Louise se dio cuenta de que ya no tenían esa clase de conversaciones. ¿Se debía a que habían hecho su elección y no podían admitir nada a menos que fuera perfecto? No es tan fácil reírse de las peculiaridades sexuales de alguien con quien vas a tener que pasar el resto de tu vida.

Las conversaciones en las que ella habría podido hablar de su vida sexual fueron a menos, y no quería ser la única que sacara el tema. Le hubiera gustado tener a alguien en quien poder confiar, averiguar hasta qué punto su vida sexual iba más allá de los límites de lo que se consideraba normal, sobre todo en los últimos dos años, cuando las cosas se salieron de madre. Empezó a leer de forma obsesiva sobre el tema y a buscar información acerca de sadomasoquismo y fantasías sobre violación en Google. Se tranquilizó al ver que, según algunos estudios, eso forma parte de lo considerado «normal» dentro de las fantasías sexuales, pero también se horrorizó al leer algunos artículos que relacionaban eso con la violencia sexual en la vida real.

Las cosas empeoraron la segunda vez que Sam no consiguió un ascenso, y

luego después de que naciera Henry. Él pensó que la maternidad equilibraría las cosas, que él volvería a ser el miembro importante de la familia. Sin embargo, la empresa de Louise empezó a funcionar cada vez mejor, y él se quedó en un segundo plano. Pero, evidentemente, ella no podía dejarlo en un segundo plano. A él no, porque era el único que la conocía. Si Louise hubiera sabido lo que él había hecho, las cosas podrían haber sido muy distintas. ¿En quién podría haberse convertido ella de no haberse pasado toda la vida construyendo a su alrededor un muro que nadie pudiera cruzar? ¿O acercarse al borde de un acantilado o subirse a un puente preguntándose qué supondría claudicar, dar un paso al frente y dejar de existir?

Sam siempre sintió la necesidad de ponerse a prueba, de demostrarse que seguía siendo la fuerza dominante en la vida de Louise. Él debería haber sabido que no tenía nada que demostrarle, porque ella lo amaba incondicionalmente, siempre lo había amado, desde la época del instituto, cuando lo veía flirteando con Sophie Hannigan en la cafetería. Louise siempre había pensado que él era incapaz de hacer nada que la hiciera dejar de amarlo. Nada en absoluto.

Capítulo 39

2016

Me he quedado totalmente rígida. El nudo que siento en el estómago es tan fuerte que aprieta al resto de mi cuerpo. Podría estar hecho de cristal, duro y suave, y frío al tacto. Cualquier movimiento podría hacerme añicos. Permanezco completamente inmóvil en la silla, pensando en que Henry está dormido a tan solo unos pocos metros de distancia.

–¿Qué pasó?

No parezco yo. Mi voz es débil. Apenas rompe el silencio que reina en la cocina, donde pasamos tantas noches hablando, cenando, riéndonos. Con mucho cuidado, retiro las manos de entre las suyas y, temblando, las poso sobre mi regazo.

–¿Recuerdas esa noche, Louise?

Por supuesto que la recuerdo. Él lo sabe perfectamente.

–Me porté bien, ¿verdad? –Habla como Henry, buscando mi aprobación–. Para ser la primera vez. Te tuve a solas en esa aula, y podría haber ido mucho más allá; pero sabía que estabas asustada y paré. Me porté bien. Lo recuerdas, ¿verdad?

–Sí.

Sus manos moviéndose frenéticamente por la tela de satén verde, sus dedos apretándome cada vez con más fuerza, su lengua en mi boca, todo en medio de la excitación y la confusión. Y yo, sola en el aula, con la espalda apoyada en la pared fría, maldiciéndome a mí misma por mi inexperiencia y mi frigidez.

–Me deseabas, pero tenías miedo. No te merecías que te obligara a hacerlo, Louise. Luego, disfrutaste de nuestros juegos tanto como yo, ¿verdad? –Habla de nuevo en tono de súplica y yo asiento con la cabeza, y el reflejo de

hacer que se encuentre mejor aún sigue invadiéndome—. Pero no estabas preparada, al menos ese día.

Recuerdo lo humillada que me sentí cuando me dejó en el aula, y me sorprende al notar una punzada de compasión por mi yo adolescente. Hasta ahora nunca había sentido compasión por esa chica, solo culpa, disgusto y vergüenza.

—Sin embargo, Maria era diferente. Había oído las historias que se contaban sobre ella; todos las habíamos oído. Las cosas que había hecho. No tenía por qué sentirme mal si le hacía cualquier cosa, porque no había nada que ella no hubiera hecho antes.

Quiero decirle que todas esas historias eran mentiras inventadas por alguien que había pensado que podía conseguir lo que quisiera de Maria Weston, pero como ahora le tengo miedo, no le digo nada. Si lo dejo hablar y le hago creer que lo que sea que hiciera no fue culpa suya, quizá se vaya.

—La vi salir del salón, tropezándose y agarrándose al marco de la puerta para apoyarse, mientras se llevaba una mano a la boca. La seguí hasta el camino que conducía al bosque. Ella sentía pánico, no sabía qué le estaba pasando, necesitaba alejarse de allí. Quise asegurarme de que estaba bien. Después de todo, yo sabía qué se había tomado, pero Maria no. Quería cuidar de ella.

Vuelve su inquieto rostro hacia mí. Intento parecer tranquila. Asiento con la cabeza, sí, querías cuidar de ella.

—Justo antes de llegar al bosque vi que se tambaleaba antes de caerse, de modo que grité su nombre. Ella se dio la vuelta. Corrí hasta ella y le pregunté si estaba bien. Eso fue lo que vio Sophie. También había estado vigilando a Maria; la había seguido para comprobar si le había hecho efecto el éxtasis.

—¿Sophie la vio esa noche? Nunca me lo dijo.

Pienso en Sophie el día que fui a su apartamento, riéndose de la solicitud de amistad. «¿La chica que se ahogó?». Su estudiada indiferencia debía ocultar un miedo y un sentimiento de culpa equiparables a los míos.

—Yo tampoco lo sabía, no hasta que ella me llamó después de que tú fueras a verla a su apartamento.

—¿Por qué no se lo contó a la policía entonces?

—Ella estaba igual que tú, ¿no? —dice Sam—. Asustada por lo que habíais

hecho, por lo que podría ocurrir si alguien lo descubriera. Pensó que era mejor no decir nada. Eso fue todo lo que vio Sophie, a Maria y a mí caminando hacia el bosque. Cuando hablamos por teléfono, antes de la reunión, pensé que la había convencido de que no tenía importancia, que lo olvidaría. Pero entonces, en la reunión, no dejó de hablar de ello una y otra vez. Estaba asustada y obsesionada con los mensajes de Facebook; no iba a dejar de hablar de ello. Creo que pensaba realmente que era posible que Maria aún estuviera viva y que yo sabía algo al respecto. Estaba borracha, y cada vez gritaba más. La gente empezó a mirarnos, preguntándose de qué estaríamos hablando. Estaba a punto de montar una escena. Tenía que sacarla de allí.

–¿Adónde...? –Las palabras se me quedan pegadas a la garganta. Respiro profundamente y vuelvo a intentarlo–. ¿Adónde fuisteis?

–Le dije que había recordado algo de la fiesta de graduación, algo que podría ayudarla, y le propuse que saliéramos a dar un paseo para hablar tranquilamente. Estaba desesperada por obtener respuestas, aceptó en seguida. Le dije... –Su voz vacila–. Louise, tienes que entenderlo; solo hice lo que hice porque debía proteger a mi familia. No quería que mis hijos tuvieran un padre que estuviera en la cárcel. No quería que una mala decisión que tomé cuando tenía dieciséis años arruinara sus vidas. No podía permitirlo.

Asiento enérgicamente con la cabeza, desesperada por fingir que estoy con él.

–Le dije que fuéramos paseando hasta el bosque, donde nadie pudiera oírnos –continúa, con voz más tranquila–. Como hacía mucho frío, cogimos los abrigos. Cuando metí las manos en los bolsillos, me di cuenta de que dentro estaban los guantes, de modo que me los puse, pero solo para protegerme las manos del frío, ¿comprendes?

¡Oh, Dios mío! ¡Pobre Sophie!

–Tomamos el camino que lleva al bosque. Yo aún tenía la esperanza de que ella se olvidara de todo, pensando en algo que decirle para satisfacer su curiosidad. Pero empezó a decir que deberíamos contárselo a la policía y... entonces fue cuando fui presa del pánico, Louise. ¿Por qué quería meter a la policía en ese asunto? Yo no podía permitir que ella le contara a la policía

que me había visto esa noche con Maria, ¿verdad? No podía dejar que ese error arruinara el resto de mi vida y la de mis hijos.

–Entonces, tú... –susurro, incapaz de terminar la frase.

Sam oculta la cara entre las manos.

–No quería hacerlo. De verdad. Tienes que creerme, Louise.

Su voz suena amortiguada a través de sus dedos.

–Pero durante todos estos años... has dejado que creyera que yo era la responsable de la muerte de Maria... Me alentaste a mantenerlo en secreto.

Ahora puedo ver con aterradora claridad lo mucho que eso le convenía a Sam, animándome a sentirme culpable, a no hablar, reforzando en todo momento la idea de que lo que yo había hecho significaba que nadie más podría entenderme o amarme. No quería que nadie husmeara en las circunstancias que rodearon la desaparición de Maria aparte de mí. Necesitaba mantenerme cerca, y mantenerme callada.

Miro a este hombre al que amé durante tanto tiempo, al que todavía amo, el padre de mi hijo. Es como si alguien hubiera quitado el velo suspendido entre mí y la realidad de en quién se estaba convirtiendo él después de que naciera Henry. Trabajé muy duro para engañarme a mí misma diciendo que todo iba bien, pero ahora me obligo a enfrentarme a la verdad. La maternidad no me convirtió en una mojigata. No fui yo sino Sam quien cambió. Le molestaban el tiempo y el amor que Henry me exigía, y la energía que invertí en convertir mi empresa en un éxito, de modo que fue un poco más allá, necesitaba más. Me empujó cada vez más por un camino que se alejaba de las fantasías que habíamos compartido juntos, juegos que no puedo pretender que no disfrutara, hacia algo más oscuro, más siniestro. Algo real. ¿Fue eso lo que pasó con Maria? ¿Hizo lo que yo nunca hice? ¿Le dijo que no? Tengo que saberlo; se lo debo. Siento que la cadena que me une a Maria se tensa. Se merece que alguien averigüe la verdad sobre lo que le ocurrió.

–¿Qué pasó en la fiesta de graduación, Sam?

Intento que mi tono no suene alterado y hablo en voz baja, concentrándome en estabilizar mi respiración.

–He querido contártelo muchas veces, Louise, tienes que creerme. Pero no podía arriesgarme a perderos a ti y a Henry.

Pero nos dejaste tirados, quiero decirle. Si te daba tanto miedo perderos,

¿por qué nos abandonaste?

–La vi caerse al suelo, de modo que empecé a correr por el camino y la cogí de la mano para ayudarla a levantarse. Le dije que caminaríamos un poco para que se despejara. Ella estaba muy nerviosa; se agarró a mí, no sabía lo que le estaba pasando. Recorrimos el camino que cruza el bosque. Allí estaba más oscuro, porque no se veía la luz de la luna. En la oscuridad, me agarró con más fuerza.

Las palabras le salen a borbotones, como si hubieran estado esperando durante años dentro de su boca, encerradas, retorciéndose para salir.

–Hablé con ella de otras cosas –continúa Sam–. Intenté que no pensara en cómo se sentía. Dejamos atrás el bosque, caminamos hasta el borde del acantilado y nos sentamos. Empecé a acariciarle el pelo suavemente. A ella le gustó. Todos sus sentidos se agudizaron por lo que tú le habías echado en la bebida. Echó la cabeza hacia atrás y le acaricié el cuello, igual que había hecho contigo hacía un rato.

Puedo ver a Maria a la luz de las estrellas, con su cuello blanco y desprotegido. La luz de la luna bailando en el agua, el olor a sal en el aire.

–Entonces, ella se volvió hacia mí, con las pupilas muy dilatadas, y me preguntó por qué se sentía así si tampoco había bebido tanto. Yo sabía por qué, claro, pero no podía decírselo.

¡Oh, Maria! Lo siento. Lo siento mucho.

–Entonces me incliné y la besé. Al principio, ella también me besó, de verdad, Louise. Lo deseaba. Tienes que creerme.

Quiero creer que es verdad, quiero creer a Sam.

–Y entonces... Estábamos tumbados en el suelo, yo encima, y ella... empezó a retorcerse, intentando zafarse de mí, pero pensé que... Pensé que estaba disfrutando, que era un juego. Como contigo, ya sabes. Pensé que solo estaba fingiendo.

Sí, como conmigo. Aunque ya no sabía dónde empezaba y terminaba el fingimiento.

–Así pues, no paré. –Las palabras de Sam me devuelven a la realidad, me hacen recuperar la conciencia–. Ella lo deseaba, estoy seguro. Las cosas que había hecho... Tú lo habías oído, ¿verdad? Todos lo habíamos oído. Ella

estaba intentando apartarme las manos, pero era un juego. Tenía que ser un juego, porque al final se quedó quieta y me dejó hacerlo.

Pienso en Maria, tan pequeña y tan ligera –seguro que no debía de pesar más de cincuenta kilos–, soportando el peso de Sam, que medía alrededor de 1,80 metros a los dieciséis años. No me extraña que dejara de luchar, sola en el acantilado, mientras el rugido de las olas ahogaba sus gritos.

–Entonces, cuando todo acabó, pensé que se quedaría allí tumbada para recuperarse, como yo. Sin embargo, en cuanto me aparté de ella, se puso de pie, tiró de su vestido y se dirigió hacia el instituto, tambaleándose. Estaba muy confusa. Corrí detrás de ella y le pregunté adónde iba. Me dijo que iba a contarle a todo el mundo lo que le había hecho.

Aunque, con un escalofrío, sé cómo termina la historia, una pequeña parte de mí se regocija al pensar en ese pequeño acto de desafío de Maria.

–¿Qué hice, Louise? ¿Y qué hizo ella? Fue hasta allí conmigo, lo deseaba tanto como yo. Pero entonces empezó a hablar sobre sus muñecas y sobre su boca, me dijo que tenía marcas y sangre. Yo no quería hacerle daño, por supuesto, pero a veces quedan marcas, ¿no? Tú lo sabes. Eso no significa que no lo desearas.

Recuerdo que una vez una chica con la que solía trabajar se dio cuenta de que tenía una marca en la muñeca y me preguntó por ella. Sin tener tiempo para pensar, le dije que me había quemado con el horno. Me miró con extrañeza y después de eso me evitó.

–Le dije que, con la reputación que tenía, nadie la creería, pero ella se fue y empezó a gritar «¡Me han violado!» a pleno pulmón. Se dirigía hacia el bosque, sin dejar de gritar eso. La seguí corriendo y esta vez me coloqué delante de ella y la agarré por los brazos. Le dije que no había sido una violación, que debía dejar de decir eso, pero entonces me escupió en la cara, me dijo que era un violador y me preguntó si sabía lo que les hacían a los violadores en la cárcel.

Tengo ganas de llorar y de enfurecerme, de aplaudir a Maria por su valor.

–Y entonces fue cuando comprendí que hablaba en serio. Iba a contarle todo, a pesar de lo que la gente pudiera pensar de ella, sin importarle si la creían o no –dice Sam–. Y aunque no tuvieran ninguna prueba, habría mucha gente que no me seguiría mirando como hasta entonces. Eso es lo que habría

sido de mí, Louise. –Su voz se quiebra; está a punto de echarse a llorar–. Eso habría marcado mi vida, siempre habría sido el chico al que acusaron de violación. No podía dejar que me hiciera eso, Louise, no podía permitir que arruinara el resto de mi vida. Lo entiendes, ¿verdad?

Estoy tan acostumbrada a creerlo, tan acostumbrada a verlo no a través de mis ojos sino de los suyos, que casi me dejó llevar por su versión de la historia: la víctima inocente, falsamente acusada, injustamente señalada. Lo que ocurre es que me lo está contando en el momento equivocado. Si lo hubiera hecho hace años, antes de engañarme y de abandonarnos a mí y a nuestro hijo, cuando aún estaba bajo su hechizo, puede que lo hubiese creído y hubiese sentido lástima por él. Incluso podría haberlo entendido. Pero ahora he visto el dolor insoportable en los ojos de una madre y un corazón de oro en una cadena. Me he quitado la venda de los ojos.

–No tuve otra elección, tienes que creerme. No podía permitir que fuera por ahí diciendo esas cosas sobre mí. Tenía que... Tenía que hacer que... se callara.

¡Oh, Maria, perdóname! Pienso en Bridget, en el dolor que imprime en su rostro lo que ella piensa que le ocurrió a Maria. Descubrir la verdad acabaría con ella. Pero, por supuesto, pienso al ver a Sam a mi lado, probablemente nunca la descubriré. Pienso en el cuerpo sin vida de Sophie. Sé lo que le ocurre a la gente que sabe demasiado sobre Sam.

–Me costó mucho, mucho más de lo que pensaba. –Su voz es débil, y pienso una vez más en Henry confesándome un delito infantil: robar golosinas del armario o romper un adorno que no debía tocar–. Pero al final se calló. No podía dejarla allí, de modo que decidí intentar arrastrarla hasta el borde del acantilado. Para entonces ya había empezado a llover, y ella se escurría de entre mis manos... Yo estaba temblando, y ella pesaba mucho. Pero conseguí llevarla hasta allí y tumbarla sobre la hierba. Estaba llorando, Louise, sollozando de verdad, tanto que apenas podía ver.

Se interrumpe y toma un trago de vino. La copa resbala entre sus dedos. Tiene la cara cubierta con una ligera capa de sudor.

–Cuando me arrodillé a su lado, vi algo que casi lo cambió todo: movió los párpados. Aún estaba viva.

La sangre hierve en mis venas. Sam había tenido una segunda oportunidad,

pero tampoco la había aprovechado.

–Miré hacia el mar; pensé en el resto de mi vida y en cómo sería si me echaba atrás y volvía al instituto para que llamaran a una ambulancia. Al principio todo iría bien. Podría decir que la había encontrado así... Sería un héroe. Pero solo durante un tiempo. Entonces me acordé de la expresión de su rostro cuando me escupió. Cuando volviera en sí, sabía que lo primero que haría sería volver a contar esa mentira: que yo era un violador.

Me agarro a la silla. Todos los años que estuvimos juntos –el día de nuestra boda, la angustia de la fecundación *in vitro*, la alegría de ser padres– se han esfumado. Pensé que abandonarme era lo peor que podía hacerme: arruinarlo todo, borrando toda la felicidad que habíamos vivido hasta entonces, manchando mis recuerdos del tiempo que habíamos pasado juntos. ¡Qué equivocada estaba!

–Vi su colgante brillando a la luz de la luna. Pensé que eso permitiría identificarla si encontraban su cuerpo mucho después. El colgante aún estaría allí, alrededor de... los huesos de su cuello...

Su voz se apaga y se tapa los ojos con los dedos, frotándoselos como si intentara borrar ese recuerdo.

–De modo que se lo quité y me lo metí en el bolsillo –continúa, aún con los ojos tapados.

¡Dios mío! Sam siempre ha tenido el colgante de Maria. ¿Dónde lo escondió? Me estremezco al pensar que habría podido encontrarlo por casualidad en cualquier momento, ordenando un cajón o hurgando en el fondo del armario.

–Y entonces... la empujé. Ella... No pude verlo bien, pero oí un chapoteo cuando cayó al agua. Luego, desapareció.

Esa noche, las mareas debieron estar de parte de Sam. Maria aún sigue perdida por ahí, solo sus huesos, o lo que queda de ellos cuando llevan tanto tiempo en el mar. ¡Dios mío, la traté tan mal!

Sam levanta la mirada. Sus ojos están suplicando.

–No podía permitir que la gente pensara eso sobre mí, ¿verdad, Louise? No sé si alguien la habría creído, pero la mala fama perdura, ¿no? No podía pasarme el resto de mi vida siendo el que fue acusado de violación. Nadie me habría seguido mirando como hasta entonces.

Pienso en esa noche: recuerdo haber hablado con Sophie, con Esther. Me acuerdo de cuando llegó Bridget y cuando le comunicaron que Maria había desaparecido. Pero de lo que me doy cuenta ahora es de que Sam no estaba allí. No estaba cuando estuve bailando, ajena a todo salvo al ritmo de la música y las sustancias que había tomado circulando por mi torrente sanguíneo. No estaba cuando se encendieron las luces. No estaba fuera, cuando el señor Jenkins acompañó a Bridget a la oficina para llamar a la policía. No, estaba volviendo por el camino del bosque, bajo la lluvia, mojado y empapado de barro. Corrió por Sharne Bay hasta que se puso a salvo en esa casita de Coombe Road. Se quitó la ropa y la metió en una bolsa de basura. Se lavó hasta que el agua dejó de tener un color marrón.

Sam extiende la mano y me acaricia el pelo, entrelazando las hebras con los dedos, un escalofriante recordatorio de nuestra antigua intimidad. Me quedo inmóvil en la silla, intentando ordenar desesperadamente mis pensamientos.

–Pero... Nathan Drinkwater... ¿Por qué?

–Tenía que averiguar quién estaba mandando esos mensajes de Facebook. Sophie me llamó después de que fueras a verla. Me habló de la solicitud de amistad de Maria y de tu visita. ¿Por qué no acudiste a mí y me lo contaste?

Me encojo de hombros, como si no estuviera muy segura de por qué no lo hice, aunque lo sé. Intentaba asegurarme de que sus fuertes dedos no volvieran a formar parte de mi vida. No quería que asumiera el papel de confidente y volviera a controlar mi vida. Quería enfrentarme a eso sola.

Pienso en el día que estuve con Pete en Dulwich Park y en mis oscuras sospechas cuando Esther me dijo que lo había visto en compañía de una mujer y un bebé. Di por sentado que si Pete me estaba mintiendo debido a su situación familiar, también podría estar haciéndolo por otro motivo. Ojalá hubiera sabido que estaba buscando a Nathan Drinkwater donde no debía hacerlo.

–Pensé que quienquiera que hubiese creado la página de Facebook, debía saber la verdad sobre lo que había hecho –continúa Sam, hablando ahora a toda velocidad, como si hubiera estado esperando la oportunidad de confesar –. Tenía que descubrir quién era. Creí que si le importaba tanto Maria como para urdir toda esa farsa de Facebook, le haría ponerse en guardia y prestar

atención. El primo de Matt Lewis nos lo había contado todo sobre Nathan y yo jamás olvidé ese nombre. Y estaba en lo cierto, por supuesto: no pudo pasar por alto el mensaje de Nathan. Hasta anoche no supe que se trataba de Bridget. Cuando «Nathan» le dijo que sabía algo sobre la noche de la fiesta de graduación y que tenía algo que enseñarle, no dudó en encontrarse con él. No le dije cuál era la prueba que tenía. Quería esperar y descubrir a quién me estaba enfrentando antes de mostrarle el colgante. Fue ella quien me sugirió que nos viéramos en la reunión, cerca del instituto. De modo que esperé, aunque no se presentó nadie. Cuando comprendí que no iba a venir, volví a entrar. Dejar el colgante en el bosque fue un error. Aún no sé cómo ocurrió. Debí de caérseme del bolsillo durante la... pelea. Luego, me di cuenta de que lo había perdido, pero era demasiado peligroso volver para recuperarlo.

Sé por qué Bridget no se presentó. Se encontró con su hijo, que dio por sentado que ella estaba allí para armar un escándalo o para torturarse aún más viendo a los exalumnos del curso de 1989 de adultos, y la convenció de que se fuera. Y gracias a Dios lo hizo. Me pregunto con un escalofrío lo que Sam tenía planeado hacerle a quienquiera que acudiese a la cita. Según su versión, lo que le hizo a Sophie y a Maria fue fruto de la desesperación, dos terribles errores producto del pánico en el fragor del momento. Este es Sam, el hombre con el que me casé, el padre de mi hijo. Hasta ahora eso es lo que me ha horrorizado, que el hombre al que amaba haya podido hacer lo que hizo. Sin embargo, se las arregló para quedar con Bridget a sangre fría. Eso no fue ningún error, no fue una decisión tomada en un momento de enajenación mental transitoria. Ahora sé quién es realmente, a la luz de la verdad, perfectamente perfilado contra ella. Y tengo miedo, pero no solo por quién es y por lo que ha hecho. Tengo miedo por lo que va a hacer ahora.

Capítulo 40

2016

Tengo todo el cuerpo en tensión, como un arco a punto de ser disparado. Todas las fibras de mi ser están en alerta, no solo tratando de pensar cuál será mi próximo movimiento, sino también pendiente de Henry, aterrada por la posibilidad de que se despierte y presencie una escena que nunca podrá olvidar. Ni siquiera puedo pensar en la otra posibilidad, aquella en la que nunca tendrá la oportunidad de recordar. Con Henry durmiendo en su habitación, Sam me tiene atrapada aquí, como si me hubiera sujetado a la silla con una cadena de hierro.

Sam desenreda los dedos de mi cabello y hago un esfuerzo por no estremecerme cuando me acaricia brevemente la mejilla con la mano.

–Recuerdo cuando empezamos a estar juntos –dice–. A veces solía despertarme en plena noche y te descubría mirándome, como si estuvieras intentando grabar permanentemente mi cara en tu cerebro. Fue muy fácil estar contigo, sobre todo después de los años que había vivido. Nunca se habían ocupado y cuidado de mí como tú lo hacías. Yo era el centro de tu universo. Y éramos felices, ¿verdad? Pero luego, cuando nació Henry, no podía fingir que las cosas no hubieran cambiado. Dejé de estar en el centro, fui sustituido, y me quedé flotando sobre las esquinas, observando. Quería a Henry, por supuesto que sí, pero no me gustó lo que te hizo a ti, lo que nos hizo a ambos.

Por primera vez en toda la noche se me caen las lágrimas. Sabía que las cosas cambiaron después de dar a luz a Henry. En cuanto hubieron transcurrido las seis semanas de rigor, Sam esperaba que, en la cama, las cosas volvieran a ser normales. Lo que ocurría es que lo que él quería hacer no era normal, ni siquiera entre nosotros. Era como si alguien hubiera

pulsado un botón en su cerebro y los juegos a los que habíamos jugado hasta entonces ya no fueran suficientes para él. Era como si la ilusión de creer que me estaba haciendo daño ya no le bastara. Quería ver miedo de verdad en mis ojos.

–No culpes a Henry –susurro.

–No lo culpo –dice simplemente–. Te culpo a ti.

No puedo dejar de temblar. Me siento sobre las manos, incapaz de predecir lo que harían si no lo hago. No puedo gritar porque podría despertar a Henry, y aunque lo hiciera, ¿qué pasaría? ¿Me oiría alguien? ¿Acaso la silenciosa Marnie del apartamento de arriba llamaría a la policía? ¿O solo cogería el mando a distancia de la televisión y subiría el volumen?

Sam empuja su silla hacia atrás y las patas chirrían contra el suelo. Me estremezco, pendiente de cualquier ruido que pueda oír en la habitación de Henry. Pero no se oye nada, todo está en silencio mientras Sam observa la oscuridad a través de los ventanales franceses.

–¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¿Por qué tuve que mencionar a Nathan?

Me asalta el recuerdo de otros tiempos, de un momento en que Sam fue demasiado lejos. Me hizo daño de verdad, y él lo sabía. Estaba de pie justo donde está ahora; compungido, suplicándome que lo perdonara. Por supuesto que lo perdoné. Entonces no sabía qué sería de mí sin él, en el caso de que yo fuera alguien.

–Finge que no lo hiciste –le espeto–. No diré nada. Pero vete, por favor. No se lo contaré a nadie, te lo juro. Por favor, Sam. ¿Qué será de Henry?

Se vuelve hacia mí, con lágrimas en los ojos.

–Yo cuidaré de Henry. Lo quiero tanto como tú. No pensarás que voy a hacerle daño, ¿verdad?

No quiero imaginármelo, pero no lo sé. En este momento no sé nada.

–Henry me necesita, Sam. –Saco las manos de debajo de la silla y me agarro al borde de la mesa–. Los niños necesitan a sus madres.

–Estará bien, igual que yo –dice.

Ahora, sin embargo, no detecto ninguna emoción en su voz. Sus ojos observan la oscuridad, donde no pueden ver nada, y sé que está a muchos kilómetros y años de distancia, en esa pequeña casucha con quemaduras de cigarrillo en la mesa de formica de la cocina.

Pienso en Henry despertándome todas las mañanas, acercando tanto su cara a la mía que, cuando me giro, lo único que veo son sus ojos, borrosos, y sus pestañas haciéndome cosquillas en las mías, mientras noto su aliento en el rostro. Pienso en cómo se mete en la cama conmigo, apretando su pequeño y cálido cuerpo contra el mío, acurrucándose contra mí como si quisiera regresar al lugar de donde vino, a mi vientre. Henry y yo solíamos ser uno, quiero decirle a Sam. Puede que parezcamos dos personas, pero en realidad somos solo una.

Sam se mueve despacio alrededor de la mesa y se sienta a mi lado, girando la silla para que nuestras rodillas se rocen. Cierra los ojos y extiende los brazos para acariciarme el pelo, primero con una mano y luego con la otra. Me pongo a temblar violentamente. Noto que mi boca se llena de saliva.

–Lo siento, lo siento –dice en voz baja, aún con los ojos cerrados.

Posa los labios en mi pelo y lo besa, aspirando. Me quedo muy quieta. Mi respiración se acelera; percibo la sangre fluyendo por todo mi cuerpo, hasta las yemas de los dedos. Me acaricia el pelo con las manos, alisándolo, como solía hacerlo cuando estábamos tumbados en la cama, por la noche, mientras yo me quedaba dormida disfrutando del relajante ritmo de sus caricias. Debería salir huyendo, defenderme, hacer algo, pero el miedo me ha dejado prácticamente en estado catatónico. La horrible conmoción que me produce lo que está ocurriendo, mezclada con la familiar sensación de sus manos acariciándome, suavemente pero con terroríficas intenciones, me ha dejado paralizada.

–Tienes que estar callada, Louise. Por favor, quédate callada –murmura a través de mi pelo, y puedo sentir cómo mira ansiosamente hacia la habitación donde nuestro hijo está durmiendo pacíficamente.

Ahora baja un poco las manos sin dejar de apretar los labios contra mi pelo, mientras me agarra suavemente el cuello con los dedos. El extraño sopor empieza a desvanecerse, pero ya es demasiado tarde. Estoy haciendo esfuerzos por respirar a medida que sus dedos aprietan cada vez con más fuerza. Mis breves y jadeantes respiraciones son lo único que rompe el silencio que guardamos por el amor que sentimos por Henry, por nuestro deseo de ahorrarle esta escena. Intento arañar inútilmente sus manos, tratando

de interponerme entre ellas y mi cuello, pero no hay espacio, aprietan cada vez más.

–Chist –susurra a través de mi pelo–. Vas a despertar a Henry.

Tiro desesperadamente de sus dedos, pero es demasiado fuerte. Noto que me estoy desvaneciendo, rodeada por las sombras de otros tiempos en los que sentía sus manos alrededor de mi cuello en nuestros juegos. Sin embargo, nunca me apretaron como lo hacen ahora. Nunca estuve tan cerca de las tinieblas.

Siento la solidez de la silla debajo de mí, como la sentí esta mañana cuando desayuné aquí. Los cacharros siguen estando ahí, sucios: dos platos con migas de pan tostado; una taza con un poco de té frío; un vaso con unas gotas de zumo de manzana, lleno de huellas pegajosas... ¿Serán lo último que vea?

No puedo apartar sus manos de mi cuello, de modo que dejo de intentarlo. Trato frenéticamente de encontrar algo, cualquier cosa que pueda utilizar para apartarlo de mí. Me cuesta mucho llenar los pulmones de aire; cada vez que lo intento es peor. Las fuerzas me abandonan; puedo sentirlo. No me queda mucho. Mi visión empieza a ser borrosa y la cocina, donde paso con Henry todas las noches mientras él me cuenta cómo le ha ido el día, flota ante mis ojos, fundiéndose en una bruma de miedo y dolor. ¡Oh, Henry! Mi mano golpea la encimera y busco a tientas, sin ver, con la esperanza de encontrar algo con lo que pueda golpearlo, o al menos lo sorprenda y pueda soltarme, pero no hay nada. Mi mano solo es capaz de agarrar el aire.

–Chist –vuelve a susurrar Sam, ahora con los labios junto a mi oído, con los que lo roza suavemente.

Trato de decir «por favor» gesticulando con la boca, pero no lo consigo. De todas formas, él no me está mirando. Está perdido en un mundo donde lo que está haciendo está bien, es solo uno de nuestros juegos, su forma de demostrar su amor por mí.

–No pasa nada, Louise. Cállate, chist. Todo irá bien.

Sin embargo, he estado callada durante demasiado tiempo. He estado demasiado tiempo fingiendo que todo iba bien, repintando los últimos años de nuestro matrimonio con vivos colores. Al comprobar que las esquinas de los armarios de la cocina se funden con el techo y que todo empieza a

oscurecerse, ya no me importa que Henry se despierte. Lo que importa es seguir con vida. Con las pocas fuerzas que me quedan, empiezo a patear, pero no hay nada. Estoy pateando inútilmente en el aire. Lo intento de nuevo y esta vez consigo atrapar con el pie la pata de una silla. Coloco el pie debajo del asiento y empujo la pierna hacia arriba con todas mis fuerzas. Se oye un estrépito cuando la silla se estrella contra el suelo.

La presión de las manos de Sam alrededor de mi cuello se afloja, y mientras su rostro vuelve a enfocarse lentamente, puedo ver el pánico en su mirada. Durante unos segundos, ambos nos quedamos suspendidos en el tiempo. Luego, se escucha una voz procedente de la habitación.

-¿Mamá?

Tratando de reunir todas las fuerzas que puedo, salto de la silla y aparto las manos de Sam. Creo ver sus brazos cayendo mecánicamente a ambos lados de su cuerpo mientras salgo corriendo hacia la habitación de Henry, cerrando la puerta detrás de mí y dejándome caer en el suelo. Apoyo la espalda en la puerta, con las rodillas contra el pecho.

-No pasa nada, H, vuélvete a dormir -susurro desde la otra punta de la habitación.

Sin embargo, vuelve a tener los ojos cerrados. El ruido de la silla solo lo ha despertado durante un momento.

Oigo los pasos de Sam en el pasillo. Cierro los ojos, consciente solo del contorno de la puerta contra mi espalda y el suave tejido de la alfombra azul bajo mis miedos. Aspiro el olor de la habitación de Henry: detergente en polvo, plastilina Play-Doh y el leve pero inconfundible aroma de Henry. He estado muchas veces a oscuras en esta habitación, como ahora, alejándome de la cuna o de la cama, tratando de no hacer ni el menor ruido que pudiera despertar a Henry y tener que empezar de nuevo todo el proceso para conseguir que se durmiera. Pienso en las horas que he pasado a su lado, con mi mano en su espalda, cada vez más fría, pensando aterrada que si quitaba la mano podría moverse y echarse a llorar. Ahora, todo eso me parece algo perteneciente a otra vida, una vida en la que una mujer a la que no reconozco calmaba a su hijo para que se quedara dormido y luego se metía en la cama para disfrutar de los cálidos abrazos de su amado esposo. En este momento deseo más que nunca acercarme a Henry y abrazarlo, pero no me atrevo a

alejarme de la puerta y me quedo apoyada contra ella, lista para empujar con todas mis fuerzas.

Los pasos se detienen. Noto una presión en la espalda mientras Sam empuja suavemente la puerta. Me apunto, apoyando los pies en el suelo e inclinándome hacia atrás con los ojos cerrados. Las lágrimas que han rodado por mis mejillas sin que pudiera evitarlo me han dejado un sabor salado en la boca. La luz de la lamparilla no puede provocar la sombra de los pies del padre, que está fuera de la habitación ¿no?

–Por favor, Sam –le digo.

Mi voz es ronca, desconocida. La presión disminuye, pero la sombra sigue ahí.

–Por favor, no lo hagas. Quieres a Henry, lo sé.

Trato de hablar en voz baja. Tengo los ojos fijos en la pequeña figura dormida que hay en la cama, al otro lado de la habitación, alerta por si se despierta.

–Sé lo mucho que te cuesta estar lejos de él, incluso durante una semana. Y él te quiere. Te quiere por lo bueno que hay en ti, igual que yo. Piensa en lo que significó para ti crecer sin tu madre. –La desesperación me hace ser audaz. Sam nunca habla de los años en que no vio ni tuvo noticias de su madre–. No permitas que Henry pase por lo mismo. No dejes que crezca sin mí. Él confía en ti, Sam. Piensa en cómo te mira, en cómo desliza su mano en la tuya cuando vais juntos por la calle. En cómo te rodea no solo con los brazos sino también con las piernas cuando vienes a recogerlo.

Tengo que sacarle todo el provecho a esto.

–¿Y qué me dices de Daisy y de Catherine? Sé que también las quieres. No les hagas esto. No permitas que el padre de Daisy vaya a la cárcel. Por favor, Sam, por favor...

Mi voz se apaga, es solo un carraspeo. Siento que me quema la garganta.

Me quedo sentada aquí, mientras dejo pasar los segundos. Al cabo de un minuto, puede que dos, la sombra que se filtra por debajo de la puerta desaparece y oigo de nuevo sus pasos, aunque no soy capaz de decir hacia dónde se dirigen. ¿Hacia dónde habrá ido Sam? ¿Hacia la cocina o hacia la salida? No me atrevo a abrir la puerta de la habitación para mirar; no me atrevo a moverme del suelo, petrificada al pensar que en cualquier momento

sentiré la leve presión de la puerta contra la espalda, y entonces no habrá nada que hacer. Así pues, decido quedarme aquí sentada, sin moverme, temblando mientras van pasando las horas, apoyada contra la puerta. Mi espalda palpita de dolor. De vez en cuando estiro una pierna para desentumecerla. En una ocasión, cuando Henry era un bebé, me quedé dormida en el suelo de su habitación. En aquella época nunca dormía más de dos horas seguidas, pero esa noche durmió desde la medianoche hasta las cinco de la madrugada. En ese momento me desperté, presa del pánico, helada y rígida, al ver que se había dado la vuelta solo por primera vez. Con la cara hacia un lado, todo lo que pude ver fue un amasijo de mantas en la oscuridad. Durante unos segundos estuve totalmente convencida de que había dejado de respirar y que había muerto asfixiado mientras yo dormía.

Esta noche, sin embargo, no me quedaré dormida. Mantengo mi silenciosa vigilia hasta que la grisácea luz de la mañana empieza a filtrarse por debajo de las cortinas con dibujos de tren de Henry y lo veo moverse. No podemos seguir encerrados aquí eternamente, de modo que me levanto y me acerco a la cama. Me tiendo al lado de Henry, sintiendo la firmeza y el calor de su cuerpo entre mis brazos.

–¿Ya es hora de desayunar? –pregunta, somnoliento, rodeándome el cuello con el brazo.

–Sí. Ya es hora de desayunar. ¿Tostadas con mermelada? –le pregunto, hablando en un tono lo más normal posible. Cada palabra que pronuncio me duele como si estuviera tragándome un cristal roto-. ¿Qué te parece si hoy hacemos una excepción y nos las comemos en la cama?

Me dedica una amplia sonrisa y me suelta, empezando a organizar sus peluches para el desayuno. Me levanto y me dirijo hacia la puerta. Mantengo la mano en el tirador, preguntándome qué me espera al otro lado, si este va a ser el momento en que la vida de Henry cambie para siempre, irrevocablemente arruinada. Empujo muy despacio la puerta en medio del silencio y miro a mi izquierda. El pasillo está sumido en la penumbra. La puerta de la cocina está entreabierta. Miro a la derecha, hacia la puerta de entrada. Está cerrada. Aunque el apartamento tiene el mismo aspecto de siempre, parece totalmente distinto. Ya no es seguro; ya no es mi hogar. No sé qué puede estar acechando en los rincones o escondido en las sombras.

Avanzo por el pasillo, vacilante, hasta que llego a la puerta de la sala de estar. Respirando profundamente, la abro y echo un vistazo. Está vacía, exactamente como la dejé. Hago lo mismo con mi habitación; la immaculada cama, sin deshacer, es la prueba irrefutable de lo que sucedió anoche. Continúo con el baño: también está vacío. Desde la puerta veo el reflejo de mi rostro en el espejo del armario. Tengo la piel cetrina, ojeras y los ojos rojos. Noto que algo se mueve detrás de mí. Me doy la vuelta. El corazón me da un vuelco, pero no hay nada, solo es el parpadeo de la luz del sol filtrándose por la ventanilla del baño, que se refleja en la pared que hay detrás de mí.

Camino de puntillas por el pasillo hacia la cocina. Me cuesta respirar. Me pregunto por la gravedad de mi estado mientras intento inspirar y espirar lo más silenciosamente posible. Cuando me acerco para abrir la puerta de la cocina, un repentino ruido me hace jadear y saltar hacia atrás, aunque unos segundos después lo identifico: son las glicinas golpeando los ventanales franceses por un soplo de viento. Armándome de valor, abro la puerta. La botella de vino y las dos copas están sobre la mesa, y la silla que pateé aún está tirada en el suelo. A la luz del amanecer, la cocina está llena de sombras, pero Sam se ha ido.

Recojo la silla con manos temblorosas y vacío las dos copas de vino en el fregadero. Mientras lo hago, oigo un ruido procedente del pasillo. ¡Oh, Dios mío, no! Decido echar un vistazo, lista para enfrentarme a lo que sea, pero solo es Henry, que ha salido de su habitación para ir al baño. Respiro profundamente, ordenando mis pensamientos. Entonces, mientras Henry aún está en el baño, corro hacia la puerta de entrada, paso dos veces la llave y pongo la cadena para sentirme más segura.

De vuelta en la cocina, lleno la tetera, saco el pan de la panera y lo meto en la tostadora. Cojo la mantequilla, la mermelada, un plato y un cuchillo. Me quedo mirando mis manos, como si fueran las de otra persona.

Cuando la tostada de Henry está lista, me la llevo a su habitación junto con el móvil y una taza de té. Me siento en la cama junto a él, tratando de no molestar a los osos que están desayunando.

–Gracias, mamá –dice Henry con su acostumbrada seriedad.

–De nada –le contesto, sorbiendo el té y acercándolo un poco más a mí.

Agradezco infinitamente que no tenga ni idea de lo que ocurrió aquí anoche. Sin embargo, esta mañana, su inocencia, la fe ciega que tiene en su felicidad y en la mía, me rompe el corazón.

Pulso la pantalla del móvil, equivocándome con las teclas, mientras Henry rompe minuciosamente su tostada en trocitos, dándole uno a cada oso. Unos minutos después, el móvil emite un pitido, y aunque sé que Bridget no volverá a mandarme más mensajes, se me revuelve el estómago.

Veinte minutos después, cuando estoy en el fregadero limpiando las migas de unos diminutos platos de plástico, suena el timbre de la puerta. Avanzo lentamente por el pasillo, secándome las manos con un trapo.

–¿Quién es? –pregunto con dificultad, con voz ronca.

–Soy yo –responde una voz de mujer.

Me acerco dando un traspié hasta la puerta, buscando a tientas la cadena, deslizando los dedos por las cerraduras. Finalmente la abro. Es Polly. Lleva el pelo revuelto, sin cepillar. Aún va en pijama; se ha puesto encima su enorme abrigo de Puffa. Se fija en la palidez de mi piel, en mis ojos inyectados en sangre, en las leves marcas en mi cuello.

–¡Oh, Dios mío! –exclama, y me estrecha entre sus brazos.

Mis piernas no me sostienen y me dejo caer sobre ella, sollozando de alivio, capaz, finalmente, de respirar tranquila.

Capítulo 41

2016

La hierba helada cruje bajo nuestros pies mientras paseamos por Dulwich Park bajo el sol invernal. Henry me agarra con fuerza la mano, como ha hecho desde que vimos las noticias. Solo le dije que papá ha tenido que irse durante un tiempo. Las palabras se me pegaron a la garganta. Él parece intuir que hay algo más, pero no me ha pedido detalles. Sin embargo, ha preguntado por su hermana, por lo que estoy tratando de armarme de valor para organizar un encuentro con Catherine. Sospecho que tenemos muchas cosas en común.

Han pasado dos semanas desde que salí de la habitación de Henry y descubrí que Sam se había ido. Me senté a la mesa de la cocina con Polly, esperando a que llegara la policía mientras tomábamos un té y mis músculos se relajaban lentamente y entraba de nuevo en calor. Henry tarareaba desentonando en la sala de estar; se oía el tranquilizador clic-clac de sus trenes mientras Polly y yo hablábamos. Le dije cosas que nunca le había dicho a nadie: sobre Maria, sobre Sam y yo, sobre lo que me hacía, sobre lo que yo le permitía que me hiciera y cómo me hacía sentir. Noté que las cosas entre Polly y yo eran distintas; puede que fuera una barrera que no había estado allí antes. Sin embargo, mientras hablábamos me di cuenta de que era todo lo contrario: había desaparecido la barrera, la que yo ponía entre ambas cada vez que nos veíamos desde que la conocí. Ahora me ve tal como soy, en mi totalidad.

Nos habíamos sumido en un cómodo silencio cuando sonó el timbre de la puerta, un agudo recordatorio de que no podía quedarme enclaustrada eternamente en casa con Polly. Aunque la inspectora Reynolds se comportó con su habitual profesionalidad, me dedicó unas atenciones que antes se

había ahorrado. A diferencia de las otras veces que nos habíamos visto, las palabras salieron de mi boca a borbotones. Se lo conté todo. Me dijo que, teniendo en cuenta el tiempo que había transcurrido y lo que después había hecho Sam, era poco probable que se tomaran medidas en mi contra, ya fuera en relación con la muerte de Maria como con el hecho de haber ocultado el asunto de los mensajes de Facebook. No le pregunté si les contaría a Bridget y a Tim mi participación en los sucesos ocurridos esa noche de 1989. No he sabido nada de ninguno de los dos desde el día que salí huyendo del bungalow de Bridget hacia lo que pensé que era un terreno seguro.

Reynolds también tenía noticias para mí: un excursionista que recorría el camino costero llamó a la policía para comunicarles que había visto el coche de Sam hacía solo una hora, abandonado cerca de los acantilados de Sharne Bay. Estaba al final de un camino casi intransitable que va de la carretera hasta los acantilados pasando por el bosque del instituto. El conductor se había estrellado contra un árbol y decidió dejar el coche allí. La parte delantera izquierda del parachoques estaba abollada contra un pino y había trozos de cristal por todas partes.

No puedo evitar pensar en él ahora, avanzando por ese camino en la oscuridad, más allá del bosque. ¿Estaría pensando en ese momento en Sophie o en Maria? ¿O estaría pensando en Henry y en Daisy? Puede que estuviera pensando también en Catherine y en mí. Desde que recibí la solicitud de amistad de Maria, la pregunta sobre qué le pasó realmente me ha estado consumiéndome. Ya no tengo que seguir especulando; he pagado un precio terrible por saber la verdad. Quizá sea lo que me merezco.

Henry me tira de la mano en dirección a la zona de juegos. Recuerdo la última vez que estuve aquí. Intento no pensar en Pete y en la conversación que tuvimos la semana pasada. Me tuve que armar de todo el valor que me quedaba para coger el teléfono, pero sabía que debía disculparme con él para hacer borrón y cuenta nueva y así poder volver a empezar. Lo primero que hice fue pedirle disculpas, pero luego se quedó desconcertado cuando le pregunté por su mujer y su hijo. No lo hice deliberadamente; solo quería que supiera que lo sabía, y que no pasaba nada. Le dije que nada de lo que él pudiera hacer sería tan grave como lo que yo había hecho y que entendía que yo no estaba en situación de juzgar a nadie. No sé si se enfadó o le pareció

divertido que yo hubiera sacado una conclusión tan precipitada y fácil, cuando en realidad la mujer y el niño que vio Esther eran su hermana y su sobrino.

En la zona de juegos del parque, Henry se monta en el tiovivo y yo empiezo a darle vueltas y más vueltas; su rostro, muy serio, brilla cuando pasa ante mí una y otra vez. Se parece mucho a su padre, un recordatorio constante de lo que he perdido. Veo a Sam en mi imaginación, tan guapo a los dieciséis años, con su pelo rubio y sucio cayéndole sobre los ojos y avanzando por ese camino, sosteniendo en sus brazos el peso muerto de Maria. Tan seguro de sí mismo, tan popular. ¿Qué guardaba en su interior que le permitió cruzar esa línea, y atravesarla más de una vez? Durante todos los años que estuvimos juntos, ¿no debería haber sido capaz de verlo? Sin embargo, no creo que hubiera podido verlo con claridad; mis ojos estaban enturbiados por el pasado y por la vergüenza; por el amor.

Pienso en los últimos momentos de Maria, en lo asustada que debía estar, y también en Bridget, cuya vida quedó irremediablemente arruinada. La revelación de Sam no me absuelve. Eso no borra lo que le hice a Maria, jugué mi papel en lo ocurrido, y nunca podré expiar mi culpa. Sin embargo, no puedo seguir viviendo el resto de mi vida en la sombra. Tengo una razón para seguir adelante, para avanzar hacia la luz, y está aquí, girando ante mí, con sus mejillas brillando al cortante viento de diciembre.

–Mamá.

–Dime.

–¿*Dónde* está papá?

–Ya te lo dije, ¿no? Ha tenido que irse por un tiempo por asuntos de trabajo.

–Pero ¿adónde ha ido?

El oscuro día se cierne sobre mí desde el futuro, el día que tendré que contarle quién es su padre. Sam ha aparecido en las noticias y en internet. Nunca podré ocultarle eso a Henry. Pero, por ahora, dejaré que siga disfrutando de su irresistible inocencia, con sus sonrosadas mejillas y su gorro con borla.

–No muy lejos. Ha tenido que irse por un tiempo, eso es todo. ¿Nos tomamos un chocolate caliente?

Henry da un pequeño brinco de placer. Ahora es muy fácil desviar su atención, pero no será siempre así. No podré retenerle junto a mí eternamente. Llegará un día en que tendré que dejar que vaya solo a la escuela o a la piscina con sus amigos. Me acusará de ser sobreprotectora, y será cierto, pero yo tendré mis razones.

Mi cabeza me dice que Sam se ha ido, pero aún puedo notar sus manos alrededor de mi cuello. Aún lo siento en algún recóndito rincón de mi ser, como un gusano parásito, enterrado en la más profunda oscuridad, la peor parte de mí. Podría estar en el fondo del océano o aquí mismo, en el parque, vigilándonos mientras paseamos por el césped. Puede que nunca llegue a saberlo, y tal vez ese sea mi verdadero castigo por lo que le hice a Maria y no los mensajes de Bridget, ni siquiera esa noche en casa con Sam, sino toda una vida mirando por encima del hombro, sin estar segura del todo. Siempre sospechando.

El móvil emite un pitido en el bolso y siento el habitual e impulsivo instinto de alarma, a pesar de que he borrado mi cuenta de Facebook, y no solo en el teléfono. Es un mensaje de texto de Polly; me dice que se ha retrasado, pero que no tardará mucho en llegar con sus hijas. Estos días intento estar en contacto con la gente personalmente en lugar de hacerlo desde una pantalla. Ya no me aferro a los bordes de mi vida; estoy intentando reconstruirla a partir de los fragmentos que quedaron.

Después de lo ocurrido, mis padres vinieron para quedarse unos días, y aunque el reencuentro no fue precisamente de película, percibí que me apoyaban en silencio, y eso fue importante. Papá se tumbó en el suelo con Henry y jugaron a los trenes. Mamá me preparó té sin parar y limpió el baño. Me sentí más cerca de ellos de lo que me había sentido en años.

Mis clientes también han sido muy comprensivos. Rosemary se disculpó por la forma en que me trató aquel día en Islington y me prometió que no se plantearía la posibilidad de trabajar con otra persona.

Cuando Henry y yo entramos en la cafetería, inspecciono mecánicamente el local, preguntándome si alguna vez podré ir a un lugar público sin comprobar si está Sam. Hay mucho vaho y mucho ruido; está lleno de familias: niños pidiendo a gritos un trozo de tarta, padres secando bocas y apartando tazas de café para impedir que los niños las tiren. Me dirijo a la

barra. No hay mesas libres, de modo que salimos fuera, preguntándonos si no hará demasiado frío para sentarnos allí.

Henry me mira con inquietud.

-¿Qué estás pensando, mamá?

Una pequeña nube empieza a tapar el sol y una sombra avanza por el césped hacia nosotros, volviéndolo de un verde más oscuro a medida que se mueve. Debo decidir. Puedo quedarme en este limbo eternamente, sentada en la oscuridad, asustada, o puedo tomar el control de mi vida y seguir adelante. Puedo permitir que lo que hice y lo que me hizo Sam marque mi vida o puedo tratar de aprender de ello y vivir una vida mejor.

La nube pasa y vuelve a salir el sol. Me siento a una mesa de la terraza, dejando el chocolate caliente de Henry con cuidado frente a mí. Él también se sienta. Si alguien nos está vigilando, nos verá a los dos sonriendo, bajo la luz del sol.

Agradecimientos

Hay muchas personas a las que quiero dar las gracias: a mi agente, Felicity Blunt, por creer en mí y en este libro, y por los consejos editoriales que transformaron mi historia.

A mi brillante editora, Lucy Malagoni, por hacer de mi debut en el mundo editorial un placer tan absoluto, y a todo el equipo de Little, Brown, por su entusiasmo y su apoyo. También a Wes Miller, de Grand Central, por su perspicacia editorial.

A todos los miembros de Curtis Brown Creative, sobre todo a mi mentora, la brillante novelista Erin Kelly. Quiero hacer una mención especial a mis maravillosos catorce compañeros de curso de CBC por sus comentarios, su apoyo y su amistad. Y también a Eleanor Moran, por hablarme de CBC y animarme a hacer el curso.

A los responsables del premio Lucy Cavendish, por ver algo en el primer borrador de este libro, con un agradecimiento especial a Jo Ryan, por su continuo apoyo y aliento.

A Caro Ambrose y a todos los responsables del premio Bath de novela, que hicieron un gran trabajo apoyando a los numerosos autores finalistas. Quiero dar especialmente las gracias a Emma, por sus ánimos y por sus consejos sobre videovigilancia.

A todos mis amigos, que me han apoyado mucho, pero sobre todo a Natasha y a Claire, mis primeras lectoras, que además de proporcionarme valiosos consejos y ánimos, tuvieron que pasarse interminables horas debatiendo puntos de la trama; a Vicky, por los consejos de estilo y esa brillante idea sobre las monjas, y a Hattie, Jane, Naomi y Rachel, por todo.

A Glen Wilson, por no olvidar nunca que estaba destinada a escribir un libro.

A mis padres, Murray y Cecilia, por leerme y transmitirme su amor a los

libros, y a mi hermana Alice, por todos esos juegos basados en la imaginación. Gracias por asegurarte de que creciera rodeada de historias. Eso fue lo que ha hecho de mí una escritora.

A mis chicos, Charlie y Arthur, por apoyarme y hablarle a todo el mundo del libro. Nada de esto merecería la pena sin vosotros.

Y a Michael, por leerme, aconsejarme y por todas las interminables conversaciones sobre la trama, y por creer en mí y apoyarme desde el principio. No habría sido capaz de hacer nada de esto sin ti. Te quiero.

1. Cadena de supermercados británica. (*N. del T.*)
2. Circuito situado a unos 35 kilómetros al sureste de Londres. (*N. del T.*)

Título de la edición original: Friend Request

Edición en formato digital: cotubre de 2018

© 2017 por Laura Marshall

© de la traducción, 2018 por Josep Escarré Reig

© de la cubierta Opalworks BCN

© de esta edición, Antonio Vallardi Editore S.U.r.l., Milán. Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore., 2018

Todos los derechos reservados

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore
Calle de la Torre, 28, bajos, 1ª, Barcelona 08006 (España)
www.duomoediciones.com

ISBN: 978-84-17128-89-0

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos